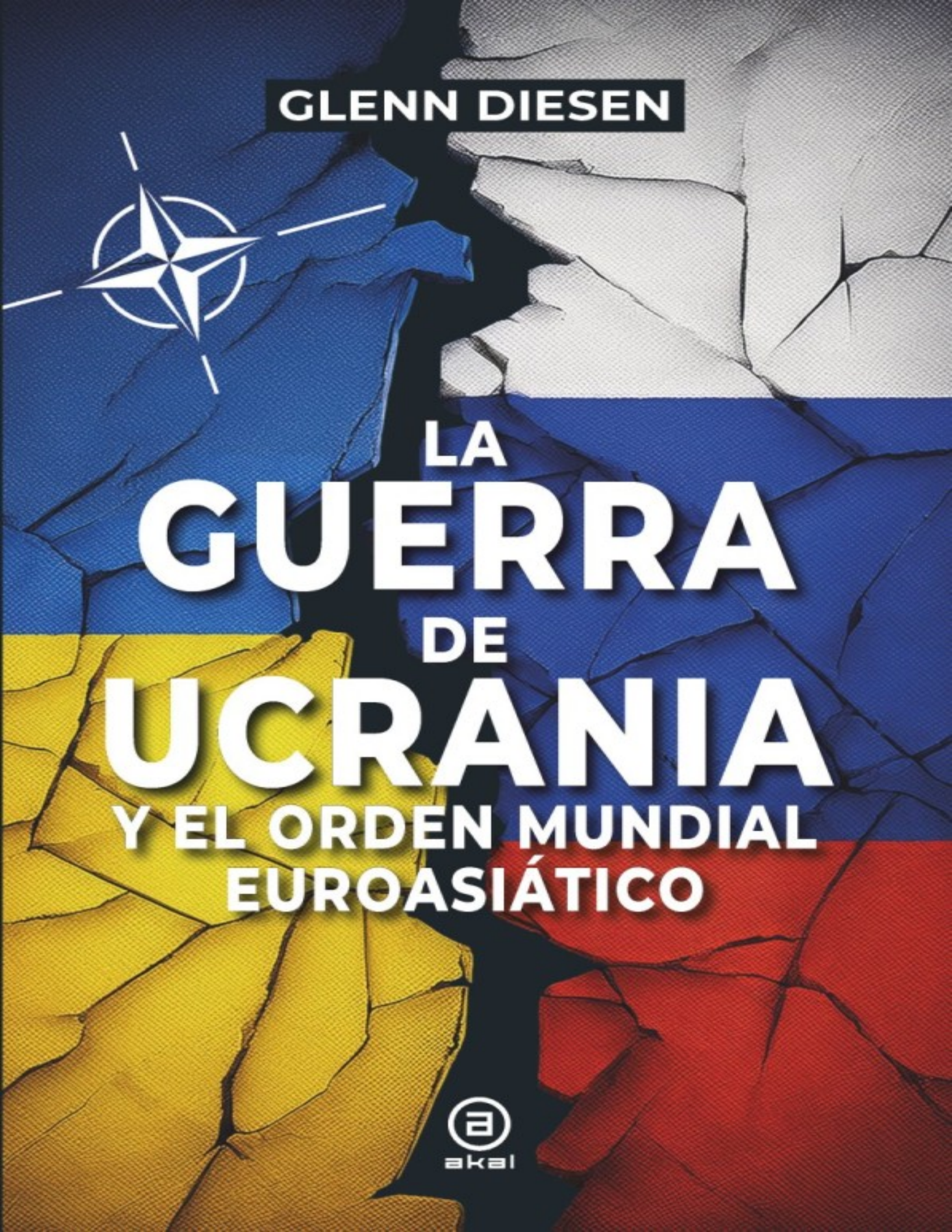
GLENN DIESEN



LA GUERRA DE UCRANIA

Y EL ORDEN MUNDIAL EUROASIÁTICO

akal

FOCA INVESTIGACIÓN

204

Diseño interior y cubierta: RAG

Queda prohibida la reproducción, plagio, distribución, comunicación pública o cualquier otro modo de explotación –total o parcial, directa o indirecta– de esta obra sin la autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o sus cesionarios. La infracción de los derechos acreditados de los titulares o cesionarios puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Ninguna parte de este libro puede utilizarse o reproducirse de cualquier manera posible con el fin de entrenar o documentar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original:
The Ukraine War & the Eurasian World Order
Publicado por primera vez en inglés en 2024 por Clarity Press, Inc.
2625 Piedmont Rd. NE, Ste. 56, Atlanta, GA. 30324 https://www.claritypress.com

© Glenn Diesen, 2024

© Ediciones Akal, S. A., 2025
para lengua española
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
atencion.cliente@akal.com

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@AkalEditor

@ediciones_akal

@ediciones_akal

ISBN: 978-84-16842-97-1

Glenn Diesen

La guerra de Ucrania y el orden mundial euroasiático

Traducción de
José Weissdorn

akal
ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

La guerra en Ucrania es un síntoma del colapso del orden mundial, que ha revelado la disfunción de la hegemonía liberal tanto en términos de poder como de legitimidad: una guerra *proxy* o por delegación, unas sanciones sin precedentes y los infructuosos esfuerzos por aislar a Rusia están contribuyendo a ello. La arquitectura económica se está reorganizando a medida que el mundo se diversifica, alejándose de la excesiva dependencia de las tecnologías, las industrias, los corredores de transporte, los bancos, los sistemas de pago y las divisas occidentales.

La derrota de Rusia restauraría el orden mundial unipolar, mientras que su victoria cimentaría uno multipolar. El sistema internacional se encuentra ahora en su punto más peligroso: no hay perspectivas de compromiso, lo que significa que el ganador se lo llevará todo. Por ello, tanto la OTAN, bajo la dirección de Estados Unidos, como Rusia están dispuestas a asumir grandes riesgos y a intensificar la escalada.

Vivimos un periodo de interregno. Ha surgido un vacío, en el que los bandos en conflicto compiten por definir el orden futuro.

Glenn Diesen es profesor de la Universidad del Sureste de Noruega (USN) y editor asociado de la revista *Russia in Global Affairs.* Ha publicado diez libros,

multitud de artículos en revistas especializadas y colabora con frecuencia en medios de comunicación internacionales.

A mi mujer, Elena, y a nuestros hijos: Konstantin, Andre y Maria

Introducción

Todo orden mundial aspira a y parece ser permanente. Preservar el *statu quo* se confunde con la estabilidad, a pesar de que el mundo cambia constantemente en lo que respecta a la distribución internacional del poder, las tecnologías, el desarrollo económico, los retos sociales, los valores y los ideales. Es la capacidad para gestionar el cambio y la reforma lo que determina su estabilidad, ya que la incapacidad para adaptarse da lugar al estancamiento, la decadencia y el colapso.

Las guerras, las revoluciones y el hundimiento de los Estados pueden provocar enormes perturbaciones que desborden la capacidad de adaptación del orden mundial. El fin del Sacro Imperio dio origen al orden mundial moderno que se plasma en la Paz de Westfalia de 1648, basado en un equilibrio de poder entre Estados soberanos. Duró 150 años, pero sufrió una reforma tras fracasar en su intento de mantener el orden tras la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. El Congreso de Viena de 1815 se convirtió en su sucesor y duró 100 años, cuando no logró resolver la rivalidad entre imperios industriales en ascenso que desafiaban el liderazgo británico. Tras dos guerras mundiales, la Guerra Fría produjo un nuevo orden mundial basado en la bipolaridad y la rivalidad ideológica, que terminó con el colapso del bloque comunista después de 45 años. El consiguiente orden mundial unipolar de hegemonía liberal duró aún menos, aproximadamente 30 años, hasta que quedó claro que el sistema hegemónico no había logrado ajustarse a las nuevas realidades y que los excesos del liberalismo no habían conseguido generar orden. Han surgido nuevos centros de poder que luchan por restaurar la multipolaridad y rechazan el universalismo liberal.

La transición de un orden mundial unipolar a otro multipolar está encabezada por los gigantes euroasiáticos de Rusia y China, al tiempo que aparentemente cuenta con el respaldo de Estados que representan a la mayoría de la población mundial. El objetivo es volver a un equilibrio de poder en el que se tengan en cuenta los

intereses nacionales contrapuestos de las grandes potencias y no se puedan imponer unilateralmente normas con pretensiones de universalismo. Al percibir que un orden mundial basado en la hegemonía y el liberalismo es imperativo para su seguridad nacional, Estados Unidos se ha resistido a las realidades multipolares que se manifiestan económica, política y militarmente.

Un orden mundial perfila un sistema y unas reglas que permitan vivir pacíficamente en el mismo planeta, y un conflicto a la hora de definir ese orden mundial indica que el presente orden está en suspenso y gobierna el caos. No reformar el orden mundial mediante la diplomacia y mecanismos pacíficos hace que el nacimiento del nuevo mundo quede supeditado a la guerra. A finales de la década de 1920, Antonio Gramsci escribió sobre los tiempos difíciles como un periodo de interregno. El término *interregno* designaba originalmente el periodo de transición entre la muerte de un soberano y la subida al trono de su sucesor. Dicho periodo se caracterizaba por una ausencia de autoridad que creaba un vacío político y jurídico. Al tratar de explicar los conflictos que se avecinaban, Gramsci escribió: «La crisis consiste precisamente en que lo viejo está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer; en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos»[1].

Definición de orden mundial

El orden mundial hace referencia a la distribución internacional tanto del poder como de la legitimidad que debe marcar el sistema de cómo los Estados y los actores no estatales tienen que comportarse para que el orden prevalezca sobre el caos. Por lo tanto, el tema del orden mundial debe abordar las teorías sociológicas de la naturaleza humana, los sistemas económicos y los sistemas políticos.

Desde el colapso del hegemónico Sacro Imperio y la subsiguiente dispersión del poder en Europa, la Paz de Westfalia de 1648 estableció la soberanía estatal y el equilibrio de poder como principales pilares del orden. El orden se basa en el compromiso mutuo para equilibrar colectivamente cualquier impulso

expansionista y hegemónico, con vistas a preservar el equilibrio. Los ideales universalistas deben rechazarse en la medida en que se convierten en instrumentos para fomentar la desigualdad soberana y justificar el expansionismo.

El sistema internacional westfaliano se define por la anarquía internacional en tanto que el Estado es el máximo soberano. Consecuentemente, cada Estado se encuentra en una competición perpetua por el poder y la supervivencia en la medida en que aumentar la seguridad de un Estado puede causar inseguridad a otros. A lo largo de los siglos, ha habido tentaciones idealistas de trascender esta anarquía internacional con valores universales y una distribución hegemónica del poder que aspira a desmontar todo el orden westfaliano. En tales casos, el objetivo sería restaurar el equivalente de la *Pax Romana,* una referencia al periodo de doscientos años de hegemonía y universalismo romanos que proporcionó una paz, una prosperidad y un progreso relativos.

Tras la Guerra Fría, Estados Unidos emergió como potencia hegemónica mundial en términos de poder militar, económico, cultural y político. El moderno orden mundial westfaliano, basado en un equilibrio de poder entre iguales soberanos, se vio así cuestionado por su reivindicación de hegemonía y de la universalidad de los valores de la democracia liberal. Así pues, la hegemonía liberal exigió y trató de legitimar la desigualdad soberana, reformulando el anterior orden internacional de soberanía para los Estados civilizados y de soberanía reducida para los Estados «incivilizados». Soberanía plena para el Occidente liberal y soberanía limitada para el resto.

Al principio, había grandes motivos para ser optimistas y creer que los valores universales del libre mercado, la democracia y la sociedad civil global crearían un orden mundial totalmente nuevo y benévolo. Cayó el Muro de Berlín, se abandonó el comunismo en Europa del Este, los antiguos rivales Rusia y China dieron prioridad a la amistad con EEUU y el resto de Occidente en su política exterior, la UE asumió un papel socializador al condicionar la adhesión a dicho organismo a reformas democráticas liberales, la Primavera Árabe pareció reformar el gobierno autoritario en Oriente Medio, la

expansión de la OTAN aportó una sensación de seguridad a Estados que habían vivido bajo el dominio de Moscú durante décadas, el ascenso económico de China sacó a cientos de millones de personas de la pobreza e impulsó la economía mundial, mientras que los procesos de globalización parecían acercar al mundo.

Se esperaba que la globalización bajo la *Pax Americana* inaugurara una nueva era de estabilidad y prosperidad. En ese momento, se podía argumentar a favor de un orden mundial basado en la hegemonía liberal, en el que los valores democráticos liberales se extendían bajo el liderazgo aparentemente benéfico de EEUU. ¿Qué creó la paz posterior a la Guerra Fría y por qué el orden hegemónico liberal empezó a desmoronarse?

Esta asunción de una hegemonía mundial benéfica, de que el liberalismo económico y político era una bala de plata para trascender la política del poder, resultó ser un espejismo liberal alimentado por la arrogancia. El fracaso de la reforma de la arquitectura de seguridad de suma cero reavivó la rivalidad de la Guerra Fría con Rusia y China. Como cabía esperar, la expansión de la OTAN exacerbó las tensiones con Rusia, ya que Moscú la percibía razonablemente como una amenaza existencial, mientras que el mero ascenso económico de China se convirtió en un desafío a la primacía mundial de Estados Unidos. La globalización como proceso neoliberal y occidentalocéntrico se hizo insostenible cuando la crisis financiera mundial de 2008 puso al descubierto un modelo de desarrollo insostenible. Los excesos del liberalismo son ahora repudiados dentro y fuera de Occidente, lo que ha provocado una polarización en el seno de las sociedades y en el sistema internacional. Un imperio puede permitirse cometer errores mientras los costes puedan absorberse, pero los costes acumulados del imperio, medidos en términos de riqueza y legitimidad, acabaron siendo insostenibles al fracasar el aventurerismo militar de Occidente contra Yugoslavia, Afganistán, Libia y Siria.

El orden mundial basado en una distribución unipolar del poder y legitimado por unos valores democráticos liberales universales ya se ha derrumbado. En un marco temporal aún más amplio, los 500 años de orden mundial liderado por Occidente han llegado a su fin.

El presidente francés Emmanuel Macron ha reconocido que «la hegemonía occidental está llegando a su fin». Han surgido nuevos centros de poder que están sentando las bases de un sistema multipolar conforme a los principios del sistema westfaliano. El orden mundial que está tomando forma repudia la globalización occidentalocéntrica en cuanto dominio de las potencias marítimas, liberalismo económico y político, y una sociedad civil global de corte liberal. Occidente tampoco puede seguir imponiendo las condiciones para la aceptación de los Estados como miembros de pleno derecho de la comunidad de Estados soberanos. En consecuencia, se están reorganizando la distribución internacional del poder, los ideales, las normas y la naturaleza de la diplomacia.

La guerra proxy en Ucrania

La guerra *proxy* en Ucrania reveló la grave disfunción del orden mundial hegemónico que ha acelerado la transición a un orden multipolar. Mientras que el orden mundial westfaliano busca un equilibrio de poder para evitar conflictos, el orden unipolar necesita conflictos perpetuos para garantizar la dependencia de los aliados y el debilitamiento de los rivales.

La guerra de Ucrania podría haberse evitado fácilmente si se hubieran seguido los principios westfalianos. Sin embargo, Occidente rechazó la no injerencia y el principio de equilibrio de poder al apoyar un golpe de Estado en 2014 para ampliar la OTAN. Una minoría de ucranianos apoyó el golpe constitucional, y también era minoritario el respaldo a la expansión de la OTAN. Como revelan numerosas pruebas, Occidente sabía que convertir a Ucrania de puente con a bastión contra Rusia probablemente desencadenaría una guerra civil y una invasión rusa. La diplomacia fracasó estrepitosamente, ya que los Estados occidentales admitieron haber utilizado el acuerdo de paz de Minsk de 2015 como la «única vía para una resolución pacífica» con el único fin de ganar tiempo para crear un potente ejército ucraniano. La plataforma pro-paz que le valió a Zelenski la presidencia en 2019 se vino abajo por el apoyo occidental a grupos de extrema derecha ucranianos que hasta el

propio Occidente reconoce que están influidos por elementos fascistas.

Tras la invasión rusa, el inminente acuerdo entre Rusia y Ucrania fue saboteado principalmente por Estados Unidos y Reino Unido. Se rechazó de nuevo la diplomacia, ya que Occidente consideraba que derrotar a Rusia en el campo de batalla y destruir su economía era necesario para restaurar su hegemonía como fundamento de la paz y del llamado orden internacional basado en normas. El secretario general de la OTAN afirmó que las armas son el camino hacia la paz; parafraseando a George Orwell, la guerra es la paz, la ignorancia es la fuerza. La censura de los medios de comunicación rusos y de la disidencia en Occidente apenas permitió que la opinión pública entendiese la postura rusa. Ni uno solo de los principales líderes occidentales abogó por la diplomacia, ya que el término *negociaciones* pasó a ser una palabra disonante utilizada por quintacolumnistas. En su lugar, se organizaron «cumbres de paz» en Copenhague y Yeda; Rusia no fue invitada y tampoco se abordaron las preocupaciones rusas en materia de seguridad ante el expansionismo de la OTAN. El Gobierno ucraniano reconoció abiertamente que el objetivo de estas cumbres de paz era debilitar a Rusia organizando el mundo en torno a Ucrania.

Occidente pretendía derrotar a Rusia en el campo de batalla, destruir su economía y dejarla aislada en la escena internacional. En lugar de ello, Occidente mostró la debilidad de la hegemonía liberal al provocar un conflicto militar y rechazar todos los esfuerzos por buscar una solución pacífica. El mundo vio que la arquitectura económica internacional podía convertirse en un arma contra cualquiera, fuera mediante sanciones primarias o secundarias. Sin embargo, el resto de países se negaron a alinearse con Occidente y aislar a Rusia; al contrario, se intensificó la transición hacia estructuras económicas y políticas multipolares. El orden mundial hegemónico pretendía elevar los valores liberales basados en principios para trascender el poder político. La guerra levantó el velo liberal y puso de manifiesto que la democracia y los derechos humanos se habían convertido en burdos instrumentos del poder político.

La hegemonía liberal glorifica el dominio de un centro de poder, pero esta narrativa se ha derrumbado. Se ha sugerido que la OTAN no es más que un tercero en discordia que trata de defender el principio westfaliano de soberanía nacional frente a una agresión rusa injustificada, aunque la guerra de Ucrania sea en realidad la consecuencia directa de los esfuerzos llevados a cabo por Occidente para socavar el orden mundial westfaliano y promover un orden mundial hegemónico. La guerra de Ucrania comenzó en 2014, cuando Estados Unidos y sus aliados europeos apoyaron un golpe de Estado en el país para impulsar una arquitectura securitaria paneuropea basada en una hegemonía colectiva. Durante los ocho años siguientes, Ucrania, de la mano de los países de la OTAN, pasó de ser un Estado neutral a una línea de frente contra Rusia marginando a la oposición interna ucraniana, demonizando a Rusia, recortando los derechos democráticos de su propia población rusoparlante, formando un gran ejército e impidiendo cualquier acuerdo de paz y acercamiento a Rusia.

La guerra *proxy* en Ucrania constituye un conflicto entre dos órdenes mundiales rivales: la hegemonía liberal de Occidente y lo que puede conceptualizarse como un orden mundial multipolar euroasiático-westfaliano. Lo mucho que está en juego en el actual órdago, revela la razón por la que tanto la OTAN como Rusia han estado dispuestas a asumir unos riesgos sin precedentes, incluida la posibilidad de una guerra nuclear.

Resumen

El libro responde a la pregunta «¿hasta qué punto influye la guerra de Ucrania en el orden mundial?». Se centra principalmente en las acciones de Occidente, en la medida en que ha sido la potencia hegemónica colectiva y el principal custodio del orden mundial durante los últimos siglos. Consecuentemente, se centra en el fracaso de Occidente a la hora de ofrecer normas comunes para prevenir y resolver conflictos. Por el contrario, el orden mundial unipolar contribuyó a la guerra de Ucrania, la instigó y la prolongó. Examinar la guerra como consecuencia del colapso del orden

mundial no debe interpretarse como un apoyo o legitimación de la misma.

Para contestar a esta pregunta, el libro esboza, en primer lugar, los supuestos teóricos sobre el orden mundial y explora el auge del orden mundial occidentalocéntrico, proporcionando una visión de conjunto de sus fundamentos. A continuación, aborda el ascenso y declive del orden mundial definido como hegemonía liberal tras la Guerra Fría, y la relevancia de la expansión de la OTAN en el desmantelamiento de la arquitectura securitaria paneuropea y de un orden mundial común. En la segunda parte, se examina la crisis ucraniana como campo de batalla clave para determinar la preservación o el abandono de la hegemonía liberal. Estos capítulos se ocupan de la rivalidad por hacerse con la influencia entre 1991 y 2014, la guerra civil entre 2014 y 2022 tras el golpe de Estado, y la invasión rusa a partir de 2022. El último describe cómo la emergencia de un orden mundial euroasiático se ha intensificado fruto de la guerra de Ucrania. Se concluye que el mundo está entrando en una época turbulenta, ya que la guerra de Ucrania ha puesto fin a la hegemonía liberal, pero aún no se ha impuesto un sistema multipolar westfaliano.

El Capítulo 2 teoriza el concepto de orden mundial. El orden mundial moderno, que tiene su origen en la Paz de Westfalia, se contrasta con los incentivos de restaurar un sistema de *Pax Romana* que supere la anarquía internacional con hegemonía y valores universales. El equilibrio de poder se traduce también en un «equilibrio de dependencia» geoeconómica, para analizar cómo la disrupción que supuso la Revolución industrial alteró el sistema mercantilista. Se plantea que la lucha por el orden mundial presenta una serie de dilemas como equilibrio de poder *vs.* hegemonía, singularidad cultural *vs.* universalismo y orden *vs.* justicia.

El Capítulo 3 se ocupa del auge del orden mundial occidentalocéntrico. La superioridad militar y el control de los corredores de transporte marítimo permitieron el surgimiento de un mundo con Occidente como centro desde principios del siglo XVI, que fue creciendo a medida que, desde finales del siglo XVIII, la Revolución industrial confirió a Occidente un liderazgo económico. El

orden mundial fue reformado por los principios liberales gracias a las revoluciones estadounidense y francesa, la transformación del capitalismo industrial y el posterior auge de las ideologías tras la Primera Guerra Mundial. La influencia del liberalismo económico y político en el orden mundial se convirtió en un reflejo de la distribución internacional del poder.

El Capítulo 4 aborda la *Pax Americana,* el nuevo orden mundial de hegemonía liberal. Tras la Guerra Fría, hubo debates sobre los argumentos a favor y en contra de construir un orden mundial basado en la unipolaridad y el liberalismo frente al restablecimiento del equilibrio de poder. El sistema hegemónico resultó insostenible a medida que Estados Unidos pasó a depender del intervencionismo militar, agotó sus recursos, fracasó a la hora de afrontar los problemas internos, sufrió el declive de su legitimidad en el mundo y, sin querer, incentivó que potencias foráneas rivalizasen con ellos en cuanto a poder militar, geoeconomía e instituciones políticas.

El Capítulo 5 analiza el declive del liberalismo como principio organizador del orden mundial. La hegemonía liberal sustituyó el derecho internacional por un orden internacional basado en normas y replanteó la diplomacia como misión civilizadora sujeto-objeto. Los excesos del liberalismo político y económico socavaron los cimientos de la cohesión social, y un nuevo liberalismo autoritario hizo cada vez más difícil que Occidente se presentara como paladín de la democracia. El declive cultural debilitó el poder blando, el complejo industrial-militar corrompió la democracia y la gobernanza, las disputas políticas internas influyeron cada vez más en la política exterior y el concepto de sociedad civil global se convirtió en una herramienta del poder estatal.

El Capítulo 6 examina la expansión de la OTAN y el colapso de la seguridad paneuropea y de un orden mundial común. Tras la Guerra Fría surgieron dos modelos rivales de orden mundial que influyeron en la arquitectura securitaria europea. Con la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) se institucionalizó un sistema de equilibrio de poder westfaliano plasmado en una arquitectura securitaria paneuropea inclusiva, que se basaba en una seguridad indivisible, igualdad soberana y una

Europa sin líneas divisorias. Al mismo tiempo, la hegemonía liberal en Europa se manifestó con la expansión de la OTAN, que implicaba el abandono de los acuerdos de seguridad paneuropeos basados en los Acuerdos de Helsinki, la Carta de París para una Nueva Europa y la OSCE. Muchos dirigentes estadounidenses y europeos advirtieron de que el expansionismo de la OTAN reavivaría la división Este-Oeste en Europa y posiblemente iniciaría otra Guerra Fría. Sin embargo, las nuevas líneas divisorias también reavivaron una división ideológica, ya que todas las tensiones posteriores se interpretaron en gran medida a través de la heurística de una lucha más amplia entre democracia y autoritarismo. La diplomacia degeneró, los tratados armamentísticos se vinieron abajo y el dilema de seguridad se intensificó.

El Capítulo 7 analiza cómo Ucrania se convirtió en un peón en el tablero europeo entre 1991 y 2014. Ucrania estaba destinada a convertirse en el centro de un conflicto *proxy* entre una hegemonía liberal y un orden mundial westfaliano, ya que es un país dividido en una Europa dividida. La construcción nacional en la Ucrania postsoviética se ha visto dificultada por la falta de una identidad y unos relatos unificadores. La conexión étnica, cultural y lingüística entre ucranianos y rusos se convirtió en un arma de doble filo, ya que la cercanía erosionó la singularidad y diferenciación necesarias para la plena soberanía. Mientras que los ucranianos orientales suelen definir las relaciones con los rusos como un «vínculo fraternal», los ucranianos occidentales tienden a interpretar la historia compartida como un imperialismo que diluyó y socavó el desarrollo de una identidad ucraniana diferenciada. Rusia apoyó a los ucranianos orientales y Occidente respaldó a los nacionalistas ucranianos occidentales, como resultado de visiones opuestas de un orden regional y mundial en lo tocante a la distribución de poder y valores.

El Capítulo 8 describe la guerra civil ucraniana desencadenada por el golpe de Estado respaldado por Occidente en febrero de 2014. La anexión de Crimea por parte de Rusia y el apoyo al Donbás tensionó sobremanera el orden hegemónico liberal. La hegemonía, los valores liberales y el derecho internacional exigían, por principios, un

rechazo de la incursión rusa. Sin embargo, ese orden hegemónico se vio respaldado por nacionalistas de extrema derecha que iban a purgar a los elementos de la sociedad favorables a Rusia, encaminando al país hacia la guerra. El nuevo Gobierno de Kiev reprimió la lengua, la cultura y la Iglesia ortodoxa rusas, al tiempo que purgaba los medios de comunicación y los partidos de la oposición, incluida la detención del líder de la oposición. Mientras tanto, Occidente utilizaba los Acuerdos de Minsk aprobados por la ONU para ganar tiempo y armar y entrenar a Ucrania, que se estaba convirtiendo *de facto* en miembro de la OTAN.

El Capítulo 9 examina la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 y la subsiguiente guerra *proxy*. La renuencia de la OTAN a evitar la guerra, el sabotaje de las negociaciones de paz tras la invasión rusa y las continuas escaladas son indicativos del fracaso del orden mundial y de lo que está en juego. El objetivo de la OTAN de debilitar a Rusia como rival estratégico y enviar una señal clara a China podría aportar nuevos bríos a la hegemonía liberal, mientras que una victoria rusa podría restaurar un sistema de equilibrio de poder. A medida que la guerra se prolongaba, el objetivo geoestratégico de debilitar a Rusia ya no cuadraba con la meta de «ayudar a Ucrania», y la OTAN empezó a mostrar más abiertamente su intención de «luchar hasta el último ucraniano».

El Capítulo 10 analiza el surgimiento del orden mundial euroasiático, que se ha intensificado con la guerra de Ucrania. Rusia, China y otros Estados euroasiáticos ya habían diversificado su conectividad económica y aspiraban a un sistema multipolar desde hacía varios años, a medida que cambiaba la distribución internacional del poder. Sin embargo, la guerra demostró la urgencia del desacoplamiento económico de Occidente y acabó con la justificación normativa de la hegemonía liberal. Con independencia del resultado militar, la guerra reveló realidades multipolares, ya que el mundo fuera de la OTAN no aceptó el relato de Occidente, no se sumó a las sanciones y, en cambio, acogió a Rusia económica y políticamente. Los Estados euroasiáticos están encabezando la transición hacia un orden mundial westfaliano multipolar con características euroasiáticas. Las potencias marítimas occidentales

pierden su ventaja competitiva frente a las potencias terrestres euroasiáticas a medida que surgen nuevos centros de poder autónomos que rechazan el universalismo liberal en favor de una diferenciación civilizatoria.

Como conclusión, el mundo está entrando en un periodo de desorden al encontrarse en una disyuntiva: hegemonía liberal o multipolaridad. Los Estados que se adapten a las realidades multipolares prosperarán y los que se resistan a los ajustes necesarios contribuirán a la guerra.

---

[1] Z. Bauman, «Times of Interregnum», *Ethics & Global Politics* 5, 1 (2012), p. 49.

CAPÍTULO I

El moderno orden mundial westfaliano: poder y legitimidad

Con *orden mundial* se hace referencia a las normas y comportamientos comúnmente aceptados en el mundo. La distribución del poder y la legitimidad del sistema determinan y sostienen las reglas de la gobernanza mundial. Un conjunto de normas comúnmente aceptadas con base en una distribución internacional del poder y en la fuente de legitimidad está en continuo cambio y debe recalibrarse. El orden mundial suele reorganizarse tras grandes perturbaciones, ya que las antiguas condiciones que lo posibilitaban han llegado a su fin y los Estados buscan algo nuevo.

El concepto de orden mundial y su existencia real son un fenómeno relativamente reciente, ya que, hasta los últimos siglos, las distintas regiones del globo se habían organizado en buena medida con independencia unas de otras. El orden regional europeo de Westfalia sentó las bases del orden mundial como resultado de siglos de dominio europeo en el momento en que el mundo se interconectó. La creciente capacidad de las interacciones globales aumenta la complejidad de un orden mundial.

¿Cómo se establecen y mantienen las normas en un sistema internacional definido por una anarquía internacional, es decir, por la ausencia de un gobierno mundial? El orden mundial se ha basado, bien en una potencia hegemónica que funciona como gobierno mundial, bien en un equilibrio de poder que impone restricciones a los Estados. ¿Hasta qué punto puede y debe gozar de soberanía cada entidad de poder? ¿Se puede atenuar la anarquía internacional potenciando las libertades humanas para crear interacciones más civilizadas entre los pueblos, o el idealismo enturbia el imperativo de priorizar el equilibrio de las relaciones de poder entre los Estados?

El orden mundial moderno es consecuencia del equilibrio de poder

y la disuasión, concebidos para limitar a los Estados, aunque el orden mundial también se refiere a los intereses comunes que incentivan la cooperación y la unidad entre los Estados en la prosecución de unos objetivos compartidos. Raymond Aaron sostenía que el orden mundial era la respuesta a la pregunta «¿En qué condiciones podrían los hombres (divididos de tantas maneras) no sólo evitar la destrucción, sino convivir relativamente bien en un mismo planeta?»[1]. Hedley Bull describió de forma similar el orden mundial como «aquellas pautas o disposiciones de la actividad humana que sostienen los objetivos elementales o primarios de la vida social de la humanidad en su conjunto»[2].

Este capítulo examina, en primer lugar, la Paz de Westfalia como origen del orden mundial moderno, que organizó el sistema internacional conforme a un equilibrio de poder entre Estados soberanos. Tras la Revolución industrial, el equilibrio de poder se expresó cada vez más a través de la geoeconomía como un equilibrio de dependencia. El número de grandes potencias en el sistema y evitar alianzas permanentes fueron condiciones críticas para el funcionamiento del equilibrio de poder. En segundo lugar, el capítulo aborda cómo la Paz de Westfalia resolvió la anarquía a nivel nacional al establecer el Estado como máximo soberano, con unas fronteras territoriales delimitadas; sin embargo, el sistema internacional quedó definido por la anarquía debido a la ausencia de un soberano superior. La medida en que se puede aumentar la justicia sin deshacer el orden ha definido en gran medida la evolución del orden mundial. El universalismo, al renunciar al principio de soberanía, trae consigo tanto el legado de la justicia como el del imperialismo. Por último, el orden mundial se ve continuamente desafiado por la tentación de trascender la anarquía internacional estableciendo la hegemonía y unificando a la humanidad bajo unos valores universales.

La Paz de Westfalia: un equilibrio de poder entre iguales soberanos

La Paz de Westfalia de 1648 suele considerarse el inicio del orden mundial moderno. En ella se reconoce que el Estado es el máximo

soberano y la principal entidad de poder, y que la paz se garantiza mediante un equilibrio de poder entre soberanos iguales. La Paz de Westfalia fue la continuación de un orden europeo basado en la hegemonía que terminó con la desintegración del Sacro Imperio. Se había querido superar la anarquía del sistema internacional estableciendo una potencia hegemónica como sucesora del Imperio romano y de Carlomagno, pero la fragmentación religiosa y política impidió que dominara una sola potencia.

En la mayoría de las regiones del mundo surgió una potencia hegemónica regional para mitigar la anarquía y restablecer el orden. El Sacro Imperio Romano Germánico fue ampliamente reconocido como sucesor legítimo del antiguo Imperio romano, en la medida en que la Iglesia católica seguía reconociendo a sus emperadores como emperadores romanos. Aunque el Imperio Romano se derrumbó en 476, los emperadores del Sacro Imperio siguieron reivindicando el papel de monarcas universales con jurisdicción legítima en todo el territorio cristiano. Sin embargo, el declive del Sacro Imperio hizo que la soberanía se convirtiera en un tema cada vez más complejo debido a la superposición de derechos y autoridades territoriales [3]. Estas reivindicaciones perturbadoras continuaron hasta el siglo XVII, aunque el Sacro Imperio no se disolvió hasta 1806. La distribución del poder ya no favorecía la hegemonía y la Reforma había acabado con la fuente de su legitimidad en lo referente al gobierno sobre los protestantes. Se suele reconocer que la Paz de Westfalia de 1648 puso fin a gran parte del poder del emperador.

La Guerra de los Treinta Años, de 1618 a 1648, comenzó con una fragmentación religiosa, pero evolucionó hasta convertirse en una rivalidad entre grandes potencias. La Reforma protestante desafió la autoridad universal de la Iglesia católica, lo que intensificó la competencia por reclamar la soberanía sobre el pueblo y las normas sociales que dictarían el modo de vida. La fragmentación provocó que las reivindicaciones de soberanía se solapasen debido a la rivalidad de los príncipes locales, que se vio exacerbada por la intervención de la Iglesia católica como institución supranacional. El Imperio católico de los Habsburgo luchó contra los príncipes alemanes protestantes, que contaban con el apoyo de Francia,

Suecia y Dinamarca. Cualquier pretensión de unidad basada en una fe, una moral y un universalismo compartidos disminuyó a medida que la católica Francia apoyaba a la protestante Suecia para equilibrar el poder de los católicos Habsburgo, que ostentaban el título de emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico.

Ninguno de los bandos en conflicto fue capaz de imponerse con una victoria decisiva, ya que los diversos actores trataron de preservar su libre determinación persiguiendo un equilibrio de poder que no permitiera la reafirmación de una potencia hegemónica. Las antiguas premisas sobre la universalidad habían quedado hechas añicos, aún más si cabe, por aquella guerra destructiva, por lo que era necesario un acuerdo común que tuviese en cuenta el pesimismo concerniente al sistema internacional. Como acertadamente argumentó Kissinger, «de forma paradójica, este agotamiento y cinismo generales permitieron a los participantes transformar los medios prácticos para poner fin a una guerra concreta en conceptos generales de orden mundial»[4].

La Paz de Westfalia fue una serie de acuerdos que pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años, una guerra total que en su momento fue la más larga y destructiva de la historia europea. Estableció así un nuevo sistema internacional de multiplicidad más que de hegemonía, basado en un equilibrio de poder entre soberanos iguales. Los conflictos derivados del solapamiento de soberanías se resolvieron convirtiendo al Estado, con fronteras físicas claramente definidas, en el máximo soberano del sistema internacional. Las autoridades rivales, como la Iglesia, se integraron bajo la autoridad del Estado como máximo soberano:

> El final de la Guerra de los Treinta Años trajo consigo el fin definitivo del Sacro Imperio medieval. La autoridad para elegir la religión de la unidad política recayó en el príncipe de dicha unidad y no en el emperador Habsburgo o en el papa. Ya no se podía pretender que hubiera unidad religiosa o política en Europa. La autoridad se dispersó entre los distintos reyes y príncipes, y se establecieron las bases del Estado soberano[5].

La religión del príncipe se convirtió en la religión del Estado, y el principio de soberanía significaba que los Estados extranjeros no

podían intervenir en los asuntos internos de otros Estados para apoyar los derechos de las minorías. Para garantizar que los Estados soberanos no se vieran amenazados por las ambiciones hegemónicas de cualquier Estado expansionista, las principales potencias se comprometieron a un equilibrio recíproco. Durante los cuatro siglos siguientes, la Paz de Westfalia configuró el orden mundial con el concepto de soberanía en su centro.

El orden mundial westfaliano fue puesto a prueba, reafirmado y reforzado por el Tratado de Utrecht de 1713, que puso fin a la Guerra de Sucesión española. Uno de los objetivos clave de dicho tratado era garantizar que el acuerdo preservara el equilibrio de poder en Europa impidiendo que un Estado se convirtiera en dominante. Se reconoció que garantizar la seguridad de los rivales era un paso fundamental para lograr una paz y una estabilidad duraderas en Europa. Para asegurar esa estabilidad, era necesario garantizar la seguridad de todos los Estados participantes en aquel orden. Este principio se apartaba del enfoque tradicional de la seguridad internacional, según el cual los vencedores de un conflicto podían castigar y someter al bando derrotado. Así, el orden pretendía sustituir la conquista y la dominación por limitaciones y cooperación. Este principio se adoptó en gran medida con el establecimiento del Concierto de Europa en 1815, al incluirse a Francia como participante en pie de igualdad, a pesar de haber sido derrotada en las guerras napoleónicas.

El paso de un centro de poder a varios iguales exigía un nuevo enfoque del orden internacional. Mientras que un sistema hegemónico confía y se basa en normas y valores sociales universales como fuente de su legitimidad para gobernar, un sistema de equilibrio de poder debe aceptar una mayor multiplicidad, que luego se refleja en las normas y el derecho internacionales. Un sistema hegemónico basado en la desigualdad soberana utiliza un marco jurídico que legitima la jerarquía de Estados superiores y subordinados, mientras que un sistema basado en el equilibrio de poder exige la igualdad soberana entre los principales participantes. ¿Qué podría sustituir a la identidad religiosa y la moral comunes que habían organizado el sistema europeo? En un sistema múltiple,

¿cómo pueden entrelazarse muchos Estados de un orden localizado sin provocar conflictos?

La Paz de Westfalia sentó las bases para codificar la igualdad soberana en el derecho internacional al pasar de acuerdos sustantivos a otros de orden procesal. En el pasado, Europa se había basado en gran medida en el derecho sustantivo, en el que los Estados actuaban conforme a normas sociales aceptadas. El derecho sustantivo puede dar lugar a decisiones arbitrarias y las normas sociales pueden interpretarse de forma incoherente, ya que las potencias más fuertes no se imponen autorrestricciones. En un sistema internacional de Estados con diferentes normas religiosas y sociales, el uso del derecho sustantivo se convierte en un proyecto hegemónico en el que el Estado más poderoso trata de imponer su sistema y sus normas sociales al resto. Por el contrario, el derecho procesal establece un conjunto de normas uniformes. Así, la Paz de Westfalia fue única en su época, ya que las negociaciones fueron llevadas a cabo en gran medida por burócratas y juristas, y no por monarcas, como referentes de valores universales.

El concepto de igualdad soberana exigía un derecho procesal, lo que hizo que el sistema westfaliano resultara atractivo y se extendiera posteriormente por todo el sistema internacional. Según Kissinger:

> La genialidad de este sistema, y la razón por la que se extendió por todo el mundo, fue que sus disposiciones eran de orden procesal, no sustantivas. Si un Estado aceptaba estos requisitos básicos, podía ser reconocido como un ciudadano internacional capaz de mantener su propia cultura, política, religión y políticas internas, protegido por el sistema internacional frente a la intervención exterior. El ideal de unidad imperial o religiosa –la premisa operativa de los órdenes históricos de Europa y de la mayoría de las demás regiones– había implicado que, en teoría, sólo podía ser plenamente legítimo un centro de poder. El concepto westfaliano adoptó la multiplicidad como punto de partida y atrajo diversas sociedades múltiples, cada una aceptada como una realidad, en la búsqueda común de un orden[6].

El equilibrio geoeconómico westfaliano de la dependencia

La Revolución Industrial dificultó la gestión de un equilibrio de poder, al tiempo que alimentaba la creencia de que ese equilibrio podía superarse, no era necesario. En la economía capitalista existe una tendencia natural a la concentración de la tecnología, la riqueza y el poder.

También existe una mayor capacidad para actuar como una potencia hegemónica benévola aportando bienes comunes al sistema internacional. Una potencia hegemónica económica puede favorecer una división internacional del trabajo más eficiente produciendo las tecnologías punteras, facilitando corredores de transporte seguros y gestionando el comercio internacional/la moneda de reserva comunes. La capacidad de esa potencia para suministrar estos bienes comunes reduce los incentivos que puede tener resto del mundo para perturbar una economía internacional liberal. Así pues, la hegemonía económica fomenta la aceptación del liberalismo económico: «Si las capacidades económicas están tan concentradas como para que exista una potencia hegemónica, como en el caso de Gran Bretaña a finales del siglo XIX y de EEUU después de la Segunda Guerra Mundial, surgirá un orden económico internacional "abierto" o "liberal"»[7]. Los países reacios a abrir sus mercados pueden ser coaccionados para que lo hagan.

Sin embargo, bajo una potencia hegemónica benévola, los costes de proporcionar bienes colectivos permiten a las economías más débiles sacar provecho y las asimetrías se irán igualando gradualmente[8]. Con el tiempo, «el diferente crecimiento en cuanto a poder de los diversos Estados del sistema provoca una redistribución fundamental del poder en el mismo»[9].

Cuando la potencia hegemónica económica se enfrenta al dilema de cómo responder al surgimiento de nuevos centros de poder, puede acomodarse a la aparición de nuevas potencias y volver a un equilibrio de poder, o abandonar su papel de potencia hegemónica benévola abusando de su papel administrativo en la economía internacional y recurriendo a la coerción para impedir la aparición de rivales. Cuantos más rivales se supriman, mayor incentivo tendrán las potencias emergentes para contrarrestar colectivamente al adversario común[10]. Por lo tanto, cuando la hegemonía económica

se debilita y se pone en tela de juicio, «se espera que el orden liberal se deshaga y que sus regímenes se vuelvan más débiles, siendo sustituidos en última instancia por acuerdos mercantilistas en los que la autonomía estratégica y la soberanía nacional se ponen por encima de las fuerzas del mercado»[11].

Se daba por sentado que la Revolución industrial había desplazado al mercantilismo militarista de suma cero por la economía industrial de suma positiva. Se creía que ya no era necesario que un Estado se enriqueciera saqueando el territorio y la riqueza de otro; la riqueza podía crearse a partir del avance tecnológico, y la prosperidad se intensificaba con la interdependencia económica. Sin embargo, Friedrich List advirtió que la economía liberal debía adaptarse a las realidades políticas de la anarquía internacional, en la que los Estados, para sobrevivir, compiten por un beneficio relativo:

> Mientras exista la división de la raza humana en naciones independientes, la economía política estará a menudo en desacuerdo con los principios cosmopolitas [...] una nación actuaría imprudentemente si se esforzara por promover el bienestar de toda la raza humana a expensas de su propia fuerza, bienestar e independencia[12].

La racionalidad subyacente a la ganancia relativa para sobrevivir en un sistema internacional anárquico no hizo sino reformar el mercantilismo en neomercantilismo y geoeconomía. La interdependencia implica perder cierta autonomía y ganar influencia, aunque la interdependencia económica nunca es completamente simétrica, ya que una parte siempre será más dependiente que la otra. En la interdependencia asimétrica, la parte más poderosa y menos dependiente conservará mayor grado de autonomía y ganará más influencia.

Por tanto, los Estados intentan alterar la simetría de la interdependencia económica para maximizar su autonomía e influencia. El neomercantilismo, o la geoeconomía, consiste en gran medida en hacer que el Estado dependa menos de otros y, al mismo tiempo, hacer que otros dependan más del propio. Hirschman señaló que la interdependencia económica asimétrica se traduce en poder político:

> El poder de interrumpir las regulaciones comerciales o financieras con cualquier país, considerado como un atributo de la soberanía nacional, es la causa fundamental de la influencia o posición de poder que un país adquiere en otros países, al igual que es la causa fundamental de la «dependencia del comercio»[13].

Posteriormente, los Estados tratan de controlar las áreas de la economía internacional que son difíciles de diversificar, ya que la falta de competencia produce mayor riqueza y puede utilizarse para ejercer influencia política. El dominio geoeconómico se obtiene «desarrollando las exportaciones de artículos que gozan de una posición monopolística en otros países, así como el comercio directo con dichos países»[14].

Los monopolios que son económicamente rentables y que crean influencia política pueden dividirse en tres categorías: 1) industrias estratégicas, 2) conectividad física y 3) poder financiero. Las industrias estratégicas incluyen las de alta tecnología, ya que son necesarias para la eficiencia económica, y los recursos naturales, en la medida en que son finitos. La conectividad física se refiere al control sobre los corredores y las infraestructuras de transporte, como el canal de Suez, necesarios para un acceso seguro a los mercados internacionales. El poder financiero tiene que ver con las monedas de reserva/comercio, los bancos y los sistemas de pago utilizados en el ámbito internacional.

En geoeconomía, el «equilibrio de dependencia» refleja la lógica del equilibrio de poder[15]. De acuerdo con las premisas del realismo político, puede existir una cooperación sostenible y mutuamente beneficiosa cuando existe un equilibrio de dependencia y un consenso para preservar *el statu quo.* Cuando el equilibrio de poder se ve alterado por guerras, innovación tecnológica o un colapso estatal, ese desequilibrio se expandirá, ya que los Estados no se ponen límites a sí mismos. Sin embargo, el sistema internacional gravita de forma natural hacia el equilibrio a medida que los impulsos expansionistas del Estado irrestricto son equilibrados colectivamente por el resto de grandes potencias.

De modo similar, la geoeconomía o el neomercantilismo crean un

incentivo para restablecer un equilibrio de dependencia. Una potencia hegemónica económica convierte la dependencia económica en poder político, lo que incentiva a otros Estados a reducir la dependencia económica respecto a dicha potencia, aumentando la autosuficiencia y diversificando la conectividad económica. El neomercantilismo (o geoeconomía) defensivo «significaba sacudirse la dependencia comercial del extranjero, que cada vez era más opresiva»[16]. Posteriormente, el neomercantilismo se ha considerado benévolo o defensivo cuando el proteccionismo se utilizaba para defender la soberanía política, la fuerza de trabajo o la fuerza del Estado del bienestar[17]. Los Estados más débiles de una díada intentan reducir la dependencia económica, aunque la autarquía tiene sus limitaciones, ya que una excesiva autosuficiencia reduce la prosperidad y el poder. Así pues, la solución es la autosuficiencia en industrias estratégicas y la diversificación de las alianzas económicas para evitar una dependencia excesiva de un solo Estado o región. En consecuencia, el sistema internacional tiende hacia un equilibrio de dependencia.

El derecho internacional puede existir cuando hay un equilibrio de poder, ya que esto incentiva a los Estados a aceptar limitaciones en política exterior a cambio de reciprocidad y, por tanto, previsibilidad. En cambio, bajo una potencia hegemónica, existe un incentivo para que esta abandone las restricciones mutuas y en su lugar imponga reglas y normas que apoyen una desigualdad soberana. List reconoció que era necesario un equilibrio de dependencia para que el sistema internacional resultara armonioso:

> El objetivo último y más elevado de una política racional es [...] la unión de todas las naciones bajo un derecho común, un objetivo que sólo puede alcanzarse mediante la mayor igualación posible de las naciones más importantes de la Tierra en cuanto a civilización, prosperidad, industria y poder, mediante la conversión de las antipatías y conflictos que ahora existen entre ellas en simpatía y armonía[18].

Equilibrio de poder versus alianzas permanentes

Los acuerdos de seguridad colectiva destinados a preservar un

equilibrio de poder se han mostrado vulnerables a los sistemas de alianzas. La historia demuestra que las alianzas en tiempos de paz suponen un desafío a la lealtad para con el acuerdo de seguridad colectiva inclusivo. Por ejemplo, los esfuerzos de Bismarck por desarrollar alianzas en tiempos de paz contra Francia a finales del siglo XIX socavaron el Concierto de Europa, preservador del equilibrio de poder.

El equilibrio de poder en el sistema internacional reproduce la función de pesos y contrapesos de la política nacional. La Constitución de EEUU se creó centrada en esos pesos y contrapesos que garantizasen que la concentración de poder no corrompería ni vaciaría sus instituciones[19]. Se pretende que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial se equilibren entre sí; incluso dentro del poder legislativo, las dos cámaras pueden compensarse recíprocamente. Se parte de la base de que, si un poder gana pasando por encima de los demás, todos pierden. Del mismo modo, como los Estados no se limitan a sí mismos, es probable que una hegemonía se extralimite y agote así tanto la legitimidad para gobernar en el sistema internacional como los recursos que gasta para permitirlo. Así pues, un equilibrio de poder presenta frenos y contrapesos para impedir la aparición de una potencia hegemónica, lo que también hace necesarias la cooperación y el multilateralismo, ya que ningún Estado o región puede actuar unilateralmente.

El equilibrio de poder es un componente crucial de la diplomacia y los tratados armamentísticos modernos, cuyo objetivo es garantizar que ningún país o grupo de países pueda obtener una ventaja excesiva y dominar. Un principio fundamental de dichos tratados es un desarme proporcional que garantice que el equilibrio de poder no se rompa. Por ejemplo, el Tratado Naval de Washington de 1922, también conocido como Tratado de las Cinco Potencias, acordó prevenir una carrera armamentística limitando la construcción naval. Los Gobiernos de Estados Unidos, Reino Unido, Italia, Francia y Japón acordaron una reducción proporcional de su potencial militar para evitar una carrera armamentística sin alterar el equilibrio de poder.

Un equilibrio de poder multipolar también fomenta la innovación,

ya que cada centro de poder debe competir para desarrollar nuevas tecnologías y soluciones innovadoras para los problemas y la gobernanza. En la antigua Grecia, la competencia entre las ciudades-Estado fue la fuente de una variedad de ideas y de una vitalidad que elevó la civilización griega. Las ciudades-Estado griegas se mostraban reacias a integrarse e ir en pos de un universalismo, puesto que eso supondría perder la diversidad filosofíca, de saber y liderazgo que incentivaba la experimentación y el avance.

Rara vez se alcanza un equilibrio de poder entre dos Estados aislados. La teoría de las alianzas se desarrolló en gran medida en el contexto de la teoría del equilibrio de poder, planteando que dos o más Estados se aliarían contra otro para poner límite a posibles ambiciones expansionistas o hegemónicas. Las alianzas pueden tener un efecto positivo en lo tocante al restablecimiento del equilibrio, aunque aquellas que sobrepasan su propósito pueden causar perturbaciones en el equilibrio de poder y, por tanto, en la estabilidad internacional al perseguir una hegemonía colectiva. La capacidad de los Estados para actuar de acuerdo con la lógica del equilibrio de poder se ve socavada cuando se priorizan las lealtades a las alianzas militares frente al objetivo superior de preservar un equilibrio.

El primer ministro británico lord Palmerston hizo una célebre declaración: «No tenemos aliados permanentes, no tenemos enemigos permanentes, sólo tenemos intereses permanentes». Este sentimiento ha sido repetido desde entonces por Henry Kissinger y otros realistas que suscriben la premisa de que las alianzas son un medio para un fin, con un equilibrio de poder como condición para la estabilidad. Morgenthau opinaba que el papel del equilibrador consistía en preservar la paz garantizando que el equilibrio no se viera alterado: «El equilibrador no se identifica permanentemente con la política de una nación o grupo de naciones. Su único objetivo dentro del sistema es mantener el equilibrio, con independencia de las políticas concretas a las que el equilibrio sirva»[20]. Al abogar para Estados Unidos por un papel equilibrador después de la Guerra Fría, Buzan recomendaba una estrategia de «potencia oscilante» en la que Estados Unidos debía estar «comprometido con varias

regiones, pero sin vincularse de modo permanente a ninguna de ellas»[21].

El pragmatismo de preservar el equilibrio de poder puede parecer primario, ya que se basa en la neutralidad ideológica. La racionalidad se define como actuar de acuerdo con la lógica del equilibrio de poder para maximizar la seguridad; esto requiere que los Estados se ajusten a los cambios en la distribución del poder. Kissinger argumentó más tarde que «[l]a Paz de Westfalia no impuso un acuerdo específico de alianzas ni una estructura política europea permanente»[22].

Las alianzas pragmáticas están diseñadas para la estabilidad manteniendo el equilibrio, mientras que las alianzas permanentes pueden distorsionar el equilibrio de poder. Las alianzas incentivan la creación de contraalianzas para restablecer la armonía, y la consecuencia son menos entidades de poder pero más grandes que no tienen la flexibilidad necesaria para restablecer un equilibrio de poder. Booth y Wheeler se refieren a la «paradoja de Mitrany», según la cual la constitución de nuevas superpotencias institucionales para impulsar la paz da como resultado un menor número de entidades de poder, más grandes y menos compatibles[23]. John Herz también advirtió que las alianzas militares podrían sustituir el derecho de un Estado a hacer la guerra por el deber de hacerla[24].

Hay que distinguir entre instituciones inclusivas y exclusivas. Las instituciones de seguridad inclusivas tienden a desarrollar una seguridad *con* otros Estados miembros, mientras que las instituciones de seguridad exclusivas suelen pretender una seguridad *frente a* Estados no miembros. Mientras que las alianzas contrarrestan a unos adversarios comunes, una comunidad de seguridad está comprometida con un cambio pacífico adelantándose a las disputas entre Estados miembros[25].

Multipolaridad y número de grandes potencias

El número de Estados en el sistema internacional afecta en gran medida a la capacidad para preservar el equilibrio de poder. Un

mayor número de grandes potencias en el sistema internacional permite una mayor flexibilidad para reequilibrar el sistema y disuadir de cualquier ambición hegemónica.

Desde la Paz de Westfalia, el número de Estados con un poder más o menos igual se ha reducido drásticamente. La disminución de las grandes potencias, según Morgenthau, ha «privado al equilibrio de poder de gran parte de su flexibilidad e incertidumbre y, en consecuencia, de su efecto restrictivo sobre las naciones que participan activamente en la lucha por el mismo»[26].

Tras las guerras napoleónicas, sólo quedaban ocho grandes potencias: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria, Prusia, España, Portugal y Suecia. Al final de la Segunda Guerra Mundial, sólo había dos, que organizaron el sistema internacional conforme a una lógica de suma cero, con la perspectiva de tener la hegemonía al alcance de la mano si se lograba derrotar al adversario. En un sistema internacional de tres o más grandes potencias, las partes en conflicto deben aceptar más restricciones, ya que la agresión y el expansionismo se castigan con un reajuste.

Si la confrontación entre el Estado A y el Estado B puede dejar al Estado C como vencedor en términos de poder relativo, no hay motivos para el conflicto. La bipolaridad incentiva una lógica de suma cero, ya que la pérdida de una parte será la ganancia de la otra. Así, el general Charles de Gaulle advirtió en julio de 1946 que el equilibrio de poder no funcionaría en una distribución bipolar del poder:

> Cierto que, con respecto a lo que era antes de estos treinta años de guerra, la faz del mundo ha cambiado en todos los sentidos. Hace un tercio de siglo vivíamos en un universo en el que seis u ocho grandes naciones, aparentemente iguales en cuanto a fuerza, cada una de ellas asociándose con otras mediante sutiles y diferentes iniciativas, lograban establecer un equilibrio general en el que las menos poderosas se encontraban con unas garantías relativas y se reconocía el derecho internacional, ya que un infractor se habría enfrentado a una coalición de intereses morales o materiales, y en el que, en última instancia, la estrategia concebida y preparada con vistas a futuros conflictos sólo implicaba una destrucción rápida y limitada[27].

Charles de Gaulle imaginó que Francia o una Europa unida bajo liderazgo francés desempeñarían el papel de tercer centro de poder para mantener el equilibrio y así imponer mayores restricciones y frenar los impulsos expansionistas de Estados Unidos y la Unión Soviética:

> ¿Quién podrá restablecer el equilibrio si no el viejo mundo entre los dos nuevos? La vieja Europa, que durante tantos siglos fue la guía del universo, está en condiciones de constituir, en el corazón de un mundo que tiende a dividirse en dos, el factor necesario de compensación y entendimiento[28].

El fracaso a la hora de asumir un papel independiente convirtió a Europa en vasallo de Estados Unidos, algo de lo que el presidente francés Emmanuel Macron se lamentaría más de 75 años después. Tras la Guerra Fría, Europa se enfrentó de forma similar al dilema de buscar una paridad con Estados Unidos, en una apuesta por la hegemonía colectiva de Occidente, o desarrollar un papel autónomo en un sistema multipolar. Rusia esperaba que la UE fuera un centro de poder independiente y representara al «buen Occidente», capaz de dar cabida a Rusia y a otros centros de poder. Sin embargo, la UE acabó optando por la hegemonía colectiva con Estados Unidos alineándose con la OTAN, principal institución al servicio de la proyección de la hegemonía estadounidense en Europa. Este pretendido sistema unipolar sólo puede sostenerse impidiendo el ascenso de otros centros de poder, lo que supone una vuelta a la lógica de suma cero de la Guerra Fría.

La política del orden en una anarquía internacional

El término *anarquía internacional* hacer referencia a la ausencia de una autoridad centralizada o superior en el sistema internacional que pueda regular el comportamiento de los Estados. La Paz de Westfalia puso fin a la anarquía dentro de las fronteras del Estado, al erradicar el solapamiento de soberanías y establecer un soberano supremo que monopolizaba el uso de la violencia. No obstante, el sistema internacional quedó definido por una anarquía internacional debido a la ausencia de un gobierno mundial que ejerciera el monopolio del

uso de la fuerza. En consecuencia, cada Estado debe garantizar su propia seguridad y supervivencia mediante alianzas y desarrollando su potencial militar. La anarquía internacional resultante es la fuente de los conflictos. En un esfuerzo por establecer un orden en esa anarquía, los Estados intentan desarrollar unas reglas del juego que sean aceptables globalmente: un orden mundial.

La anarquía internacional crea un dilema de seguridad en la medida en que los Estados pueden, bien reducir su poder militar y ser vulnerables a agresiones extranjeras, bien aumentar dicho poder y socavar así la seguridad de otros Estados, obligándoles a reforzar igualmente sus ejércitos. En consecuencia, se produce una paradoja securitaria, ya que las intenciones defensivas de los Estados les empujan al conflicto[29]. Mitigar este dilema requiere soluciones que también mejoren la seguridad de los oponentes. La resolución de conflictos para garantizar una paz duradera requiere, por tanto, que el bando perdedor quedé protegido de represalias.

En 1651, tres años después de la Paz de Westfalia, Thomas Hobbes publicó *Leviatán,* que sentó las bases de la teoría realista. En él sostenía que la condición natural o estado de naturaleza era la guerra de todos contra todos, en la que los hombres acumulaban poder y armas para luchar entre sí por la supervivencia. Un gobierno fuerte que monopolizara el uso de la fuerza era, pues, un mal necesario para acabar con la anarquía. Sin embargo, en el ámbito internacional no había un soberano superior, por lo que el estado de naturaleza era el de una guerra sin fin.

La teoría neorrealista parte de las premisas básicas de Hobbes, quien sugiere que los Estados no se constriñen a sí mismos. La limitación y, por tanto, la paz dependen de un equilibrio de poder en tanto los Estados deben contrapesarse entre sí. En tal contexto, se pueden desarrollar normas y leyes internacionales, ya que los Estados así equilibrados están dispuestos a poner límites a su política exterior a cambio de reciprocidad y, por tanto, previsibilidad. La perdurabilidad del derecho internacional, por tanto, se basa en la distribución internacional del poder y se atiene al principio de igualdad soberana.

John Locke presentó una teoría liberal sobre la naturaleza y la

sociedad humanas como alternativa a las premisas teóricas de Thomas Hobbes. Aceptando que la naturaleza humana se define por la tolerancia y la razón, Locke se mostraba más optimista sobre la posibilidad de alcanzar la paz mediante el aumento de las libertades humanas. Su teoría del contrato social supone que la soberanía deriva de la voluntad popular, con la que se otorga al gobierno autoridad y legitimidad en la medida en que protege los derechos del pueblo. Si el gobierno rompe el contrato social violando los derechos naturales, se revoca la legitimidad de la autoridad del Estado. Locke ha sido considerado el padre de la teoría liberal, según la cual la anarquía internacional puede mitigarse o superarse fomentando unos valores liberales, interdependencia y unas normas comunes de gobernanza.

La paz perpetua de Immanuel Kant, de 1795, reflejaba los ideales liberales de las revoluciones estadounidense y francesa, que consideraban el orden mundial en función del vínculo entre todas las personas de una comunidad humana. Los intereses de la humanidad son en gran medida comunes y universales; esto se aleja drásticamente de la naturaleza de suma cero de las relaciones entre Estados. Las ideas de Kant sentaron las bases de la teoría de la paz democrática, que parte de la premisa de que las democracias no entran en guerra entre sí, lo que sugiere que la seguridad puede fomentarse como un juego de suma positiva mediante la búsqueda de valores liberales comunes y de una buena gobernanza. Considera que la existencia de instituciones internacionales de justicia es un indicador de un orden mundial[30].

La teoría de las relaciones internacionales se basa en gran medida en las premisas contrapuestas de Hobbes y Locke sobre la naturaleza humana y el Estado. La anarquía internacional le sirve de punto de partida, exponiendo supuestos contrarios sobre la naturaleza humana y por qué los Estados actúan como lo hacen. La teoría liberal aspira a superar la anarquía internacional de las relaciones internacionales, mientras que la realista advierte del peligro de ignorar la anarquía internacional y el realismo de las relaciones internacionales. Presupone que la anarquía internacional puede atenuarse con el desarrollo de la democracia, instituciones

internacionales y el derecho internacional para exteriorizar la naturaleza benévola del ser humano.

La teoría realista considera que la naturaleza humana es intrínsecamente interesada y competitiva, y que preservar el equilibrio de poder es la principal prioridad para garantizar que los Estados se vean limitados. Aunque tanto los estudiosos liberales como los realistas consideran positiva la promoción de las libertades humanas, los segundos advierten de que las ilusiones idealistas sobre la posibilidad de trascender la lógica del equilibrio de poder complican la primacía del poder y, por tanto, provocan políticas extremadamente destructivas.

Orden versus justicia

El orden se manifiesta como soberanía y equilibrio de poder, mientras que la justicia alude a las ideas morales sobre el modo en que está organizado el mundo. El orden tiende a favorecer y a verse limitado por el *statu quo,* y la justicia remite a un progreso que requiere reajustes. El nexo orden-justicia esboza los ideales opuestos pero mutuamente dependientes de ambos. Sin orden no puede haber justicia y, en ausencia de justicia, no puede haber orden. Así, las ideologías que favorecen el avance de las libertades humanas son muy críticas con el absolutismo soberano y el pragmatismo de preservar un equilibrio de poder para poner límites a los Estados.

Las definiciones de orden mundial difieren en cuanto a la expectativa de ofrecer una mayor justicia. El orden debe abordar inevitablemente la justicia, ya que ambos conceptos están íntimamente relacionados. Por un lado, el primero puede considerarse un requisito previo para la segunda: una sociedad que carece de orden puede ser incapaz de establecer y hacer cumplir las normas y, por tanto, no impartir justicia. Por otro, los sistemas concebidos para mantener un orden total suprimiendo libertades humanas básicas terminan por anquilosarse y contribuyen a la ruptura del orden.

Partiendo de la base de que la justicia es necesaria para el orden, las consideraciones normativas son imperativas para la legitimidad

de un orden mundial. Mendlovitz y Weiss sostienen que una «investigación sobre el orden mundial implica el uso de utopías relevantes que culminan en la afirmación del mundo favorito del investigador»[31]. Por tanto, un orden mundial debe aspirar a «reducir significativamente la probabilidad de violencia internacional y crear unas condiciones mínimamente aceptables a nivel mundial de bienestar económico, justicia social, estabilidad ecológica y participación en los procesos de toma de decisiones»[32].

Las premisas teóricas contrapuestas sobre cómo funciona el mundo han creado una concepción realista frente a una liberal del orden mundial, que entran en conflicto en cuanto a lo que debe priorizarse:

> El término «orden mundial» se utiliza de dos formas muy distintas en los análisis de política mundial. Los realistas, en la tradición de Richard Nixon y Henry Kissinger, consideran que la política internacional se desarrolla entre Estados soberanos que contrapesan entre sí sus respectivos poderes. El orden mundial es el resultado de una distribución estable del poder entre los principales Estados. Los liberales, en la tradición de Woodrow Wilson y Jimmy Carter, abordan las relaciones entre los pueblos y los Estados. Consideran que el orden surge de valores generales como la democracia y los derechos humanos, así como del derecho internacional y de instituciones como las Naciones Unidas[33].

Las premisas teóricas enfrentadas también producen perspectivas contrapuestas sobre el ascenso de los actores no estatales como nueva fuente de poder y autoridad. Las premisas realistas asumen que el orden depende de la preservación de la soberanía del Estado como fundamento del orden westfaliano, mientras que la teoría liberal espera que la limitación del poder del Estado pueda reducir en el sistema internacional la competencia por un poder de suma cero.

La teoría liberal supone que la aparición de actores no estatales como las instituciones internacionales, las corporaciones multinacionales y la sociedad civil internacional ha creado un orden mundial más benévolo a medida que el sistema internacional resulta menos estatocéntrico. Según el punto de vista realista, menos poder para el Estado puede implicar menos protección para las personas,

ya que las instituciones internacionales pueden socavar la soberanía del Estado, que representa los intereses nacionales de sus habitantes. Por ejemplo, las corporaciones con ánimo de lucro se han convertido en multinacionales con capacidad para soslayar los intereses y la regulación nacionales, y organizaciones de la sociedad civil pueden empoderar a una minoría ruidosa frente a una mayoría silenciosa, o incluso ser manipuladas por potencias extranjeras. El concepto realista de un Estado racional implica maximizar la seguridad movilizando sus recursos para actuar de acuerdo con la lógica del equilibrio de poder. Ceder este a actores no estatales impide luego que el Estado actúe racionalmente, es decir, de acuerdo con sus intereses. Además, permite a los Estados rivales ampliar su influencia, al ejercer su ascendiente sobre instituciones internacionales, corporaciones multinacionales y organizaciones de la sociedad civil.

La justicia se asocia, por lo general, con la cuestión de las libertades humanas, que pueden promoverse de tal modo que acaben socavando la soberanía del Estado. En diciembre de 1948, Moscú se abstuvo cuando los miembros de la ONU firmaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos; temía que Occidente los utilizara como arma para interferir en los asuntos internos de la Unión Soviética con el fin de debilitarla. Sin embargo, Moscú seguía citando la Declaración Universal de los Derechos Humanos para sermonear a Estados Unidos sobre el trato a la minoría afroamericana y otros abusos de los mencionados derechos. En tiempos más recientes, Estados Unidos ha expresado de manera similar su apoyo a la Corte Internacional de Justicia (CIJ) para detener a criminales de guerra de Estados rivales, aunque no ha firmado la Carta e incluso ha amenazado con invadir La Haya, en Holanda, para liberar a cualquier estadounidense que pudiera ser detenido. Así pues, el orden mundial está fuertemente comprometido en la preservación de la propia soberanía, pero procurando la justicia en otros Estados.

La seguridad humana, en la que el individuo es el objeto referente que hay que proteger, implica proporcionar a los individuos protección frente a la amenaza planteada por acciones emprendidas

por su propio gobierno. Elevar la seguridad humana hasta el punto de socavar la soberanía estatal es, por tanto, un llamamiento a mejorar la justicia a expensas del orden. El concepto de seguridad humana supone un desafío a la soberanía como pilar básico del orden mundial, al cuestionar el monopolio estatal del uso de la violencia dentro de sus propias fronteras. Un argumento clave de la seguridad humana es, de nuevo, que sin justicia no puede haber orden. Pero el dilema es el siguiente: mientras que los Estados africanos sostenían que el *apartheid* en Sudáfrica era injusto por la forma en que ponía en peligro el orden de la región, recientemente muchos de ellos han expresado sus recelos ante el «derechohumanismo», conceptualizado como un instrumento de poder occidental para legitimar otra misión civilizadora en su continente.

Además, los Estados occidentales intentan monopolizar el derecho a suspender la soberanía en defensa de otros pueblos, pues admiten que el orden que actualmente les favorece se desmoronaría rápidamente si países como China o Rusia pudieran defender también a chinos o rusos étnicos en Estados vecinos o la soberanía de otros pueblos en cualquier parte del mundo. Por tanto, el apoyo de Occidente a la seguridad humana está, en gran medida, condicionado por su hegemonía, para garantizar que siga siendo prerrogativa exclusiva suya. La seguridad humana puede ser una aspiración genuina o un instrumento guiado por intereses de poder, y, en el peor de los casos, se pueden instigar crisis humanitarias para invitar a realizar intervenciones militares en interés propio.

Se puede armonizar un orden mundial más justo con la soberanía estatal si se produce en el marco de una institución internacional integradora, principalmente la ONU como árbitro del derecho internacional. La ONU introdujo el concepto de «Responsabilidad de Proteger» (R2P) a principios de la década de 2000, presentando la soberanía como un derecho y como una responsabilidad. Si el Estado no cumple con la responsabilidad de defender los derechos humanos de su pueblo, la comunidad internacional podría suspender temporalmente su soberanía. Se propuso que la R2P representara un equilibrio entre orden y justicia, ya que las intervenciones

humanitarias deben ser autorizadas por el Consejo de Seguridad de la ONU para garantizar que no se abusa de la práctica y que esta no erosiona el orden. Sin embargo, la R2P se aplicó contra países como Libia al servicio de intereses estratégicos occidentales, provocando un gran caos, no sólo en el Estado al que iba dirigida, sino también en los vecinos. Los Estados occidentales reclaman el derecho a dejar a la ONU al margen ante la «amenaza» de un veto ruso o chino. Se trata de una reivindicación en nombre de una mayor justicia, aunque lo que hace es desbaratar los cimientos del orden existente.

El debate acerca de eliminar el veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU es asimismo una propuesta para recalibrar el equilibrio entre orden y justicia. Se suele argumentar que el veto de dichos miembros es injusto y debe suspenderse, aunque fue lo que permitió que la ONU se convirtiera en una institución estable y duradera capaz de proporcionar orden, ya que reflejaba la distribución internacional del poder entonces existente. Los Estados más poderosos del sistema internacional contaban con poderes especiales en el Consejo de Seguridad de la ONU, lo que les garantizaba un incentivo para preservar la autoridad de esta organización. Propugnar una ONU más justa anulando los privilegios de las grandes potencias en el Consejo de Seguridad reduciría su valor para estas últimas y las haría más dependientes del poder coercitivo para defender sus intereses securitarios. Con la consiguiente ausencia de orden, tampoco habría justicia.

Universalismo, moral y excepcionalismo

Un orden mundial incluye un conjunto de valores y una moral que deben asumirse como condición para formar parte de la comunidad de Estados soberanos. Desde la Paz de Westfalia, estos valores han sido definidos y dictados en gran medida por Occidente y, en consecuencia, el mundo no occidental no siempre ha reunido las condiciones necesarias para gozar de plena soberanía.

La adhesión a unos valores determina la medida en que se puede considerar «civilizados» a los Estados, lo que, a lo largo de la historia, ha estado condicionado por la religión, la cultura, la

ilustración, el laicismo, el constitucionalismo, la democratización, la industrialización, el grado de desarrollo y la forma de gobierno. El occidentalocentrismo creó una fuerte división «nosotros» contra «ellos», hasta el punto de alimentar un sentimiento de excepcionalismo. En una relación entre un superior y un inferior, el primero puede establecer las condiciones de representación y pertenencia a la comunidad de Estados soberanos:

> A medida que crecía el sentimiento del carácter específicamente europeo de la sociedad de Estados, también lo hacía el de su diferenciación cultural respecto a lo que quedaba fuera: el sentimiento de que las potencias europeas, en sus relaciones mutuas, estaban obligadas por un código de conducta que no se les aplicaba en sus relaciones con otras sociedades menores[34].

Las ideologías que aspiran a encumbrar la humanidad e introducir una mayor moralidad en el orden mundial son vulnerables a un orden que se desmorona. Cuando se asume que la anarquía internacional puede trascenderse con lo que se cree que son valores universales, es habitual exteriorizar el mal encontrando las fuentes del mismo sólo en el «otro». Esto menoscaba el principio del equilibrio de poder, según el cual todas las personas y Estados deben estar limitados y contrapesados, como condición fundamental para la paz de acuerdo con la teoría realista. Las fuentes de la paz en la naturaleza humana y los Estados suelen atribuirse a características privativas de uno, elevando moralmente lo propio por encima del resto debido a la presunta superioridad de la propia raza, cultura, religión, valores o forma de gobierno.

Las consideraciones prácticas y el compromiso son importantes para el éxito de una diplomacia encaminada a lograr estabilidad y paz. El idealismo puede generar un sentimiento de superioridad moral y de soberbia que puede dañar las relaciones diplomáticas. La convicción de una bondad propia e inherente puede manifestarse en «cruzadas morales» y en un «universalismo nacionalista» destructivos[35]. La premisa de que las características internas de ciertos pueblos y Estados determinan su proclividad a la paz o a la guerra implica que la paz no se consigue mediante limitaciones mutuas. Más bien, la paz requiere que los virtuosos civilicen o

conviertan al «otro» a la fe, los valores, la raza o la forma de gobierno correctos. Si esto falla, la alternativa es contener o derrotar al otro.

Si se reconoce que el mundo está dividido por intereses contrapuestos, entonces la paz se crea poniéndose en el lugar del adversario y buscando el compromiso. Sin embargo, si los conflictos se definen por valores buenos frente a valores malos, entonces la empatía y el compromiso acaban equivaliendo a contemporizar y traicionar los valores sagrados que pueden garantizar la paz. Morgenthau alertó contra el lado oscuro de los ideales y valores universales:

> El código moral de una nación lanza con fervor mesiánico el desafío de su reivindicación universal a la cara de otra, que le corresponde. El compromiso, virtud de la vieja diplomacia, en la nueva se convierte en traición, ya que la adaptación mutua a las reivindicaciones en conflicto, posibles o legítimas dentro de un marco común de normas morales, pasa a ser renuncia o rendición cuando lo que está en juego son las propias normas morales. Así pues, el escenario está preparado para una contienda entre naciones en la que lo que está en juego ya no es su posición relativa dentro de un sistema político y moral aceptado por todos, sino la capacidad de imponer a los demás contendientes un nuevo sistema político y moral universal recreado a imagen de las convicciones políticas y morales de la nación victoriosa[36].

El sistema internacional se vuelve más peligroso en un contexto de «puro conflicto», cuando la posibilidad de compromiso está ausente y el ganador se lo lleva todo[37]. Las ideologías son vulnerables al extremismo, ya que la promesa de una paz perpetua como fin puede legitimar el recurso a medios violentos y sin concesiones:

> La diplomacia idealista se desliza con demasiada frecuencia hacia el fanatismo; divide a los Estados en buenos y malos, en amantes de la paz y belicosos. Concibe una paz permanente mediante el castigo de los segundos y el triunfo de los primeros. El idealista, creyendo haber roto con la política del poder, amplifica los crímenes de esta última[38].

En la naturaleza humana, el impulso a introducir orden en el caos crea una proclividad a abrazar ideologías de carácter

internacionalista que pretenden superar la anarquía internacional. El internacionalismo idealista prevé que la adopción de ideales universales que promuevan la libertad humana superará la anarquía del sistema internacional, sustituyendo así al sistema westfaliano de Estados soberanos sometidos a un equilibrio de poder. Al vincular un ideal a una entidad de poder, el idealismo político puede aspirar a la hegemonía como revisión directa del orden mundial. Paradójicamente, el idealismo también puede fomentar el recurso a medios violentos si presupone que la diferencia entre el actual mundo imperfecto y la paz perpetua puede subsanarse acabando con un adversario. La promesa de paz perpetua justifica la guerra perpetua.

El cosmopolitismo y el universalismo se definen en gran medida por la declaración de Sócrates de que era ciudadano del mundo. Este sentimiento representa unos genuinos ideales benéficos sobre la humanidad compartida y una aspiración a hacer del planeta entero una gran comunidad. Sin embargo, estos mismos ideales sustentaban la «fraternidad del hombre» y la «unidad de la humanidad» de Alejandro Magno cuando expandió su imperio hacia Oriente. El universalismo suele ir acompañado de la promesa de unificar a todos los pueblos bajo una fe, unas normas o unos valores comunes para elevar el orden mundial más allá de la mera política del poder. El universalismo también ofrece un potente argumento contra el relativismo moral, cultural o civilizatorio, ya que se puede argumentar objetivamente que algunos valores y normas son superiores a otros. No obstante, puede asimismo utilizarse para la política del poder, invitando a dominar a los demás.

El duradero atractivo de la hegemonía

A lo largo de los últimos siglos, ha habido varios intentos revisionistas de alterar los cimientos del orden mundial abandonando el equilibrio de poder entre iguales soberanos para sustituirlo por la hegemonía, cuyo atractivo radica en proponer la superación de la anarquía internacional causada por la ausencia de una autoridad superior. Con un centro de poder que promueva valores universales,

se cree que es posible restaurar otra *Pax Romana,* ese periodo de 200 años de la historia de Roma que se considera una edad de oro. Bajo su hegemonía, los romanos establecieron en su parte del mundo una paz relativa y prosperidad.

Los aspirantes a potencia hegemónica buscan acabar con el equilibrio de poder, lo que suele ir acompañado de un deseo de mitigar la anarquía internacional y avanzar en un ideal de libertad humana. La teoría de la estabilidad hegemónica postula que la existencia de una potencia global dominante puede atenuar la anarquía internacional[39]. Una potencia hegemónica benéfica puede conceptualizarse como un administrador competente del sistema internacional que proporciona servicios públicos como seguridad, comercio y estabilidad monetaria. La mera presencia de la potencia hegemónica puede mitigar la anarquía internacional y disuadir la rivalidad entre grandes potencias. Además, al ser una fuerza para el bien, no es cuestionada. Por ello, Kissinger argumentaba lo siguiente:

> Los imperios no tienen interés en operar dentro de un sistema internacional; aspiran a ser el sistema internacional. Los imperios no necesitan un equilibrio de poder. Así es como Estados Unidos ha llevado a cabo su política exterior en América, y China en Asia durante la mayor parte de su historia[40].

Las aspiraciones hegemónicas suelen coexistir con y estar legitimadas por ideologías que prometen aumentar las libertades humanas. La hegemonía requiere tanto poder como legitimidad, ya que implica una «conjunción o ajuste coherente entre una configuración de poder material, una imagen colectiva predominante del orden mundial (incluidas ciertas normas) y un conjunto de instituciones que administran el orden con cierta apariencia de universalidad»[41].

El idealismo y la teoría liberal hacen hincapié en la importancia de los valores y principios para configurar el comportamiento humano y el sistema internacional. El idealismo puede inspirar progreso y un cambio positivo, aunque también puede socavar el equilibrio de poder. Durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) en Europa, los distintos ejércitos aspiraban a la hegemonía basándose en la idea

de que su moral y su universalismo debían imponerse en todo el continente. La consecuencia fue una guerra total.

La hegemonía se caracteriza por el dominio de las elites gobernantes mediante una combinación de coerción y consenso. La hegemonía «se manifiesta de dos maneras, como "dominación" y como "liderazgo intelectual y moral"»[42]. Cuando los esclavos interiorizan y aceptan su papel subordinado en la sociedad, la potencia hegemónica puede confiar en el consenso en lugar de en la coerción. El discurso hegemónico normaliza las relaciones de poder hegemónicas entre el amo y el esclavo, o entre el Estado ilustrado y el Estado incivilizado, ya que el consentimiento de los incivilizados reduce la dependencia de la coerción. La potencia hegemónica consigue que se consienta su dominio presentándolo como algo que está al servicio de unos ideales universales para todos los pueblos[43].

En un orden internacional basado en unos ideales universales, el Estado inferior debe aceptar una relación sujeto-objeto en calidad de alumno civilizatorio o ser considerado una amenaza bárbara para la civilización que debe ser contenida o derrotada. En cualquier caso, el Estado inferior no obtiene un sitio en la mesa. Y como dice el refrán, si no tienes un sitio en la mesa, lo más probable es que estés en el menú.

Las hegemonías liberales alaban el gobierno hegemónico como otra *Pax Romana* estable y pintan un oscuro panorama en cuanto a las posibles alternativas. Aunque la hegemonía puede mitigar la anarquía del sistema internacional y los conflictos subsiguientes, su preservación exige acabar con el poder rival. Por tanto, un sistema internacional hegemónico gravita de forma natural hacia un equilibrio westfaliano a medida que los demás Estados del sistema tratan de equilibrar a la potencia hegemónica. Desde el punto de vista económico, la aparición de la multipolaridad debilita el liberalismo económico, ya que las potencias emergentes buscan autonomía económica, mientras que la potencia hegemónica recurrirá cada vez más a la coerción económica.

En un equilibrio de poder, los Estados deben ser prudentes y establecer prioridades racionales para sobrevivir, mientras que un

Estado dominante es vulnerable a la arrogancia y a los delirios sobre su propia superioridad y carácter invencible. Mientras los costes de los errores que comete puedan absorberse, la potencia hegemónica se sobredimensiona progresivamente a medida que los costes de sus desmanes se acumulan y crecen hasta llegar a un punto de ruptura. Los recursos se transfieren del centro a la periferia para preservar el imperio, y los problemas internos no se abordan suficientemente, con lo que la desigualdad económica alimenta la inestabilidad social y política. Por otro lado, los Estados económicamente más débiles están cada vez más dispuestos a soportar las dificultades económicas con tal de dejar de depender de la potencia hegemónica[44]. En el «ciclo vital imperial», los imperios se hacen ricos y poderosos a medida que se expanden y extraen riqueza del resto del mundo, aunque en el proceso contribuyen al desarrollo de nuevos centros de poder que acabarán desafiando su dominio[45].

Cuando las personas nacen en un entorno próspero, tienden a verse privadas del sentido de la necesidad, lo que a menudo tiene como resultado la autocomplacencia. La abundancia también tiende a desacoplar el poder y la autoridad de la competencia, lo que genera entre la gente desconfianza sistémica y antiintelectualismo. El determinismo económico hace del dinero el principal indicador de valor, y la sociedad pasa a estar supeditada a la economía. El nacionalismo y la cultura se degradan, pasando de ser un instrumento de unidad y propósito compartido a una mera herramienta de los poderosos para obtener y prolongar su poder, reclamando el retorno a un pasado glorioso o a un futuro inalcanzable.

En el estudio de las civilizaciones, el «Estado universal» suele asociarse a la decadencia. El «Estado universal» o «imperio universal» denota una supremacía o hegemonía política como la de Roma, en la que el Estado dominante subvierte los esfuerzos de los demás por alcanzar un equilibrio colectivo[46]. En su importante obra sobre las civilizaciones, Quigley observó que, como una estrella, la potencia hegemónica brilla más cuando ya ha empezado a morir:

> Cuando se establece un imperio universal en una civilización, la sociedad entra

en una «edad de oro». Al menos esto es lo que parece en los periodos siguientes. Dicha edad de oro es una época de paz y de relativa prosperidad. La paz surge de la ausencia de cualquier unidad política competidora dentro del ámbito de la propia civilización, y de la lejanía o incluso ausencia de conflictos con otras sociedades externas. La prosperidad es resultado del final de la destrucción generada por las guerras en su propio seno, de la reducción de las barreras comerciales interiores, del establecimiento de un sistema común de pesos, medidas y acuñación de moneda, y de un amplio gasto público asociado al establecimiento de un imperio universal. Pero esta aparente prosperidad es engañosa. La expansión económica real es exigua porque no existe un verdadero instrumento de expansión. Las nuevas invenciones son escasas y falta una inversión económica real [...]. Un periodo de marcada depresión económica, descenso del nivel de vida, guerras civiles entre los diversos intereses creados y un creciente analfabetismo. La sociedad se debilita cada vez más[47].

Conclusión

Comprender las premisas teóricas contrapuestas del orden mundial es imprescindible para evaluar cómo surgió el orden mundial contemporáneo y la dirección en la que probablemente evolucionará. La dicotomía entre hegemonía y equilibrio de poder influye en el grado de organización de la igualdad soberana, los valores universales y la seguridad colectiva. La distribución internacional del poder y de la legitimidad del sistema dicta las normas que rigen las relaciones en la anarquía internacional. Las teorías sobre el orden mundial deben fomentar el pensamiento crítico y la exploración de diferentes perspectivas sobre los asuntos mundiales para fomentar una comprensión más profunda de las relaciones internacionales. Las teorías sobre el orden mundial ayudan a identificar posibles riesgos y oportunidades. No son meros ejercicios académicos; son herramientas esenciales para comprender, afrontar y dar forma a la compleja conectividad social, económica y política.

---

[1] S. Hoffmann, «Report of the Conference on Conditions of World Order: June 2-19, 1965, Villa Serbelloni, Bellagio, Italy», *Daedalus* (1966), p. 456.

[2] H. Bull, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics,* Londres, Bloomsbury Publishing, 2012, p. 20.

[3] R. Asch, *The Thirty Years War: The Holy Roman Empire and Europe 1618-1648,* Londres, Palgrave Macmillan, 1997.

[4] H. Kissinger, *World Order,* Nueva York, Penguin Press, 2014, p. 26.

[5] B. Russett y H. Starr, *World Politics: The Menu for Choice,* San Francisco, Freeman, 1981, p. 47.

[6] Kissinger, *World Order,* cit., p. 27.

[7] J. G. Ruggie, «International regimes, transactions, and change: Embedded liberalism in the postwar economic order», *International Organization* 36, 2 (1982), p. 381.

[8] D. Snidal, «The limits of hegemonic stability theory», *International Organization* 39, 4 (1985).

[9] R. Gilpin, *War and Change in World Politics,* Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 13.

[10] S. P. Huntington, «The Lonely Superpower», Foreign Affairs 87, 2 (1999), pp. 35-49.

[11] Ruggie, *op. cit.,* p. 381.

[12] F. List, *Outlines of American Political Economy, in a Series of Letters,* Filadelfia, Samuel Parker, 1827, p. 30.

[13] A. Hirschman, *National Power and the Structure of Foreign Trade,* Berkeley, Cal., University of California Press, 1945, p. 16.

[14] *Ibid.,* p. 34.

[15] G. Diesen, *Russia's Geoeconomic Strategy for a Greater Eurasia,* Londres, Routledge, 2017.

[16] G. Schmoller, *The Mercantile System and its Historical Significance,* Londres, Macmillan, 1897, p. 76.

[17] B. Buzan, «Economic structure and international security: The limits of the liberal case», *International Organization* 38, 4 (1984), p. 608.

[18] F. List, *The National System of Political Economy*, Londres, Longmans, Green & Company, 1841, p. 96.

[19] H. J. Morgenthau, *Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1948, p. 128.

[20] *Ibid.,* p. 143.

[21] B. Buzan, «The Security Dynamics of a 1+4 World», en E. Aydinli y J. N. Rosenau (eds.), *Globalization, Security, and the Nation State: Paradigms in Transition,* Albany, State University of New York Press, 2005, p. 193.

[22] Kissinger, *Wold Order,* cit., p. 27.

[23] K. Booth y N. J. Wheeler, *The Security Dilemma: Fear, Cooperation and Trust in World Politics,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008, pp. 188-189.

[24] J. H. Herz, «Power politics and world organization», *The American Political Science Review* 36, 6 (1942), pp. 1046-1047.

[25] E. Adler y M. Barnett, *Security Communities,* Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[26] Morgenthau, *Politics among Nations,* cit., p. 271.

[27] *Ibid.,* p. 353.
[28] *Ibid.,* p. 354.
[29] Booth y Wheeler, *The Security Dilemma,* cit.
[30] J. M. Rochester, *International Institutions and World Order: The International System as a Prismatic Polity,* Londres, Sage Publications, 1975.
[31] S. Mendlovitz y T. Weiss, «The Study of Peace and Justice: Toward a Framework for Global Discussion», en L. R. Beres y H. Targ (eds.), *Planning Alternative Future,* Nueva York, Praeger, 1975, p. 157.
[32] *Ibid.*
[33] J. S. Nye, «What new world order?», *Foreign Affairs* 71, 2 (1992), p. 84.
[34] Bull, *The Anarchical Society*, cit., p. 32.
[35] Booth y Wheeler, *The Security Dilemma,* cit., p. 98.
[36] H. J. Morgenthau, *Politics among Nations,* cit., p. 256.
[37] T. C. Schelling, *The Strategy of Conflict,* Londres, Harvard University Press, 1980, p. 3.
[38] R. Aron, *Peace and War: A Theory of International Relations,* Garden City, Doubleday, 1966, p. 584.
[39] C. P. Kindleberger, *The World in Depression, 1929-1939,* Berkeley, Cal., University of California Press, 1986.
[40] H. Kissinger, *Diplomacy,* Nueva York, Touchstone, 1994, p. 21.
[41] R. W. Cox, «Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory», en R.O. Keohane (ed.), *Neorealism and Its Critics,* Nueva York, Columbia University Press, 1986, p. 223.
[42] A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci,* Nueva York, International Publishers, 1971, p. 57.
[43] *Ibid.,* pp. 181-82.
[44] A. Hirschman, «Beyond asymmetry: critical notes on myself as a young man and on some other old friends», *International Organisation* 32, 1 (1978).
[45] J. Rapley y P. Heather, *Why Empires Fall: Rome, America, and the Future of the West,* Dublín, Penguin, 2023.
[46] J. A. Toynbee, *Study of History,* Oxford, Oxford University Press, 1946.
[47] C. Quigley, *The Evolution of Civilisations: A Historical Analysis*, Indianápolis, Liberty Press, 1961, pp. 158-159.

CAPÍTULO II

El auge de un orden mundial occidentalocéntrico

El mundo se fue haciendo cada vez más occidentalocéntrico a partir de principios del siglo XVI, y el orden regional westfaliano europeo de 1648 sentó así las bases del orden mundial. La política europea se definió por las tensiones entre un orden basado en la hegemonía frente a un equilibrio de poder. Mientras que en Europa existía en gran medida un equilibrio de poder entre iguales soberanos, el mundo en general se definía por la hegemonía colectiva de Europa y la consiguiente desigualdad soberana. Desde que el Sistema Continental Napoleónico desafió a Gran Bretaña como potencia marítima, la lucha de poder en el mundo se definió en gran medida por las potencias marítimas que perseguían la hegemonía instigando divisiones entre las potencias continentales. Mientras que el equilibrio de poder fuese coherente con el orden mundial westfaliano, Gran Bretaña, como Estado insular, podía utilizar un equilibrio de poder en la Europa continental para ejercer su dominio.

Gran Bretaña desarrolló una posición hegemónica debido a su ventaja en la Revolución industrial, el control de los mares y el consiguiente poder financiero. La concentración de poder económico en un Estado insular también hizo que Gran Bretaña se inclinara por promover un orden mundial basado en el liberalismo político y económico. El nacionalismo, la democratización y otras ideas y valores universales estaban ligados a –y en cierta medida corrompidos por– la intensa lucha por el poder en Occidente. Estados Unidos acabó sucediendo a Gran Bretaña como Estado insular *de facto* más poderoso y fue capaz de impedir que las potencias terrestres de Europa y Eurasia se unieran y cooperaran con independencia de Estados Unidos. Así pues, el orden mundial evolucionó conforme a las características occidentales.

El auge de Occidente: supremacía militar para establecer imperios

mercantilistas

Puede decirse que el orden mundial occidentalocéntrico comenzó a finales del siglo XV, cuando las potencias marítimas occidentales se hicieron con el control de los corredores de transporte marítimo que conectaban el mundo. En 1492, Colón cruzó el Atlántico y conectó Europa con América. En 1498, Vasco da Gama circunnavegó África y llegó a la India. Los europeos establecieron una red de puestos comerciales y colonias en todo el mundo como base del comercio internacional. Los portugueses crearon el primer imperio de este tipo a principios del siglo XVI abriendo puestos comerciales a lo largo de la costa africana y en la India. Los españoles también establecieron colonias en América Latina, y los holandeses se hicieron poderosos en el Sudeste asiático con el mercantilismo de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

Por tanto, el mundo ya era occidentalocéntrico cuando se estableció un nuevo orden político con la Paz de Westfalia en 1648. Los británicos copiaron el modelo de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y establecieron colonias en todo el mundo, desde la India y Norteamérica hasta África. La Revolución industrial ayudó aún más a los imperios europeos a cimentar su dominio mundial en el siglo XIX.

La diplomacia y la guerra entre las grandes potencias europeas giraban en torno a la búsqueda de la paz y la estabilidad entre los imperios europeos, que, mientras se repartían el resto del planeta en una lucha por el producto mundial frente a otros imperios europeos. La competencia entre los imperios europeos no tenía por qué desembocar en una confrontación directa, ya que, en lugar de ello, competían ampliando su control de los recursos y mercados de ultramar, y colonizando o sustituyendo a las poblaciones indígenas. Se estableció así un formato duradero para el orden mundial, un sistema westfaliano de igualdad soberana entre los Estados occidentales y de hegemonía colectiva con desigualdad soberana para el resto del mundo.

Los cinco siglos de dominio político, económico y civilizatorio de Europa y de Occidente en general se basaron en la superioridad

militar establecida en los siglos XVI y XVII. En gran medida, «el "auge de Occidente" dependía del ejercicio de la fuerza, del hecho de que el equilibrio militar entre los europeos y sus adversarios en ultramar se inclinaba constantemente a favor de los primeros, lo que constituyó la clave del éxito de los occidentales a la hora de crear los primeros imperios verdaderamente globales entre 1500 y 1750»[1]. Mientras que el relato occidental tiende a sugerir que su predominio se debió a sus ideales, el resto del mundo identifica la superioridad militar como la fuente de su poder. En palabras de Huntington:

> Durante cuatrocientos años, las relaciones intercivilizatorias consistieron en la subordinación de otras sociedades a la civilización occidental [...]. La fuente inmediata de la expansión occidental, sin embargo, fue tecnológica: la invención de los medios de navegación oceánica para llegar a pueblos lejanos y el desarrollo de las capacidades militares para conquistar a esos pueblos [...], Occidente ganó el mundo no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a los que se convirtieron pocos miembros de otras civilizaciones), sino por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales suelen olvidar este hecho; los no occidentales nunca lo hacen[2].

La superioridad militar fue decisiva para afirmar el dominio económico, cultural y político y, por tanto, para definir y mantener el orden mundial. En la Europa moderna no logró establecerse una hegemonía incontestable debido, en gran medida, a la configuración geográfica. Las potencias marítimas de Europa occidental podían gastar su energía sobrante y competir indirectamente haciéndose a la mar y estableciendo colonias. Como el sistema europeo no era cerrado, los aspirantes a potencia hegemónica podían ser contrarrestados por potencias marítimas de Occidente o por la potencia terrestre rusa en Oriente, que podían invertir grandes cantidades de recursos en esta lucha[3].

La disputa británico-francesa por la hegemonía

Gran Bretaña y Francia compitieron por la hegemonía en el siglo XVIII y principios del XIX a través de la expansión colonial y el control de los mares. La rivalidad entre ambas culminó en la Guerra de los

Siete Años (1756-1763), en la que las alianzas lideradas por Gran Bretaña y Francia alimentaron un conflicto global, que incluyó el apoyo francés a la secesión estadounidense de Gran Bretaña durante su guerra por la independencia. La monarquía absoluta de Francia, que poco después experimentaría su propia revolución, apoyó la rebelión antimonárquica norteamericana para debilitar a su oponente británico, aunque la rivalidad británico-francesa por la hegemonía continuó hasta 1815 con la derrota de Napoleón.

La introducción del nacionalismo en la Revolución francesa de 1789 amenazó con romper el equilibrio de poder westfaliano al revisar el concepto de soberanía. Mientras que la Paz de Westfalia construyó un sistema basado en el gobierno de príncipes soberanos, el nacionalismo representaba la transición hacia naciones soberanas. Antes de la aparición del nacionalismo, el sistema internacional consistía en gran medida en unos pocos grandes imperios y reinos. Los gobernantes de estas entidades recibían el título de «soberanos», lo que significaba poseer el poder supremo. La Revolución estadounidense y la francesa cambiaron el foco del orden mundial para dirigirlo hacia una mayor justicia, lo que conllevaba un mayor énfasis en el gobierno interno de los Estados a medida que las monarquías eran reemplazadas. A continuación, se reformó el orden mundial focalizado en los derechos de los Estados como entidades soberanas, ya que los «derechos del hombre» se consideraron un principio clave de la justicia.

En los últimos años del siglo XVIII, la Revolución francesa planteó una nueva idea, la de concentrar el poder en la nación como forma de organizar la sociedad y el sistema internacional. Se conservó el principio westfaliano de soberanía, aunque la soberanía (poder supremo) se transfirió del monarca al pueblo. Mientras que los reyes reivindicaban el derecho divino a gobernar por mandato de Dios, la nación obtenía legitimidad de la identidad política común de la colectividad. Esto tuvo un profundo impacto en la gobernanza al introducir la democracia, ya que se consideraba que los dirigentes políticos *representaban* al pueblo. El nacionalismo se convirtió en un impulso para la libertad, toda vez que no otorgaba legitimidad para afirmar la soberanía sobre otros pueblos; por eso el nacionalismo fue

una poderosa fuerza durante la descolonización en el siglo XX.

El nacionalismo también cambió las relaciones entre los Estados, puesto que las naciones se convirtieron en las principales entidades de poder del sistema internacional. Immanuel Kant, un filósofo liberal, creía que la transición de la soberanía de los monarcas al pueblo podía proporcionar una paz perpetua, pues hasta entonces los príncipes habían acumulado el botín de guerra mientras el pueblo pagaba un coste inmenso. La paz perpetua de Kant inspiró así la influyente teoría democrática de la paz, una teoría liberal que sugiere que las democracias no entran en guerra entre sí, ya que están controladas por el pueblo, que no verá en la guerra interés alguno. La perspectiva de liberar a otros pueblos de sus monarcas y crear una paz mundial basada en la fraternidad de las naciones dio lugar a un internacionalismo idealista, que desembocó en las guerras napoleónicas. El nacionalismo también se convirtió en una fuerza a favor de la libertad entre los pueblos colonizados que contribuyó a desmantelar los vastos imperios europeos.

Quienes cuestionaron la supuesta naturaleza pacífica del género humano avisaron de que el nacionalismo también podía ser un instrumento para movilizar a la gente a favor de la guerra. El nacionalismo proporciona una poderosa identidad colectiva que genera una inmensa lealtad, que puede utilizarse para subvertir la racionalidad. Al organizar jerarquicamente las naciones, el nacionalismo puede dar lugar a un primario tribalismo étnico y poner a unas naciones por encima de otras. El instinto humano primordial de dividir a los pueblos en el endogrupo «nosotros» *versus* el exogrupo «ellos» puede ser manipulado por los gobiernos apelando al nacionalismo. Presentar la relación endogrupo/exogrupo como amigos *versus* enemigos sienta las bases de la violencia de masas y la guerra, y el fascismo tiene su origen en la radicalización del «nosotros» frente al «ellos»[4]. La nación crea inevitablemente un poderoso pensamiento grupal, con la creencia de que debemos ser correctos y justos si todos entre nosotros creemos lo mismo. El historiador estadounidense Robert Roswell Palmer sostenía que, en 1793, «las guerras de los reyes habían terminado; habían comenzado las de los pueblos»[5].

Además, transferir la soberanía al pueblo no implica que los dirigentes políticos queden degradados a meros servidores de este. Las democracias son más proclives a utilizar la manipulación y la propaganda por la necesidad de construir una cohesión social y un consenso para sus políticas. Cuando la gente es el soberano y la fuente de poder legítimo, existe un incentivo aún mayor para manipular a la opinión pública[6]. La idea de que los dirigentes políticos deben guiar a las masas desinformadas e ignorantes fue expresada por Neville Chamberlain en 1923: «El nuevo electorado comprende una inmensa masa de votantes ignorantes, de ambos sexos, cuya inteligencia es escasa y que no tienen capacidad para sopesar las pruebas»[7].

El nacionalismo creó una identidad colectiva sin parangón en cuanto a explotar las lealtades de la gente. George Kennan sostenía que «el nacionalismo se ha convertido en la mayor fuerza político-emocional de la época. En el mundo occidental, y en parte también en otros lugares, todas las demás formas de autoidentificación colectiva, incluidas las basadas en la religión, la clase o las lealtades dinásticas, han sido barridas a su paso»[8]. Explorando la psicología de grupos y su impacto en el individuo, Walter Lippman afirmaba que «el violento poder del sentimiento nacional se debe a que surge de las fuentes más profundas de nuestro ser»[9].

El Estado-nación también demostró ser una entidad política poderosa, ya que respondía a instintos profundos de la naturaleza humana. Los sociólogos han prestado mucha atención a la dualidad de una humanidad fruto de unos instintos formados a lo largo de miles de años y la aparición relativamente reciente de la racionalidad como principio organizador. El ser humano busca la *Gemeinschaft* (comunidad) como hábitat natural en el que se forman identidades colectivas que gozan de un elevado capital social. La comunidad consta de comunidades muy unidas, cohesionadas, como la familia, la tribu y el clan, que se basan en lazos sociales informales y en la confianza. Los seres humanos han desarrollado instintos para formar estas identidades colectivas basadas en el parentesco con objeto de garantizar una seguridad compartida, un sentido de pertenencia, significado, moralidad e incluso una forma de inmortalidad mediante

la reproducción del grupo. Sin embargo, la humanidad también gravita hacia la *Gesellschaft* (sociedad), que representa sociedades más grandes, complejas, industriales y cosmopolitas que son más eficientes, competitivas y basadas en contratos y vínculos formales racionales[10].

El éxito del Estado-nación se atribuye a su capacidad para tender puentes entre la comunidad y la sociedad. George Kennan reconocía que «el hombre, en la medida en que intenta amoldar su comportamiento a las exigencias de la civilización, es incuestionablemente un recipiente con fisuras. Su naturaleza es escenario de un conflicto interminable y nunca del todo resuelto entre dos impulsos muy profundos»[11]. Max Weber reconocía asimismo que la lucha humana entre la razón y el instinto debía resolverse estableciendo un equilibrio. La nación es una entidad política poderosa, ya que basa su soberanía en su identidad colectiva, que implica una historia, una tradición, una etnia, una religión, una cultura y una lengua comunes, así como otras características clave compartidas por el colectivo. Sin embargo, el Estado-nación también surgió como un potente vehículo para el liberalismo y los derechos del individuo.

El Sistema Continental Napoleónico

El Sistema Continental Napoleónico fue una iniciativa geoeconómica de Francia que tuvo su origen en 1806 con el fin de unir a Europa frente a la economía británica y reclamar así el liderazgo. Napoleón pretendía inclinar la balanza y acabar con la dependencia económica de Gran Bretaña mediante un bloqueo económico llevado a cabo por la Europa continental. El Sistema Continental produjo una lógica geoestratégica: la de la potencia marítima británica frente a las potencias terrestres europeas.

El Sistema Continental fue una intervención política para desarrollar industrias, corredores de transporte e instrumentos financieros europeos independientes de Gran Bretaña. El control británico sobre los mares generaba bloqueos y restricciones marítimas que cortaban los lazos entre Francia y sus vasallos

coloniales, lo que incentivó nuevos corredores en la Europa continental para reorientar el comercio al mercado europeo[12]. Napoleón fue el primer líder europeo que abogó por desarrollar «los Estados Unidos de Europa» y escribió: «Deseaba fundar un sistema europeo, un código legal europeo, un poder judicial europeo; no habría más que un pueblo en Europa»[13]. Mientras que Francia buscaba la hegemonía mediante la integración de la Europa continental, la estrategia británica se basaba en dividir a esa misma Europa continental conforme a un equilibrio de poder que preservase su posición dominante como potencia marítima.

El Sistema Continental no proporcionó a Rusia la conectividad económica necesaria para prosperar debido a su fuerte dependencia comercial de Gran Bretaña, y su economía sufrió mucho con el bloqueo. Además, la Rusia zarista se sentía cada vez más incómoda con el amplio control territorial que Francia requería en toda Europa para sustentar el sistema y con su misión revolucionaria de erradicar la monarquía[14]. A falta de incentivos económicos, para mantener unida la región geoeconómica había que recurrir a la coerción. Rusia se retiró del Sistema Continental en 1810 y Napoleón respondió con una invasión que acabó en desastre.

La victoria de Rusia sobre Napoleón destruyó a un aspirante a potencia hegemónica y restableció el equilibrio de poder. La derrota de Francia dio lugar a la primera institución de seguridad colectiva de Europa, cuando el Congreso de Viena alumbró el Concierto de Europa, que duró de 1815 a 1914. La organización, basada en el orden mundial westfaliano, se estructuró para preservar la paz mediante un equilibrio de poder que impidiera que una sola potencia dominara Europa. El pragmatismo del sistema se definía por las alianzas *ad hoc* para responder a perturbaciones concretas del equilibrio de poder. Al reconocer que la paz dependía más de un equilibrio de poder que de la destrucción de los rivales, el Concierto de Europa incluyó al Estado derrotado, Francia. Sin embargo, Gran Bretaña supo utilizar ese equilibrio en la Europa continental para dividir y gobernar desde la periferia marítima. La derrota de Napoleón por Rusia puso fin a la rivalidad franco-británica y posibilitó así una alianza franco-británica contra Rusia.

La Revolución francesa impugnó el gobierno de los monarcas transfiriendo la soberanía al pueblo, una idea que se extendió por el resto de Europa. Aunque Francia fue derrotada, los ideales liberales habían arraigado y más tarde, en 1848, Europa fue barrida por revoluciones basadas en los ideales del nacionalismo y las reformas liberales.

Pax Britannica: hegemonía imperial liberal

El siglo imperial de Gran Bretaña va desde 1815 hasta 1914 e incluye la época victoriana, a la que se suele hacer referencia como *Pax Britannica,* una «paz británica» que se consideraba que proporcionaba una relativa estabilidad y prosperidad. Durante este siglo, Gran Bretaña pudo dar forma a las normas que regían la economía y la política. Europa se administraba en gran medida desde la periferia marítima. La ventaja inicial de Gran Bretaña con la Revolución industrial, apoyada por la intervención estatal, provocó una fuerte alteración del equilibrio de poder, ya que Gran Bretaña pudo establecer relaciones núcleo-periferia con la Europa continental. Se convirtió en el productor, comerciante, transportista y banquero mundial dominante:

> Así, toda una economía mundial se construyó sobre, o más bien alrededor de, Gran Bretaña, y este país se alzó temporalmente a una posición de influencia y poder mundial sin parangón con ningún Estado de su tamaño antes o después, y probablemente no tendrá parangón alguno en un futuro previsible. Hubo un momento en la historia del mundo en que Gran Bretaña puede describirse, si no somos demasiado pedantes, como su único taller, su único gran importador y exportador, su único transportista, su único imperialista, casi su único inversor extranjero, y, por esta razón, su única potencia naval y la única que tenía una auténtica política mundial. Gran parte de este monopolio se debía simplemente a la soledad del pionero, monarca de todo lo que inspecciona por la ausencia de otros inspectores[15].

El Reino Unido desempeñó un papel importante en la configuración del sistema político internacional y contribuyó al desarrollo de la democracia y del capitalismo de libre mercado. Como Estado insular

con supremacía naval, la principal estrategia de Gran Bretaña consistía en asumir la responsabilidad de mantener el equilibrio de poder westfaliano en Europa, al tiempo que aseguraba su posición de liderazgo en el mundo. Como potencia marítima en la periferia de la Europa continental, Gran Bretaña siguió una estrategia de equilibrio en el exterior con la que sus recursos quedaban protegidos, al evitar una implicación militar directa y manejar a otros Estados para que fueran ellos los que se contrarrestasen. Mientras Gran Bretaña pudiera generar divisiones en Europa con tensiones constantes, los europeos priorizarían el equilibrio entre ellos en lugar de hacer de contrapeso colectivo a la potencia hegemónica británica. En tiempos de paz, ese equilibrador exterior puede actuar como una potencia hegemónica benéfica y sólo entrar en las guerras hacia el final de un conflicto, cuando el resultado es más predecible y los demás Estados han agotado su sangre y su erario. La principal razón para influir en el resultado de una guerra es garantizar que la posguerra implique un equilibrio de poder que no cuestione los intereses de la potencia hegemónica. Una vez finalizado el conflicto, el equilibrador extraterritorial se echa a un lado para que no se le perciba como un intruso. Si no se retirase, las potencias regionales podrían constituirse en contrapeso colectivo al equilibrador extraterritorial en lugar de hacerlo entre sí[16]. Morgenthau también elogió el papel de Gran Bretaña en la preservación del orden mundial westfaliano:

> Así, del principal equilibrador de los tiempos modernos, Gran Bretaña, se ha dicho que deja que sus guerras las libren otros, que mantiene a Europa dividida con el fin de dominar el continente y que la veleidad de sus políticas es tal que hace imposibles las alianzas con ella […]. Por ello, se la ha llamado el «árbitro» del sistema, que decide quién ganará y quién perderá. Al imposibilitar que cualquier nación o combinación de naciones predomine sobre las demás, conserva su propia independencia, así como la del resto de las naciones[17].

En su calidad de potencia hegemónica, Gran Bretaña se mostraba proclive a promover el liberalismo político. Como Estado insular sin fronteras terrestres, tenía menor dependencia de un gran ejército permanente en tiempos de paz. Al carecer de un poder militar

adecuado que pudiera dirigir contra su propia población, el Gobierno tenía menos capacidad de negociación frente a su pueblo, lo que le llevó a aceptar más limitaciones a su poder, y esto reforzó los cimientos del gobierno democrático liberal. Alexander Hamilton argumentaba que Gran Bretaña no habría podido avanzar en la libertad de haber sido una potencia continental europea, ya que probablemente se habría convertido en «víctima del poder absoluto de un solo hombre»[18]. El poder del Parlamento representativo británico frente al monarca también fue imprescindible para avanzar en los derechos sobre la tierra y los cercamientos, lo que intensificó la eficiencia de la industria agrícola y facilitó la Revolución industrial.

De este modo, Gran Bretaña se vio aún más incentivada para introducir y promover un sistema económico liberal e internacional para afianzar su liderazgo industrial y financiero, así como su control marítimo. Las industrias británicas ya desarrolladas (alta calidad, bajo coste) podían competir con las industrias nacientes (baja calidad, alto coste) de Europa y Norteamérica. Con un sistema de libre comercio, Gran Bretaña podría saturar los mercados europeos de productos manufacturados e impedir así la industrialización del continente. El resultado sería una hegemonía mediante una interdependencia asimétrica, ya que Gran Bretaña sería el único productor de bienes manufacturados, mientras que los europeos y los norteamericanos podrían competir por la producción de productos agrícolas. El acceso seguro a los corredores de transporte controlados por Gran Bretaña anulaba la necesidad que podían sentir las potencias extranjeras de impugnar el dominio naval británico, y, así, una economía internacional liberal gravitaba de forma natural en torno a los bancos y la moneda de la potencia hegemónica.

Por tanto, el libre comercio pasó a ser para muchos una política hegemónica o imperial. El liberalismo económico era un instrumento para evitar que los Estados competidores se industrializaran y privaran a Gran Bretaña de su ventaja comparativa[19]. La derogación de las *Corn Laws* en 1846 tenía el propósito explícito de crear una división internacional del trabajo, con Gran Bretaña como productor de bienes manufacturados y Europa continental de bienes agrícolas. Un parlamentario británico proclamó los beneficios del

libre comercio: «Las naciones extranjeras se convertirían en valiosas colonias para nosotros, sin imponernos la responsabilidad de gobernarlas»[20]. David Ricardo explicaba que su concepto de *ventaja comparativa* es el «principio que determina que el vino se haga en Francia y Portugal, que los cereales se cultiven en América y Polonia, y que las herramientas y otros bienes se fabriquen en Inglaterra»[21].

Friedrich List acusaba al libre comercio de ser la estrategia económica de una potencia hegemónica «que da una patada a la escalera» que conduce hacia la grandeza económica:

> Es una argucia muy común que, cuando alguien ha alcanzado la cima de la grandeza, dé una patada a la escalera por la que ha subido para privar a otros de los medios para que asciendan tras él. En esto reside el secreto de la doctrina cosmopolita de Adam Smith, de las tendencias cosmopolitas de su gran contemporáneo William Pitt y de todos sus sucesores en las administraciones gubernamentales británicas. Cualquier nación que, mediante el proteccionismo y con restricciones a la navegación, ha elevado su potencial manufacturero y sus barcos a tal grado de desarrollo que ninguna otra nación puede sostener la libre competencia con ella, no puede hacer nada más sabio que echar abajo estas escaleras de su grandeza, predicar a otras naciones los beneficios del libre comercio y declarar en tono compungido que hasta entonces había vagado por la senda del error y que ahora, por primera vez, ha descubierto la verdad[22].

Cuando la benéfica potencia hegemónica británica necesitó un gran poder militar para protegerse de los riesgos ante posibles interrupciones en el comercio internacional, surgió una paradoja. Karl Polanyi señala cómo la hegemonía económica británica se vio obligada a confiar en la solidez de la distribución internacional del trabajo:

> El librecambio internacional no exigía el más mínimo acto de fe. Sus implicaciones eran absolutamente extravagantes. Esto significaba que el revituallamiento de Inglaterra iba a depender de fuentes que estaban en ultramar, que este país sacrificaría su agricultura si era necesario y adoptaría una nueva forma de existencia, convirtiéndose en parte constitutiva de una vaga unidad mundial apenas perfilada; esta comunidad planetaria debería ser pacífica o, de otro modo, tendría que ser defendida por el poderío de la flota de Gran

> Bretaña. La nación inglesa debería afrontar así la perspectiva de continuas conmociones industriales con el firme sentimiento de superioridad, basado en sus capacidades de invención y de producción. Aunque únicamente los cereales puedan circular libremente en Gran Bretaña, se piensa que sus fábricas serán capaces de vender más barato por todo el mundo. Los riesgos que hay que correr merecen la pena si se tiene en cuenta la grandeza y la importancia de estas propuestas. El no asumirlas plenamente conduciría, por el contrario, a una ruina segura[23].

Retorno a un equilibrio de poder multipolar: nuevos centros de poder

Surgieron nuevos centros de poder que adoptaron políticas económicas nacionalistas para afirmar su autonomía frente a los británicos. A Estados Unidos, Japón y Alemania se les quedó pequeño el sistema dirigido por los británicos, en un desafío económico y militar que puso en jaque la hegemonía británica.

Estados Unidos desarrolló el Sistema Americano a principios del siglo XIX, basado en las ideas económicas de Alexander Hamilton y Henry Clay. Como la independencia económica se consideraba un requisito para preservar la independencia política, las políticas económicas de dicho sistema sustituyeron el libre comercio por lo que se denominó comercio justo. Los tres pilares del Sistema Americano implicaban el desarrollo de una independencia económica a través de (1) una base manufacturera nacional para alcanzar la soberanía tecnológica e industrial, (2) la creación de una conectividad económica física mediante infraestructuras como carreteras, canales, puertos (y más tarde ferrocarriles), y (3) un banco nacional que emitiese una moneda sólida para tener independencia financiera. La rápida industrialización e independencia económica de Estados Unidos gracias a políticas económicas nacionalistas impidió que Gran Bretaña convirtiera el Medio Oeste norteamericano y América Central en territorios dependientes[24]. Recurriendo a políticas proteccionistas y al principio de comercio justo, el poder económico estadounidense creció rápidamente a lo largo del siglo XIX[25]. Pero entonces, al igual que su homólogo

británico, Estados Unidos, una vez que consolidó una posición dominante, comenzó a abogar en el siglo XX por el libre comercio.

Friedrich List fue un gran defensor del Sistema Americano, ya que «la economía nacional inglesa es predominante; la economía nacional norteamericana sólo aspira a ser independiente»[26]. Sin embargo, a medida que EEUU se hacía cada vez más poderoso, List predijo que su ascenso obligaría a Gran Bretaña a alinearse con los demás países europeos para restablecer un equilibrio de poder y así «acostumbrarse a la idea de ser tan sólo un *primus inter pares*»[27]. Se requería un equilibrio de poder en Europa, pues «la necesidad natural que ahora impone a franceses y alemanes establecer una alianza continental contra la supremacía británica, impondrá a los británicos establecer una coalición europea contra la supremacía de Estados Unidos»[28].

El aumento del poder industrial estadounidense se complementó con el creciente control sobre los corredores de transporte marítimo. La anexión de Texas en 1845 y la de California en 1848 convirtieron a Estados Unidos en una potencia continental conectada desde el Atlántico hasta el Pacífico. Dada la ausencia de potencias en el continente americano capaces de desafiar su hegemonía regional, Estados Unidos se convirtió prácticamente en un Estado insular protegido por todas partes. En 1895, el secretario de Estado Richard Olney formuló la Doctrina Monroe como una reivindicación hegemónica en el hemisferio occidental: «Estados Unidos es prácticamente soberano en este continente, y su mandato es ley en los temas a los que circunscribe su intervención»[29].

A finales del siglo XIX, Estados Unidos se convirtió en una gran potencia marítima en consonancia con la estrategia naval de Alfred Thayer Mahan. La victoria en la guerra hispano-estadounidense de 1898 le recompensó con colonias y así, al adquirir Hawái, Filipinas, Guam, Puerto Rico, la isla de Wake, Samoa Americana y las Islas Vírgenes, se constituyó en un imperio marítimo. Estados Unidos forzó la secesión de Panamá de Colombia en 1903 para construir el estratégico canal que permitió conectar el Pacífico con el Atlántico y sobre el que reclamó la soberanía hasta 1979. La futura irrupción del dominio global norteamericano significaba que los estadounidenses

sustituirían al control británico sobre los corredores de transporte marítimo y asumirían la responsabilidad de fomentar la democracia liberal:

> En los últimos siglos, la historia del poder político mundial tiene un solo argumento general, y ese argumento es el largo y continuado auge del sistema marítimo a medida que su centro pasaba de las Provincias Unidas al Reino Unido y luego a Estados Unidos [...]. A lo largo de los tiempos modernos, el mundo de habla inglesa ha estado a la vanguardia de la inmersión cada vez más profunda de la humanidad en el mundo del capitalismo democrático[30].

El Sistema Americano de nacionalismo económico también se extendió a Japón. Los japoneses habían sido testigos de cómo el Imperio británico derrotó a China en las Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860) para imponer las condiciones comerciales y obtener privilegios como, por ejemplo, unos aranceles favorables, exenciones de las leyes locales y adquisición de territorios estratégicos para el comercio. Al reconocer que la independencia económica era una condición para la independencia política, Japón importó las ideas de Alexander Hamilton y Henry Clay. E. Peshine Smith, nacionalista económico de segunda generación y defensor del Sistema Americano, fue asesor del emperador japonés en la década de 1870, tras la restauración Meiji. Entre otros asesores extranjeros, Peshine Smith trató de llevar el sistema de fabricación americano a Japón[31]. Fue la capacidad japonesa para evitar una excesiva dependencia de economías más poderosas y avanzadas lo que le permitió llevar a cabo un desarrollo capitalista tan exitoso[32]. Al igual que sus homólogas estadounidenses, las acertadas políticas de Japón le ayudaron a preservar su autonomía y emular la construcción del imperio europeo. Gran Bretaña tenía adversarios más apremiantes de los que ocuparse, e incluso llegó a proporcionar un crucial apoyo material a Japón para derrotar a Rusia en 1905[33].

El ascenso de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX también revela cómo la aparición y el crecimiento de nuevos centros de poder pueden alterar el orden mundial. Bismarck, como canciller del recién unificado Imperio alemán, aplicó un enfoque de *Realpolitik*

para promover los intereses de Prusia y fortalecer la nación alemana. La unificación en 1871 creó un Estado poderoso que alteró el equilibrio de poder. Al provocar a los franceses para que iniciaran la Guerra Franco-Prusiana en 1870, Bismarck creó un enemigo que era necesario para superar la oposición de los estados alemanes del sur a la creación de un imperio común. Tras la guerra, Bismarck aspiraba a debilitar y aislar permanentemente a Francia estableciendo en tiempos de paz alianzas en su contra con otras potencias europeas. Esto socavó el principio de seguridad colectiva que, gracias al multilateralismo, preservaba el equilibrio de poder. En lugar de acabar con dicho equilibrio, Bismarck aparentemente trató de establecer uno nuevo que satisficiera a Alemania.

La geografía alemana dificultó el establecimiento de un nuevo equilibrio de poder en el continente. La Unión Aduanera Alemana *(Zollverein),* que duró de 1834 a 1919, intentó restaurar una versión más benéfica del Sistema Continental Napoleónico, con el cual los alemanes habían prosperado. Otto von Bismarck, al igual que Alexander Hamilton, opinaba que el libre comercio era una política hegemónica y, en consecuencia, estableció aranceles en 1879 para permitir el desarrollo de las incipientes industrias alemanas[34]. En 1871, Gran Bretaña producía el doble de acero que Alemania, pero en 1893 la producción alemana había superado a la británica y, en 1914, la duplicaba.

Alemania se había impuesto a una Europa dirigida por los británicos y, bajo el liderazgo de Guillermo II, había una creciente percepción de que su territorio la limitaba en exceso. Max Weber afirmó en 1895 que el éxito de Alemania dependía de «la cantidad de espacio que conquistemos» y de la capacidad de garantizar que «la bandera alemana ondee en las costas que la circundan»[35]. Sin embargo, la conectividad de Alemania con los mercados internacionales se veía obstaculizada, lo que llevó al inicio de la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad en 1903 como corredor terrestre para conectar con los puertos marítimos del golfo Pérsico, aunque contó con la oposición y las trabas puestas por británicos, franceses y rusos. Asimismo, los esfuerzos llevados a cabo por Alemania para desarrollar corredores marítimos seguros con el

apoyo de una armada desembocaron en una carrera armamentística con los británicos.

Tras el Sistema Continental de Napoleón, una alianza germano-rusa se percibía como la principal amenaza para el dominio del Reino Unido y Estados Unidos como potencias marítimas. Así pues, esa hegemonía exigía mantener a Europa dividida:

> Acabar con el equilibrio de poder a favor del Estado pivote, que tendría como resultado su expansión por las tierras marginales de Eurasia, permitiría el uso de vastos recursos continentales para la construcción de flotas, y entonces el imperio del mundo saltaría a la vista. Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia[36].

Las guerras mundiales y un orden mundial con la ideología como eje

Los ideales liberales sobre el orden mundial que suponían que la interdependencia económica y la globalización reducirían los incentivos para la guerra y establecerían la paz entre las naciones acabaron fracasando. Por ejemplo, el famoso libro de Norman Angell *The Great Illusion*, cuya primera edición, de 1909, es anterior a la Primera Guerra Mundial, presentaba la tesis de que la guerra ya no era una forma racional de acumular riqueza o lograr una seguridad nacional duradera[37]. Argumentaba que la interdependencia económica, la globalización y la compleja naturaleza de las economías industriales modernas hacían que la conquista y la agresión militar fueran contraproducentes. Los costes de librar una guerra y ocupar territorios extranjeros superaban con creces cualquier beneficio potencial, especialmente en una época en la que los lazos económicos estaban cada vez más interconectados. Sin embargo, la posibilidad de fomentar un orden mundial más allá de la política de poder se malogró.

El Concierto de Europa se había empezado a debilitar a finales del siglo XIX, a medida que las alianzas hechas en tiempos de paz se iban fusionando y se oponían al principio de seguridad indivisible. La Triple Alianza y la Triple Entente se convirtieron posteriormente en fuentes alternativas de lealtad. El centenario Concierto de Europa llegó a su fin con el estallido de la Primera Guerra Mundial, que dejó

a Alemania devastada y humillada, a Gran Bretaña y Francia empobrecidas, con unos imperios hegemónicos que nunca se recuperarían, y al Imperio ruso sustituido por la Unión Soviética.

El Tratado de Versalles fue diseñado para consolidar la derrota de Alemania y perpetuar su debilidad. El castigo extremo que se le infligió, y que violaba el principio westfaliano de equilibrio de poder, había sido en parte el resultado del planteamiento ideológico de Woodrow Wilson sobre la guerra, según el cual el bien luchaba contra el mal en una «guerra para acabar con todas las guerras». La negativa a facilitar un nuevo equilibrio de poder en Europa contrastaba con la lección del Congreso de Viena de incluir a Francia tras su derrota en las guerras napoleónicas.

La Sociedad de Naciones, creada tras la Primera Guerra Mundial, en 1919, como sucesora del Concierto de Europa, estableció un sistema internacional que abordaba la cuestión de la desigualdad soberana. En lugar de Estados completamente soberanos o completamente supeditados a otro, creó un sistema de mandatos. La Sociedad de Naciones fracasó en gran medida debido a su falta de autoridad, dada la escasa implicación de las grandes potencias, sus débiles mecanismos ejecutivos y la aparición de estructuras de poder alternativas.

Si Alemania no hubiera provocado otra guerra mundial, serían otros los Estados que habrían desencadenado un conflicto parejo, como demuestra la competencia por la primacía marítima entre Estados Unidos y Gran Bretaña. La determinación estadounidense de preservar el dominio regional dio lugar al «Plan de Guerra Rojo» a finales de la década de 1920, unos planes de guerra para invadir Canadá e impedir que los británicos utilizaran los puertos canadienses. Woodrow Wilson escribió en 1920:

> Para mí es evidente que estamos en vísperas de una guerra comercial de lo más duro, y me temo que Gran Bretaña mostrará una ferocidad comercial tan grande como la que durante tantos años desplegó Alemania con sus métodos competitivos[38].

Al otro lado del Atlántico, el vicealmirante británico sir Osmond Brock hacía la siguiente observación: «la última guerra ha eliminado

a Alemania como posible enemigo, pero el otro efecto ha sido que Estados Unidos se ha convertido en nuestro rival por el transporte comercial del mundo»[39]. En 1927, Winston Churchill sostenía de forma similar que, aunque, «en aras de la paz, es muy razonable seguir hablando de que resulta "impensable" una guerra con Estados Unidos, todo el mundo sabe que no es cierto»[40].

La continua rivalidad entre potencias industriales en expansión se convirtió en un tema clave para el desarrollo de la ideología marxista. Por ejemplo, en 1934 León Trotsky publicó en *Foreign Affairs*:

> Una de las principales causas de la guerra mundial fue el empeño del capital alemán por abrirse paso en un terreno más amplio. Hitler luchó como cabo en 1914-1918 no para unir a la nación alemana, sino en nombre de un programa imperialista supranacional que se expresaba en la famosa fórmula «organizar Europa» [...]. Pero Alemania no fue una excepción. Sólo expresó de forma más intensa y agresiva la tendencia de todas las demás economías capitalistas nacionales [...]. Estados Unidos representaba el tipo más perfecto de desarrollo capitalista. El relativo equilibrio de su mercado interior, aparentemente inagotable, le aseguraba una decidida preponderancia técnica y económica sobre Europa. Pero su intervención en la guerra mundial fue, en realidad, expresión de un equilibrio interno ya perturbado[41].

En 1940, Trotsky creía que Estados Unidos llegaría a ser una amenaza tan grande como Alemania:

> Para Alemania era una cuestión de «organizar Europa». Los Estados Unidos tienen que «organizar» el mundo. La historia está enfrentando a la humanidad con la erupción volcánica del imperialismo norteamericano […]. Con uno u otro pretexto y con cualquier consigna, Estados Unidos intervendrá en el tremendo choque para conservar su dominio del mundo[42].

La cuestión alemana no se había resuelto con la Primera Guerra Mundial y el Tratado de Versalles. Alemania seguía siendo una potencia industrial en ascenso sin un acceso seguro a los mercados del resto del mundo, lo cual podía verse obstaculizado por el dominio británico en los mares. Varias eran las soluciones posibles a este problema.

El general alemán Haushofer abogaba por construir un vínculo euroasiático con Rusia, China, India y Japón para contrarrestar la opresiva estrategia hegemónica de divide y vencerás de Gran Bretaña y Estados Unidos como potencias marítimas[43]. Haushofer se inspiró mucho en las geoestrategias de Mackinder, Ratzel y Kjellén, y reconocía que era necesaria una iniciativa cooperativa de las potencias euroasiáticas para superar la estrategia británica y estadounidense de controlar los mares y dividir a las potencias terrestres. Haushofer se oponía a una guerra con Gran Bretaña, puesto que sólo debilitaría al conjunto de los europeos y permitiría a Estados Unidos sustituirla en el dominio de los mares. Creía que era necesario dirigir la mirada al océano Pacífico para cooperar con los Estados asiáticos y equilibrar a las potencias marítimas:

> Por una terrible decisión, con consecuencias de la máxima gravedad para quienes la tomaron, las potencias culturales y económicas oceánicas de nuestra propia raza nos han expulsado de su seno. No nos han dejado ninguna duda de que sólo su destrucción y descomposición nos permitirán otra vida a nosotros, ahora mutilados y esclavizados. Por eso nos han obligado a buscar compañeros de destino que se encuentren en similar situación. A esos compañeros de infortunio los vemos en los 900 millones de habitantes del Sudeste asiático[44].

En 1935, Haushofer escribió que Alemania tenía que hacer una elección estratégica: «¿Quiere ser un satélite de las potencias anglosajonas y su supercapitalismo, unidas con las demás naciones europeas contra Rusia, o un aliado de la unión panasiática contra Europa y América?»[45]. Creía que «el futuro geopolítico será del bloque ruso-chino», por lo que tanto Alemania como Japón podrían ser socios de este nuevo centro de poder y evitar así verse sometidos por el poder británico-estadounidense[46]. Haushofer tuvo una considerable influencia en el pensamiento estratégico de Hitler, aunque este último también estaba muy influido por la ideología racista y antibolchevique, que le hizo decantarse por dominar Eurasia en lugar de cooperar con ella[47]. Inspirado por el Estado continental americano, que se había construido desechando lo que él denominaba las razas inferiores, Hitler sostenía: «En Oriente se repetirá por segunda vez un proceso similar al de la

conquista de América»[48].

De una guerra de naciones a una guerra de ideologías

La Primera Guerra Mundial desencadenó también una lucha ideológica que dictó el principio organizador de la sociedad y del sistema internacional. Las ideologías pueden definirse como «sistemas basados en una única opinión que ha demostrado ser lo suficientemente fuerte como para atraer y persuadir a una mayoría de personas y lo suficientemente amplia como para guiarlas por entre las diversas experiencias y situaciones de una vida moderna media»[49].

La ideología liberal también transformó el orden mundial, como ponen de manifiesto las expectativas wilsonianas sobre las contribuciones de la democracia al progreso humano y el rediseño del sistema internacional. La teleología basada en la «paz perpetua» kantiana guardaba semejanzas con la opinión de Hegel de que la Revolución francesa estaba propiciando el fin de la historia. Al igual que la reivindicación internacionalista de los revolucionarios franceses y los bolcheviques para defender la libertad de otros pueblos, el presidente estadounidense Wilson adoptó una interpretación militarista e intervencionista de la seguridad humana. Convencido de que el realismo político era responsable de guerras destructivas, la ideología liberal influyó en la transición de Estados Unidos, que pasó de considerarse y presentarse como un faro pasivo de democracia al que emular, a asumir el deber misionero activo de hacer del mundo un lugar «seguro para la democracia». Los esfuerzos por introducir un mayor grado de moralidad en la política internacional también originaron una visión maniquea en la que la competencia dentro de un equilibrio de poder se interpretaba como un conflicto entre el bien y el mal. Esto contribuyó a su reticencia a llegar a un compromiso con Alemania en la Primera Guerra Mundial y a procurar, a cambio, unas condiciones para su rendición en exceso punitivas que violaban el principio de equilibrio de poder y contribuyeron al inicio de otra guerra mundial. Kenneth Waltz comparó la misión ideológica estadounidense de democratización

con la «carga del hombre blanco» británica y la «misión civilizadora» francesa, y, «con el mismo espíritu, decimos que actuamos para hacer y mantener el orden mundial»[50].

El capitalismo sin trabas transformó los Estados-nación. Polanyi sostiene que en el pasado siglo, el fracaso a la hora de gestionar el capitalismo industrial, con el consiguiente sucumbir a los mercados no regulados, había dado lugar al comunismo y al fascismo: «El fascismo, como el socialismo, estaba enraizado en una sociedad de mercado que se negaba a funcionar»[51]. Arendt observaba igualmente que el imperialismo capitalista había permitido a comunistas y fascistas ofrecer visiones alternativas de cómo organizar la economía mundial y el sistema internacional.

El propio capitalismo comenzó a adoptar una dirección fascista después de la Primera Guerra Mundial, con Alemania a la cabeza. La relación entre el Estado, la industria y la gente cambió en Weimar, Alemania. La inflación masiva, seguida de la deflación, contribuyó a la destrucción de rentas, valores de propiedad y ahorros, mientras que la gran industria podía pagar sus deudas, abandonar el viejo equipamiento y reconstruirse. Posteriormente, surgieron grandes industrias especializadas que convirtieron a Alemania en líder tecnológico y manufacturero. Estas industrias tenían mucho más poder frente a la gente y estaban más estrechamente alineadas con el gobierno en un enfoque corporativista, que servía para integrar los intereses económicos con los nacionales. Luego, la economía política fascista hizo hincapié en un fuerte control e intervención del Estado en la economía, que incluía la nacionalización de industrias estratégicas. La asociación entre el Estado y la industria privada creó un poder abrumador e hizo del individuo un leal servidor de la nación por intermedio de un nacionalismo y un militarismo radicales.

Esta revolución económica fue anterior a Hitler, aunque el ascenso de los nazis mezcló su economía política con la xenofobia, el militarismo y la teoría racial[52]. Así, se preveía que la división internacional del trabajo estaría organizada por razas, ya que los europeos del Este serían utilizados para trabajos manuales duros, mientras que los pueblos germánicos ocuparían un lugar más elevado en las cadenas de valor globales. Los nazis podían ser

derrotados, pero la economía política fascista se extendería inevitablemente al ser más competitiva: «a menos que Inglaterra y Estados Unidos sigan los pasos de Alemania, nunca podrán rivalizar con ella en producción y distribución técnicas»[53].

El dilema del capitalismo internacional era que, por un lado, se necesitaban grandes industrias para competir en los mercados internacionales, mientras, por otro, estas poderosas corporaciones obtendrían influencia política a nivel nacional. La solución era una economía política fascista, en tanto los grandes adalides nacionales se alineaban con los intereses de la nación. A finales del siglo XIX, el historiador Brooks Adams predijo que, en Estados Unidos, un enorme crecimiento industrial crearía la necesidad futura de un poderoso Estado administrativo capaz de armonizar los intereses estatales con el mercado, lo que daría lugar a que el gobierno se convirtiera en «una gigantesca corporación cuyo negocio es beneficiar materialmente a sus miembros»[54].

Durante la Segunda Guerra Mundial, Du Bois reconocía el gran reto que supondría para Estados Unidos adoptar en el futuro la economía política fascista, ya que las libertades políticas y la democracia dependían de una «anarquía económica» que limitara el poder del Estado[55]. A principios del siglo XIX, Alexis de Tocqueville argumentaba de forma similar que el espíritu democrático era más fuerte en América que en Francia porque allí había menos concentración de capital, lo que sugiere que la concentración de poder económico erosionaría la democracia estadounidense[56]. A pesar de los riesgos de seguir una economía política fascista, Du Bois defendía que Estados Unidos debía aspirar a ser una democracia industrial benéfica, pues la alternativa sería el gobierno de los Estados autoritarios en Europa. El auge del poder industrial estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial podría haber contribuido a organizar el mundo capitalista bajo el control de Estados Unidos, aunque la concentración de capital alineada con los intereses estatales socavó progresivamente su sistema democrático.

La Guerra Fría: orden mundial westfaliano y orden regional

hegemónico

La era de la Guerra Fría produjo un sistema dual: un orden mundial basado en un equilibrio de poder westfaliano, y hegemonías dentro de los mundos capitalista y comunista. El orden mundial común desarrollado bajo la dirección de la ONU, se centraba en la soberanía, la autodeterminación y la disuasión, mientras que Estados Unidos y la Unión Soviética establecían una primacía coherente con sus respectivas ideologías en lo tocante a la libertad del ser humano. La distribución binaria y la rivalidad ideológica dieron lugar a una lucha geopolítica de suma cero por la influencia y la supremacía mundiales.

Naciones Unidas –como sucesor de la Sociedad de Naciones– se estableció como árbitro principal del derecho internacional. Su distribución de poder reflejaba el equilibrio de fuerzas, que garantizaría el apoyo de las grandes potencias. La ONU desempeñó un papel crucial en el mantenimiento de la estabilidad y la resolución de conflictos, sentando las bases de una nueva era de diplomacia multilateral. La Carta de la ONU se articuló en gran medida en torno a los Estados-nación soberanos, lo que supuso un reto para los europeos a la hora de mantener sus colonias. Sin embargo, al implantar la administración fiduciaria colonial, la ONU dio cabida al principio de desigualdad soberana, aunque dicho principio se fue eliminando gradualmente a medida que se disolvían los imperios europeos.

La Segunda Guerra Mundial sacó a la luz los defectos inherentes al régimen colonial y puso en marcha el movimiento de descolonización. Las naciones colonizadas, inspiradas por los principios de autodeterminación e independencia, exigieron liberarse de las potencias imperiales. Muchos países africanos y asiáticos obtuvieron la independencia durante la posguerra, lo que provocó un importante reajuste de la dinámica del poder mundial. El sistema europeo westfaliano de Estados-nación soberanos se fue ampliando poco a poco para abarcar a todo el mundo. Cuando se creó la ONU en 1945, eran 51 los Estados miembros originarios; en 2023, contaba con 193 Estados soberanos.

Las superpotencias estadounidense y soviética impulsaron el principio de autodeterminación que deshizo el orden mundial, que había estado definido en gran medida por el dominio de los imperios europeos. Estados Unidos había surgido como la principal potencia occidental en la conferencia de paz de 1919 que siguió a la derrota de Alemania, y apostaba por un orden mundial basado en la autodeterminación y la no intervención. La ideología liberal de las libertades humanas se alineaba con el objetivo de desmantelar los imperios europeos, que obstaculizaban el continuado ascenso del poder industrial estadounidense.

En lo tocante a la libertad del ser humano, la ideología comunista soviética pretendía igualmente desmantelar los imperios capitalistas europeos, lo que también se alineaba con sus intereses como potencia, ya que no tenía colonias que perder. Aunque el proceso de descolonización duró décadas, el nuevo orden mundial se hizo cada vez menos favorable a la colonización y más partidario de la autodeterminación nacional en el Tercer Mundo. Sin embargo, la retirada de los imperios europeos creó un vacío y, por tanto, nuevos escenarios para que las dos superpotencias compitiesen por la influencia.

La hegemonía de Estados Unidos en el mundo capitalista

La Guerra Fría generó las condiciones ideales para que Estados Unidos estableciera una hegemonía liberal en el mundo capitalista, formado por tres grandes regiones geoeconómicas: América del Norte, Europa Occidental y Japón. La Segunda Guerra Mundial había devastado Europa occidental y Asia oriental, lo que permitió a Estados Unidos afirmar su hegemonía en ambas áreas mediante la constitución del ámbito transatlántico y Asia-Pacífico como regiones económicas jerarquizadas. Su objetivo era, por tanto, integrar bajo su liderazgo a sus antiguos rivales geoeconómicos: Gran Bretaña, Alemania, Francia y Japón[57].

La rivalidad geoeconómica se vio mitigada por la Guerra Fría. La Unión Soviética y China, como principales contendientes de Estados Unidos durante este periodo, eran Estados comunistas en gran

medida desacoplados de los mercados internacionales, por lo que el equilibrio de poder se mantuvo principalmente mediante el poder militar. La competencia geoeconómica entre los aliados se vio igualmente atenuada por la amenaza bélica procedente del Este y la dependencia de Estados Unidos en cuestiones de seguridad. La OTAN se convirtió en un instrumento militar para servir de contrapeso a los soviéticos y mantener la hegemonía estadounidense en Europa. Su primer secretario general, Lord Ismay, expresó acertadamente que el propósito de la alianza militar era «mantener a los estadounidenses dentro, a los rusos fuera y a los alemanes abajo». Conservar las líneas divisorias militarizadas se convirtió, pues, en una importante condición para el poder estadounidense. El mismo enfoque se aplicó a Japón, cuando, en 1956, Estados Unidos saboteó la resolución pacífica de la disputa territorial entre dicho país y la Unión Soviética, amenazando con anexionarse Okinawa si Tokio cedía a Moscú las islas Kuriles del Sur. Mantener las divisiones y las tensiones aseguraba que Japón siguiera dependiendo de las garantías que le ofrecía Estados Unidos en materia de seguridad, convirtiendo las relaciones soviético-japonesas en rehenes de las relaciones soviético-estadounidenses[58].

Surgió así un sistema capitalista internacional liberal en el que Estados Unidos estableció su primacía basándose en los tres pilares del poder geoeconómico: industrias estratégicas, corredores de transporte e instrumentos financieros, los tres fundamentos del Sistema Americano que, tras garantizar la independencia económica y política estadounidense frente a los británicos a principios del siglo XIX, habían evolucionado hasta convertirse en instrumentos de hegemonía.

El primer pilar, las industrias estratégicas, lo controlaba de manera firme Estados Unidos, que se había convertido en la fábrica del mundo. Había experimentado avances tecnológicos, el auge de grandes corporaciones y la creación de una gran industria en tiempo de guerra que podía convertirse en producción comercial. Por el contrario, las industrias, infraestructuras y poblaciones de los demás Estados capitalistas habían sido devastadas por la guerra. Además, Estados Unidos se hizo con el control de recursos naturales clave

para alimentar su dominio industrial a medida que los imperios europeos empezaban a desmoronarse. Por ejemplo, el borrador de un memorándum de 1945 dirigido al presidente Truman explicaba: «En Arabia Saudí, donde los recursos petrolíferos constituyen una estupenda fuente de poder estratégico y uno de los mayores premios materiales de la historia mundial, Estados Unidos tiene nominalmente bajo su control una concesión sobre dicho petróleo»[59]. Tras las guerras, los Estados tienden a ser desconfiados y a apostar por el proteccionismo, pero el Plan Marshall financió la reconstrucción de Europa occidental a cambio de eliminar las medidas proteccionistas contra las industrias estadounidenses.

El segundo pilar, el de la conectividad física, se logró cuando el transporte marítimo pasó a estar cada vez más bajo el control de la Marina estadounidense para garantizar su primacía en los mares. Estados Unidos estableció una red de bases navales en lugares estratégicos de todo el mundo. Además, un planeamiento centrado en la importancia de los portaaviones para proyectar su poder en todo el mundo hizo que los mares cobraran aún más importancia. El imperativo económico de controlar las rutas marítimas también aumentó a medida que innovaciones como el contenedor en 1956 incrementaron de manera radical el comercio internacional, al permitir a los exportadores ser competitivos en mercados de artículos no complejos como la ropa. La inmensa presión ejercida sobre británicos, franceses e israelíes para que abandonaran su control sobre el canal de Suez en 1956 demostró que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar la coerción económica contra sus aliados.

El tercer pilar, los instrumentos financieros, también alcanzó un estatus hegemónico en Bretton Woods en 1944. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, dirigidos por Estados Unidos, se crearon para influir en el desarrollo económico y sacar poder político a través de esta prerrogativa. Estados Unidos también consiguió que el dólar se convirtiese en moneda única de reserva/comercio internacional. Había aumentado considerablemente sus reservas de oro durante la Segunda Guerra Mundial gracias al pago europeo por ayuda y suministros bélicos. Esto permitió a

Estados Unidos establecer la paridad dólar/oro e hizo que otras divisas importantes quedaran vinculadas al dólar estadounidense. A principios de la década de 1970, el control financiero norteamericano se amplió aún más con el desarrollo del SWIFT (literalmente, Sociedad para las Comunicaciones Interbancarias y Financieras Mundiales), un sistema de mensajería internacional para bancos que confirió a Estados Unidos un alcance extraterritorial, ya que los usuarios del dólar y del SWIFT podían ser –y fueron– objeto de sanciones unilaterales por parte de Estados Unidos. Surgió así un sistema de hegemonía y unilateralismo estadounidense paralelo a las normas establecidas por el Derecho internacional.

Sin embargo, la concentración de poder económico permitió a Estados Unidos actuar como una potencia hegemónica benéfica[60]. Tanto Truman como Eisenhower consideraron que las concesiones comerciales a los aliados eran preferibles a la ayuda, lo que se tradujo en generosos acuerdos comerciales con los europeos. Un informe del Comité de Finanzas del Senado estadounidense de 1976 esbozaba los costes que conllevaba ser una potencia hegemónica benéfica:

> Durante la mayor parte de la posguerra, la política comercial ha sido la huérfana de la política exterior de Estados Unidos. Con demasiada frecuencia, el Ejecutivo ha hecho concesiones comerciales para lograr objetivos políticos. En lugar de dirigir las relaciones económicas estadounidenses en el ámbito internacional sobre la base de principios económicos y comerciales sólidos, el Ejecutivo ha establecido una política comercial y monetaria en un contexto de ayuda exterior.

La estrategia predominante durante la Guerra Fría fue de control y contención. Se trataba de dominar los océanos del mundo para controlar la vasta masa terrestre euroasiática desde la periferia, al tiempo que se garantizaba la persistencia de las divisiones entre las potencias terrestres euroasiáticas, con el objetivo de que ningún Estado o grupo de Estados pudiera desafiar la hegemonía estadounidense. Las lecciones aprendidas de la amenaza que había supuesto el Sistema Continental napoleónico siguieron vigentes, ya que el dominio de la potencia hegemónica marítima dependía de

dividir a los alemanes de los rusos, a los rusos de los chinos, etc. Al igual que su predecesor británico, Estados Unidos reconocía que su hegemonía dependería de mantener las divisiones y el equilibrio en Europa y Eurasia.

La contención se apoyó en alianzas con el Reino Unido y los europeos occidentales para controlar la periferia occidental de Eurasia y «adoptar una política protectora similar hacia Japón» en su periferia oriental[61]. La cuestión alemana quedó aparentemente resuelta cuando la Comunidad Europea y la OTAN se convirtieron en los dos pilares principales que anclaban a Alemania en el seno del Occidente colectivo; así quedaba resuelto el problema de su acceso fiable a los mercados extranjeros para su ascenso industrial. En 1978, el canciller Helmut Schmidt reconocía la necesidad de «vestir» a Alemania con el manto europeo:

> Tanto más necesario es que nos cubramos con este manto europeo. Lo necesitamos no sólo para cubrir nuestras desnudeces en política exterior, como Berlín o Auschwitz, sino también para cubrir estas cada vez mayores fortalezas relativas, económicas, políticas, militares, de la República Federal Alemana dentro de Occidente. Cuanto más salen a la luz, más difícil resulta asegurar nuestro margen de maniobra[62].

Además de asegurarse de que Alemania y la Unión Soviética se mantenían separadas, Estados Unidos también tenía que hacer lo propio con la Unión Soviética y China. Influido por Mackinder, la capacidad de Kissinger para desvincular a China de la Unión Soviética en la década de 1970 fue un duplicado de la política para dividir a Alemania y Rusia. Kissinger, por tanto, definió la estrategia estadounidense como la continuación de la política británica de dominio en el mar al dividir a Europa y Eurasia:

> Durante tres siglos, los dirigentes británicos habían partido de la premisa de que, si una sola potencia dominante se hacía con los recursos de Europa, ese país los utilizaría para desafiar el control marítimo de Gran Bretaña y amenazar así su independencia. Desde un punto de vista geopolítico, Estados Unidos, igualmente una isla frente a las costas de Eurasia, debería, por el mismo razonamiento, haberse sentido obligado a resistirse al dominio de Europa o Asia

> por una sola potencia y, aún más, al control de *ambos* continentes por la misma potencia[63].

A partir de 1948, los informes del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos enmarcaron las políticas de contención en el lenguaje de la teoría del corazón continental de Mackinder[64]. Como se esboza en la Estrategia de Seguridad Nacional de 1988:

> Para Estados Unidos, sus intereses de seguridad nacional primordiales se verían amenazados si un Estado o grupo de Estados hostiles llegaran a dominar la masa continental euroasiática, esa zona del planeta a la que a menudo se alude como el corazón del mundo. Libramos dos guerras mundiales para evitar que esto ocurriera[65].

Los dos órdenes regionales de la hegemonía liberal estadounidense en el mundo occidental y un sistema westfaliano inclusivo en el marco de la ONU empezaron finalmente a armonizarse bajo un orden mundial común. Firmados en 1975, los Acuerdos de Helsinki constituyeron un importante acuerdo diplomático que pretendía salvar la división entre los bloques capitalista y comunista durante la Guerra Fría. Los Acuerdos de Helsinki abordaron principios clave asociados al sistema westfaliano, como el reconocimiento de la soberanía de los Estados, el principio de no injerencia y la indivisibilidad de la seguridad, y valores comunes como los derechos humanos como fundamento de la diplomacia y la evitación de la guerra. Los Acuerdos de Helsinki inspiraron la visión de Gorbachov de un «Hogar Común Europeo» y contribuyeron al final de la Guerra Fría en 1989. Posteriormente, un nuevo orden mundial basado en los Acuerdos de Helsinki sentó las bases de la Carta de París para una Nueva Europa en 1990, que abogaba por la construcción de una nueva Europa que incluía el «fin de la división de Europa», la afirmación de que «la seguridad es indivisible y la seguridad de cada Estado participante está inseparablemente ligada a la de todos los demás», y la introducción de una nueva era de derechos humanos, democracia y Estado de derecho. Cuando la Unión Soviética y el sistema comunista se derrumbaron en diciembre de 1991, surgió la perspectiva de construir un nuevo orden mundial.

Conclusión

El surgimiento de un orden mundial común se desarrolló bajo una distribución internacional del poder occidentalo-céntrica, y Occidente dictó los valores y las condiciones de pertenencia a la comunidad de Estados. La tecnología transformó el poder militar y económico, mientras que la legitimidad pasó de una jerarquía de naciones a la ideología. El sistema occidentalo-céntrico comenzó controlando los corredores de transporte marítimo del mundo, lo que permitió el dominio de la potencia hegemónica marítima mediante la creación de divisiones entre las potencias terrestres.

Comprender la evolución del orden mundial occidentalo-céntrico es imprescindible para entender sus fundamentos y su resiliencia. El final de la Guerra Fría resolvió muchos problemas y presentó la posibilidad de construir un orden mundial más estable, pero aún quedaban retos clave. Era necesario reinventar las relaciones con los antiguos adversarios, que empezaron a adoptar la política económica, mientras que era más probable que los aliados capitalistas volvieran a la rivalidad geoeconómica en ausencia de una amenaza unificadora. El mundo seguía basándose en el dominio de una potencia marítima que requería divisiones duraderas en el vasto continente euroasiático. El dominio sostenido de Estados Unidos apuntalaba la preservación del sistema económico internacional liberal y la prevalencia de los ideales liberales.

La creación de un nuevo orden mundial tras la Guerra Fría exigía una reflexión crítica sobre los fundamentos socioeconómicos y políticos del poder y las normas necesarias para gobernar el mundo. Sin embargo, Washington estaba inundado de arrogancia por su victoria ideológica. Seducido por la perspectiva de trascender fundamentalmente la historia, Estados Unidos confiaba en su benevolencia inherente como única superpotencia mundial restante y estaba convencido de que el liberalismo era la bala de plata para organizar el sistema económico y la sociedad.

---

[1] G. Parker, *The Military Revolution: Military innovation and the rise of the West, 1500-1800,* Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 4 [ed. cast.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800,* trad.

José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 2002].

[2] S. P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order,* Nueva York, Simon and Schuster, p. 51 [ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial,* Barcelona, Paidós, 2005].

[3] W. R. Thompson, «Dehio, long cycles, and the geohistorical context of structural transition», *World Politics* 45, 1 (1992), p. 129.

[4] J. Stanley, *How Fascism Works: The Politics of Us and Them,* Nueva York, Penguin Books, 2018.

[5] Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order,* cit., p. 52.

[6] W. Lippman, *Public Opinion,* San Diego, Harcourt, Brace & Co, 1922; E. Bernays, *Propaganda,* Nueva York: Liveright, 1928.

[7] P. M. Taylor, *British Propaganda in the Twentieth Century: Selling Democracy,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 2019, p. 91.

[8] G. F. Kennan, *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy,* Nueva York, Norton, 1993, pp. 76-77.

[9] W. Lippman, *The Stakes of Diplomacy,* New Brunswick, Transaction Publishers, 1932, pp. 66-67.

[10] F. Tönnies, *Community and Society,* Nueva York, Dover Publications, 1957.

[11] G. F. Kennan, *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy.* Nueva York, Norton, 1993, p. 17.

[12] E. Heckscher, *The Continental System,* Oxford, Clarendon Press, 1922, p. 93.

[13] P. Ingram, *Napoleon and Europe,* Cheltenham, Stanley Thornes Publishers Ltd., 1998, p. 49.

[14] M. Broers, P. Hicks y A. Guimera, *The Napoleonic Empire and the New European Political Culture,* Nueva York, Springer, 2012.

[15] E. J. Hobsbawm, *Industry and Empire: An Economic History of Britain since 1750,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968, p. xi [ed. cast.: *Industria e imperio. Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días,* trad. Gonzalo Pontón, Barcelona, Crítica, 2016].

[16] J. J. Mearsheimer y S. M. Walt, «The Case for Offshore Balancing: A Superior U.S. Grand Strategy», *Foreign Affairs* 95, 4 (2016), p. 78.

[17] Morgenthau, *Politics among Nations,* cit., p. 143.

[18] A. Hamilton, *The Federalist: On the New Constitution, Written in 1788*, Hallowell, Masters, Smith & Company, 1857, p. 37 [ed. cast.: *El federalista,* ed. Ramón Maiz, Madrid, Akal, 2015].

[19] D. A. Irwin, «Political Economy and Peel's Repeal of the Corn Laws», *Economics & Politics* 1, 1 (1989), pp. 41-59.

[20] B. Semmel, *The Rise of Free Trade Imperialism,* Cambridge, Cambridge University Press, 1970, p. 8.

[21] D. Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation,* Londres, John Murray, 1821, p. 139 [ed. cast.: *Principios de economía política y tributación,*

trad. Juan Broc B., Nelly Wolf y Julio Estrada, México, Fondo de Cultura Económica, 2015].

[22] F. List, *The National System of Political Economy,* Londres, Longmans, Green & Company, 1841, pp. 295-296.

[23] K. Polanyi, *The Great Transformation,* Boston, Beacon Press, 1944, p. 87 [ed. cast.: *La gran transformación,* trad. Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1989, p. 227].

[24] J. Gallagher y R. Robinson, «The Imperialism of Free Trade,» *The Economic History Review* 6, 1, (1953), pp.1-15, aquí p.10.

[25] M. Hudson, *America's Protectionist Takeoff, 1815-1914: The Neglected American School of Political Economy*, Nueva York, Islet, 2010.

[26] F. List, *Outlines of American Political Economy, in a Series of Letters*, Filadelfia, Samuel Parker, 1827, p.12.

[27] F. List, *The National System of Political Economy,* Londres, Longmans, Green & Company, 1841, p. 111.

[28] *Ibid.*

[29] G. Smith, «The Legacy of Monroe's Doctrine», *The New York Times*, 9 de septiembre de 1984.

[30] W. R. Mead, *God and Gold: Britain, America, and the Making of the Modern World,* Nueva York, Vintage, 2008.

[31] E. S. Reinert y A. M. Daastøl, «The Other Canon: the history of Renaissance economics», en E. S. Reinert (ed.), *Globalization, Economic Development and Inequality: An Alternative Perspective,* Edward Elgar Publishing, 2007, p. 38.

[32] E. H. Norman, *Japan's Emergence as a Modern State*, Nueva York, University of British Columbia Press, 1940.

[33] P. Towle, «British Assistance to the Japanese Navy during the Russo-Japanese War of 1904-5», *The Great Circle* 2, 1 (1980), pp. 44-54.

[34] H. J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction,* Londres, Constable, 1919, p. 100.

[35] M. Weber, «The national state and economic policy (Freiburg address, Inaugural lecture, Freiburg, May 1895)», *Economy and Society* 9, 4 (1980), pp. 436, 445.

[36] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal* 170, 4 (1904), p. 436.

[37] N. Angell, *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power to National Advantage*, Londres, W. Heinemann, 1913.

[38] G. W. Baer, *One Hundred Years of Sea Power: The U.S. Navy, 1890-1990,* Stanford, Cal., Stanford University Press, 1996, p. 85.

[39] C. Bell, *The Royal Navy, Seapower and Strategy Between the Wars,* Londres, Palgrave, 2000, p. 51.

[40] C. Bell, «Thinking the Unthinkable: British and American Naval Strategies for an Anglo-American War, 1918-1931», *The International History Review* 19, 4 (1997), p. 790.

[41] L. Trotsky, «Nationalism and Economic Life», *Foreign Affairs* 12 (1934), pp. 397; 401.

[42] L. Trotsky, *Manifesto of the Fourth International on the Imperialist War and the Proletarian World Revolution: Writings of Leon Trotsky 1939-40,* Nueva York, Pathfinder, 1940, p. 227.

[43] K. Haushofer, *Geopolitik des pazifischen Ozeans: Studien über die Wechselbeziehungen zwischen Geographie und Geschichte*, Berlín, Kurt Vowinckel, 1924.

[44] H. W. Weigert, «Haushofer and the Pacific», *Foreign Affairs* 20, 4 (1942), p. 736.

[45] *Ibid.,* p. 740.

[46] *Ibid.,* p. 741.

[47] H. H. Herwig, *The Demon of Geopolitics: How Karl Haushofer «Educated» Hitler and Hess,* Londres, Rowman & Littlefield, 2016, p. 186.

[48] W. W. Beorn, *The Holocaust in Eastern Europe: at the Epicenter of the Final Solution,* Londres, Bloomsbury Publishing, 2018, p. 61.

[49] H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism,* Nueva York, Harcourt Inc., 1951, p. 159 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo,* trad. Guillermo Solana Díez, Madrid, Alianza, 2006].

[50] K. N. Waltz, *Theory of International Politics,* Nueva York, McGraw-Hill, 1979, p. 200.

[51] Polanyi, *The Great Transformation,* cit., p. 239 [ed. cast. cit., p. 375].

[52] W. E. B. Du Bois, «Neuropa: Hitler's New World Order», *The Journal of Negro Education* 19, 3 (1941).

[53] *Ibid.,* p. 383.

[54] B. Adams, *America's Economic Supremacy,* Nueva York, Macmillan, 1900, p. 80.

[55] Du Bois, «Neuropa: Hitler's New World Order», cit., p. 386.

[56] T. Piketty, *Capital in the Twenty-First Century,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2014, p. 188 [ed. cast.: *El capital en el siglo xxi,* México y Madrid, trad. Eliane Cazenave-Tapie Isoard, Fondo de Cultura Económica, 2014].

[57] T. Nierop y S. De Vos, «Of Shrinking Empires and Changing Roles: World Trade Patterns in the Postwar Period», *Tijdschrift Voor Economische en Sociale Geografie* 79, 5 (1988).

[58] J. D. Brown, *Japan, Russia and Their Territorial Dispute: The Northern Delusion,* Nueva York, Routledge, 2016.

[59] Departamento de Estado de Estados Unidos, «Memorandum by the Under Secretary of State (Acheson) to the Secretary of State», *U.S. State Department*, 9 de octubre de 1945.

[60] D. A. Baldwin, *Economic Statecraft,* Princeton, Princeton University Press, 1985, p. 46.

[61] N. J. Spykman, *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power,* New Brunswick, Transaction Publishers, 1942, p. 470.

[62] Bundesbank, «EMS: Bundesbank Council meeting with Chancellor Schmidt (assurances on operation of EMS) [declassified 2008]», *Bundesbank Archives* N2/267, 30 de noviembre de 1978.

[63] Kissinger, *Diplomacy,* cit., pp. 50-51.

[64] J. L. Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy,* Nueva York, Oxford University Press, 1982, pp. 57-58.

[65] The White House, «National Security Strategy of the United States», abril de 1988, p. 1.

CAPÍTULO III

Pax Americana: el nuevo orden mundial de la hegemonía liberal

El final de la Guerra Fría despertó un gran optimismo en cuanto a la posibilidad de crear un orden mundial más benévolo. La rivalidad militar de suma cero con armas nucleares y guerras *proxies* en todo el mundo había llegado a su término, y la caída del comunismo aparentemente puso fin a la rivalidad ideológica que había definido los conflictos del siglo XX. En consecuencia, el mundo se encontraba en una encrucijada, ya que el nuevo orden mundial podía ser un sistema westfaliano basado en el equilibrio de poder y la igualdad soberana, o una hegemonía liberal en la que todo se alinearía bajo el liderazgo de Estados Unidos y los valores democráticos liberales. El sistema de equilibrio de poder cargaba con el pesimismo de un conflicto perpetuo, mientras que el proyecto de expansión del sistema transatlántico a todo el mundo venía con la promesa de trascender la política de poder y ofrecer una paz perpetua.

El final de la Guerra Fría supuso la existencia de incentivos tanto en términos de poder como ideológicos para establecer un nuevo orden mundial basado en la hegemonía estadounidense. La región transatlántica establecida tras la Segunda Guerra Mundial ya se había basado en dicha hegemonía y en los valores democráticos liberales, que habían demostrado ofrecer una paz y una prosperidad sin precedentes en Occidente. El final de la Guerra Fría también acabó con el equilibrio de poder y las limitaciones a las que se veía sometido Estados Unidos. No obstante, la existencia de la Unión Soviética había legitimado la extensión del poder estadounidense por todo el mundo para contrarrestar su influencia y, sin un enemigo del que defender al mundo, la hegemonía estadounidense se quedó sin una nueva misión que justificara su existencia. El objetivo fue entonces una paz hegemónica reconocida que previniese la aparición de rivales. La secretaria de Estado Madeleine Albright calificó a

Estados Unidos de «nación indispensable». Estados Unidos se convenció a sí mismo de que su supremacía militar y económica y sus valores superiores eran condición necesaria y suficiente para la paz y la estabilidad.

Este capítulo explora, en primer lugar, las premisas teóricas que subyacen a los argumentos a favor y en contra de la construcción de la *Pax Americana.* En segundo lugar, se esboza un argumento liberal a favor de la desigualdad soberana como característica de la hegemonía liberal. Por último, el imperialismo liberal de la *Pax Americana* ha seguido el modelo del internacionalismo idealista en el que la aspiración a la transición a un mundo más benévolo legitimaba, en cambio, unos medios y una hegemonía beligerantes.

Fukuyama versus Huntington

A principios de la década de 1990, dos teorías sobre el futuro de la humanidad dominaban el discurso. La primera era la tesis de Francis Fukuyama, *The End of History (El fin de la Historia),* que preveía que todos los países acabarían adoptando el mismo sistema socioeconómico y político mientras el mundo se unía bajo los valores de la democracia liberal y el liderazgo de Estados Unidos. La batalla ideológica había terminado y se pensaba que no habría ningún país que pudiese convertirse en gran potencia y, por tanto, en rival, a menos que siguiera la senda democrática liberal de Estados Unidos. La búsqueda de la competitividad en la economía mundial crearía interdependencia, una sociedad abierta produciría reformas democráticas y la integración en instituciones comunes daría lugar a que los Estados y sus poblaciones interiorizaran las normas y valores compartidos. Como la teoría liberal supone que la interdependencia económica, la democracia y las instituciones conjuntas generan paz, Fukuyama creía que la Guerra Fría tuvo un profundo impacto en el orden mundial:

> Podemos estar siendo testigos no sólo del final de la Guerra Fría o del paso de un periodo concreto de la historia de posguerra, sino del final de la historia como tal: es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final de gobierno

humano[1].

El pronóstico «rival» se basaba en gran medida en las premisas teóricas presentadas en *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order (El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial),* de Samuel Huntington, que preveía que los Estados se distribuirían en bloques civilizatorios diferenciados[2]. El individualismo, la democracia y los derechos humanos, argumentaba Huntington, no eran universales, sino reflejo de la cultura arraigada en la cristiandad occidental. En lugar de que el mundo se organizara en torno a Estados Unidos y los valores liberales, el orden mundial se definiría cada vez más por la descentralización, en la medida en que las identidades culturales, los sistemas económicos y las alianzas militares se configurarían en función de las civilizaciones. Los seres humanos se organizan en grupos y el más grande es la civilización; por tanto, las personas serían más conscientes de sus identidades civilizatorias distintivas. Huntington advertía contra «la "falacia de la alternativa única", arraigada en la premisa, característica de la Guerra Fría, de que la única alternativa al comunismo es la democracia liberal y que la desaparición del primero es causa de la universalidad de la segunda»[3].

Así pues, fueron dos las propuestas en cuanto al orden mundial ideal al que debía aspirarse. Fukuyama esperaba que el progreso del universalismo occidental fuera la fuente de una paz perpetua, mientras que Huntington creía que Occidente sólo podría prosperar si abandonaba sus aspiraciones universalistas. Este último preveía un mundo más caótico, ya que la hegemonía occidental acabaría llegando a su fin y desencadenaría un choque de civilizaciones. El poder dominante de Occidente seguiría disminuyendo en relación con otros Estados y regiones, lo que obligaría al mundo no occidental a tomar una decisión: «Algunos [intentarán] emular a Occidente, otros –especialmente las sociedades confucianas e islámicas– tratarán de expandir su propio poder económico y militar para resistir y "equilibrar" a Occidente»[4]. Esta rivalidad se manifestaría como una lucha entre cultura y civilizaciones.

La obra de Fukuyama ha tenido una enorme influencia en las

políticas occidentales posteriores a la Guerra Fría. Creó una metanarrativa, un gran relato sobre el papel central de Occidente en el avance de la democracia y el capitalismo, que acabó con un decisivo triunfo sobre todas las ideas e ideologías competidoras. La teoría realista puede explicar el atractivo de la teoría de Fukuyama como reflejo de un equilibrio de poder: Occidente no tenía contrarresto alguno después de la Guerra Fría y, por tanto, había incentivos sistémicos para adoptar ideas y teorías que justificaran el excepcionalismo, la desigualdad soberana y la expansión. Además, los políticos y otros responsables de la toma de decisiones se muestran proclives al idealismo, ya que resulta más atractivo creer que pueden transformar el mundo en lugar de reconocer que todos los seres humanos y Estados necesitan límites.

La decisión de Washington de apostar por una *Pax Americana* conforme a los puntos de vista de Fukuyama convenció a Rusia de que el mundo que se avecinaba seguiría las predicciones del choque de civilizaciones de Huntington. En Rusia, el debate entre el fin de la historia de Fukuyama y el choque de civilizaciones de Huntington tiene raíces más profundas, que se remontan a la rivalidad interna entre los occidentalistas y los eslavófilos que comenzó en la década de 1840. Los occidentalistas eran seguidores del empeño de Pedro el Grande por europeizar Rusia en la medida en que Occidente lideraba un camino universal hacia la modernidad. La premisa era que el mundo acabaría unificándose en un fin común. Por el contrario, los eslavófilos representaban un conservadurismo que rechazaba el universalismo, e insistían en que Rusia necesitaba apostar por un cambio orgánico y un desarrollo basado en su cultura ortodoxa diferencial. En la década de 1990 y principios de 2000, Rusia siguió el camino de los occidentalistas, que implicaba un intento por adoptar el sistema socioeconómico y político de Occidente. Sin embargo, Occidente no podía acoger a Rusia bajo la *Pax Americana,* ya que, sólo por su potencial como polo de poder independiente, seguiría siendo una amenaza. Cuando los occidentalistas rusos perdieron su plataforma política, el universalismo se fue encontrando cada vez con más rechazo, mientras el discurso de la diferenciación civilizatoria se tornaba prevalente. Como acabaría concluyendo

Putin: «ninguna civilización puede enorgullecerse de ser la cumbre de la evolución»[5].

La construcción de la Pax Americana

El argumento dominante en Washington abogaba por la *Pax Americana* como un orden mundial basado en la hegemonía liberal. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos había establecido una región transatlántica pacífica y próspera, y el objetivo era ampliar ese formato como base de un nuevo orden mundial. Se consideraba que se había creado un precedente, ya que, bajo la hegemonía norteamericana, tanto Alemania como Japón habían pasado de ser Estados agresores imperialistas militaristas a democracias pacíficas.

Sin embargo, la influencia estadounidense sobre Alemania y Japón debe atribuirse a un sistema de alianzas que dependía de un adversario compartido, Rusia. Dado lo mucho que le ha tocado sufrir a América Latina bajo la hegemonía estadounidense, Waltz sostenía que «la forma en que nos hemos comportado en nuestro propio patio trasero durante un largo periodo de tiempo nos da una pista de cómo es probable que, en el futuro, ejerzamos un poder descompensado»[6].

El término *momento unipolar* fue acuñado por Charles Krauthammer para describir la distribución internacional del poder tras la Guerra Fría, única en la historia[7]. Krauthammer reconocía que nos encontrábamos en una encrucijada, la de sustituir la bipolaridad por la multipolaridad o la unipolaridad, y argumentaba que volverían tiempos turbulentos; además, distinguía entre unipolaridad y aislacionismo irresponsable:

> Sólo un utópico sin esperanza puede creer lo contrario. Nos esperan tiempos anormales. Nuestra mayor esperanza de seguridad en semejantes momentos, como en otros difíciles del pasado, reside en la fuerza y la voluntad estadounidenses, la fuerza y la voluntad de liderar un mundo unipolar, estableciendo sin complejos las reglas del orden mundial y estando preparados para hacerlas cumplir[8].

Krauthammer admitía que, en el futuro, se acabaría reafirmando la

multipolaridad, aunque podría garantizarse una paz temporal adoptando el momento unipolar. Un punto débil de este razonamiento es que Estados Unidos reformaría voluntariamente el orden mundial unipolar transformándolo en uno multipolar una vez cambiara la distribución internacional del poder. Era más probable que, al desarrollar una estrategia de seguridad basada en la primacía mundial, cualquier amenaza contra la potencia hegemónica fuera respondida con la fuerza. Obsesionado con glorias pasadas, Estados Unidos se negaría a aceptar un papel menor en el mundo y, en lugar de ello, trataría de dar marcha atrás para restaurar su grandeza.

Sin embargo, tras la Guerra Fía, muchos estadounidenses eran partidarios de desmantelar el imperio estadounidense y volver a una posición más modesta en el sistema internacional, con una política exterior desmilitarizada, en la que Estados Unidos sería una más entre muchas grandes potencias; mientras, otros aspiraban a la hegemonía mundial. Desde la primera perspectiva, la unipolaridad es intrínsecamente temporal, ya que exige que la potencia hegemónica transfiera recursos del núcleo con el fin de conservar la periferia, al tiempo que la eliminación de una potencia emergente incentiva el equilibrio colectivo. Por el contrario, al abandonar el estatus de superpotencia, Estados Unidos podría preservar su fuerza centrándose en los retos sociales, económicos, industriales y políticos internos. Como escribió Walter Lippmann en 1965:

> Una gran potencia madura hará un uso mesurado y limitado de su poder. Evitará la teoría de un deber global y universal, que no sólo la compromete a interminables guerras de intervención, sino que intoxica su pensamiento con la ilusión de que es una cruzada por la justicia[9].

El concepto de una potencia hegemónica benéfica resulta problemático, ya que el poder corrompe. En 1821, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Quincy Adams, advirtió del peligro de ir «en busca de monstruos a los que destruir», ya que «las máximas fundamentales de su política cambiarían imperceptiblemente de la libertad a la fuerza. Podría convertirse en la dictadora del mundo». François Fenelon, fallecido a principios del siglo XVIII, observó de forma similar que ningún país con un poder

abrumador sería capaz de actuar con contención y moderación más allá de un breve periodo de tiempo[10]. El presidente Kennedy denunció expresamente la aspiración a una *Pax Americana* en su influyente discurso en la American University el 10 de junio de 1963:

> ¿A qué clase de paz me refiero? ¿Qué clase de paz buscamos? No una *Pax Americana* impuesta al mundo por las armas estadounidenses. Ni la paz de la tumba ni la seguridad del esclavo. Me refiero a una paz auténtica, la paz que hace que merezca la pena vivir en la Tierra, la paz que permite a los hombres y a las naciones crecer, tener esperanza y construir una vida mejor para sus hijos; no sólo paz para los estadounidenses, sino paz para todos los hombres y mujeres; no sólo paz en nuestro tiempo, sino paz siempre y en todo momento.

La defensa liberal de la desigualdad soberana: redistribuir el jardín y la jungla

El universalismo suele asociarse con un orden mundial hegemónico. Bajo la soberanía superior de la Iglesia católica, el emperador del Sacro Imperio podía ejercer su autoridad sobre otras entidades. En cambio, la preservación westfaliana de los rasgos distintivos culturales y civilizatorios se convierte en una defensa de la igualdad soberana, ya que ningún Estado o civilización puede pretender ser superior a los demás.

Sin embargo, aunque la Paz de Westfalia estableció la igualdad soberana entre los europeos, más allá de Europa fue un orden hegemónico basado en una desigualdad soberana. Un sistema internacional de dominio europeo legitimaba esa desigualdad, que reflejaba la relación entre superiores e inferiores. El orden westfaliano ha sido, hasta cierto punto, paradójico, ya que un sistema europeo basado en la soberanía absoluta de los Estados aceptaba la violación de la soberanía de los Estados no europeos. El orden westfaliano proporcionaba un enfoque de los asuntos internacionales basado en normas, pero estas no se aplicaban a todos por igual.

En los últimos siglos, el orden mundial occidentalocéntrico se ha definido por un equilibrio de poder en Europa y el ejercicio de la hegemonía colectiva en el mundo en general. Esto produjo un

sistema dual que surgió basado en una igualdad soberana en Europa, mientras que el resto del planeta se organizó dentro de una estructura imperial basada en una desigualdad soberana. Dado que la civilización, tal como la veían los europeos, era la condición para la soberanía, los llamados pueblos bárbaros no se consideraban aptos para optar al autogobierno.

El orientalista británico Rudyard Kipling utilizó la analogía de la jungla frente al jardín para describir el mundo de los asuntos internacionales, en el que los pueblos civilizados y bárbaros no tienen la misma aspiración de soberanía. El jardín representa el orden de los civilizados, en el que las naciones acatan reglas y normas, practican la diplomacia y cooperan por el bien común. La jungla, en cambio, representa un mundo anárquico y caótico, un lugar peligroso e impredecible en el que sólo sobreviven los más fuertes. La desigualdad soberana como orden sólo puede existir dentro de la civilización, mientras que fuera del jardín sólo impera la ley de la selva. La metáfora describe la desigualdad soberana como algo que se puede corregir, en la medida en que el jardinero virtuoso tiene el deber de cultivar la jungla y convertirla en un jardín. Kipling escribió, así, sobre «La carga del hombre blanco», en la que la colonización como misión civilizadora era una responsabilidad justa para extender el orden. El concepto estadounidense de «destino manifiesto» sugería igualmente que el impulso expansionista hacia el oeste para colonizar nuevos territorios era un deber para extender la civilización. Se creía que las razas primitivas no reunían los requisitos para la soberanía. John Stuart Mill argumentaba lo siguiente:

> El despotismo es un modo legítimo de gobierno respecto a los bárbaros, siempre y cuando el fin sea mejorar su situación y los medios estén justificados para alcanzar realmente ese fin. La libertad, como principio, no tiene aplicación a ningún estado de cosas anterior al momento en que la humanidad ha sido capaz de progresar a través de la discusión libre e igual[11].

Los esfuerzos de Occidente por cuestionar el principio de igualdad soberana en el orden mundial westfaliano después de la Guerra Fría pueden explicarse tanto con teorías liberales como realistas. Desde la perspectiva liberal, el final de la rivalidad ideológica de la Guerra

Fría y el surgimiento de un consenso liberal brindaron la oportunidad para desarrollar un orden mundial común en el que los ideales liberales quedaran encumbrados. Desde la perspectiva realista, el final de la división bipolar de poder de la Guerra Fría y el surgimiento de una unipolaridad permitieron al Occidente colectivo construir un orden hegemónico basado en la desigualdad soberana.

La eclosión de los estudios sobre la paz tras la Guerra Fría hacía una defensa liberal con un enfoque de la seguridad de suma positiva. Mientras que, en un contexto de anarquía internacional, la seguridad tradicional estatocéntrica da lugar a un dilema securitario en tanto que el aumento de la seguridad de un Estado puede disminuir la de otro, se argumentaba que reforzar la seguridad humana mediante la promoción de la democracia y los derechos humanos como parte intrínseca de dicha seguridad era un modelo para una seguridad de suma positiva. Sin embargo, la seguridad humana socavaba la estatal al quedar debilitado el principio de soberanía y prevalecer las interpretaciones militaristas de dicha seguridad.

El liberalismo que prioriza el progreso exigirá a su vez jerarquías claras, estableciendo reglas diferentes para los civilizados y los bárbaros; ahora las distinciones son entre lo liberal democrático y lo que se considera autoritario. El excepcionalismo es, pues, una característica del liberalismo, ya que, para legitimar un sistema de desigualdad, es necesario reivindicar la superioridad sobre un adversario inferior. El fomento de misiones civilizadoras y de la democracia implica el rechazo de la igualdad soberana.

Después de la época colonial, se formó una nueva relación sujeto-objeto, ya que la misión civilizadora fue sustituida por una de desarrollo y modernización. Tras la Guerra Fría, los derechos humanos y la democratización se convirtieron en el nuevo fundamento para imponer la jerarquía internacional entre superiores e inferiores[12]. La soberanía pasó de ser un derecho a ser una responsabilidad respecto a las estructuras políticas y las normas sociales, lo que justificaba que Occidente infringiera la soberanía de otros Estados si se les acusaba de violar los derechos humanos.

Washington afirmaba que su poder abrumador y su superioridad

moral le conferían una responsabilidad especial en lo tocante a la defensa de valores liberales universales como la democracia y los derechos humanos. Al defender el uso unilateral de la fuerza militar, la secretaria de Estado estadounidense Madeleine Albright abogaba en 1998 a por el excepcionalismo estadounidense: «Si tenemos que usar la fuerza, es porque somos Estados Unidos; somos la nación indispensable. Nos mantenemos erguidos y miramos al futuro más allá que otros países, y vemos el peligro que corremos todos»[13]. En *The Pentagon's New Map (El nuevo mapa del Pentágono),* Barnett utiliza el término *la brecha* para revivir el principio de desigualdad soberana entre el núcleo, formado por las regiones económicamente desarrolladas del mundo bajo el liderazgo de Estados Unidos que merecen plena soberanía, y el interior subdesarrollado de ese brecha[14].

Paradójicamente, la democracia y los derechos humanos dejaron de ser valores utilizados para criticar y limitar el poder; al contrario, se utilizaron para permitir el uso del poder. Por ejemplo, la brutal historia de Alemania en la Segunda Guerra Mundial solía citarse como una razón para actuar con moderación, mientras que, en la era posterior a la Guerra Fría, se sugirió que la historia de Alemania en la comisión de genocidios le otorgaba una responsabilidad especial para evitar que ocurrieran en otros lugares. El ministro de Asuntos Exteriores y vicecanciller Joschka Fischer afirmaba que había aprendido dos cosas en su infancia: «nunca más una guerra» y «nunca más Auschwitz», aunque supuestamente en Kosovo «estas dos máximas entraron en conflicto y tuve que renunciar a la noción de nunca más una guerra»[15]. En 2000, Fischer sostenía que la integración europea había dejado obsoletos Westfalia y el principio de equilibrio de poder: «El núcleo del concepto de Europa después de 1945 era y sigue siendo el rechazo del principio europeo de equilibrio de poder y de las ambiciones hegemónicas de los Estados individuales que surgieron tras la Paz de Westfalia en 1648»[16].

El orden mundial westfaliano basado en limitaciones mutuas se denunciaba cada vez más como un sistema inmoral, ya que impedía a Occidente actuar como una fuerza del bien. En su famoso discurso de abril de 1999 en Chicago, la «Doctrina de la comunidad

internacional», el primer ministro británico Tony Blair legitimó la invasión de Yugoslavia apoyando el objetivo más amplio de trascender el principio de soberanía absoluta. Blair insistía: «Ahora todos somos internacionalistas, nos guste o no», ya que la globalización había hecho al mundo más interdependiente[17]. Se considera, en general, que el discurso anunciaba la decisión de invadir Iraq cuatro años más tarde. En 2004, Blair justificaba esta invasión denunciando Westfalia:

> Así pues, en mi caso, antes del 11 de septiembre, ya estaba apostando por una filosofía de las relaciones internacionales diferente de la tradicional que ha prevalecido desde el Tratado de Westfalia de 1648; a saber, que los asuntos internos de un país son algo propio y uno no interfiere a menos que se vea amenazado, o se incumpla un tratado, o se vea obligado a establecer una alianza. Yo no consideraba que Iraq encajara en esta filosofía, aunque podía ver la terrible injusticia cometida contra su pueblo por Sadam[18].

Aunque no cuestionaba la soberanía de los Estados occidentales, Blair se refería a una soberanía limitada en el contexto de «regímenes antidemocráticos y que cometen actos de barbarie»[19]. El lenguaje implicaba revivir el antiguo sistema imperial de dotar de soberanía a los Estados civilizados mientras se consideraba a los pueblos bárbaros incapaces de asumir esa responsabilidad soberana.

El británico Robert Cooper, diplomático de alto rango que fue asesor especial de Blair y colaboró en el desarrollo de la doctrina poswestfaliana del internacionalismo liberal, fue aún más explícito a la hora de resucitar los designios imperiales para el nuevo orden mundial. Cooper abogaba por «el nuevo imperialismo liberal» porque, a lo largo de la historia, «orden significaba imperio. Los que estaban dentro del imperio tenían orden, cultura y civilización. Fuera de él había bárbaros, caos y desorden. Desde entonces, la imagen de paz y orden con un único centro de poder hegemónico ha mostrado su solidez»[20]. El mundo, por tanto, necesitaba un conjunto de reglas para el jardín y otro para la jungla. Los occidentales, en el jardín, podían ser civilizados unos con otros, pero, cuando se enfrentaban a los bárbaros en la jungla, necesitaban un nuevo conjunto de normas:

> Entre nosotros, respetamos la ley, pero, cuando actuamos en la jungla, también debemos utilizar las leyes de la jungla […] tenemos que volver a los métodos más duros de una época anterior: la fuerza, el ataque preventivo, el engaño, todo lo que sea necesario para tratar con quienes todavía viven en el mundo del siglo XIX[21].

El declive del dominio estadounidense en el planeta hizo temer que todo el orden mundial basado en la hegemonía liberal estuviera llegando a su fin. El libro de Robert Kagan *The Jungle Grows Back (La jungla vuelve a crecer)* se publicó en 2018 y fue una advertencia contra el abandono por parte de Estados Unidos de su responsabilidad de liderar el mundo. Tomando prestada la analogía de Kipling del jardín frente a la jungla, Kagan advertía de que, si Estados Unidos se retiraba de su papel de «jardinero» del orden internacional, la jungla de la política del poder volvería con creces. Por lo tanto, la primacía mundial es una responsabilidad que recae sobre los hombros de EEUU. Robert Kagan es el marido de Victoria Nuland, que tuvo un papel capital en el derrocamiento del presidente ucraniano Yanukovich en febrero de 2014.

En Europa se reactivaron analogías similares cuando el responsable de la política exterior de la UE, Josep Borrell, advirtió de que un relativo declive significaría que el mundo civilizado podría ser invadido por los bárbaros. Borrell utilizó la analogía de Kipling para concluir la necesidad de una desigualdad soberana, convirtiendo ahora en deber moral del jardinero intervenir en la jungla para garantizar que esta no invada el jardín:

> Europa es un jardín. Hemos construido un jardín […] El resto del mundo –y tú lo sabes muy bien, Federica– no es exactamente un jardín. La mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría invadir el jardín. Los jardineros deben cuidarlo, pero no protegerán el jardín construyendo muros. Un bonito y pequeño jardín rodeado de altos muros para evitar que entre la jungla no va a ser la solución. Porque la jungla tiene una gran capacidad de crecimiento, y el muro nunca será lo suficientemente alto como para proteger el jardín. Los jardineros tienen que ir a la jungla. Los europeos tienen que comprometerse mucho más con el resto del mundo. De lo contrario, el resto del mundo nos invadirá[22].

El imperialismo liberal de la Pax Americana

El internacionalismo idealista prevé que la adopción de ideales universales que promuevan la libertad humana superará la anarquía del sistema internacional, sustituyendo así al sistema westfaliano de Estados soberanos limitados por un equilibrio de poder. Al vincular un ideal a una entidad que detenta el poder, el idealismo político puede aspirar a alcanzar la hegemonía llevando a cabo una revisión directa del orden mundial.

El idealismo, a menudo de forma paradójica, acepta un mayor uso de la violencia si el actual mundo defectuoso y la paz perpetua pueden salvarse destruyendo a un adversario. Tanto la Revolución francesa como la Revolución bolchevique pretendían encumbrar las libertades humanas derribando el orden mundial basado en el equilibrio de poder y la igualdad soberana, y sustituyéndolo por un Estado hegemónico que promoviera ideales universales.

El orden internacional liberal posterior a la Guerra Fría fue igualmente un esfuerzo revisionista por transformar el sistema internacional rompiendo con la anarquía internacional del pasado. La expectativa de que las democracias liberales desmilitarizarían las relaciones internacionales tras la Guerra Fría se vio pronto defraudada, ya que la teoría de la paz democrática legitimó, en cambio, nuevas guerras recurriendo a la promoción de los ideales liberales con la fuerza de las armas. Las democracias occidentales son menos susceptibles a reconocer que ellas mismas suponen una amenaza para los demás, ya que «los ciudadanos de los Estados democráticos tienden a pensar que sus países son buenos, al margen de lo que hagan, simplemente porque son democráticos». Del mismo modo, «los Estados democráticos también tienden a pensar que los Estados no democráticos son malos, aparte de por lo que hacen, simplemente porque no son democráticos»[23]. El fundamentalismo ideológico sugiere que a los actores se les asigna el papel de enemigos por su identidad ideológica y no por su comportamiento real en el sistema internacional. Del mismo modo, el fundamentalismo ideológico disminuye la capacidad de reconocer que sus políticas y acciones pueden suponer una amenaza para los

demás, ya que la propia identidad política se considera intrínsecamente positiva y una fuerza del bien[24].

Las democracias liberales tienden a exigir una mayor autoridad en el sistema internacional con el argumento de que son más representativas de su pueblo. El argumento contra el relativismo es razonable hasta cierto punto, ya que cabe preguntarse si, por ejemplo, el Gobierno norcoreano debería tener la misma representación en el sistema internacional cuando no representa adecuadamente a su pueblo. Sin embargo, casi siempre se castiga a los gobiernos autoritarios que rechazan la dominación occidental, lo que sugiere que el argumento a favor del excepcionalismo liberal es un velo para ocultar una política de poder. No obstante, las democracias liberales reclaman implícitamente una aristocracia internacional en la que unos pocos ilustrados gobiernen en beneficio de la colectividad.

Coerción: ¿medios beligerantes para fines benéficos?

En un principio, el internacionalismo idealista de la *Pax Americana* aspiraba a que el resto del mundo se alineara bajo los valores democráticos liberales y el liderazgo de Estados Unidos, tal como prescribía la tesis de *El fin de la Historia* de Fukuyama. Sin embargo, al reconocer que el mundo no estaba realizando la transición necesaria hacia la democracia liberal y la subordinación al liderazgo estadounidense, la potencia hegemónica adopta el principio de recurrir a medios bélicos para fines benéficos.

Los franceses, los soviéticos y el Occidente colectivo se consideran altruistas al asumir la carga de guiar al mundo hacia la paz y unos ideales universales. La soberanía se diluye al situar las libertades humanas por encima de la seguridad del Estado. En 1792, la Convención Nacional declaró que Francia «acudiría en ayuda de todos los pueblos que trataran de recuperar su libertad». De forma similar, los bolcheviques anunciaron en 1917 «el deber de prestar ayuda, armada si fuera necesario, al proletariado en lucha del resto de países»[25]. En esa línea, la hegemonía liberal de Occidente reivindicaba la responsabilidad de garantizar los derechos

democráticos y humanitarios de otros pueblos mediante una interpretación cada vez más militarista e intervencionista de la seguridad humana.

Desde la perspectiva de la teoría liberal, el elevado papel de los ideales liberales de libertad es crucial para el desarrollo de un orden mundial. Bajo la presidencia de Woodrow Wilson, Estados Unidos empezó a abandonar su posición de faro pasivo de la democracia que había que emular, y en su lugar trató de asumir una responsabilidad misional activa para hacer del mundo un lugar «seguro para la democracia». Desde una perspectiva realista, el creciente deber misional de Estados Unidos representaba una amenaza directa para el orden mundial basado en un equilibrio de poder. Los ideales del internacionalismo liberal que ensalzan la democracia y los derechos humanos como tema capital de la política internacional, también tienen una tradición tanto pacificadora como imperialista. Doyle cita la genuina creencia de Reagan en una «cruzada por la libertad» para explicar por qué el internacionalismo liberal arrastra dos legados, el de la pacificación y el del imperialismo[26].

Estados Unidos y la Unión Soviética declararon el fin de la Guerra Fría en la Cumbre de Malta de diciembre de 1989, y la cooperación pareció sustituir a la competencia, ya que los soviéticos no impidieron que Estados Unidos atacara a Iraq. En el discurso que anunció la primera embestida norteamericana en enero de 1991, el presidente George H. W. Bush proclamó el nuevo orden mundial que aquello significaba:

> Tenemos ante nosotros la oportunidad de forjar para nosotros y para las generaciones futuras un nuevo orden mundial, un mundo en el que el imperio de la ley, y no la ley de la selva, rija la conducta de las naciones. Cuando tengamos éxito –y lo tendremos–, tendremos una oportunidad real de conseguir este nuevo orden mundial, un orden en el que unas Naciones Unidas creíbles puedan utilizar su función pacificadora para cumplir la promesa y la visión de los fundadores de la ONU[27].

Bush padre no percibía contradicción alguna entre el liderazgo de Estados Unidos y la primacía de la ONU. Aunque consiguió el apoyo

de esta última para lanzar la Primera Guerra del Golfo utilizando como argumento que había que proteger la soberanía de Kuwait, ese mismo mes Bush subrayó en su discurso sobre el estado de la Unión que la superioridad estadounidense en fuerza y valores había otorgado a Washington la «carga del liderazgo» y que, «entre las naciones del mundo, sólo los Estados Unidos de América tienen tanto la categoría moral como los medios para respaldarla. Somos la única nación de la Tierra que puede reunir a las fuerzas de la paz»[28].

Tras el colapso de la Unión Soviética en diciembre de 1991, el equilibrio de poder se volvió aún más desigual. Apenas un mes después, en enero de 1992, el presidente Bush declaró triunfalmente el nuevo papel de Estados Unidos:

> Por la gracia de Dios, Estados Unidos ganó la Guerra Fría [...] la Guerra Fría no terminó, fue ganada [...]. Somos los Estados Unidos de América, el líder de Occidente que se ha convertido en el líder del mundo, y, mientras yo sea presidente, seguiré liderando en apoyo de la libertad en todas partes[29].

El revisionismo histórico que suponía declarar la victoria en la Guerra Fría tuvo inmensas implicaciones. Cuando Gorbachov y Bush declararon su final en la mencionada Cumbre de Malta de diciembre de 1989, se estaba reconociendo que la diplomacia había sido el instrumento para instaurar una paz común. Bush incluso había dado instrucciones a su Administración para que no tratara la caída del Muro de Berlín como una victoria, ya que el final negociado de la Guerra Fría significaba que «no había perdedores, sólo ganadores»[30]. Declarar la victoria tras el colapso de la Unión Soviética tenía varias implicaciones: había un ganador y un perdedor, la paz no se había logrado mediante negociaciones sino con la fuerza militar hasta el agotamiento de los soviéticos, y Estados Unidos, como vencedor, podía dictar posteriormente el nuevo orden mundial. El exembajador de Estados Unidos en la Unión Soviética, Jack Matlock, había contribuido a negociar ese final y advirtió cómo «la mitificación comenzó casi al mismo tiempo que se producía la caída de la Unión Soviética»[31]. Reforzado por la nueva interpretación de la historia, Estados Unidos avanzó aún más hacia una cultura

militarista que celebraba la paz mediante el dominio y la victoria sobre los adversarios.

El desprecio estadounidense de la diplomacia se vio reforzado en la crisis cubana de los misiles de 1962. La guerra nuclear se evitó tras llegar a un acuerdo diplomático por el que Estados Unidos retiraría sus misiles Júpiter de Turquía a cambio de que la Unión Soviética hiciera lo propio con los suyos en Cuba. En vez de celebrar la diplomacia que evitó un enfrentamiento atómico, Estados Unidos condicionó el acuerdo a que se mantuviera en secreto. Washington mintió a su propia población y a sus aliados. Durante dos décadas, la opinión pública estadounidense creyó que la crisis de los misiles se había resuelto con una postura agresiva e intransigente que acabó con victoria, ya que Moscú tuvo que dar marcha atrás.

El presidente Bush estaba convencido de que el resto del mundo se alinearía bajo el benigno liderazgo estadounidense, ya que no temían que Estados Unidos abusara de su inmenso poder. Sin embargo, entre los debates en Francia en torno al imperialismo estadounidense tras la Primera Guerra del Golfo figuraba el comentario de un político que afirmaba: «Ahora que la Unión Soviética ya no mantiene a raya a Estados Unidos, el imperialismo estadounidense representa la mayor amenaza para el mundo»[32] .

El sentimiento entre los neoconservadores de Washington era que, antes de alcanzar a una paz duradera, Estados Unidos tenía que limpiar los restos de los aliados soviéticos. Tras la Primera Guerra del Golfo, el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz lamentó que se hubiera permitido a Sadam Husein permanecer en el poder, y comentó que Estados Unidos debía aprovechar su limitado tiempo de dominio global:

> Con el fin de la Guerra Fría, ahora podemos utilizar nuestro ejército con impunidad. Los soviéticos no vendrán a bloquearnos. Y tenemos cinco, quizá diez años para limpiar estos viejos regímenes subrogados soviéticos como Iraq y Siria antes de que surja la próxima superpotencia que nos desafíe[33].

El incentivo para imponer la hegemonía estadounidense en el mundo significaba que Washington favorecía las soluciones militares frente a las negociaciones y los compromisos. Abraham Maslow

escribió en 1966: «Si la única herramienta que tienes es un martillo, es tentador tratar todo como si fuese un clavo». Con una doctrina de supremacía militar, se cree que todos los conflictos tienen una solución militar. En los prolegómenos de la Primera Guerra del Golfo, los funcionarios de Washington discutieron la «pesadilla» que supondría que Iraq hiciera suficientes concesiones como para romper la coalición en su contra, lo que privaría a Estados Unidos del *casus belli* para una invasión. Waltz recuerda cómo «Bush trabajó muy eficazmente para frenar a quienes intentaban promover el compromiso y una solución pacífica», lo que incluía sabotear las iniciativas de paz de franceses, rusos y árabes[34].

En Yugoslavia se siguió una fórmula similar. Estados Unidos contribuyó a instigar e intensificar el conflicto al retirar al Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) de su lista de grupos terroristas para utilizarlo como *proxy* contra las autoridades yugoslavas. Tras la escalada del conflicto, Washington y la OTAN pusieron en marcha su iniciativa diplomática apoyada en una amenaza bélica. A Belgrado se le planteó la disyuntiva de aceptar una cesión total de soberanía o hacer frente a una guerra contra la OTAN. El Apéndice B de la propuesta de Rambouillet exigía la rendición completa y la ocupación de Yugoslavia por la organización atlántica:

> El personal de la OTAN gozará, junto con sus vehículos, buques, aviones y equipos, de paso libre y sin restricciones y de acceso sin trabas en toda la RFY [República Federativa de Yugoslavia], incluido el espacio aéreo y las aguas territoriales asociadas. Esto incluirá, entre otros, el derecho a establecer campamentos, realizar maniobras, acuartelamientos, y utilizar cualquier zona o instalación necesaria para el apoyo, la formación y las operaciones.

George Kenney, antiguo funcionario del Departamento de Estado para Yugoslavia, informaba en *The Nation* de que un alto funcionario del Departamento de Estado norteamericano se había jactado de que Estados Unidos «puso deliberadamente el listón más alto de lo que los serbios podían aceptar»; los serbios «necesitan alguna que otra bomba, y eso es lo que van a tener»[35]. Henry Kissinger confirmó que Washington había planteado deliberadamente exigencias inaceptables a Yugoslavia como «excusa para empezar a

bombardearla»[36]. La Asamblea Nacional Serbia rechazó la cesión de su soberanía y sugirió en su lugar una solución diplomática que formalizara la autonomía de Kosovo, que se organizaría bajo la supervisión de la OSCE y la ONU. Washington y la OTAN desestimaron esta oferta e insistieron en que se habían agotado los esfuerzos diplomáticos, ya que Belgrado no estaba dispuesto a llegar a un compromiso. John Norris, el director de Comunicaciones del vicesecretario de Estado Strobe Talbott, reconoció que la guerra en Kosovo tenía que ver principalmente con la reestructuración geopolítica y no con el humanitarismo: «fue la resistencia de Yugoslavia a las tendencias generales de reforma política y económica –y no la difícil situación de los albanokosovares– lo que mejor explica la guerra de la OTAN»[37].

Una década después de la Primera Guerra del Golfo, la hoja de ruta neoconservadora aprovechó el viento a su favor tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. En sus memorias, el general estadounidense Wesley Clark escribió que, tras dichos ataques, le presentaron un memorando de la Oficina del Secretario de Defensa en el que se esbozaba explícitamente la estrategia norteamericana de «acabar con siete países en cinco años»[38]. Tras atacar Iraq, Estados Unidos invadiría Siria, Líbano, Libia, Somalia, Sudán y acabaría con Irán. Es probable que Bush hijo estuviera convencido de que la idea de que Estados Unidos estaba utilizando medios bélicos en pos de fines tan beneficiosos como el objetivo de extender la democracia era auténtica. En una alocución en 2003, imaginaba que la brutal invasión tendría como resultado la proliferación de la democracia en toda la región: «La democracia iraquí tendrá éxito, y ese éxito hará saber, desde Damasco hasta Teherán, que la libertad puede ser el futuro de todas las naciones»[39].

La mentalidad de integridad moral según la cual el mundo podía transformarse mediante la fuerza militar era habitual, a pesar de presentar una imagen caricaturesca del mundo. La heurística del bien contra el mal se mostraba en *An End to Evil (El fin del mal)*, de Richard Perle y David Frum, donde se presentaba a Estados Unidos como un virtuoso policía mundial que promovía los intereses

estadounidenses: «Cuando esté en nuestras manos y responda a nuestros intereses, debemos apartar a los dictadores sin más reparos que los que siente un francotirador de la policía cuando derriba a alguien que ha tomado rehenes»[40]. En los años que siguieron al ataque estadounidense contra Iraq, Estados Unidos y la OTAN prosiguieron sus guerras contra Libia, Siria y Yemen, y continuaron su ocupación de Afganistán durante 20 años. Sin embargo, a medida que inevitablemente surgían nuevos centros de poder, las «pequeñas guerras» fueron sustituidas por la preparación de guerras de mayor envergadura, desplazando la atención hacia Rusia y China.

Volver a dividir el mundo

Otro estadio del internacionalismo idealista es el reconocimiento de que la prosecución del poder es un fin en sí mismo. La exigencia de hegemonía se basa en la premisa de que se necesitan estructuras jerárquicas internacionales para defender sus ideales. Los franceses, los soviéticos y los miembros de la OTAN/UE se consideraban los paladines de unos ideales universales que sólo podían defenderse con una distribución internacional hegemónica del poder. Los ideales internacionalistas «quedan supeditados a una causa primordialmente "nacional" o, mejor dicho, al mantenimiento del régimen de una "gran potencia" concreta»[41]. El término *titoísmo* ilustra el rechazo soviético de estructuras de poder comunistas alternativas a su «ideología federalista»[42]. Del mismo modo, las democracias liberales exigen jerarquías justificadas por la ideología y, por tanto, suelen rechazar el multilateralismo en instituciones internacionales inclusivas. En 1942, John Herz sostenía que cuanto más fuerte es la democracia en el plano nacional, más probable es que un país rechace una democracia internacional para proteger sus valores y prerrogativas democráticos del dominio de la mayoría internacional[43]. Los ideales de las libertades humanas se basaban, en todos los casos, en un internacionalismo idealista, mientras que las realidades políticas hicieron que estos valores se vincularan a la hegemonía.

La doctrina Wolfowitz para la primacía global se perfiló menos de dos meses después del colapso de la Unión Soviética. El documento filtrado *Defense Planning Guidance (DPG),* de febrero de 1992, esbozaba un orden mundial hegemónico. La perdurabilidad de la hegemonía dependía, por tanto, de impedir que surgieran futuros rivales: «Nuestro primer objetivo es impedir la reaparición de un nuevo rival [...] debemos mantener los mecanismos para disuadir a potenciales competidores de aspirar siquiera a un papel regional o global más amplio»[44]. El *DPG* también advierte del peligro de que los aliados se vuelvan demasiado independientes y, por tanto, abogaba por el no rearme de países como Alemania y Japón, sino por su integración en un sistema dirigido por Estados Unidos. El documento reconocía que «es de capital importancia preservar la OTAN como principal instrumento de defensa y seguridad occidental, así como el canal de influencia y participación de Estados Unidos en los asuntos de seguridad europeos»[45].

En 2002, la *Estrategia de Seguridad de Estados Unidos* vinculó explícitamente la seguridad nacional a un dominio global, ya que el objetivo de «disuadir a la futura competencia militar» debería lograrse mediante el impulso y el mantenimiento de «la potencia sin parangón de las fuerzas armadas estadounidenses y su presencia al frente»[46]. El anhelo de una primacía global también quedó condensado en el concepto de «dominio de espectro completo» de Estados Unidos, que aspira al dominio norteamericano en todas las esferas: tierra, mar, aire, espacio, ciberespacio y espacio mediático. Al vincular la hegemonía a los valores liberales, la consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice desestimó la multipolaridad, en tanto que una amenaza para el liberalismo: «La multipolaridad es una teoría de rivalidad; de intereses contrapuestos y, en el peor de los casos, de valores contrapuestos»[47].

El exasesor de Seguridad Nacional norteamericano Zbigniew Brzezinski elaboró un influyente plan para promover y preservar la unipolaridad. Brzezinski diseñó una gran estrategia para garantizar «que no surja ningún rival euroasiático capaz de dominar Eurasia y, por tanto, de desafiar también a Estados Unidos»[48]. Utilizando el lenguaje de los imperialistas tradicionales, Brzezinski abogaba por

que Estados Unidos «impidiera la connivencia y preservara la dependencia en materia de seguridad entre los vasallos, para mantener a los tributarios dóciles y protegidos, y evitar que los bárbaros se unan»[49]. Traducido al lenguaje de la calle, George Friedman, de Stratfor, también conocido como la CIA en la sombra, lo expresó así: Estados Unidos debe «mantener Eurasia dividida entre tantos poderes diferentes (preferiblemente hostiles entre sí) como sea posible»[50].

Washington ofreció su apoyo a potencias regionales clave a cambio de lealtad al sistema estadounidense-céntrico[51]. Europa se organizó en el marco de la alianza transatlántica que excluía y limitaba la influencia de Rusia, Asia se mantuvo como una zona liderada por Estados Unidos en lo que se denomina la Región Indo-Pacífico para limitar la influencia de China, mientras que la cooperación con Israel y los Estados árabes contenían a Irán. Mientras se aseguraba el *rimland* o anillo exterior del continente euroasiático mediante estas alianzas, Estados Unidos también pretendía penetrar en el corazón de Eurasia. En la década de 1990, desarrolló el concepto de «Ruta de la Seda», que integraría Asia Central bajo el liderazgo estadounidense con vistas a romper las relaciones entre Rusia y los Estados centroasiáticos.

La perpetuación de la hegemonía estadounidense exige recrear las líneas divisorias y los conflictos de la Guerra Fría que garantizaron el debilitamiento de los adversarios, al tiempo que los aliados seguían siendo dependientes y obedientes. Estados Unidos convierte la dependencia en materia de seguridad en lealtades geoeconómicas y políticas. El reto del sistema es que una paz excesiva reduce la influencia norteamericana en los Estados aliados, mientras que unas tensiones excesivas incentivan a los adversarios a desvincularse geoeconómicamente de Estados Unidos.

La aspiración de los europeos a una autonomía cada vez mayor se expresó de forma ambigua en el objetivo de «autonomía estratégica» y «soberanía europea». Jacques Delors, el presidente francés de la Comisión Europea, abogaba por reforzar la ONU y la autonomía europea para equilibrar el poder de Estados Unidos. Cada vez más, los europeos desarrollaban una política exterior

independiente en forma de acuerdos energéticos con Rusia, cooperación tecnológica y de infraestructuras con China, e incluso se resistían al empeño norteamericano por volver a imponer sanciones a Irán. Al mismo tiempo, los aliados estadounidenses en Asia y en todo el mundo convertían a China en su principal socio comercial. La desconfianza y las tensiones entre aliados y adversarios eran necesarias para garantizar que los primeros siguieran siendo dependientes y leales, al tiempo que se contenía a Rusia, China y cualquier otro rival. Incluso antes del derrumbe de la Unión Soviética, Cumings observó: «Aunque la Guerra Fría haya terminado, los dos pilares de la política exterior estadounidense de posguerra –la hegemonía global y el control de los aliados– permanecen en gran medida intactos»[52].

Al mismo tiempo, tanto a China como a Rusia les preocupaba cada vez más que Estados Unidos continuara con sus políticas de sometimiento y control. Rusia consideraba necesario ir un paso más allá para equilibrar a una OTAN y una UE expansionistas que marginaban su papel en Europa, mientras que China disfrutaba de mayor estabilidad y podía esperar su momento gracias a su «ascenso pacífico», para irse fortaleciendo durante el mayor tiempo posible sin atraer la atención no deseada de Occidente.

Estados Unidos persiguió el control militar mediante la expansión de la OTAN en Europa y su «pivote hacia Asia» para reforzar las políticas de control regional que, en 1952, el entonces secretario de Estado estadounidense John Foster Dulles definió como las dos cadenas de islas[53]. La primera «encierra» el mar de Japón, el mar de China Oriental y el mar de China Meridional con un cerco que se extiende desde Japón, las islas Ryukyu, Taiwán, Filipinas y hacia Malasia e Indonesia, donde Estados Unidos controla el estratégico estrecho de Malaca. La segunda cadena se extiende desde Japón, las Islas Marianas del Norte, Guam, Micronesia y Palau antes de llegar a Indonesia[54]. Para reforzar su estrategia de control de esta cadena de islas, Estados Unidos empezó a abandonar progresivamente la Política de una sola China, que había sido la base de la estabilidad y la paz desde finales de la década de 1970. La Política de una sola China reconocía que Taiwán forma parte de

China, y el presidente Jimmy Carter había afirmado el compromiso de Estados Unidos para cooperar con Taiwán sólo en los ámbitos de la economía y la cultura. El impulso gradual de Washington a favor de la secesión de Taiwán anuló de hecho toda la paz con China.

El control económico también pretende mantener la dependencia asimétrica de Estados Unidos limitando la influencia económica de sus rivales. En 2012, la secretaria de Estado Hillary Clinton se refirió a la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP) con los europeos como una «OTAN económica»[55]. Argumentando a favor de la Asociación Transpacífica (TPP), el presidente Barack Obama escribió un artículo de opinión en *The Washington Post:*

> Estados Unidos debe escribir las reglas. Estados Unidos debe llevar la voz cantante. Otros países deberían seguir las reglas que Estados Unidos y nuestros socios establecen, y no al revés. Eso es lo que el TPP nos permite hacer [...] Estados Unidos, y no países como China, es quien debería escribirlas[56].

Sin embargo, Washington tendría que reformar la arquitectura geoeconómica para mantener el dominio del sistema como potencia relativa en caso de que se produjese su declive y surgiesen nuevos polos de poder. Contener tanto a Rusia como a China probablemente incentivaría a los dos gigantes euroasiáticos a converger para desamericanizar tecnologías, industrias, corredores de transporte, bancos, moneda de reserva/comercio y sistemas de pago. Para separar a los dos rivales, sería necesario que Estados Unidos acogiese a Rusia como el más débil para contener a China como la potencia mayor. Incluso los halcones antirrusos como Brzezinski, que aportó ideas clave para cimentar la unipolaridad, reconocieron que Washington tendría que acabar creando un «Occidente ampliado» que incluyera a Rusia para garantizar que rusos y chinos se equilibraran mutuamente[57].

A medida que se debilita su posición dominante en el sistema internacional, Estados Unidos se enfrenta a un dilema. Puede aceptar un papel más modesto en dicho sistema facilitando uno multipolar para dar cabida a los nuevos centros de poder, o podría militarizar su control administrativo sobre la economía internacional. Washington optaría por lo segundo, lo que constituiría un incentivo

para que el resto del mundo fuera reduciendo gradualmente su excesiva dependencia de Estados Unidos.

Conclusión

El orden mundial hegemónico liberal de la *Pax Americana* aspiraba a trascender la política de poder y crear un orden mundial más benéfico. Sin embargo, el internacionalismo idealista tiende a desembocar en una política de poder radical, ya que los ideales y las instituciones y políticas destinadas a servirlos se degradan hasta convertirse en meros instrumentos de política de poder para promover una causa nacional. Posteriormente, el contrato social entre la población del mundo y el policía mundial comenzó a derrumbarse a medida que el esfuerzo por utilizar medios pacíficos para alcanzar fines benéficos generaba, por el contrario, medios bélicos para sostener la hegemonía.

La hegemonía liberal mantiene su identidad ideológica pacífica dentro del Occidente colectivo como si se tratara de una ruptura fundamental con la historia. Sin embargo, para los Estados fuera de Occidente, el concepto de una hegemonía liberal benéfica se parece cada vez más a la continuación del imperialismo occidental tradicional. Una vez más, el mundo se divide en Estados civilizados con soberanía frente a Estados incivilizados con soberanía limitada, con los jardineros reclamando la autoridad para utilizar medios militares cuando operan en la jungla. A medida que surgían nuevos centros de poder, como era de esperar, rechazaban la hegemonía liberal por considerar que apuntalaba un orden mundial desordenado e injusto.

---

[1] F. Fukuyama, «The end of History?», *The National Interest* 16 (1989), pp. 3-18.

[2] S. P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order,* Nueva York, Simon and Schuster, 1996 [ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial,* Barcelona, Paidós, 2005].

[3] S. P. Huntington, «If Not Civilizations, What? Paradigms of the Post-Cold War World», *Foreign Affairs* 72, 5 (noviembre-diciembre de 1993), p. 191.

[4] S. P. Huntington, «The West and the Rest», *Prospect Magazine,* 20 de febrero de 1997.

[5] V. Putin, «Valdai International Discussion Club meeting», *President of Russia,* 27 de octubre de 2022.

[6] K. N. Waltz, «The New World Order», *Millennium* 22, 2 (1993), p. 188.

[7] C. Krauthammer, «The Unipolar Moment», *Foreign Affairs,* 1 de enero de 1990.

[8] *Ibid.,* p. 33.

[9] *Proceedings and Debates of the 89th Congress,* vol. 111, parte 7 (28 de abril de 1965 a 10 de mayo de 1965): 8786.

[10] K. N. Waltz, «The New World Order», *Millennium* 22, 2 (1993), p. 188.

[11] J. S. Mill, *On Liberty and Other Writings,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 13 [ed. cast.: *Sobre la libertad,* ed. César Ruiz Sanjuán, Madrid, Akal, 2014, p. 59].

[12] M. E. Latham, *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and U.S. Foreign Policy from the Cold War to the Present,* Nueva York, Cornell University Press, 2011.

[13] B. Herbert, «In America; War Games», *The New York Times,* 22 de febrero de 1998.

[14] T. P. Barnett, *The Pentagon's New Map; War and Peace in the Twenty-First Century,* Nueva York, Penguin, 2004.

[15] Spiegel, «Berlin Reverts to Old Timidity on Military Missions», *Spiegel International,* 26 de marzo de 2013.

[16] J. Fischer, «From Confederacy to Federation: Thoughts on the Finality of European integration», discurso en la Universidad Humboldt, Berlín, 12 de mayo de 2000.

[17] T. Blair, «Doctrine of the International Community», discurso en Chicago, 22 de abril de 1999.

[18] «Full Text: Tony Blair's Speech», *The Guardian,* 5 de marzo de 2004.

[19] Blair, «Doctrine of the International Community», cit.

[20] R. Cooper, «The New Liberal Imperialism», *The Guardian,* 7 de abril de 2002.

[21] *Ibid.*

[22] J. Borrell, «The Gardeners have to go to the Jungle. European have to be much more Engaged with the Resto of the World. Otherwise, the Rest of the World will Invade Us», *European Union External Action,* 13 de octubre de 2022.

[23] K. N. Waltz, «Structural Realism after the Cold War», *International Security* 25, 1 (2000), p. 11.

[24] K. Booth y N. J. Wheeler, *The Security Dilemma: Fear, Cooperation and Trust in World Politics,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008, p. 331.

[25] *Ibid.,* p. 170.

[26] M. W. Doyle, «Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs», *Philosophy & Public Affairs* 12, 3 (1983).

[27] G. Bush, «Address to the Nation Announcing Allied Military Action in the Persian Gulf», *The American Presidency Project,* 16 de enero de 1991.

[28] G. Bush, «Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union», *The American Presidency Project,* 29 de enero de 1991.

[29] G. Bush, «Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union», *The American Presidency Project,* 28 de enero de 1992.

[30] S. F. Cohen, *Soviet fates and lost alternatives: from Stalinism to the new Cold War,* Nueva York, Columbia University Press, 2009, p. 160.

[31] J. F. Matlock, *Superpower Illusions: How Myths and False Ideologies Led America Astray - and How to Return to Reality,* New Haven, Yale University Press, 2010, p. 3.

[32] Waltz, «The New World Order», cit., p. 189.

[33] J. Sachs, «Ending America's War of Choice in the Middle East», *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development* 11 (2018), p. 25.

[34] Waltz, «The New World Order», cit., p. 189.

[35] G. Kenney, «Rolling Thunder: the Rerun», *The Nation,* 14 de junio de 1999.

[36] H. Kissinger, «Interview with Henry Kissinger», *The Daily Telegraph,* 28 de junio de 1999.

[37] J. Norris, *Collision Course: NATO, Russia, and Kosovo,* prólogo de Strobe Talbott, Westport, Praeger, 2005, p. xxiii.

[38] W. K. Clark, *A Time to Lead: For Duty, Honor and Country,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, p. 231.

[39] «In Bush's Words: Iraqi Democracy Will Succeed», *The New York Times,* 6 de noviembre de 2003.

[40] D. Frum y R. Perle, *An End to Evil: How to Win the War on Terror,* Nueva York, Random House Publishing Group, 2003, p. 114.

[41] J. H. Herz, «Idealist Internationalism and the Security Dilemma», *World Politics* 2, 2 (1950), p. 171.

[42] *Ibid.,* p. 172.

[43] J. H. Herz, «Political Ideas and Political Reality», *Western Political Quarterly* 3, 2 (1950).

[44] *Defense Planning Guidance,* Washington, 18 de febrero de 1992.

[45] *Ibid.*

[46] G. W. Bush, «The National Security Strategy of the United States of America», The White House, 1 de junio de 2002.

[47] C. Rice, «Remarks by Dr Condoleeza Rice, Assistant to the President for National Security Affairs», en el International Institute for Strategic Studies, Londres, 16 de junio de 2003.

[48] Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geopolitical Imperatives,* Nueva York, Basic Books, 1997, p. xiv [ed. cast.: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos,* trad. Mónica Salomón, Barcelona, Paidós, 1998].

[49] *Ibid.,* p. 40.

[50] G. Friedman, «The Geopolitics of the United States, Part 1: The Inevitable Empire», *Stratfor,* 4 de julio de 2014.

[51] P. J. Katzenstein, *A World of Regions: Asia and Europe in the American Imperium,* Londres, Cornell University Press, 2005.
[52] B. Cumings, «Trilateralism and the New World Order», *World Policy Journal* 8, 2 (primavera de 1991), p. 195.
[53] J. F. Dulles, «Security in the Pacific», *Foreign Affairs* 30, 2 (1952).
[54] Q. Xu, «Maritime geostrategy and the development of the Chinese navy in the early twenty-first century», *Naval War College Review* 59, 4 (2006), pp. 46-67.
[55] B. Oreskes, «Moscow wary of TTIP talks», *Politico*, 9 de mayo de 2016.
[56] B. Obama, «President Obama: "The TPP would let America, not China, lead the way on global trade"», *The Washington Post,* 2 de mayo de 2016.
[57] Z. Brzezinski, *The Choice: Global Domination or Global Leadership,* Nueva York, Basic Books, 2009.

CAPÍTULO IV

El declive de Occidente y del orden mundial liberal

El declive de la hegemonía liberal incluía el deterioro del poder relativo y de la legitimidad. La hegemonía tiende a volverse insostenible a medida que los costes de un imperio se vuelven inasequibles y su legitimidad se derrumba. El orden hegemónico liberal tenía problemas previsibles. Preservar la unipolaridad agotó los recursos económicos de Estados Unidos, puso en entredicho las normas de soberanía estatal y la dependencia de la coerción socavó la legitimidad. Con el tiempo, la ideología de la *Pax Americana* se vio sometida a una gran presión cuando el relato del triunfo final del capitalismo y la democracia empezó a tambalearse.

El célebre historiador Richard Hofstadter señaló que Estados Unidos tiene la desgracia de ser una ideología en lugar de tener una. Se fundó sobre una revolución basada en ideales liberales, y su hegemonía mundial se legitimó gracias a los valores liberales. La arrogancia que siguió a la victoria ideológica de la Guerra Fría contribuyó al consenso neoliberal, que hizo del liberalismo económico y político una solución uniforme para el mundo. El papel central del liberalismo en el experimento estadounidense crea una proclividad al excepcionalismo, y la desviación del consenso liberal amenaza con acabar con la hegemonía liberal e incluso abandonar las ideas fundamentales de Estados Unidos.

En este capítulo se analiza por qué el orden mundial hegemónico liberal amenaza con destruir al propio Occidente, ya que necesita los excesos del liberalismo, que sentó las bases intelectuales para sustituir el derecho internacional por un orden internacional basado en normas. En consecuencia, la diplomacia tradicional entró en conflicto con el objetivo de «socializar» a otros Estados. Los excesos del liberalismo alimentaron un sistema económico neoliberal de mercados sin trabas, degradaron la cohesión social y política, y posteriormente dieron lugar a un liberalismo autoritario y antidemocrático. También contribuyó al declive cultural, permitió la

corrupción de la sociedad civil mundial e incluso permitió que las fuerzas del mercado manipularan al ejército y la toma de decisiones políticas. Peor aún, Estados Unidos se ha convertido, hasta cierto punto, en un actor irracional, ya que sus disputas políticas en el ámbito nacional influyen en su política exterior de un modo que socava su seguridad.

El orden internacional basado en normas sustituye al derecho internacional

El derecho de derechos humanos introdujo un conjunto de normas centradas en los derechos del individuo para mejorar y ampliar la justicia, pero el intento de hacer realidad estos derechos contradice a menudo el fundamento estatocéntrico que define el derecho internacional. La elección de los principios a seguir en términos de seguridad humana o estatal sólo es coherente si se alinean con los intereses del poder. Una justicia que se aplica de forma desigual no es justicia, sino un arma de los poderosos. Desde la década de 1990, el derecho internacional ha sido sistemáticamente desmantelado y sustituido por el arbitrario «orden internacional basado en normas» que no consiste en ninguna norma uniforme.

El proceso de construcción de fuentes alternativas de legitimidad para facilitar el principio de desigualdad soberana comenzó con la invasión ilegal de Yugoslavia por parte de la OTAN en 1999 sin mandato de la ONU. La violación del derecho internacional se justificó con los valores liberales y se impugnó la legitimidad del Consejo de Seguridad de la ONU argumentando que se podía soslayar en tanto que Rusia y China amenazaban con vetar a la OTAN al no compartir los valores liberales de Occidente.

Los esfuerzos por establecer fuentes alternativas de autoridad continuaron con el fin de legitimar la invasión de Iraq. En 2004, el exembajador de Estados Unidos ante la OTAN Ivo Daalder fue coautor, junto con James Lindsay, de un artículo en el que pedía el establecimiento de una «Alianza de Democracias» como punto central de la política exterior estadounidense[1]. Una propuesta similar sugería que se estableciera un «Concierto de Democracias»

en el que las democracias liberales pudieran actuar conforme al espíritu de la ONU sin verse constreñidas por Estados autoritarios[2]. Durante las elecciones presidenciales de 2008, estos conceptos se manifestaron con fuerza en el ámbito político, cuando el candidato republicano, el senador John McCain, abogó por establecer una «Liga de Democracias». En diciembre de 2021, Estados Unidos organizó la primera «Cumbre para la Democracia», que también pretendía dividir el mundo en democracias liberales frente a Estados autoritarios. El orden mundial previsto alinearía a las democracias liberales bajo el liderazgo de Estados Unidos y legitimaría la injerencia en los asuntos internos de los Estados considerados autoritarios. La Casa Blanca esbozó una desigualdad soberana usando el lenguaje de la democracia, en la medida en que Washington perseguía «una expansión selectiva del apoyo estadounidense a la democracia en todo el mundo», al tiempo que enmarcaba la defensa de la soberanía de Occidente como defensa de la democracia[3]. Estas iniciativas se manifestaron como el «orden internacional basado en normas».

El orden internacional basado en normas creó un sistema de dos niveles: Estados legítimos frente a Estados ilegítimos. La paradoja del internacionalismo liberal es que las democracias liberales a menudo exigen dominar las instituciones internacionales para defender los valores democráticos del control de la mayoría. Sin embargo, un sistema internacional duradero y resistente, capaz de desarrollar normas comunes, es imprescindible para la gobernanza internacional y la resolución de disputas entre Estados.

El concepto de orden internacional basado en normas suele tratarse como sinónimo de derecho internacional, o simplemente se define como derecho internacional más derecho humanitario. Sin embargo, las normas de ese orden internacional nunca se enuncian de forma explícita y no se encuentran por ningún lado. Bajo el velo de una oscura semántica, el orden internacional basado en normas representa una drástica revisión del derecho internacional.

Según la ONU, el derecho internacional se basa en el principio westfaliano de igualdad soberana, conforme al cual «todos los Estados son iguales». Por el contrario, el orden internacional basado

en normas es un sistema hegemónico basado en la desigualdad soberana, que utiliza el derecho internacional humanitario de forma selectiva para permitir excepciones en el derecho internacional reservadas a las democracias liberales alineadas con Estados Unidos. Tal sistema de desigualdad soberana sigue el principio de *Rebelión en la granja,* de George Orwell, que estipula que «todos los animales [Estados] son iguales, pero algunos animales [Estados] son más iguales que otros». El Occidente colectivo tiene la prerrogativa de interferir en los asuntos internos de otros Estados bajo la bandera de estar promoviendo la democracia, de derrocar gobiernos bajo la apariencia de apoyar revoluciones democráticas e incluso de invadir otros Estados recurriendo al concepto de intervencionismo humanitario.

El derecho humanitario introduce principios que entran en conflicto con el derecho internacional estatocéntrico, y el sistema internacional basado en normas permite al Occidente colectivo seleccionar los principios que se corresponden con sus intereses. Por ejemplo, mientras que los principios de soberanía estatal e integridad territorial están consagrados en el derecho internacional, el principio de autodeterminación forma parte del derecho humanitario. Por un lado, en Kosovo, Occidente promovió la autodeterminación como un derecho de secesión de carácter normativo que debía priorizarse por encima de la integridad territorial. Por otro lado, en Osetia del Sur y Crimea, Occidente insistió en que la inviolabilidad de la integridad territorial estipulada en la Carta de las Naciones Unidas debía estar por encima de la autodeterminación. El término *orden internacional basado en normas* encubre, así, la realidad del principio de «la razón de la fuerza», ya que los Estados dominantes deciden qué normas aplicar.

En lugar de resolver conflictos mediante la diplomacia y normas uniformes, existe un incentivo para manipular, moralizar y hacer propaganda en la medida en que las disputas internacionales las decide un tribunal de la opinión pública. En 1999, Estados Unidos y Reino Unido, en especial, presentaron falsas acusaciones sobre crímenes de guerra para legitimar el intervencionismo. El primer ministro británico Tony Blair dijo al mundo que las autoridades

yugoslavas estaban «empeñadas en un genocidio al estilo hitleriano equivalente al exterminio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. No es exagerado decir que lo que está ocurriendo es un genocidio racial»[4].

El orden internacional basado en normas no consigue establecer reglas comunes unificadoras sobre cómo regir las relaciones internacionales, que es la función fundamental de un orden mundial. Tanto China como Rusia han denunciado ese orden internacional basado en normas como un sistema dual que facilita el doble rasero. El viceministro de Asuntos Exteriores chino Xie Feng afirmó que el orden internacional basado en normas introduce la «ley de la selva» en la medida en que el derecho internacional, de reconocimiento universal, es sustituido por el unilateralismo[5]. El ministro de Asuntos Exteriores ruso Serguéi Lavrov criticó de forma similar el orden internacional basado en normas por crear un marco jurídico paralelo para legitimar el unilateralismo:

> Occidente ha venido proponiendo múltiples formatos, como la Alianza por el Multilateralismo franco-alemana, la Alianza Internacional contra la Impunidad del Uso de Armas Químicas, la Alianza Global para Proteger la Libertad de los Medios, la Asociación Mundial sobre Inteligencia Artificial, el Llamamiento a la Acción por un Mayor Respeto del Derecho Humanitario Internacional, todas estas iniciativas tratan temas que ya están en la agenda de la ONU y sus agencias especializadas. Estas asociaciones existen al margen de las estructuras universalmente reconocidas, con el fin de llegar a un consenso con lo que Occidente quiere en un círculo restringido sin oponentes. Después llevan sus decisiones a la ONU y las presentan de un modo que equivale *de facto* a un ultimátum. Si la ONU no está de acuerdo, ya que imponer algo a países que no comparten los mismos «valores» nunca es fácil, adoptan medidas unilaterales[6].

Diplomacia sustituida por socialización

La hegemonía colectiva de Occidente no requiere diplomacia en materia de búsqueda de entendimiento mutuo y compromiso. La diplomacia incluye ponerse en el lugar del adversario y buscar oportunidades para encontrar puntos en común, fomentar la

confianza y abordar los retos compartidos. Sin embargo, mientras que los intereses de seguridad contrapuestos se resuelven mediante el entendimiento mutuo y el compromiso, la proliferación de unos valores superiores exige que la otra parte realice ajustes unilaterales.

Comprometerse con los valores democráticos liberales que pueden proporcionar una paz perpetua se considera un peligroso retorno a la era de la política del poder. Por ejemplo, la decisión de la OTAN en la década de 1990 de empezar a expandirse hacia el este fue formulada como un impulso de la zona de democracia y paz, por lo que cualquier oposición a la expansión de un bloque militar podía recusarse como un rechazo a la democracia. El ministro de Asuntos Exteriores prooccidental de Yeltsin, Andrei Kozyrev, se quejó de la reinvención de la diplomacia: «Algunas personas en Occidente han sucumbido a la fantasía de que se puede establecer una asociación con Rusia sobre el principio de "si los rusos son buenos chicos ahora, deberían seguirnos en todos los sentidos"»[7]. Por tanto, Rusia se encontraba ante un dilema, ya que podía aceptar el expansionismo de la OTAN como un bien común o ser considerada una «fuerza contracivilizatoria» que habría que contener[8]. De un modo similar, la UE considera necesario adquirir más poder frente a Rusia con el fin de presionarla para que acepte ajustes unilaterales[9].

La diplomacia de la potencia hegemónica organiza a los Estados en una relación sujeto-objeto/profesor-alumno en la que el Occidente superior debe socializar al otro inferior. En lugar de ser tachado de dominador u opresor, la potencia hegemónica puede recurrir la benevolencia y la virtud, y presentar sus acciones como la asunción desinteresada de la responsabilidad de civilizar al otro. La relación entre la OTAN e interlocutores como Rusia suele enmarcarse en una relación pedagógica profesor-alumno en la que se esperan concesiones unilaterales por parte del alumno[10]. La relación UE-Rusia se conceptualizó de forma similar como una relación profesor-alumno[11].

Se aplica un lenguaje pedagógico poco diplomático que clasifica las políticas de otros Estados en «buen comportamiento» o «mal comportamiento», dependiendo de la disposición de los mismos a seguir las indicaciones de la potencia hegemónica. El mal

comportamiento se «castiga» y el bueno se «premia»; si se es transigente, se corre el riesgo de que el alumno aprenda la lección equivocada. Cualquier compromiso se percibe como que Occidente, como «fuerza del bien», está renunciando a los valores que pueden proporcionar una paz perpetua. Por ello, Estados Unidos muestra una tendencia a «considerar cualquier concesión a Rusia como una "contemporización"», mientras que la cautela equivale a cobardía[12]. En una preocupante evolución de las cosas en Occidente, el concepto de disuasión nuclear de Rusia se reinventa como «chantaje nuclear» y, por tanto, se rechaza.

Las instituciones diplomáticas compartidas también se ven degradadas por el formato profesor-alumno, ya que la participación y la inclusión en diversos foros se convierten en meras recompensas al «legitimar» a la contraparte por su buen comportamiento, en lugar de establecer un foro para resolver los retos comunes. Cuando surgen conflictos, la diplomacia y las instituciones compartidas se suspenden para castigar y privar de legitimidad a la contraparte. Por ejemplo, el Consejo OTAN-Rusia (NRC, por sus siglas en inglés) se creó para fomentar la confianza y gestionar las relaciones, pero las negociaciones estuvieron en gran medida ausentes, pues los miembros de la OTAN acordaron posiciones comunes antes de reunirse con la contraparte rusa. Esto se hizo para negociar desde una posición de fuerza; una vez alcanzado un consenso en la OTAN, había muy poco margen de maniobra para introducir cambios en función de las peticiones rusas. Cuando surgió el primer conflicto importante, la guerra de Georgia de 2008, la OTAN respondió castigando a Rusia con la cancelación de su cauce oficial de contacto en el Consejo OTAN-Rusia.

El agotamiento y el declive del liberalismo económico

El mercado requiere restricciones tanto a escala nacional como internacional. En el plano nacional, cuando no tienen trabas, los mercados concentran el poder económico hasta el punto de socavar la estabilidad social y política. Por ello, la izquierda política ha tratado tradicionalmente de redistribuir la riqueza y la derecha

política ha intentado proteger los valores tradicionales de la comunidad y la familia para que no se conviertan en un mero apéndice del mercado.

En el plano internacional, el liberalismo económico es promovido históricamente por la economía dominante, que busca posicionarse como una potencia hegemónica digna de confianza y benéfica, capaz de administrar la economía internacional. Sin embargo, los costes de suministrar bienes colectivos permiten a las economías más débiles obtener ventajas y las asimetrías pueden igualarse gradualmente. La potencia hegemónica se enfrenta al dilema de cómo responder a la aparición de nuevos centros de poder, bien permitiendo que la hegemonía se vaya amortiguando, bien abusando del control administrativo sobre el sistema económico para impedir el surgimiento de rivales. En cualquier caso, las potencias emergentes equilibrarán a la hegemónica y la rivalidad sustituirá el liberalismo económico por un neomercantilismo.

La dicotomía de la lucha entre capitalismo y comunismo durante la Guerra Fía incentivó a los Estados capitalistas para moderar los excesos del capitalismo de libre mercado con objeto de ser más atractivos ideológicamente. Después de la Segunda Guerra Mundial, Occidente trató de mitigar lo que Polanyi denominó «liberalismo desincrustado», esto es, la idea de que un capitalismo, unos procesos económicos y unas actividades orientadas al mercado se separaban o desincrustaban de sus contextos sociales y culturales[13]. Occidente propugnaba un liberalismo incrustado en el que cada Estado podía limitar el libre mercado para distribuir la riqueza y mitigar las perturbaciones sociales con el fin de evitar la inestabilidad resultante de convertir a la sociedad en un mero apéndice del mercado. La época comprendida entre 1945 y la década de 1970 se definió como «liberalismo incrustado», ya que las políticas económicas orientadas al mercado se combinaban con un marco social y político en el que cada país capitalista procuraba hacer frente a las potenciales consecuencias sociales negativas de un capitalismo no regulado.

Sin embargo, del estancamiento económico de la década de 1970 se acabó saliendo gracias a las políticas económicas neoliberales

encabezadas por el presidente Ronald Reagan y la primera ministra Margaret Thatcher. El capitalismo restringido, en el que se limitaba la eficiencia del mercado, llegó a su fin, ya que la izquierda política no podía redistribuir la riqueza y la derecha política no podía proteger en la misma medida los valores y las comunidades tradicionales. La creación de un mercado flexible para superar el estancamiento conllevó una rápida desregulación, la aceptación de un mayor desempleo y desigualdad económica, el debilitamiento de los sindicatos y la impugnación de las responsabilidades sociales del Estado[14]. Aunque un capitalismo de este tipo, sin trabas, era un remedio para el estancamiento de los años setenta, se acabó convirtiendo en una ideología neoliberal dominante dirigida por académicos como Milton Friedman y Friedrich Hayek.

Al mismo tiempo, Estados Unidos hizo grandes esfuerzos por ampliar su primacía a escala mundial estableciendo una división global del trabajo y asegurándose una posición preferente en las cadenas de valor mundiales. Por ejemplo, la preocupación por el ascenso tecnológico y económico de Japón en la década de 1980 se resolvió con medidas económicas. Estados Unidos impuso elevados aranceles a los semiconductores japoneses y a una amplia variedad de bienes, prohibió la exportación nipona de varios productos a Estados Unidos y les exigió que le abrieran sus patentes de semiconductores. Además, como proveedor de seguridad de Japón, Estados Unidos también tuvo una fuerte influencia en los Acuerdos del Plaza a mediados de los ochenta, y Japón tuvo que aceptar un importante reajuste de su moneda que puso fin a su espectacular ascenso económico.

Estados Unidos también eliminó barreras económicas para consolidar su posición de liderazgo económico y trató de establecer relaciones más sólidas entre el centro y la periferia a través del liberalismo económico. En gran medida, se estaba remedando la derogación británica de las Leyes de Cereales *(Corn Laws)* en la década de 1840, lo que permitió a Reino Unido saturar los mercados extranjeros con productos manufacturados a cambio de abrir su propia agricultura a la competencia. Las economías occidentales prosperaron enormemente al centrarse más en activos intangibles

como los derechos de propiedad intelectual y reducir la cuota de activos tangibles menos valiosos[15]. En pocas palabras, Estados Unidos inventaría el iPhone dejando que China lo montara. Las tecnologías y las finanzas estadounidenses dominaban el mundo, mientras se externalizaba la fabricación.

La concentración de poder económico y el triunfo del capitalismo en la Guerra Fría alimentaron la arrogancia en lo que respecta al capitalismo de libre mercado como la solución para organizar la sociedad[16]. Sin embargo, la distribución internacional del trabajo no era sostenible, ya que China y otros países empezaron a ascender en las cadenas de valor mundiales con políticas industriales como la del sistema norteamericano; desafiaron así el papel de Estados Unidos como líder tecnológico. La potencia hegemónica tiene incentivos sistémicos para generar confianza en un sistema económico internacional liberal; sin embargo, una potencia hegemónica en declive volverá a las políticas neomercantilistas para defender su primacía. Así, el presidente Trump lanzó una guerra económica contra China que también fue adoptada por la Administración Biden. No obstante, a diferencia de Japón, cuya seguridad dependía de Estados Unidos, China es un polo de poder independiente capaz, en gran medida, de soportar la coerción económica.

El liberalismo económico también se hizo menos sostenible a escala nacional. La externalización de la fabricación estadounidense causó estragos económicos y sociales que socavaron su estabilidad política. El capital y la mano de obra estadounidenses, que de otro modo habrían estado ligados a la producción y se habrían destinado idealmente a profesiones más cualificadas y rentables, se canalizaron en su mayor parte hacia empleos poco cualificados y mal pagados, debilitando la clase media y la cohesión social. Paul Krugman, economista galardonado con el Premio Nobel, reconoció que el liberalismo económico estaba causando problemas: «Es difícil no concluir que el creciente comercio de Estados Unidos con los países del Tercer Mundo reduce los salarios reales de muchos de los trabajadores de este país, tal vez de la mayoría. Y esa realidad dificulta mucho la política comercial»[17].

La existencia de una clase media es imprescindible para que el capitalismo funcione y para preservar la estabilidad política. A medida que la clase media disminuye, las sociedades se polarizan más en ricos frente a pobres, explotadores frente a explotados, globalistas frente a nacionalistas y «nosotros» frente a «ellos».

Surgió así una ideología neoliberal de la globalización que insistía en que el Estado no debía interferir en los mercados. Además, el Estado pasó de ser un garante que aseguraba la estabilidad social defendiendo una regulación responsable, a ser visto como un actor ineficiente y tecnológicamente estancado. A medida que, desde los años setenta, el poder económico seguía concentrándose, los trabajadores menos cualificados de Occidente experimentaron un estancamiento e incluso una caída del valor real de sus salarios. Al mismo tiempo, los trabajadores tuvieron que aceptar menos seguridad laboral, más flexibilidad, más desempleo y jornadas laborales más largas. El neoliberalismo no supo abordar la paradoja de la globalización, en la que mercados globales, soberanía nacional y democracia entran en contradicción[18].

La globalización hizo que la economía internacional fuera mucho más eficiente, pero la eliminación de barreras arancelarias y no arancelarias se tradujo, como era previsible, en una presión a la baja de los salarios y en el desmantelamiento de normativas y leyes de protección de los trabajadores para así crear una mano de obra más flexible y competitiva. A medida que el liberalismo económico y las nuevas tecnologías redujeron la restricción que suponían las fronteras nacionales, los intereses económicos y las lealtades políticas también se alejaron del Estado. El mundo se volvió más interconectado, pero la cohesión social del Estado-nación disminuyó. En la década de 1990, se predijo que la concentración de capital daría lugar a una elite sin lealtades nacionales: «Esta economía mundial pronto será propiedad de una clase alta cosmopolita que no tiene más sentido de comunidad con los trabajadores de cualquier lugar que los grandes capitalistas estadounidenses del año 1900»[19].

El Imperio estadounidense comenzó a parecerse al Imperio romano tras su conquista de la región mediterránea. Al igual que los

campesinos de este último se vieron privados de sus derechos por la afluencia de productos agrícolas procedentes de las nuevas regiones, los fabricantes estadounidenses fueron destruidos por los mercados mundiales al romperse la dependencia mutua en el interior del país[20]. En lugar de defender el bienestar de su propio pueblo, tanto los romanos como los estadounidenses consideraron que la destrucción creativa era un sacrificio necesario para el progreso. Posteriormente comenzó a crecer una división entre beneficiarios y víctimas de la globalización. Las corporaciones que operan globalmente pueden menoscabar al Estado, ya que «tienen poca necesidad de lealtad nacional, consideran las fronteras nacionales como obstáculos que afortunadamente están desapareciendo, y ven en los gobiernos nacionales residuos del pasado cuya única función útil es facilitar las operaciones globales de la elite»[21].

La concentración de la riqueza económica convirtió a Estados Unidos en un Estado corporativo a medida que las grandes empresas afirmaban cada vez más su influencia sobre el Gobierno. A los gobiernos se les plantea un dilema cuando reconocen que las corporaciones deben ser lo suficientemente poderosas para competir en los mercados internacionales, pero también que su excesivo poder les permite corromper el poder estatal. La influencia del sector energético en la Administración Bush es un caso de estudio habitual, pues a los líderes de la industria se les asignaron puestos políticos de importancia. Este problema se agrava a medida que los gigantes tecnológicos afirman su creciente influencia sobre el Gobierno, que retrocede en la lucha con las poderosas corporaciones a medida que, de la mano de la creciente reivindicación de que «lo que es bueno para Silicon Valley es bueno para Estados Unidos», se exigen lealtades nacionales. Según el Gobierno y las corporaciones van armonizando sus intereses en consonancia con la economía política fascista, la democracia se hace añicos, dejando a los individuos expuestos a los abusos de un poder sin restricciones.

Los gobiernos tienen incentivos para hacer de las corporaciones una herramienta que garantice que el poder político y económico esté al servicio de la nación. Así lo pusieron de manifiesto los Twitter Files, que revelaron que el Partido Demócrata cooperaba con los

gigantes tecnológicos para censurar a sus propios ciudadanos y a la oposición política[22]. Los gigantes tecnológicos también se utilizan como arma contra los adversarios foráneos. En una columna titulada «Protecting democracy is an arms race» («Proteger la democracia es una carrera armamentística: así es como puede ayudar Facebook»), Mark Zuckerberg sostenía que Facebook está decidido a enfrentarse a escala mundial a los «malos» que tratan de difundir desinformación e interferir en los procesos electorales. Para hacer frente a esos desafíos, Zuckerberg abogaba por que «los sectores público y privado de Estados Unidos uniesen sus fuerzas», e identificaba a esos «malos» con Rusia, Irán y otros Estados que Washington considera sus principales adversarios[23]. Facebook también se convirtió en una herramienta de política exterior del Gobierno estadounidense cuando aceptó cooperar con dos suborganizaciones del National Endowment for Democracy (NED, Fundación Nacional para la Democracia) conocidas por manipular a la sociedad civil de otros Estados: el International Republican Institute y el National Democratic Institute.

Con un enfoque más militarizado, el cofundador de Google y el exsubsecretario de Defensa de Estados Unidos escribieron un artículo en el que defendían la necesidad de que «el ejército estadounidense restablezca su superioridad tecnológica sobre sus potenciales adversarios ». La pareja sugería que la hegemonía mundial estadounidense es una condición para la paz y la estabilidad: «Nuestra primacía militar nos ha permitido dar forma a la economía mundial, desbloqueando billones de dólares para empresas y ciudadanos estadounidenses», con el valor añadido de que «nuestra hegemonía ha ayudado a proteger la democracia en todo el mundo frente a los desafíos del autoritarismo»[24].

El declive del liberalismo político

Introducido a finales del siglo XVIII con la Revolución francesa, el liberalismo político transformó la política desafiando las jerarquías grupales tradicionales y encumbrando al individuo en la vida política y social. Sin embargo, el lema revolucionario «Libertad, igualdad,

fraternidad» no era sinónimo de un individualismo radical, en la medida en que la fraternidad hace referencia a la hermandad y la unidad de la sociedad, en la que los individuos trascienden sus diferencias para trabajar juntos por una comunidad más amplia que comparte un destino común. Aspiraba a instituir un equilibrio entre el individuo y el grupo.

La Ilustración se esforzó por crear sociedades basadas en la razón que ponían de manifiesto el carácter dual de la humanidad, ya que los seres humanos tienen instintos inmutables formados a lo largo de miles de años de evolución. Uno de los más fuertes es organizarse en grupos como fuente de seguridad y sentido, lo que impone límites al individualismo y a su capacidad de razonar. Sócrates y Platón advirtieron que los excesos de la democracia pueden emancipar al individuo de las estructuras jerárquicas y las autoridades del grupo que permiten el funcionamiento de las sociedades cohesionadas. En *La República,* Platón sostiene que la sociedad se desmorona debido a un exceso de libertad y, en respuesta, el pueblo invitará a un tirano a restaurar el orden:

> ¿Y no es […] el deseo insaciable de libertad y el descuido de lo demás lo que provoca el cambio de ese régimen político y prepara la necesidad de la tiranía? […] Cuando, pienso, una ciudad gobernada por un régimen democrático, sedienta de libertad, se tropieza con malos escanciadores que se sitúan al frente de ella y se emborracha de ese vino puro más allá de lo conveniente, entonces castiga a sus gobernantes si no se muestran muy blandos y no le proporcionan la libertad en abundancia, acusándolos de ser despreciables y partidarios de la oligarquía. […] ¿No resulta entonces forzoso que en una ciudad así lo de la libertad se extienda a todo? […] ¿Y que [la anarquía] penetre, amigo mío, en las casas particulares y que la anarquía acabe implantada hasta en los animales? […] a que un padre se habitúa a hacerse semejante a un niño y a temer a sus hijos, y un hijo a un padre, de manera que no siente respeto ni temor hacia sus progenitores, para ser libre […] ¿te das cuenta de que hace delicada el alma de los ciudadanos hasta el punto de que, si alguien intenta imponer cualquier tipo de servidumbre, lo llevan a mal y no lo aguantan? Porque sabes, creo, que acaban por no preocuparse siquiera por las leyes escritas o no escritas, para no tener absolutamente ningún amo. […] La misma enfermedad que, al nacer en la oligarquía, la arruinó, al nacer también en este régimen con mayor abundancia y

> con mayor fuerza a causa de la permisividad, esclaviza por completo a la democracia [...] hacer algo de una manera excesiva suele provocar como reacción un gran cambio en sentido contrario [...] Probablemente, entonces, la tiranía no se instaura a partir de otro régimen político que no sea la democracia: a partir, creo, del más alto grado de libertad se llega a la esclavitud mayor y más violenta[25].

El desarrollo del Estado-nación democrático liberal se convirtió en un poderoso vehículo de la libertad y el desarrollo humanos al establecer un equilibrio entre el individuo y el grupo. El Estado-nación creó una identidad de grupo con un futuro común basado en una lengua, una cultura, una historia y unos valores compartidos. La estabilidad del colectivo sentaba las bases para el avance de los derechos individuales. Sin embargo, pensadores liberales como Thomas Paine rechazaron las tradiciones por antidemocráticas, sosteniendo que permitir que el pasado influya en el presente equivale a dar el derecho de voto a los muertos. Del mismo modo, John Stuart Mill se refería al «despotismo de la costumbre» como un «obstáculo para el progreso humano».

Con el tiempo, el liberalismo empezó a desvincularse del Estado-nación a medida que las identidades étnicas fueron decayendo, las culturas nacionales eran sustituidas por el multiculturalismo y el laicismo radical no se limitó a buscar una separación entre Estado y religión, sino que suprimió el papel del cristianismo en la sociedad. El proceso de construcción nacional y homogeneización de la población que convirtió a los campesinos en franceses y a los inmigrantes en estadounidenses empezó a invertirse, produciendo subgrupos con identidades tribales enfrentadas[26]. La polarización política alimenta el surgimiento de identidades políticas en competencia a medida que liberales y conservadores no logran encontrar un término medio común que pueda servir a las directrices de ambos.

En las sociedades menos homogéneas, en las que el grupo no tiene tantas cosas en común, también se produce una ruptura de la fraternidad y la cohesión social. En las sociedades complejas, hay menos capital social, definido por conexiones y relaciones sólidas

entre las personas. La consecuencia es un menor número de amistades fiables, menos donaciones para obras benéficas, menos voluntariado e incluso una democracia devaluada, ya que se vota menos[27]. Una sociedad formada simplemente por individuos que ocupan el mismo espacio geográfico sin mucho más en común experimenta un declive de la sociedad civil como contrapeso al poder estatal.

Al liberar a los individuos del grupo, también se les priva de sentido, en tanto que los seres humanos son seres sociales que se organizan en grupos y encuentran sentido en su contribución al mismo. Sin embargo, en una sociedad liberal en la que la ciudadanía se define en exceso por los derechos individuales en lugar de por las responsabilidades para con el colectivo, la soledad y la pérdida de sentido se convierten en un problema. Los individuos que rechazan su conexión con el grupo se definen únicamente por sí mismos, y es probable que caigan víctimas del narcisismo y el nihilismo.

La propia democracia luchará por mantenerse en sociedades fragmentadas. El requisito fundamental de la democracia es la unidad nacional[28], que implica que «la gran mayoría de los ciudadanos de una futura democracia no deben tener dudas ni reservas mentales sobre la comunidad política a la que pertenecen»[29]. El grupo o la sociedad deben representar una identidad colectiva, ya que el pluralismo político en el seno de una democracia debe confinarse dentro de unos «límites aceptados», pues «la división debe verse atemperada por el consenso»[30]. Si la sociedad se fragmenta en subgrupos que pueden considerarse mutuamente como el «exogrupo» o el «otro», entonces la habilitación de una causa común y la conformidad social implican derrotar y destruir al adversario. La población estadounidense define cada vez más su «tribu» mediante identidades políticas rivales que definen un «nosotros» y un «ellos». Los liberales creen que los conservadores pretenden destruir el progresismo, y los conservadores creen que los liberales aspiran a destruir el Estado-nación tradicional. Ambos bandos afirman representar la libertad como un principio inquebrantable.

Este tipo de indicios han hecho su aparición en el discurso político

de Occidente, como, por ejemplo, cuando el primer ministro británico David Cameron acusó al líder de la oposición Jeremy Corbyn de ser una amenaza para la seguridad nacional y de seguir una «ideología que odia a Gran Bretaña» debido a sus iniciativas legales que ponían en cuestión determinadas actuaciones del Estado británico[31]. De modo similar, en Estados Unidos, los demócratas y los republicanos se describen mutuamente como una amenaza para la nación. ¿Cómo puede haber un traspaso de poder pacífico si se considera ilegítimo al oponente y se cree que persigue «nuestra» destrucción? El resultado predecible es que muchos demócratas impugnaron la legitimidad de la victoria del presidente Trump en 2016, y muchos republicanos hicieron lo propio con la del presidente Biden en 2020. Las elecciones se vuelven más vulnerables a una moral utilitaria en la que el amaño electoral se considera virtuoso por impedir el ascenso del mal. La erosión de la fraternidad en Estados Unidos destruye la unidad necesaria para la cohesión social, la estabilidad política y la democracia nacionales.

Liberalismo autoritario: declive democrático en casa y agresión en el exterior

La democracia y el liberalismo se presentan a menudo como dos caras de la misma moneda. En gran medida, esto es así en periodos de prosperidad y globalización, aunque democracia y liberalismo pueden entrar en conflicto directo una vez que se intensifican los retos socioeconómicos de la globalización. A finales del siglo XIX, el liberalismo se vio desafiado por la democracia de modo similar a lo que ocurre en nuestra era contemporánea.

La globalización de los años 1850 a 1870 supuso la desregulación, la concentración del poder económico y la emigración masiva, y fue surgiendo una creciente rebelión democrática contra las consecuencias de los excesos liberales. Había una interacción entre el liberalismo económico y el liberalismo social, ya que la capacidad de las fábricas para reducir los salarios de los trabajadores se vio favorecida por la emigración, que permitió disponer de mano de obra nueva y más barata. Se acabó produciendo un levantamiento

nacionalista como instrumento para restaurar el control socioeconómico sobre las fronteras nacionales y combatir el impacto perturbador de la globalización. Así pues, las elites liberales que habían apostado por la globalización se vieron desafiadas por una demanda democrática de nacionalismo en forma de aumento del proteccionismo económico y de limitación de la inmigración.

Pensadores liberales como John Stuart Mill se pusieron a menudo del lado del liberalismo frente a la democracia. Mill estaba entregado al progreso del liberalismo y la razón en la Inglaterra victoriana, que, en gran medida, estaba organizada según la costumbre. Por ello, Mill sostenía que «los más virtuosos y mejor instruidos de la nación adquirirán ese ascendiente sobre las opiniones y sentimientos del resto por el cual sólo Inglaterra podrá salir de esta crisis de transición y entrar de nuevo en un estado natural de la sociedad»[32].

Si la libertad de expresión es un instrumento para contrarrestar el «despotismo de la costumbre» con argumentos superiores, ¿es un medio para un fin o un fin en sí misma? La libertad de expresión ayuda a contrarrestar el conformismo social y promueve los objetivos de la razón y el individualismo en una sociedad fundada en tradiciones y costumbres. Sin embargo, para un progresista utilitarista, la libertad de expresión y la democracia podían resultar problemáticas en una sociedad que prefiere organizarse por las costumbres, la fe y las tradiciones. Como pensador liberal consagrado al progreso, John Stuart Mill advirtió que la opinión pública gobierna el mundo y que, por tanto, los problemas derivan de la «mediocridad colectiva» y del «bajo nivel de la mente humana». Por lo tanto, cabría abogar por el surgimiento de una aristocracia liberal en la que aquellos comprometidos con el individualismo y la razón se alzarían con un dominio progresivo. Mill era un utilitarista que creía que la moralidad depende del resultado: «Considero la utilidad como la instancia suprema en las cuestiones éticas, pero la utilidad en su más amplio sentido, fundada en los intereses permanentes del hombre como ser progresivo»[33]. En cierta medida, Mill estaba a favor de sustituir el despotismo de la costumbre por el despotismo del progreso liberal.

De manera similar, las actuales elites liberales de Occidente actúan como si tuvieran un mandato de progreso liberal que sustituye a la voluntad democrática en el ámbito nacional. Asimismo, consideran que esta superioridad ideológica les da derecho a liderar al resto del mundo en lugar de aceptar los compromisos de la multipolaridad. El desarrollo del Estado-nación supuso la construcción de una conformidad social que relegaba a los ciudadanos disconformes a una ciudadanía de segunda clase. Los intentos de sustituir el Estado-nación por el Estado liberal sugieren que el «nosotros» del endogrupo se define principalmente por la conformidad social con los principios liberales y, por tanto, se castiga a quienes no se ajustan a estos principios. Así surgió el liberalismo autoritario, en el que el Estado abraza ideales progresistas como el individualismo, el laicismo y el multiculturalismo, mientras no se acepta la legitimidad de la disidencia en cuanto representa una amenaza existencial para el credo liberal del grupo.

Las divisiones internas entre las elites liberales y el pueblo generan una demanda de populismo que funciona como mecanismo corrector para equilibrar los excesos del liberalismo. Las elites liberales degeneran en una oligarquía y las masas populistas buscan un cambio radical sin tener necesariamente buenas soluciones. Los populistas también son vulnerables a la xenofobia, ya que el origen étnico y otros rasgos distintivos de una tribu son características por las que se guían los seres humanos para formar grupos. A finales del siglo XIX, en respuesta a la globalización liberal, hicieron su aparición algunos populistas poco agradables, y lo mismo puede aplicarse a los populistas del siglo XXI.

El populismo es una respuesta al liberalismo autoritario. El auge del populismo es «una respuesta democrática antiliberal a décadas de políticas liberales antidemocráticas» en las que un consenso neoliberal entre las elites políticas dicta las políticas de inmigración, economía e integración sin un mandato democrático adecuado[34]. Los populistas que desafían a las elites presentan diferentes matices nacionalistas: algunos abogan por la continuidad de la superioridad de Occidente; otros ven necesario adaptarse a las nuevas realidades de una multipolaridad global posoccidental.

El predominio de la ideología liberal caracteriza la oposición a las políticas liberales como un tribalismo maligno y peligroso que, más que mitigar, había que denunciar y superar. Se fue desarrollando una relación cada vez más despectiva y polarizada entre las elites cosmopolitas, que prosperaban gracias a la globalización, y la clase trabajadora, que, desfavorecida por esa misma globalización, buscaba refugio entre sus iguales en una comunidad basada en valores tradicionales.

En lugar de abordar las razones socioeconómicas de estas divisiones, las elites liberales «petulantes, hipócritas e intolerantes» expresaron su desdén por las personas que se aferraban a una cultura nacional tradicional:«La «Middle America» –un término con implicaciones tanto geográficas como sociales– ha llegado a simbolizar todo lo que se interpone en el camino del progreso: los "valores familiares", el patriotismo insensato, el fundamentalismo religioso, el racismo, la homofobia, la visión retrógrada de la mujer»[35]. Huntington señaló que el ciudadano medio tiende a dar prioridad a la identidad nacional, los valores y la cultura tradicionales, y a la preservación de la unidad nacional. Sin embargo, para las elites globalizadas

> estas preocupaciones son secundarias frente a la participación en la economía global, el apoyo al comercio y la migración internacionales, el fortalecimiento de las instituciones internacionales, la promoción de los valores estadounidenses en el exterior y el fomento de identidades y culturas minoritarias en casa. La distinción crucial entre la gente y las elites no se produce entre aislacionismo e internacionalismo, sino entre nacionalismo y cosmopolitismo[36].

El conservadurismo no podía ser el contrapeso al consenso neoliberal que siguió a la Guerra Fría, pues los conservadores se habían reinventado como partidarios de un mercado sin traba alguna. El consenso neoliberal implicaba que «no habría lloros por el abandono de las comunidades asentadas y la ruina de las expectativas creadas; al contrario, podrían ser bien recibidas por los liberales fundamentalistas del mercado»[37]. Rorty anticipó asimismo que al liberalismo económico radical le seguiría un movimiento pendular hacia un mayor radicalismo político:

> Tarde o temprano, los miembros de los sindicatos y los trabajadores no organizados se darán cuenta de que su gobierno ni siquiera está intentando evitar que los salarios se hundan o que se deslocalicen puestos de trabajo. Más o menos al mismo tiempo, se darán cuenta de que los trabajadores suburbanos de cuello blanco –ellos mismos con un miedo atroz a posibles recortes y reajustes–- no van a permitir que se les grave fiscalmente para proporcionar beneficios sociales a nadie más. En ese momento, algo se romperá. El electorado no suburbano decidirá que el sistema ha fracasado y empezará a buscar a un hombre fuerte, un caudillo al que votar, alguien dispuesto a asegurarles que, una vez elegido, los burócratas engreídos, los abogados taimados, los vendedores de bonos con sueldos de vértigo y los profesores posmodernos dejarán de tener la voz cantante [...]. Una vez que ese hombre fuerte tome posesión de su cargo, nadie puede predecir lo que ocurrirá[38].

El carácter imprevisible de los populistas y su desafío del *statu quo* dan lugar a medios antidemocráticos para contrarrestar la democracia. En Estados Unidos, el sistema legal se utiliza para atacar a la oposición política, como demuestran los años del «Russiagate» y el *lawfare* sin precedentes emprendido contra Trump en 2023 durante el periodo preelectoral. En Alemania, las elites políticomediáticas empezaron a debatir sin tapujos si el populista Alternativa para Alemania (AfD) debería ser prohibido una vez que pasó a ocupar el segundo puesto en las encuestas. La consecuencia previsible es que el liberalismo será una fuerza divisoria en Occidente, mientras que el mundo será menos proclive a mirar hacia ese mismo Occidente como referente y maestro de democracia.

Decadencia cultural y poder blando

Los excesos del liberalismo pueden agotar la cultura, término con el que se hace referencia a las costumbres, valores, creencias, comportamientos, símbolos y artefactos que se transmiten de una generación a otra y funcionan como la conciencia colectiva del grupo. Una crítica clave de Max Weber al capitalismo moderno y al movimiento de racionalización fue el desencantamiento del mundo:

> El destino de nuestro tiempo se caracteriza por la racionalización y la

> intelectualización y, sobre todo, por el «desencantamiento del mundo». Son precisamente los valores supremos y más sublimes los que se han retirado de la vida pública, bien al ámbito trascendental de la vida mística, bien a la fraternidad de las relaciones humanas directas y personales[39].

Weber preveía una crisis cultural en Occidente según la creciente erosión de la tradición y la espiritualidad fuese socavando los cimientos morales y la cohesión social de la sociedad. El poder blando estadounidense ha sido una enorme fuente de influencia que hizo que más aceptable su hegemonía a nivel global, pues la sociedad y la cultura norteamericanas fueron emuladas en todo el mundo. Joseph Nye escribió por extenso sobre el poder blando estadounidense como algo sin parangón en la historia del mundo, aunque en 2004 advirtió sobre su declive debido en gran parte a su política exterior militarista[40]. De un liberalismo irrestricto, sin traba alguna, también se derivan problemas. La cultura pop estadounidense, tan difundida, se convirtió en fuente clave de atracción, hasta el punto de socavar y debilitar la cultura popular, que se define como aquella que se transmite de generación en generación y ofrece un anclaje en un pasado cultural común. Cuando la cultura pop se degrada y la popular está ausente, se puede producir una fractura en la sociedad. Una lección que nos enseña la antigua Roma es que las civilizaciones, al igual que las estrellas, brillan con más fuerza cuando su decadencia ya ha comenzado. Una obsesión inmadura por la autocomplacencia enmascara el declive y la fragmentación sociales.

Durante un discurso pronunciado en Harvard en 1978, Alexandr Solzhenitsyn advirtió de que los Estados capitalistas probablemente sufrirían la misma decadencia que los comunistas, ya que ambas ideologías no preservaban suficientemente lo tradicional y espiritual. Solzhenitsyn argumentaba que, en Oriente, el partido comunista había asfixiado la vida espiritual, pero que Occidente también se estaba agotando: «En Occidente, los intereses comerciales tienden a asfixiarla. Esta es la verdadera crisis. La división de los mundos no es tan terrible como la semejanza de la enfermedad que aqueja a sus principales sectores»[41]. George Kennan sugirió más tarde que

la victoria ideológica de la Guerra Fría debía reevaluarse, ya que Estados Unidos se había transformado en una sociedad enferma. Los excesos del liberalismo produjeron una «decadencia desenfrenada», que ya se había manifestado en una «preocupación patológica por el sexo y la violencia, el empeño por reclamar para la homosexualidad el estatus de una forma de vida orgullosa, noble y promisoria»[42]. Resulta paradójico que, en el supuesto apogeo de la civilización occidental en cuanto al avance de sus ideales y valores, se vea que los excesos del individualismo y el materialismo fragmentan la cultura y las instituciones sociales. La sociedad sucumbe a la soledad emocional, los sistemas de seguridad social colapsan, el endeudamiento destruye comunidades, la gente busca refugio en el consumo de drogas, prolifera la obesidad, todo ello mientras las compras y el entretenimiento superficial distraen del creciente nihilismo[43].

Friedrich Nietzsche abordó un tema común en la filosofía occidental: la muerte de Dios. Con el declive del cristianismo en el siglo XIX, la ausencia de otras fuentes de sentido, moralidad y orden se convirtió en motivo de preocupación. Destruir las estructuras sociales sin sustituirlas por nuevas instituciones conduce al nihilismo, la anarquía y el colapso[44]. Dostoievski cuestionó que una moralidad laica fue duradera, en tanto que, para ser sostenible, la ley debe ser un reflejo de la moral. Cuando desaparece el fundamento religioso de las leyes, la moral deja de basarse en principios eternos y puede alterarse con un simple cambio de las leyes. Prácticas inaceptables como la tortura pueden rebautizarse sin más como «técnicas de interrogatorio mejoradas».

El filósofo británico Roger Scruton advertía que «Europa se está deshaciendo rápidamente de su herencia cristiana y no ha encontrado nada que la sustituya, salvo la religión de los "derechos humanos"»[45]. Los derechos humanos pueden convertirse en un concepto muy subjetivo. Por ejemplo, que sea aceptable casarse con una persona del mismo sexo o tener más de un cónyuge dependerá de los relatos subjetivos de quienes son discriminados[46]. Los derechos humanos no se basan en nada permanente y pueden definirse como lo que la ley sugiera. Por ejemplo, el aborto solía

considerarse un acto inmoral, el de matar a un feto, pero ahora, en algunos lugares, se ha construido socialmente para apoyar como un derecho humano básico el derecho de la mujer a tener el control sobre su cuerpo. A la inversa, el reconocimiento de las diferencias biológicas entre géneros que justificaban espacios protegidos para las mujeres puede construirse socialmente como odio.

Durante la guerra de Ucrania, ha quedado demostrado que los principios unificadores occidentales de los derechos humanos y los valores liberales tienen una base muy débil. La indignación selectiva por las violaciones de derechos humanos e incluso la aceptación de ataques contra civiles por parte del *establishment* político-mediático se han convertido en algo habitual. Los principios humanitarios sobre la limitación del uso de armas como el uranio empobrecido y las bombas de racimo, que causan grandes sufrimientos a la población civil, se han redefinido como instrumentos legítimos de autodefensa. La censura ha pasado de ser una inaceptable práctica autoritaria a una necesidad para defender a la gente de la desinformación. Incluso las normas contra los castigos colectivos consagradas en la Convención de Ginebra se han podido dejar de lado cuando el Occidente colectivo ha argumentado que todo lo ruso forma parte de la «maquinaria de guerra de Putin». Se ha perseguido a personas rusas y bielorrusas sin garantías procesales. Alemania ha llegado a criminalizar las expresiones de apoyo a la invasión rusa y empezó a confiscar los coches de simples turistas rusos considerándolo parte de las sanciones, sin distinguir entre importaciones y uso personal[47]. Incluso pintores, compositores, autores y otros artistas rusos célebres, desde el siglo XIX, fueron «cancelados» en un aparente esfuerzo por purgar la cultura rusa. Así pues, la guerra de Ucrania ha puesto fin a la distribución del poder y las normas que regían el orden mundial de la hegemonía liberal.

El abandono de los valores clave que definen al Occidente colectivo no se ha limitado a Ucrania, como evidencian otras dos guerras coincidentes. Consideraciones geopolíticas han animado tanto a la UE como a Estados Unidos a guardar en silencio o incluso proporcionar apoyo durante la limpieza étnica y los crímenes de guerra en los conflictos de Armenia-Azerbaiyán e Israel-Gaza.

La decadencia cultural causa fragmentación interna e incentiva a otros centros de poder a buscar órdenes económicos, políticos y sociales alternativos para organizar la sociedad. Serguéi Karaganov, influyente académico ruso y asesor tanto de Yeltsin como de Putin, sostenía que Occidente ya no tiene nada que enseñar a Rusia. Karaganov ya insistió en 2016 en que incluso la mayoría de los europeos «querían formar parte de la Europa de Konrad Adenauer y Charles de Gaulle, que valoraba la herencia cristiana europea; por tanto, durante las próximas décadas, Europa no será un modelo atractivo para Rusia»[48]. La sensación de declive cultural en Occidente es sin duda compartida por otras partes del mundo. En agosto de 2023, el primer ministro húngaro, Viktor Orban, afirmó que los actuales valores occidentales significaban tres cosas: migración, LGBTQ y guerra.

La manipulación de la sociedad civil mundial

El orden mundial no se limita a las relaciones interestatales, ya que también engloba la relación entre los pueblos. La formación de una sociedad civil global sugiere que, aun cuando el sistema internacional esté dividido en un sistema de soberanía estatal, las personas pueden establecer relaciones más allá de las fronteras nacionales. Del mismo modo que la sociedad civil es un importante contrapeso al poder estatal, la sociedad civil global impide que los individuos queden reducidos a instrumentos del poder estatal en la política de poder entre Estados.

El concepto de sociedad civil global es atractivo, ya que las personas pueden unirse más allá de las fronteras para hacer frente a retos comunes. Retos que van desde la degradación medioambiental hasta los abusos de los derechos humanos, pasando por la contaminación y las enfermedades, no quedan limitados a unas fronteras determinadas, por lo que es natural que la sociedad civil coopere al margen de las fronteras nacionales. Los defectos evidentes de la sociedad civil mundial son la falta de rendición de cuentas, la capacidad de algunos Estados y regiones para dominar la agenda y la corrupción de los gobiernos.

La sociedad civil pretende limitar el poder del Estado, pero esto crea un incentivo para que las potencias extranjeras secuestren a la sociedad civil de otros países con objeto de socavar el poder del Gobierno nacional. El argumento liberal para crear un orden mundial menos estatocéntrico empoderando a la sociedad civil frente a los gobiernos se ha ido corrompiendo a medida que el Occidente colectivo, principalmente el Gobierno estadounidense, se ha asegurado el derecho a organizar la sociedad civil en todo el mundo. Se supone que la política exterior de Washington está impulsada por el altruismo y el compromiso con el desarrollo de la sociedad civil como componente de la democracia, frente a la militarización de la sociedad civil de otros Estados en detrimento de la democracia y guiándose por intereses de poder.

La sociedad civil se articula en gran medida por organizaciones no gubernamentales (ONG), y los contradictorios discursos acerca de sus funciones demuestran su controvertido papel en el orden mundial posterior a la Guerra Fría. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, describió a las ONG como la conciencia de la humanidad, mientras que el presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela, las denunció por defender intereses extranjeros en contra del Gobierno nacional. Los discursos occidentales al respecto enmarcan el auge de las ONG internacionales casi exclusivamente como una «fuerza del bien» humanitaria y progresista, aunque en otras partes del mundo a menudo se perciben como instrumentos imperialistas que permiten a las potencias extranjeras rivalizar con la autoridad del Gobierno e incluso buscar un cambio de régimen.

Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética utilizaron este tipo de ayuda como un arma e interfirieron en los asuntos internos de otros Estados, en una rivalidad por el poder legitimada por sus respectivos valores universales. La estrategia de Washington para el dominio mundial y el avance del capitalismo liberal se fraguó a partir de la manipulación de las sociedades civiles de otros Estados. En la década de 1980, Estados Unidos previó un papel más importante para las ONG y pidió a los demás gobiernos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) que invirtieran dinero en estas organizaciones, a las que, de este modo, se utilizaba

como propagandistas[49].

Estados Unidos creó pseudo-ONG financiadas por el Gobierno y a menudo con personal vinculado a los servicios de inteligencia. El propósito era trasladar la responsabilidad de la propaganda y las operaciones encubiertas de la CIA a «organizaciones no gubernamentales» como National Endowment for Democracy y Freedom House, que operaban en estrecha colaboración con el Gobierno norteamericano. Al hacerlo a plena luz, a Estados Unidos ya no le resultaría embarazoso que se revelaran sus operaciones de inteligencia para subvertir la sociedad civil de otros Estados.

La más destacada de las ONG financiadas por el Gobierno estadounidense es la mencionada National Endowment for Democracy (NED), creada en 1983 como organización privada, aunque está financiada por el Congreso y fue presentada por el presidente Ronald Reagan. En su discurso inaugural, Reagan afirmó: «Este programa no se ocultará en las sombras. Estará orgullosamente a la vista de todos, y ahí es donde debe estar. Podemos y debemos estar orgullosos de nuestro mensaje de democracia»[50].

Un informante de la CIA, Philip Agee, confirmó que la NED se había creado como un «programa de propaganda e incentivo» para intervenir en países extranjeros con el pretexto de promover los valores democráticos liberales[51]. Uno de los cofundadores de la NED, Allen Weinstein, admitió que «mucho de lo que hacemos hoy lo hacía la CIA de forma encubierta hace 25 años»[52]. El periodista del *Washington Post* David Ignatius reconoció que la NED se había convertido en el «*sugar daddy* de las operaciones encubiertas», ya que Estados Unidos podía derrocar gobiernos con el pretexto de «promover la democracia», apoyar operaciones paramilitares con la apariencia de respaldar a «luchadores por la libertad» y vender propaganda que simplemente se llamaría «información»[53]. La relación entre la CIA y la NED quedó perfilada en una carta del director de la CIA, William J. Casey, a Edwin Meese, consejero del presidente Reagan en la Casa Blanca. Casey abogaba por que la CIA mantuviera cierta distancia con la NED para asegurarse de que no menoscabaría la credibilidad de esta última: «Obviamente, aquí [en

la CIA] no debemos ponernos al frente del desarrollo de una organización de este tipo, ni deseamos aparecer como patrocinadores o defensores»[54].

Las ONG que promueven la sociedad civil mundial operan con presupuestos de miles de millones de dólares, y la hoja de ruta la marcan los financieros, a los que no mueve únicamente el altruismo. Las ONG estadounidenses estuvieron muy implicadas en las revoluciones de colores de Serbia en 2000, Georgia en 2003, Kirguistán en 2005 y Ucrania en 2004 y 2014.

Países de todo el mundo han respondido a la manipulación de sus sociedades civiles expulsando a las ONG del Gobierno estadounidense o estableciendo leyes sobre «agentes extranjeros». Entre quienes han tomado medidas contra la NED figuran Rusia, China, Egipto, Bielorrusia, Venezuela, Uzbekistán, Nicaragua, Etiopía, Irán, Camboya y Hungría. El ministro de Asuntos Exteriores indio, Subrahmanyam Jaishankar, criticó igualmente los perniciosos empeños de personas como George Soros en manipular y corromper a la sociedad civil india:

> Soros es una persona vieja, rica y obstinada asentada en Nueva York que sigue pensando que sus opiniones deben determinar cómo funciona el mundo entero. Ahora bien, si sólo me quedara en lo de viejo, rico y obstinado, lo dejaría estar. Pero es viejo, rico, obstinado y peligroso. Porque lo que ocurre es que esas personas invierten recursos en dar forma a relatos y discursos. La gente como él cree que unas elecciones son buenas si gana la persona que ellos quieren ver [ganar], pero, si arrojan un resultado diferente, entonces dirán que se trata de una democracia defectuosa, y lo curioso es que todo esto se hace bajo el pretexto de abogar por una sociedad abierta[55].

Corrupción militar y agotamiento: la guerra al final del imperio

Tras la Guerra Fría, Estados Unidos tuvo la oportunidad de desmilitarizarse. El ahorro en gastos podría haberse utilizado para reconstruir sus infraestructuras y su economía, reavivar su liderazgo geoeconómico internacional y resolver los problemas socioeconómicos internos. Además, la reducción del ejército también limitaría el impacto corruptor del complejo industrial-militar en el

sistema político. En lugar de ello, los esfuerzos estadounidenses por cimentar la hegemonía mediante la superioridad militar exacerbaron los problemas que ya se estaban acumulando.

La maldición de un poder excesivo es la pérdida del foco, de las prioridades y de un pensamiento estratégico que es más necesario cuando un país tiene menos recursos. Una superpotencia puede permitirse riesgos y cometer locuras, pues puede asumir los costes. Sin embargo, con el tiempo, los costes del aventurerismo militar, las guerras eternas y la construcción nacional se acumulan y se vuelven insostenibles.

Resulta difícil cambiar de rumbo y reducir un imperio incluso cuando las guerras no consiguen sus objetivos, las deudas se disparan y el retroceso se hace evidente. El discurso de despedida del presidente Eisenhower en 1961 incluía una advertencia: «no debemos obviar [las] graves implicaciones» que conlleva construir un complejo industrial-militar, por su influencia corruptora en la política. Inicialmente, Eisenhower había utilizado en sus notas el término *complejo congresual-industrial-militar,* pero cambió la redacción para evitar la animosidad del Congreso por ser demasiado explícito sobre su carácter susceptible a la corrupción[56].

Si una industria que tiene la guerra como negocio se vuelve demasiado poderosa, será capaz de corromper la política. Por ejemplo, la decisión de ampliar la OTAN, que, tras el fin de la Guerra Fría, ponía punto final al acuerdo de una arquitectura de seguridad paneuropea inclusiva, estuvo en parte determinada por el complejo industrial-militar. El influyente US Committee to Expand NATO (Comité Estadounidense para la Ampliación de la OTAN) fue creado por Bruce Jackson. El *New York Post* informó sobre el conflicto de intereses: «De noche, Bruce L. Jackson es presidente del US Committee to Expand NATO y organiza cenas privadas para senadores y funcionarios extranjeros. De día, es director de planificación estratégica de Lockheed Martin Corporation, el mayor fabricante de armas del mundo»[57]. En otro reportaje del *New York Times* se revelaba que «los fabricantes de armas estadounidenses, que pueden ganar miles de millones de dólares en ventas de armas, sistemas de comunicación y otros equipos militares si el Senado

aprueba la ampliación de la OTAN, han realizado enormes inversiones en *lobbys* y contribuciones a campañas para promover su causa en Washington»[58].

Un país en guerra permanente creará complejas burocracias donde reside el poder, que se sustentan en políticos, tecnócratas, periodistas y académicos vinculados directamente a esa burocracia. Además de presionarlos directamente, el complejo industrial-militar también ha manipulado la generación de conocimiento y la difusión de información mediante la financiación y los *think tanks* que redactan los informes para los políticos; tiene una influencia abrumadora en los medios de comunicación al proporcionar «opiniones de expertos». Los *think tanks* funcionan incluso como sala de espera para los políticos antes de que vuelvan al Gobierno en un sistema de puertas giratorias. Los puestos más altos de la Administración Obama estaban ocupados por el personal del *think tank* CNAS, que contribuyó en gran medida a dar marcha atrás a la promesa electoral de Obama de poner fin a la guerra de Iraq[59]. Así pues, el complejo industrial-militar influye en la creación de documentos para influir en los políticos que tiene en nómina y también para, en los medios de comunicación, movilizar el apoyo público a las decisiones.

En la máxima expresión de un capitalismo sin traba alguna, la política se vende al mejor postor. Matthew Rojansky, director del *think tank* del Wilson Center, el Kennan Institute, expresa su preocupación por el hecho de que su industria se haya corrompido por un modelo de negocio en el que la influencia y el acceso a la política están en venta. Los *think tanks* financiados por la industria armamentística ya no se molestan en pretender ser objetivos, pues «se han convertido en grupos de presión o, por decirlo con otro nombre, en lobbistas», porque «los partidos políticos quieren propagandistas leales, no parásitos académicos quisquillosos y ambiguos. Y los potenciales donantes quieren francotiradores veteranos que disparen sus balas políticas al objetivo exacto en el momento preciso»[60]. Cuando la guerra es el modelo de negocio que sostiene la burocracia, la sociedad militarista buscará continuamente nuevos monstruos que matar. De este modo, Estados

Unidos no actúa como un Estado racional, ya que la influencia de los fabricantes de armas puede estar por encima de los intereses nacionales a la hora de influir en los responsables políticos.

Cuando el declive relativo de la potencia hegemónica se torna terminal, el militarismo puede desquiciarse. El ascenso y la caída de grandes potencias suelen ir asociados a guerras, y las grandes potencias en declive a menudo se ven tentadas a utilizar su poder militar para invertir ese declive. Por ejemplo, Austria-Hungría estuvo dispuesta a desencadenar la Primera Guerra Mundial, aun cuando esto supusiese el fin de su emperador, porque la guerra era la última y desesperada oportunidad de revertir su decadencia[61]. Del mismo modo, Estados Unidos está cada vez más dispuesto a iniciar una guerra con Rusia y China, ambas grandes potencias con armas nucleares, para mantener su posición dominante en el sistema internacional.

Una política exterior irracional: el Russiagate

La guerra de Ucrania no puede entenderse adecuadamente sin evaluar la irracionalidad de Washington, ya que las luchas internas influyeron en su política exterior. Una política exterior racional se define por la maximización de la seguridad, que exige que el Estado actúe como un actor unitario que persigue políticas que sirvan a los intereses de la nación colectiva. Por el contrario, los Estados que permiten que las luchas internas influyan en su política exterior se definen como actores irracionales. El Russiagate es el ejemplo más flagrante de cómo Estados Unidos permite que sus disputas internas influyan en su política exterior. Es razonable argumentar que el bulo del Russiagate incluso creó las condiciones para la peligrosa política hacia Ucrania y la posterior guerra *proxy*.

En junio de 2016, Wikileaks publicó correos electrónicos que revelaban que la candidatura de Hillary Clinton había conspirado con el Comité Nacional Demócrata (DNC) para perjudicar al senador Bernie Sanders y convertir así a Clinton en la ganadora de las primarias[62]. La candidatura de Clinton respondió acusando a Rusia de «hackear» los servidores para elegir a Trump, desplazando así el

foco del complot. Algunas notas desclasificadas revelan que, el 26 de julio de 2016, el director de la CIA, John Brennan, informó al entonces presidente Barack Obama sobre los esfuerzos de Clinton para fabricar la teoría de la conspiración Rusia-Trump. Las notas de Brennan de su reunión con Obama afirmaban específicamente que Clinton utilizó las falsas acusaciones como «un medio para distraer a la opinión pública del uso que hizo ella de un servidor de correo electrónico privado» y «para difamar a Donald Trump agitando un escándalo que aseguraba la interferencia de los servicios secretos rusos»[63]. El día después de perder las elecciones presidenciales ante Trump, el equipo de Clinton se reunió y decidió propagar el relato de unas elecciones robadas por Trump y sus manipuladores en el Kremlin[64].

El dosier Steele se presentó como la prueba inicial que permitió a los medios de comunicación y al Gobierno estadounidense acusar a Trump de ser un agente de Rusia. Más tarde se reveló que tanto el FBI como el Departamento de Justicia sabían que Steele trabajaba para la candidatura de Clinton[65]. La acusación de que Rusia había hackeado los servidores fue inventada, y las denuncias del servidor secreto que vinculaba a Trump con el banco ruso Alfa-Bank se basaban en la declaración falsa de Michael Sussman, que también trabajaba para la candidatura de Clinton[66]. La implicación de los políticos, la comunidad de inteligencia y los medios de comunicación en el bulo del Russiagate acabó siendo criticada por el *New York Post:* «Lo trágico es que organizaciones de prensa otrora prestigiosas, como la CNN, la MSNBC, el *New York Times* o el *Washington Post,* no se dejaron embaucar por el bulo de la conspiración. Fueron parte esencial del mismo»[67].

La consecuencia del Russiagate fue que los esfuerzos de Trump por hacer las paces con Rusia fueron denunciados como pruebas de conspiración y traición[68]. La oposición a Trump se manifestó con escandalosas declaraciones de que Rusia había atacado a Estados Unidos, con comparaciones con los atentados del 11 de septiembre y Pearl Harbour[69]. Las historias sobre los ataques de Rusia a la democracia estadounidense siguieron ocupando los titulares durante años, lo que produjo animadversión y sanciones.

Las acusaciones del Russiagate también influyeron en las elecciones presidenciales de 2020. En ellas, el escándalo del portátil de Biden provocó que las luchas internas de Estados Unidos se tradujeran en un aumento de las tensiones con la mayor potencia nuclear del mundo. Los servicios de inteligencia intervinieron cuando más de 50 de sus antiguos funcionarios firmaron una carta, publicada en *Politico,* apoyando que el escándalo del portátil de Biden era una campaña de desinformación rusa y que no probaba el delito de la familia Biden. Un año más tarde, en septiembre de 2021, *Politico* reconocía la autenticidad de los correos electrónicos de Hunter Biden y que Rusia no tuvo la más mínima implicación[70].

En el ínterin, la historia inventada de que Rusia pagaba a los talibanes para matar a soldados estadounidenses se convirtió en un tema de conversación contra Trump. Mientras algunos abogaban por sanciones, el senador Ben Sasse sostenía que el ejército estadounidense debería meter «en bolsas mortuorias» a los oficiales de la inteligencia militar rusa[71]. Kamala Harris –la candidata demócrata a la vicepresidencia en ese momento– también se refirió a los «favores» rusos en su debate con el vicepresidente Mike Pence, apostando por una Administración Biden-Harris que haría rendir cuentas a Rusia por su ataque a Estados Unidos. Durante el *impeachment* contra el presidente Donald Trump, el presidente del Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes y principal figura en el asunto del Russiagate, Adam Schiff, explicó la necesidad de armar a Ucrania: «Estados Unidos ayuda a Ucrania y a su pueblo para que podamos luchar contra Rusia allí y no tengamos que hacerlo aquí»[72].

Conclusión

Los excesos del liberalismo han socavado el derecho internacional, la diplomacia, el liberalismo económico, el liberalismo político, el poder blando, la sociedad civil global, el ejército y la racionalidad de la política exterior estadounidense. Al comprometerse con la hegemonía liberal y un liberalismo sin trabas como solución uniforme para organizar la sociedad, Occidente se arriesga al declive de la

civilización misma. La destrucción de Occidente no es consecuencia de una conmoción o una amenaza externas, sino una herida autoinfligida al desmantelar los pilares civilizatorios clave necesarios para el éxito.

Es difícil exagerar las implicaciones, ya que los cimientos de la identidad colectiva de Occidente y del orden mundial se han basado en la perseverancia en un liberalismo cada vez mayor. La consecuencia es la fractura de las sociedades occidentales y el distanciamiento de gran parte del mundo de la ideología aparentemente victoriosa tras la Guerra Fría. El compromiso ideológico con un liberalismo irrestricto implica que Occidente tendrá grandes dificultades para corregir el rumbo, por lo que cabe esperar políticas irracionales. Además, la oposición en Occidente que busque ese cambio del curso de las cosas probablemente se verá expuesta a que, a medida que el péndulo oscile hacia el otro extremo, sea representada por nacionalistas poco deseables.

---

[1] I. Daalder y J. Lindsay, «An Alliance of Democracies», *The Washington Post,* 23 de mayo de 2004.

[2] G. J. Ikenberry y A. M. Slaughter, *Forging a World of Liberty Under Law: U.S. National Security in the 21st Century,* Princeton, The Princeton Project on National Security, 2006.

[3] The White House, «Summit for Democracy Summary of Proceedings», 23 de diciembre de 2021.

[4] N. Clark, «Fools no more», *The Guardian,* 19 de abril de 2008.

[5] «U. S. "rules-based intl order" is "law of the jungle" to contain others: Chinese vice FM tells U.S. envoy», *Global Times,* 26 de julio de 2021.

[6] S. Lavrov, «Foreign Minister Sergey Lavrov's remarks at the 29th Assembly of the Council on Foreign and Defence Policy (CFDP)», Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, 2 de octubre de 2021.

[7] A. Kozyrev, «Russia and the U.S: Partnership Is Not Premature, It Is Overdue», *Current Digest of the Russian Press* 46, 6 (1994).

[8] M. C. Williams e I. B. Neumann, «From Alliance to Security Community: NATO, Russia, and the Power of Identity», *Millennium* 29, 2 (2000).

[9] H. Haukkala, «The European Union as a Regional Normative Hegemon: The Case of European Neighbourhood Policy», *Europe-Asia Studies* 60, 9 (2008), pp. 1601-1622.

[10] A. Gheciu, «Security institutions as agents of socialization? NATO and the "New Europe"», *International Organization* 59, 4 (2005), pp. 973-1012.

[11] I. B. Neumann, *Uses of the Other: The «East» in European Identity Formation,* Manchester, Manchester University Press, 1999.
[12] D. Deudney y G. J. Ikenberry, «The Unravelling of the Cold War Settlement», *Survival: Global Politics and Strategy* 51, 6 (2009), p. 58.
[13] J. G. Ruggie.
[14] G. Davidson y P. Davidson, *Economics for A Civilized Society,* Nueva York, Norton, 1988, p. 138.
[15] L. Baruch, *Intangibles: Management, Measuring and Reporting,* Washington DC, Brookings Institution Press, 2001.
[16] Piketty, *Capital in the Twenty-First Century,* cit.
[17] P. Krugman, «Trouble With Trade», *The New York Times,* 28 de diciembre de 2007.
[18] D. Rodrik, *The Globalization Paradox: Why Global Markets, States, and Democracy Can't Coexist,* Oxford, Oxford University Press, 2012.
[19] R. Rorty, *Achieving Our Country: Leftist Thought in Twentieth-Century America,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998.
[20] E. Todd, *After Empire: The Breakdown of the American Order,* Nueva York, Columbia University Press, 2003 [ed. cast.: *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano,* trad. José Luis Sánchez-Silva, Madrid, Akal, 2012].
[21] S. P. Huntington, «Dead Souls: The Denationalization of the American Elite», *The National Interest,* 1 de marzo de 2004, 8.
[22] J. Clark, «Release of "Twitter Files" revs GOP's Pursuit of Big Tech, Dem Collusion», *The Washington Times,* 4 de diciembre de 2022.
[23] M. Zuckerberg, «Protecting democracy is an arms race. Here's how Facebook can help», *The Washington Times,* 4 de septiembre de 2018.
[24] E. Schmidt y R. O. Work, «How to stop the next world war», *The Atlantic,* 5 de diciembre de 2022.
[25] Platón, *La República,* trad. , Madrid, Akal, 2009, p. 528-531.
[26] E. J. Hobsbawm, *Globalisation, Democracy and Terrorism,* Londres, Little Brown, 2007, p. 93 [ed. cast.: *Guerra y paz en el siglo XXI,* trad. Beatriz Equibar, Ferran Esteve, Tomás Fernández y Juanmari Madariaga, Barcelona, Crítica, 2007].
[27] R. D. Putnam, «*E pluribus unum:* Diversity and Community in the Twenty-First Century», *Scandinavian Political Studies* 30, 2 (2007), p. 153.
[28] A. Lijphart, «Consociational Democracy», *World Politics* 21, 2 (1969).
[29] D. A. Rustow, «Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model», *Comparative Politics* 2, 3 (1970), p. 350.
[30] L. J. Diamond, «Three Paradoxes of Democracy», *Journal of Democracy* 1, 3 (1990), p. 49.
[31] N. Watt, «Cameron accuses Corbyn of "Britain-hating ideology" in conference speech», *The Guardian,* 7 de octubre de 2015.
[32] J. S. Mill, *The Spirit of the Age,* Chicago, Chicago University Press, 1942, p. 93.

[33] *Ibid.,* p. 112.

[34] C. Mudde, «Europe's Populist Surge: A Long Time in the Making», *Foreign Affairs* 95, 6 (2016), p. 30.

[35] C. Lasch, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy,* Nueva York, Norton, 1996, pp. 28-29.

[36] S. P. Huntington, «Dead Souls: The Denationalization of the American», *National Interest,* 1 de marzo de 2004.

[37] J. Gray, *Enlightenment's Wake: Politics and Culture at the Close of the Modern Age,* Londres, Routledge, 1995, p. 100.

[38] R. Rorty, *Achieving Our Country: Leftist Thought in Twentieth-Century America,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, p. 81.

[39] M. Weber, *Essays in Sociology,* Milton Park, Routledge, 1948, p. 155.

[40] J. S. Nye, «The decline of America's soft power», en D. Skidmore (ed.), *Paradoxes of Power,* Nueva York, Routledge, 2015.

[41] A. Solzhenitsyn, «The Exhausted West», *Harvard Magazine* (julio-agosto de 1978), p. 26.

[42] G. F. Kennan, *The Kennan Diaries,* Nueva York, Norton, 2014.

[43] E. Luttwak, *Turbo Capitalism,* Nueva York, HarperCollins Publishers, 1999, pp. 207-208 [ed. cast.: *Turbocapitalismo,* trad. Carles Mercadal Vidal, Barcelona, Crítica, 2000].

[44] F. Nietzsche, *Thus spoke Zarathustra,* Londres, Penguin Books, 1968, p. 64 [ed. cast.: *Así habló Zaratustra,* ed. José Rafael Hernández Arias, Madrid, Valdemar, 2015].

[45] R. Scruton, «The Future of European Civilization: Lessons for America», *The Heritage Foundation,* 8 de diciembre de 2015.

[46] *Ibid.*

[47] «Deutscher Zoll konfisziert russische Autos» («La aduana alemana confisca coches rusos»), *Der Spiegel,* 6 de julio de 2023.

[48] Spiegel, «We Are Smarter, Stronger and More Determined», *Spiegel,* 13 de julio de 2016.

[49] T. Tvedt, «Development NGOs: Actors in a global civil society or in a new international social system?», *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations* 13, 4 (2002), p. 368.

[50] R. Reagan, «Remarks at a White House Ceremony Inaugurating the National Endowment for Democracy», *The American Presidency Project,* 16 de diciembre de 1983.

[51] J. Stevenson, *A Drop of Treason,* Chicago, The University of Chicago Press, 2021, p. 241.

[52] D. Ignatius, «Innocence Abroad: The New World of Spyless Coups», *Washington Post,* 22 de septiembre de 1991.

[53] *Ibid.*

[54] R. Parry, «CIA's Hidden Hand in "Democracy Groups"», *Consortium News,* 8 de enero de 2015.

[55] B. Das, «"Old, Dangerous, Rich": S. Jaishankar's not-so-kind description of George Soros», *Business Today,* 18 de febrero de 2023.
[56] A. Roland, *Delta of Power: The Military-Industrial Complex,* Baltimore, John Hopkins University Press, 2021.
[57] J. Gerth y T. Weiner, «Arms Makers See Bonanza In Selling NATO Expansion», *The New York Times,* 29 de junio de 1997.
[58] K. Seelye, «Arms Contractors spend to promote an expanded NATO», *The New York Times,* 30 de marzo de 1998.
[59] G. Packer, «Obama's Iraq Problem», *The New Yorker,* 30 de junio de 2008.
[60] M. Rojansky y J. Shapiro, «Why Everyone Hates Think Tanks», *Foreign Policy,* 28 de mayo de 2021.
[61] K. N. Waltz, «The New World Order», *Millennium* 22, 2 (1993), p. 187.
[62] M. Sainato, «Rigged Debates: Wikileaks Emails Confirm Media in Clinton's Pocket», *Observer,* 14 de octubre de 2016.
[63] R. Scarborough, «Hillary Clinton behind plan to tie Trump to Russia, CIA warned FBI's Comey, Strzok,» *The Washington Times,* 7 de octubre de 2020.
[64] J. Allen y A. Parnes, *Shattered: Inside Hillary Clinton's Doomed Campaign,* Nueva York, Crown Publishing Group, 2017.
[65] A. McCarthy, «Steele's Shoddy Dossier», *National Review,* 6 de junio de 2019.
[66] G. Greenwald, «The Indictment of Hillary Clinton's Lawyer is an Indictment of the Russiagate Wing of the U.S. Media», *Glenn Greenwald* (blog de Substack), 19 de septiembre de 2021.
[67] L. Smith, «Adam Schiff lied about the Trump investigaction – and the media let him», *New York Post,* 8 de mayo de 2020.
[68] R. Sakwa, *The Lost Peace: How the West Failed to Prevent a Second Cold War,* Cornwall, Yale University Press, 2023.
[69] A. Macleod, «The Utility of the RussiaGate Conspiracy», *FAIR,* 27 de julio de 2018.
[70] R. Lizza, R. Bade, T. Palmeri y E. Daniels, «Politico Playbook: Double trouble for Biden», *Politico,* 21 de septiembre de 2021.
[71] A. Bolton, «GOP senator: Congress must find out what Trump knew of Russian bounties, and when», *The Hill,* 29 de junio de 2020.
[72] Senado de Estados Unidos, «Proceedings of the United States Senate in the Impeachment Trial of Donald John Trump: Volume II: Trial Proceedings», *US Government Publishing Office,* 31 de enero de 2020, pp. 804-805.

CAPÍTULO V

La expansión de la OTAN y el colapso del orden paneuropeo

La decisión de promover tras la Guerra Fría un orden mundial basado en la hegemonía colectiva de Occidente tuvo un profundo impacto en la arquitectura de seguridad europea. Se comprendió que la expansión de la OTAN anularía los acuerdos para una arquitectura de seguridad paneuropea integradora, que Europa volvería a dividirse, que Rusia quedaría al margen y que se reavivarían los conflictos. Un número notablemente elevado de líderes políticos reconoció estas consecuencias y advirtió del peligro de reavivar la Guerra Fría que suponía la mencionada expansión. No obstante, se tomó la decisión de ampliarla porque Rusia estaba débil y los conflictos podían gestionarse bajo la hegemonía colectiva de Occidente. Una OTAN ampliada sería un seguro frente a futuros conflictos con Rusia, que previsiblemente vendrían motivados por la expansión de la OTAN. Esta contradicción, que encaminaba a Occidente a entrar en colisión con Rusia, iba a sustentar el nuevo orden mundial.

Este capítulo explora los acuerdos para desarrollar una arquitectura de seguridad paneuropea inclusiva con Rusia según los principios westfalianos de igualdad de soberanía, seguridad indivisible y una Europa sin líneas divisorias. En él se aborda cómo, al mismo tiempo, la expansión de la OTAN impugnaba ese equilibrio de poder westfaliano, fomentaba la desigualdad soberana, reforzaba su seguridad a expensas de la rusa y volvía a dividir el continente con una alianza militar permanente en tiempos de paz. La OTAN se convirtió en un instrumento para cimentar la hegemonía estadounidense en Europa y perpetuar la debilidad rusa mediante una nueva estrategia de contención que incluía socavar la capacidad de respuesta nuclear rusa. Rusia, que veía en todo esto una amenaza existencial, trató de frenar el unilateralismo occidental y

promovió alternativas multilaterales en consonancia con los principios westfalianos.

Una «casa común europea» frente a una «Europa entera y libre»

Tras la división de Europa que siguió a la Segunda Guerra Mundial, el bloque capitalista y el bloque comunista trataron de reforzar el orden mundial común sin socavar sus respectivos órdenes regionales. El principal avance se produjo con los Acuerdos de Helsinki de 1975, que esbozaron un marco común para la seguridad europea. El acuerdo reforzaba principios westfalianos clave de orden como la igualdad soberana, la seguridad indivisible, no recurrir a amenazas o al uso de la fuerza, la no intervención en asuntos internos y la integridad territorial. Pero también incluía principios de justicia como la igualdad de derechos y la autodeterminación de los pueblos, el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales como la libertad de pensamiento, de conciencia y religiosa. Así pues, en el acuerdo sobre los principios estatocéntricos de orden quedaban incluidos principios de seguridad humana que ponderaban la justicia.

El consiguiente aumento de la confianza animó a Gorbachov a iniciar amplias reformas internas y a lanzar su propuesta de desarrollar una «casa común europea», que preveía desmilitarizar las relaciones internacionales desmantelando tanto el Pacto de Varsovia como la OTAN. Los bloques militares enfrentados serían sustituidos por una institución europea común que conciliara y uniera a los bloques capitalista y comunista.

En 1989, Estados Unidos contraatacó a la «casa común europea» de Gorbachov con el concepto de una «Europa entera y libre». Del mismo modo, Estados Unidos se mostró desdeñoso del proyecto de confederación europea de Mitterrand por temor a que Europa se unificara al margen de unas instituciones que tienen a Estados Unidos en su centro. La propuesta estadounidense de una «Europa entera y libre» insistía en el universalismo de la democracia liberal como fundamento de una Europa común. Traducido en política de poder, Estados Unidos pretendía ampliar el sistema transatlántico al

conjunto de Europa bajo su liderazgo como defensor del capitalismo y la democracia liberal[1]. Mientras el deseo de Gorbachov era una casa común europea con muchas estancias que albergaran las diferentes ideologías, Estados Unidos insistía en una sola habitación. Sin embargo, los esfuerzos por poner fin a la división de suma cero de Europa acabaron desembocando en que Moscú permitiera la caída del Muro de Berlín y, posteriormente, en la Cumbre de Malta de 1989, Estados Unidos y la Unión Soviética declararon el final de la Guerra Fría.

Parecía que estaba en marcha una arquitectura de seguridad paneuropea integradora. La Carta de París para una Nueva Europa de 1990, basada en los Acuerdos de Helsinki, esbozaba una nueva arquitectura de seguridad pos-Guerra Fría. En ella se defendían principios clave como la igualdad soberana y la seguridad indivisible en una Europa sin líneas divisorias. También ampliaba el concepto de seguridad más allá de los tradicionales asuntos militares, para incluir aspectos relacionados con derechos humanos, democracia, cooperación económica y sostenibilidad medioambiental. La ambigüedad estratégica parecía ocultar los conflictos entre un orden estatocéntrico y una justicia centrada en las personas. Por ejemplo, la Carta proclamaba:

> Finalizada la división de Europa, nos esforzaremos por conferir una nueva calidad a nuestras relaciones de seguridad respetando plenamente la libertad de cada uno de elegir en esta materia. La seguridad es indivisible y la seguridad de cada Estado participante está inseparablemente vinculada a la de todos los demás.

El principio de seguridad indivisible y el derecho a elegir libremente los acuerdos de seguridad pueden considerarse contradictorios. Sobre la ampliación de la OTAN, cabría argumentar –y se ha argumentado– que cada Estado puede decidir por sí mismo y libremente si unirse a ella. Dicho esto, es innegable que la expansión volvería a dividir el continente y socavaría el principio de seguridad indivisible. Sin embargo, no había ninguna norma que sugiriese que la OTAN se vería obligada a aceptar a cualquier Estado. Para preservar los principios de la Carta de París para una Nueva Europa,

la OTAN tendría que conservar el *statu quo* y no buscar el expansionismo. En cambio, al mantener el bloque militar y declarar una «política de puertas abiertas», planteaba un dilema entre una Europa sin líneas divisorias y la libertad para que cualquier grupo de Estados se uniera a ella.

A medida que la OTAN se hacía dominante en Europa y monopolizaba la seguridad, la verdadera elección de los Estados europeos era unirse a ella y tener seguridad, o permanecer fuera sin gozar de igual seguridad. El derecho a elegir los acuerdos de seguridad sólo era, en realidad, un derecho a optar por la OTAN, ya que Estados Unidos se mostraba claramente hostil a cualquier acuerdo que no girase en torno a Estados Unidos. La propuesta de Moscú, desde 2004, de crear un «Espacio Económico Único» entre Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Kazajistán fue ampliamente criticada en Occidente como expresión de unas «ambiciones imperiales» a las que había que oponerse[2]. Todos los demás esfuerzos de integración liderados por Rusia fueron objeto del mismo cuestionamiento por parte de Occidente. Cuando China y las Islas Salomón anunciaron un acuerdo de seguridad en 2022, Estados Unidos respondió que era una fuente de «serias preocupaciones» y que «respondería en consecuencia». Dado que las islas Salomón están a miles de kilómetros del territorio continental estadounidense, cabe presuponer que Estados Unidos no aceptaría bajo ningún concepto tropas chinas o rusas en América del Norte o Central. El argumento de la «libertad de elección» es, por tanto, muy tramposo, ya que se promueve simplemente porque en Europa no existen alternativas creíbles a la OTAN.

El proyecto de una arquitectura de seguridad paneuropea inclusiva siguió avanzando en 1994 con la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). La OSCE materializó los principios de los Acuerdos de Helsinki y la Carta de París para una Nueva Europa en una organización de seguridad real. El documento fundacional se basaba asimismo en los principios clave de igualdad soberana, seguridad indivisible y una Europa sin líneas divisorias.

Sin embargo, la OSCE seguía en gran medida careciendo de poder,

ya que Estados Unidos temía que supusiera un desafío a su dominio hegemónico[3]. Como afirmó Charles de Gaulle, la OTAN era un instrumento para la primacía estadounidense al otro lado del Atlántico. Tras la Guerra Fría, el deseo norteamericano de hegemonía en Europa no se disipó, sino que se amplificó. Brzezinski, antiguo asesor de seguridad nacional de Estados Unidos, abogaba por unas mayores aspiraciones expansivas de la OTAN, ya que «Europa es la cabeza de puente geopolítica esencial de Estados Unidos en Eurasia [...]. La OTAN afianzó la influencia política y el poder militar estadounidenses en el continente euroasiático»[4]. Paralelamente a los acuerdos de una arquitectura de seguridad paneuropea, Estados Unidos comenzó a perseguir la expansión de la OTAN bajo el lema de «Europa entera y libre».

El fracaso a la hora de poner fin a la política de bloques incluyendo a Rusia en una Europa integradora también significó el fracaso de Occidente en su intento de reformarse a sí mismo. El Occidente unificado y colectivo surgió como una región fundamentalmente militarista tras la Segunda Guerra Mundial y podría haberse transformado tras la Guerra Fría. Además, la asumida superioridad supusó el fracaso de la diplomacia, pues Occidente creía que no tenía mucho que aprender del resultado del mundo.

El incrementalismo o táctica del salami es una estrategia atractiva para una potencia expansionista. Como su nombre indica, consiste en ir cortando finas lonchas poco a poco. El expansionismo genera, como consecuencia, una reacción en el país que ve disminuida su seguridad, incluso los aliados se muestran recelosos. Pero ninguna acción es tan escandalosa como para justificar una respuesta de gran envergadura y, así, con el tiempo se consigue el objetivo expansionista completo. Estados Unidos utilizó este tipo de tácticas para mitigar la oposición rusa y atenuar la preocupación de los aliados europeos. Estas tácticas del salami permitieron a Washington ignorar y ridiculizar las quejas y calificar cualquier respuesta de Rusia como desproporcionada o incluso como una agresión no provocada.

Volver a dividir Europa para impulsar la hegemonía estadounidense

La expansión de la OTAN implicaba volver a dividir Europa y reavivar gradualmente la Guerra Fría. En enero de 1994, el presidente Clinton reconocía que la expansión de la OTAN podría dividir de nuevo al continente. Por ello, abogaba por desarrollar la integradora Asociación para la Paz en lugar de ampliar la OTAN, ya que Estados Unidos no podía permitirse «trazar una nueva línea entre el Este y el Oeste que pudiera crear una profecía autocumplida de futuras confrontaciones»[5]. Sin embargo, la iniciativa de la Asociación para la Paz no se convirtió en una alternativa a la ampliación de la OTAN, sino, más bien, en un trampolín para el ingreso en la Alianza al facilitar la reconfiguración de sus fuerzas armadas de acuerdo con los estándares de la OTAN. El engaño por parte de Washington fue deliberado, como demuestra el hecho de que la Administración Clinton dijera una cosa a los rusos y otra completamente distinta a puerta cerrada. El embajador estadounidense Chas Freeman, un veterano diplomático que participó en la construcción, tras la Guerra Fría, de una Europa con la OTAN en su centro, sostenía lo siguiente:

> Clinton tenía un doble discurso. A los rusos les decía que no teníamos prisa por incorporar nuevos miembros a la OTAN y que nuestra vía preferida era la Asociación para la Paz. Al mismo tiempo, insinuaba a las diásporas étnicas de los países rusófobos de Europa del Este [...] que íbamos a incorporarlos a la OTAN lo antes posible[6].

A finales de 1994, Yeltsin escribió una carta a Clinton en la que mostraba su preocupación por la expansión de la OTAN: «La adopción de un calendario acelerado que prevea el inicio de las negociaciones con los candidatos ya a mediados del próximo año se interpretará, y no sólo en Rusia, como el comienzo de una nueva división de Europa»[7]. Thomas Pickering, embajador de Estados Unidos en Moscú, advirtió en 1993 que «la única constante que hemos oído a todos los interlocutores rusos ha sido una extrema sensibilidad sobre el papel de la OTAN»[8].

En toda la Administración Clinton se reconocía que la expansión de

la OTAN marginaría a Rusia, pero muchos creían que la paz pos-Guerra Fría podría mantenerse, puesto que Rusia era débil y no podía hacer nada más allá de quejarse. William Perry, secretario de Defensa estadounidense entre 1994 y 1997, decía que «en los primeros años [tras la Guerra Fría] tengo que decir que Estados Unidos es en gran parte culpable» del deterioro de las relaciones con Rusia[9]. Según Perry, la expansión de la OTAN era una provocación que previsiblemente socavaría la paz con dicho país. También sostenía que Rusia estaba «empezando a acostumbrarse a la idea de que la OTAN podía ser un amigo en vez de un enemigo [...] pero les incomodaba mucho tenerla justo en su frontera». Asimismo, reconocía que la expansión de la OTAN dejaría a Moscú al margen, aunque, como dijo el vicepresidente Al Gore, «seríamos capaces de manejar los problemas que esto crearía con Rusia». Perry describe la actitud desdeñosa de Washington hacia una Rusia debilitada:

> No es que escucháramos sus argumentos y dijéramos [que] no estamos de acuerdo con ellos [...]. Básicamente, la gente con la que discutía cuando intentaba exponer la posición rusa [...] acababa respondiendo: «¿A quién le importa lo que piensen? Son una potencia de tercera categoría». Y, por supuesto, ese punto de vista también llegó a los rusos. Fue entonces cuando empezamos a deslizarnos por esa senda[10].

Los defensores del expansionismo de la OTAN reconocían que era una provocación y que se percibía como una amenaza, pero se asumía que Rusia acabaría por acostumbrarse a la nueva realidad. En sus memorias, la secretaria de Estado Madeleine Albright admitía que «Yeltsin y sus compatriotas se oponían firmemente a la ampliación, considerándola una estrategia para explotar su vulnerabilidad y desplazar la línea divisoria de Europa hacia el este, dejándoles aislados»[11]. El vicesecretario de Estado norteamericano Strobe Talbott también confirmaba que «muchos rusos ven la OTAN como un vestigio de la Guerra Fría, algo dirigido intrínsecamente contra su país. Ellos señalan que han disuelto el Pacto de Varsovia, su alianza militar, y se preguntan por qué Occidente no debería hacer lo mismo»[12]. Sin embargo, entre los expansionistas de la OTAN en Washington, el sentimiento seguía

siendo que Rusia tendría que acabar adaptándose a las nuevas realidades sobre el terreno.

No obstante, gran parte de las elites políticas y militares se oponía abiertamente a que la OTAN se convirtiera en una alianza militar expansionista. En 1995, 20 exfuncionarios estadounidenses escribieron una carta abierta en la que se oponían a la expansión de la OTAN porque se corría el riesgo de «convencer a la mayoría de los rusos de que Estados Unidos y Occidente están intentando aislarlos, cercarlos y subordinarlos, en lugar de integrarlos en un nuevo sistema europeo de seguridad colectiva»[13]. En 1997, 50 destacados expertos en política exterior estadounidense, entre los que había antiguos senadores, diplomáticos, militares y académicos, enviaron una carta al presidente Clinton en la que advertían de que la expansión de la OTAN «es un error político de proporciones históricas»[14]. El grupo, en el que figuraban el exsecretario de Defensa estadounidense Robert McNamara y el famoso halcón antisoviético Richard Pipes, prevenía además contra la nueva división de Europa: «La expansión de la OTAN trazará una nueva línea divisoria entre los "de dentro" y los "de fuera", fomentará la inestabilidad y, en última instancia, disminuirá la sensación de seguridad de los países que no estén incluidos en ella»[15].

Nada menos que el gigante político George Kennan, arquitecto de la política de contención estadounidense contra la Unión Soviética, advertía en 1997 que «la expansión de la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era pos-Guerra Fría», pues socavaría la seguridad rusa. Kennan arremetía contra la incapacidad de Washington para superar su mentalidad de Guerra Fría: «¿Por qué, con todas las esperanzadoras posibilidades suscitadas por el final de la Guerra Fría, las relaciones Este-Oeste deberían centrarse en la cuestión de quién sería aliado de quién y, por ende, contra quién?»[16].

William Burns, exembajador de Estados Unidos en Rusia y más tarde director de la CIA, escribió en sus memorias: «Aquí se percibe, en todo el espectro político nacional, un sentimiento de hostilidad hacia la temprana expansión de la OTAN». Burns señalaba que la decisión de ampliar la OTAN era, «en el mejor de los casos,

prematura y, en el peor, innecesariamente provocadora». Y sigue: «Poco a poco se fue avecinando una tormenta de teorías de "puñalada por la espalda" que dejó una huella que perduraría durante décadas en las relaciones de Rusia con Occidente»[17].

Occidente intentó mitigar los temores y recelos rusos con el Acta Fundacional sobre Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad entre la OTAN y Rusia, de 1997, que garantizaba que no habría «un despliegue permanente de un número sustancial de fuerzas de combate» en los antiguos Estados del Pacto de Varsovia. Esto sirvió de medida temporal para reducir la oposición, y hay pruebas que sugieren que Washington no tenía intención de cumplir sus obligaciones. A Rusia apenas se le habían dejado opciones, y el único acuerdo sobre la mesa no incluía ninguna garantía firme de que la OTAN cumpliría su parte del trato. Cuando se le informó sobre las negociaciones para la mencionada Acta Fundacional, el presidente Clinton, según se dice, habría respondido lo siguiente: «A ver si lo he entendido bien», este acuerdo no es más que una garantía de que «no vamos a poner nuestro material militar en manos de sus antiguos aliados, que ahora van a ser nuestros aliados, a menos que una mañana, al despertarnos, decidamos cambiar de opinión»[18]. Pasados unos años, ya no había mayores pretensiones de cumplir el Acta Fundacional, se instalaban misiles y bases militares en Polonia y Rumanía, y Estados Unidos ponía sus ojos en Ucrania.

Una estrategia de neocontención

Jack Matlock, embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética de 1987 a 1991, que contribuyó a negociar el final de la Guerra Fría, advirtió que en Washington surgieron falsas narrativas para facilitar la primacía mundial. Señalaba que a la opinión pública se le decía que el propósito de la OTAN era eliminar las líneas divisorias en Europa; sin embargo, estas divisiones ya habían desaparecido. Matlock decía que «ampliar la organización militar que había mantenido una línea defensiva en medio del continente era una buena forma de reavivar la división»[19]. En lugar de cumplir el

compromiso de establecer una arquitectura de seguridad europea integradora, Washington, según Matlock, repetía el error cometido en Versalles en 1919, al excluir a Rusia y establecer un orden de seguridad que perpetuaría su debilidad.

Con independencia de su retórica sobre la ampliación de la zona de paz y estabilidad, la OTAN también se preparó para un posible conflicto con Rusia. Los defensores de la decisión de Clinton de ampliar el bloque militar hacían continuas referencias a una OTAN aumentada como una «cobertura» o «póliza de seguros» contra un posible conflicto con Rusia en el futuro[20]. Como explicó la secretaria de Estado Madeleine Albright en abril de 1997: «En la remota posibilidad de que Rusia no funcione como esperamos que lo haga [...] la OTAN está ahí»[21]. Lo que Yeltsin oyó fue que sus supuestos socios en Washington habían contratado una póliza de seguros para asegurarse la victoria sobre Rusia si las relaciones se deterioraban. En enero de 1994, antes de decidir la expansión de la OTAN, el secretario de Estado Warren Christopher y el principal asesor de Clinton para Rusia, Strobe Talbott, sostenían que la expansión de la OTAN facilitaría la contención de Rusia[22]. La justificación de la existencia de la OTAN tras la Guerra Fría era, por tanto, responder a las amenazas a la seguridad que había creado su expansión.

El exsecretario de Estado estadounidense James Baker avisó de que la supuesta necesidad de una póliza de seguros podría convertirse en una profecía autocumplida. Observó que lo que querían los partidarios del expansionismo de la OTAN era tener una posición favorable en caso de que Rusia, en el futuro, considerase llevar a cabo su propia expansión como la mejor respuesta a las amenazas, pero la expansión de la OTAN se daría cuenta entonces de esta amenaza y animaría a Rusia a afirmar el control sobre su vecindad[23]. Criticando el *revival* de la contención de Rusia, Baker afirmó algo obvio: «La mejor forma de encontrar un enemigo es buscarlo, y me preocupa que eso sea lo que estamos haciendo cuando intentamos aislar a Rusia»[24].

Para no provocar una respuesta negativa por parte de Rusia o no parecer agresivos, el grupo favorable a la expansión dentro del

Consejo de Seguridad Nacional abogó en 1994 por que la «"póliza de seguros cobertura estratégica" (es decir, la neocontención de Rusia) se mantuviera en un segundo plano, sin apenas articular»[25]. La cohesión interna de la OTAN también pasó a depender de una cierta ambigüedad estratégica sobre su posición frente a Rusia, ya que algunos Estados europeos del bando occidental se sentían incómodos declarando que Rusia era una amenaza, mientras que, por otro lado, algunos Estados de Europa del Este perderían la confianza en Estados Unidos y la OTAN si se descartara a Rusia como amenaza. Los Estados del Este europeo tenían razones históricas para temer y sentir animadversión hacia Rusia, aunque utilizar a la OTAN como instrumento contra una posible amenaza futura agravaría el dilema de seguridad al socavar la seguridad rusa. En consecuencia, la relación de la OTAN con Rusia quedó definida por la fraudulenta «dicotomía disuasión-cooperación», ya que la OTAN pretendía disuadir y contener a Rusia al tiempo que, para evitar una reacción desfavorable de esta última, la tranquilizaba diciéndole que no la consideraba una amenaza.

No obstante, Estados Unidos necesitaría mantener algunos puntos de tensión con Rusia para fomentar la opinión de que era una amenaza externa, y así preservar la cohesión de la alianza y limitar la conexión económica con Rusia. La influencia estadounidense en Europa se apoya en gran medida en la dependencia de esta última en materia de seguridad, y una paz y confianza excesivas reducirían esa influencia. Además, el complejo industrial-militar fue un promotor clave de la expansión de la OTAN, puesto que generaría más ganancias. Luego, la industria armamentística se convirtió en el principal financiador de *think tanks* y *lobbies* que configuraran la política exterior estadounidense[26]. Al final de la Guerra Fría, George Kennan sostenía que el sistema económico estadounidense se había vuelto demasiado dependiente de un adversario militar:

> Aunque la Unión Soviética se hundiera mañana bajo las aguas del océano, el complejo industrial-militar estadounidense tendría que continuar, sin cambios sustanciales, hasta que se pudiera inventar un nuevo adversario. Cualquier otra cosa supondría un *shock* inaceptable para la economía estadounidense[27].

Predicción de una nueva Guerra Fría

Los principales líderes políticos estadounidenses reconocieron que el conflicto, e incluso la guerra, podría ser la consecuencia probable del expansionismo de la OTAN. En una entrevista concedida al *New York Times,* George Kennan expuso la insensatez y predijo las consecuencias de la expansión:

> Creo que es el comienzo de una nueva Guerra Fría [...]. No había razón alguna para ello. Nadie amenazaba a nadie. Esta expansión haría revolverse en sus tumbas a los Padres Fundadores de este país [...]. Por supuesto que va a haber una mala reacción por parte de Rusia, y entonces [los expansionistas de la OTAN] dirán que siempre os hemos dicho que los rusos son así, pero esto es un error[28].

En 1997, en una comparecencia ante un Comité de Relaciones Exteriores del Senado, el embajador Jack Matlock advirtió asimismo de que la expansión de la OTAN era un error y que «bien podría pasar a la historia como la mayor torpeza estratégica desde el final de la Guerra Fría». Matlock explicaba que «puede provocar una cadena de acontecimientos que podría producir la amenaza más grave para la seguridad de esta nación desde el colapso de la Unión Soviética»[29]. Con un lenguaje igualmente contundente, Pat Buchanan, excandidato presidencial y asesor de Nixon, sostenía que el creciente resentimiento en Rusia era culpa de Washington: «toda la responsabilidad debe recaer directamente en la altiva elite estadounidense, que ha hecho todo lo posible por humillar a Rusia. ¿Por qué lo estamos haciendo?»[30]. Buchanan predijo que Rusia se recuperaría algún día y respondería a esta amenaza, lo que colocaría a Estados Unidos en una disyuntiva de todo o nada: «arriesgarse a una confrontación con una Rusia con armas atómicas y decidida a reconstruir su antigua esfera de influencia, o incumplir compromisos solemnes y ver cómo se derrumba la OTAN»[31].

Esa actitud despectiva hacia una Rusia debilitada también la sacó a colación el vicesecretario de Estado estadounidense Strobe Talbott, al referirse a una conversación con el presidente Clinton en 1996 en la que este último resumió lo que implicaba la cooperación con

Rusia: «Seguimos diciéndole al viejo Boris: "Muy bien, esto es lo que tienes que hacer ahora: aquí tienes más mierda para tu cara"»[32]. La voluntad de arrinconar a una Rusia debilitada dejó perplejos a expertos en política exterior como Thomas Friedman:

> El misterio era por qué Estados Unidos –que durante toda la Guerra Fría soñó con que Rusia podría tener algún día una revolución democrática y un líder que, por vacilante que fuera, intentaría convertir el país en una democracia y unirse a Occidente– optaría por llevar rápidamente a la OTAN a las puertas de Rusia aprovechando su debilidad[33].

La capacidad para marginar y humillar a Rusia, al tiempo que se adaptaba a las nuevas realidades, se basaba en la premisa de que, por malo que fuera el trato que le dispensara Occidente, no tenía otra opción. La idea de que Occidente podía continuar su expansión porque Rusia no tenía otros socios también fue reiterada por Zbigniew Brzezinski, quien sugirió que Occidente era «la única opción de Rusia –aunque fuera táctica–, lo que proporcionaba a Occidente una oportunidad estratégica. Creó las condiciones para la progresiva expansión y penetración de la comunidad occidental en Eurasia»[34]. En un discurso pronunciado en el Atlantic Council en 1997, el entonces senador Joe Biden predijo que la adhesión de los Estados bálticos a la OTAN provocaría una respuesta «enérgica y hostil» por parte de Rusia. Sin embargo, sugirió que este distanciamiento carecía de importancia, ya que no tenía otro lugar al que acudir. Biden se burló de las advertencias de Moscú de que Rusia se vería obligada a mirar hacia China en respuesta a la expansión de la OTAN, y bromeó diciendo que, si la cooperación con China no daba resultados, podría, como alternativa, establecer una alianza con Irán[35].

La expansión de la OTAN provocó cambios drásticos en el equilibrio militar en Europa, y, con este proyecto hegemónico, el control de armamentos comenzó a desmoronarse. El expansionismo de la OTAN supuso una presión cada vez mayor sobre las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE), que se vio agravada por la defensa antimisiles de la OTAN. Un cable estadounidense filtrado en marzo de 2008 señalaba que Moscú había advertido de que «las

FACE no sobrevivirían a la ampliación de la OTAN»[36]. El Tratado sobre Misiles Antibalísticos (AMB) de 1972, el Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF) y el Tratado de Cielos Abiertos fueron cayendo uno tras otro, debido, en parte, al rechazo de una arquitectura de seguridad basada en el establecimiento de limitaciones mutuas.

Desmantelar la disuasión nuclear rusa: la defensa antimisiles de la OTAN

La defensa antimisiles supuso el paso de un orden mundial basado en la disuasión mutua a otro de primacía global. La disuasión nuclear rusa es un importante obstáculo para la hegemonía estadounidense, y la defensa antimisiles está diseñada para socavar gradualmente esa capacidad de disuasión. Un sistema estratégico de defensa antimisiles no puede considerarse defensivo frente a Rusia, pues no podría interceptar todos los misiles nucleares en un primer ataque ruso. En cambio, sí tiene una función ofensiva, ya que está diseñado para interceptar un segundo ataque, esto es, la capacidad de respuesta que le quedaría tras un primer ataque estadounidense. Así pues, la defensa estratégica antimisiles convierte las armas nucleares de un sistema de disuasión defensivo en las de uno ofensivo. El Tratado sobre Misiles Antibalísticos (Tratado ABM) se firmó con la Unión Soviética en 1972, partiendo de la premisa explícita de que los sistemas estratégicos de defensa antimisiles alterarían el equilibrio estratégico.

La adquisición de un sistema estratégico de defensa antimisiles no indica que Estados Unidos tenga la intención de destruir a Rusia con un «primer ataque» nuclear. Más bien, que ambas partes sean conscientes de que Estados Unidos *podría* destruir a Rusia con un «primer ataque» otorga a Estados Unidos el *escalation dominance* (control de la escalada), la capacidad de aumentar la tensión hasta que el oponente se vea obligado a capitular[37]. Envía una señal a Moscú, que Washington podría lanzar un primer ataque nuclear demoledor, lo que permitiría a Estados Unidos escalar y adoptar una postura inflexible en cualquier conflicto con los rusos, sabiendo que

estos, al final, tendrían que capitular o dar marcha atrás.

Un mes después del colapso de la Unión Soviética, el presidente Bush, en su Discurso sobre el Estado de la Unión, pidió al Congreso que reactivara el desarrollo de la defensa estratégica antimisiles: «Les insto de nuevo a que aprueben la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI)»[38]. Un borrador filtrado de la *Defense Planning Guidance (DPG)* del Pentágono esbozaba una estrategia para perpetuar la hegemonía global de Estados Unidos «impidiendo la aparición de cualquier posible competidor global en el futuro». El documento apuntaba que Rusia sigue siendo «la única potencia del mundo con capacidad para destruir a Estados Unidos» y, hasta que las fuerzas nucleares rusas no resulten inofensivas, Estados Unidos continuará viviendo bajo una amenaza. La *DPG* reclamaba, pues, la «pronta introducción» de un sistema estratégico de defensa antimisiles[39].

En 2001, Estados Unidos anunció que se retiraba unilateralmente del Tratado AMB de 1972 para desarrollar una defensa estratégica antimisiles. El potencial militar y las intenciones indicaban una transición hacia una posición hegemónica. Un documento de RAND Corporation sobre «Future Roles of U.S. Nuclear Forces» («Futuras funciones de las fuerzas nucleares de EEUU») reconocía asimismo un abandono de la disuasión para pasar a la idea de contrapoder, un contexto en el que las armas nucleares dejaban de tener carácter defensivo para ser ofensivas: «Lo mejor que puede ofrecer la fuerza planeada, más allá de las necesidades de la disuasión tradicional, es *una capacidad de ser un contrapoder preventivo frente a Rusia y China*. De lo contrario, las cifras y los procedimientos operativos no cuadran»[40]. La contrafuerza es una estrategia nuclear ofensiva que consiste en destruir las armas de los adversarios antes de que puedan ser lanzadas y minimizar así su capacidad para responder con un segundo ataque. Estas preocupaciones/cuestiones fueron confirmadas por la Nuclear Employment Strategy del Pentágono de 2013, que apuntaba el objetivo de mejorar las «capacidades de contrafuerza»[41].

En un controvertido estudio técnico de 2006, Lieber y Press concluyeron que Estados Unidos «está a punto de alcanzar la

primacía nuclear» y que «probablemente pronto será posible que Estados Unidos destruya los arsenales nucleares de largo alcance de Rusia o China con un primer ataque»[42]. Estas conclusiones obtuvieron el respaldo de un estudio técnico de la Federation of American Scientists que afirmaba que el sistema de defensa antimisiles podía reconfigurarse fácilmente para apuntar a las capacidades de respuesta rusas[43].

Como la OTAN era el sistema de seguridad dominante en Europa, Washington podía recurrir sistemáticamente a la exigencia de «solidaridad de la Alianza» para acallar las críticas de los aliados. Cuando el presidente Clinton intentó avanzar en los planes de defensa antimisiles, se encontró con la fuerte oposición de Francia, Alemania, España, Italia, Países Bajos, Canadá y Bélgica[44]. El presidente francés Chirac envió una carta a Clinton advirtiéndole de que la defensa antimisiles sería «perjudicial para la estabilidad internacional»[45]. Incluso el antiguo subsecretario de Defensa estadounidense Walter Slocombe instó a mostrarse más comprensivo con las preocupaciones rusas en materia de seguridad, ya que la defensa antimisiles «llevará inevitablemente a tecnologías y escalas de despliegue que podrían poner en peligro la capacidad de respuesta rusa»[46].

Sin embargo, las campañas de presión centradas en el apoyo a la OTAN tuvieron éxito. Los cables filtrados han revelado cómo Estados Unidos presionó a Noruega para que abandonara su oposición a la defensa antimisiles, convirtiéndola en una cuestión de solidaridad con la OTAN, ya que Noruega tendría «dificultades para defender su posición si la cuestión pasa a ser de solidaridad con la Alianza»[47]. Finalmente, todos los aliados de la OTAN se alinearon y empezaron a desestimar las preocupaciones rusas en materia de seguridad en torno al equilibrio estratégico, calificándolas de paranoia rusa y de mentalidad de suma cero. Como argumentó un diplomático europeo, «los rusos tienen razón en cuanto al fondo de la defensa antimisiles, pero lo han hecho tan mal que han perdido la discusión. No podemos darles derecho de veto en este tipo de cuestiones»[48].

Los planes de defensa antimisiles de Washington también utilizaron el incrementalismo o táctica del salami para superar las reticencias

de quienes se oponían. El antiguo secretario de Defensa Donald Rumsfeld defendió en 2003 una política de «desarrollo en espiral» en la que se darían pasos progresivos para desarrollar la defensa antimisiles. Rumsfeld argumentaba:

> En vez de tardar una década o más en desarrollar la visión de alguien de un escudo «perfecto», hemos decidido desarrollar y poner en marcha un sistema rudimentario para 2004 –que debería hacernos algo más seguros de lo que somos ahora– y luego construir sobre esa base con un potencial militar cada vez más eficaz a medida que maduren las tecnologías. Tenemos la intención de aplicar este enfoque de «desarrollo en espiral» a una serie de sistemas[49].

De este modo, Washington podría ridiculizar y desestimar fácilmente las preocupaciones rusas en materia de seguridad. Por ejemplo, en 2007, la secretaria de Estado estadounidense, Condoleezza Rice, se burló del nerviosismo de Moscú por el despliegue por parte de Estados Unidos de 10 misiles interceptores en Europa Oriental, calificándolo de «puramente ridículo, todo el mundo lo sabe»[50]. En pocos años, el potencial militar había aumentado radicalmente, y los misiles interceptores previstos se habían convertido en varios centenares. La OTAN también fingió complacer a Rusia extendiéndole una invitación para cooperar en la defensa antimisiles, con lo que pretendía tranquilizarla asegurándole que no era el objetivo. Robert Gates, exsecretario de Defensa y exdirector de la CIA, admitió en sus memorias que Estados Unidos estaba «mareando la perdiz en lo tocante a la defensa antimisiles, ganando tiempo. Los rusos se percataron de que lo que se les presentaba era un *fait accompli,* un hecho consumado, y que nuestras ofertas de cooperación eran más bien un "lo tomas o lo dejas"»[51].

La expansión de la OTAN permitió además a Estados Unidos tener un potencial de primer ataque y, por tanto, un dominio de la escalada que obligaría a Rusia a capitular en cualquier conflicto. Tanto a Rumanía como a Polonia se les asignaron papeles importantes al acoger el sistema estratégico de defensa antimisiles cerca de las fronteras rusas. En estos emplazamientos, las lanzaderas de misiles podía servir para varios tipos de misiles

ofensivos como los Tomahawks. Posteriormente, en 2019, Estados Unidos se retiró unilateralmente del Tratado INF, que hasta entonces había restringido el rango operativo de los misiles de alcance medio entre 500 y 5.500 kilómetros.

Estos hechos hicieron temer a Moscú que la siguiente fase del sistema expansionista de defensa antimisiles de la OTAN fuera desplegarlos en Ucrania. En enero y febrero de 2022, antes de la invasión rusa, un tema clave de debate fueron las exigencias de Moscú de que Estados Unidos no hiciera con los misiles en Ucrania lo que había hecho en Polonia y Rumanía.

Una Rusia traicionada se adapta con Putin a las nuevas políticas

El expansionismo de la OTAN se convirtió en la principal preocupación de seguridad para Rusia. Cuando resultó evidente que se iba a abandonar la arquitectura de seguridad paneuropea en favor de la expansión de la OTAN, Yeltsin preguntó a Clinton: «¿Por qué quieres hacer esto? Necesitamos una nueva estructura de seguridad paneuropea, no las viejas». Yeltsin advirtió contra un «nuevo cerco» a Rusia: «No veo más que humillación para Rusia si seguís adelante. ¿Qué crees que nos parece que siga existiendo un bloque mientras el Pacto de Varsovia ha desaparecido?». Yeltsin siguió insistiendo en vano en que la OSCE, como organización de seguridad integradora, tenía que ser «el principal mecanismo para construir un nuevo orden de seguridad en Europa. La OTAN también es un factor, por supuesto, pero debería evolucionar hacia una organización política»[52].

Yeltsin advirtió contra las ambiciones hegemónicas de Washington: «La historia demuestra que es una ilusión peligrosa suponer que los destinos de los continentes y de la comunidad mundial en general pueden de algún modo gestionarse desde una sola capital»[53]. Gorbachov también sostenía que el expansionismo de la OTAN traicionaba los Acuerdos de Helsinki, la Carta de París para una Nueva Europa y la OSCE como tratados para una seguridad paneuropea:

> La expansión de la OTAN hacia el este ha destruido la arquitectura de

seguridad europea tal como se definió en el Acta Final de Helsinki en 1975. La expansión hacia el este supuso un giro de 180 grados, un alejamiento de la decisión de la Carta de París de 1990 adoptada conjuntamente por todos los Estados europeos para dejar definitivamente atrás la Guerra Fría. Las propuestas rusas, como la del expresidente Dmitri Medvédev de que nos sentáramos a trabajar juntos en una nueva arquitectura de seguridad, fueron arrogantemente ignoradas por Occidente. Ahora estamos viendo los resultados[54].

Se prestó mucha atención al pecado original y a la traición, pues a Gorbachov se le ofrecieron numerosas garantías verbales de que la OTAN no se aprovecharía de la debilidad de Moscú para expandirse. Asegurar que la OTAN no se convertiría en una alianza militar expansionista era imprescindible para obtener el apoyo soviético a la reunificación de Alemania. La OTAN ha desestimado sistemáticamente estas garantías, aunque los documentos desclasificados proporcionan pruebas irrefutables de que James Baker, George Bush, Hans-Dietrich Genscher, Helmut Kohl, Robert Gates, Francois Mitterrand, Margaret Thatcher, Douglas Hurd, John Major y Manfred Wörner prometieron que dicha expansión no se produciría[55]. En febrero de 1990, el secretario de Estado estadounidense James Baker hizo su famosa promesa de que la OTAN no se movería hacia el este «ni una pulgada»:

> ¿Usted preferiría ver una Alemania unificada fuera de la OTAN, independiente y sin fuerzas estadounidenses, o que una Alemania unificada estuviera vinculada a la OTAN, con garantías de que la jurisdicción de esta última no se desplazaría de su posición actual hacia el este ni una pulgada?[56].

En una reunión con Shevardnadze, Baker ofreció garantías similares, afirmando que, «por supuesto, tendría que haber garantías blindadas de que la jurisdicción o las fuerzas de la OTAN no se desplazarían hacia el este»[57]. Los funcionarios de Alemania Occidental que buscaban el apoyo de Moscú para la reunificación también intentaron asegurarle que la OTAN no se expandiría. El ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental, Hans-Dietrich Genscher, lo explicitó en varios discursos: «Pase lo que pase en el Pacto de Varsovia, no se producirá una ampliación del territorio

de la OTAN hacia el este, es decir, más cerca de las fronteras de la Unión Soviética»[58]. El secretario general de la OTAN, Manfred Wörner, aseguró igualmente a Moscú el 17 de mayo de 1990 que «el mero hecho de que estemos dispuestos a no desplegar tropas de la OTAN más allá del territorio de la República Federal ofrece a la Unión Soviética firmes garantías de seguridad»[59]. Occidente sigue ignorando estas promesas documentadas, calificándolas de «mitos y malentendidos»[60]. El exdirector de la CIA Robert Gates criticó «proseguir con la expansión de la OTAN hacia el este, cuando a Gorbachov y a otros se les hizo creer que tal cosa no ocurriría»[61].

La expansión de la OTAN destruyó los cimientos de la plataforma política prooccidental de Yeltsin. La presidencia de Yeltsin se había construido en gran medida sobre la premisa de que la «casa común europea» de Gorbachov era más factible abandonando el sistema soviético y comprometiendo a Moscú con la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado. Rusia incluso empezó a ignorar sus acuerdos y alianzas asociaciones en el este, desde Asia Central hasta China, pues se creía que estas relaciones suponían un freno en su camino hacia Occidente. Sin embargo, la excesiva dependencia de Occidente privó a Rusia de su poder de negociación, lo que colocó a Moscú en una posición en la que tuvo que aceptar concesiones unilaterales sin ni siquiera ser incluida en la arquitectura de seguridad europea.

Cuando, en 1999, la OTAN invadió Yugoslavia sin mandato de la ONU, el mensaje para Rusia quedó claro: la OTAN representa la seguridad europea, puede suplantar al derecho internacional y Rusia no tiene derecho de veto sobre ella. Kissinger alertó de que la transformación de la OTAN de una alianza defensiva en una ofensiva contradecía las repetidas garantías dadas por Estados Unidos y Europa de que Rusia no tenía nada que temer sobre una posible expansión[62]. No obstante, Rusia temía que la guerra ilegal de la OTAN sentara un precedente, de modo que, si la Organización seguía expansionándose hacia las fronteras rusas, «crearía una base para intervenir en la propia Rusia»[63]. La invasión ilegal de Yugoslavia por parte de la OTAN siguió la habitual táctica del salami. Tras la invasión, buscó cobertura legal y el consentimiento implícito

de Rusia al obtener, en junio de ese año, un mandato de la ONU para la ocupación de Kosovo con la condición específica de mantener la integridad territorial de Yugoslavia. La ocupación se utilizó, en cambio, para cambiar las cosas sobre el terreno, y en 2008 la mayoría de los Estados miembros de la OTAN, en violación del derecho internacional, reconocieron la independencia de Kosovo.

Yeltsin dimitió el 31 de diciembre de 1999 y entregó la presidencia a su primer ministro, Vladimir Putin. El papel de Putin no era revertir las políticas prooccidentales, sino redefinirlas. La revisión que hizo de la política exterior occidentalocéntrica pretendía negociar la integración *con* Occidente de igual a igual, en lugar de *en* Occidente como un solicitante que aspiraba a cumplir unas condiciones[64]. Esto exigía que Rusia abandonara sus concesiones unilaterales y negociara desde una posición de fuerza. Putin reconoció que el expansionismo de la OTAN, la cancelación de la arquitectura de seguridad paneuropea y la marginación de Rusia eran resultado de su debilidad. Y argumentó:

> Lo hemos hecho todo mal [...]. Desde el principio, no conseguimos superar la división de Europa. Hace veinticinco años cayó el Muro de Berlín, pero los muros invisibles se desplazaron hacia el este. Esto ha provocado malentendidos mutuos y que nos hayamos echado las culpas unos a otros. Son la causa de todas las crisis desde entonces[65].

En la Conferencia de Seguridad de Múnich, en febrero de 2007, Putin pronunció su célebre discurso que resumía las preocupaciones de Rusia sobre el mundo unipolar basado en «un centro de autoridad, un centro de fuerza, un centro de toma de decisiones». Señalaba que, en ese sistema unipolar, «Estados Unidos ha sobrepasado sus fronteras nacionales en todos los sentidos». Aunque también era una amenaza para Estados Unidos, ya que la unipolaridad «es perniciosa no sólo para todos los que están dentro de este sistema, sino también para el propio soberano, porque se destruye a sí mismo desde dentro». En el centro de las preocupaciones de Rusia estaba el expansionismo de la OTAN como manifestación política dominante de la unipolaridad. Putin argumentaba que «la OTAN ha puesto la vanguardia de sus fuerzas

en nuestras fronteras», y advertía que se trataba de una inmensa provocación:

> Y tenemos derecho a preguntar: ¿contra quién va dirigida esta expansión? ¿Y qué pasó con las promesas que hicieron nuestros socios occidentales tras la disolución del Pacto de Varsovia? ¿Dónde están hoy esas declaraciones? Nadie se acuerda de ellas. Pero me permitiré recordar a este auditorio lo que se dijo. Me gustaría citar el discurso del secretario general de la OTAN, el Sr. Woerner, pronunciado en Bruselas el 17 de mayo de 1990. Entonces dijo que «el hecho de que estemos dispuestos a no emplazar un ejército de la OTAN fuera del territorio alemán ofrece a la Unión Soviética una firme garantía de seguridad». ¿Dónde están esas garantías?[66].

Las políticas rusas buscaban cada vez más equilibrar el unilateralismo occidental y ofrecer alternativas multilaterales. En la Cumbre de Estambul de la OSCE de 1999, dedicada al incremento de la seguridad colectiva en Europa, Rusia se comprometió a retirar sus fuerzas de pacificación tanto de Moldavia como de Georgia. Sin embargo, quedó claro que sería la OTAN, y no la OSCE, la que asumiría el papel dominante y que se limitaría a sustituir a las fuerzas rusas. Así pues, Rusia empezó a dar marcha atrás en estos compromisos, y los conflictos congelados se convirtieron en un instrumento para obstruir la permanente marcha de la OTAN hacia el este. La preocupación rusa ante el intento de la OTAN de sustituir a la OSCE parecía bien fundada. En 2003, el presidente holandés de la OSCE sugirió que las fuerzas de pacificación rusas en Moldavia se sustituyeran por una Fuerza de Consolidación de la Paz de la OSCE, que luego «externalizaría» el mantenimiento de la paz a la Unión Europea[67]. El mismo presidente de la OSCE, Jaap de Hoop Scheffer, se convirtió en secretario general de la OTAN al año siguiente.

Moscú siguió proponiendo formatos multilaterales para construir una Gran Europa integradora. Tanto Yeltsin como Putin habían planteado unirse a la OTAN si esta se convertía en la institución de seguridad dominante en Europa, pero la idea fue recibida en Occidente con frialdad[68]. Hasta Gorbachov había sugerido a Baker que la Unión Soviética podría unirse a la OTAN: «Al fin y al cabo,

usted dice que la OTAN no va contra nosotros, que es sólo una estructura securitaria que se está adaptando a la nueva realidad. Así que propondremos entrar en la OTAN»[69]. Tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, Putin fue el primer dirigente extranjero que llamó a Bush. Rusia vio la oportunidad de posicionarse como socio estratégico de Estados Unidos en la guerra contra el terror ofreciendo su solidaridad y apoyo. Un apoyo que incluía proporcionar importantes redes de inteligencia y logística para la invasión y ocupación de Afganistán. Sin embargo, al poco tiempo Estados Unidos comenzó a apoyar revoluciones de colores en Georgia y Ucrania para instalar gobiernos prooccidentales y anti-Rusia.

En 2005, Rusia y la Unión Europea pudieron –en apariencia– atenuar parcialmente la renovada política de bloques con el Acuerdo de Espacios Comunes, que comprometía a ambas partes a conciliar sus esfuerzos de integración con vistas a su vecindad compartida para evitar nuevas líneas divisorias:

> Acuerdan promover activamente [la cooperación y la integración regionales] de forma mutuamente beneficiosa, mediante una estrecha colaboración y un diálogo UE-Rusia orientados a resultados, contribuyendo así de forma eficaz a crear una gran Europa sin líneas divisorias y basada en valores comunes[70].

Sin embargo, poco después, la Unión Europea presentó la Asociación Oriental, a la que invitó a todos sus vecinos del este con la excepción de Rusia. La Asociación Oriental pretendía integrar el espacio paneuropeo con un enfoque de infraestructuras y seguridad energética que tenía en su centro a la UE, lo que hasta cierto punto implicaba desvincularse de Rusia.

En 2008, Moscú propuso construir una nueva arquitectura de seguridad paneuropea. Los Estados occidentales se opusieron, pues temían que debilitara la primacía de la OTAN[71]. En 2010, Moscú propuso una Zona de Libre Comercio entre la Unión Europea y Rusia para propiciar una Gran Europa desde Lisboa hasta Vladivostok, que proporcionaría beneficios económicos mutuos y contribuiría a atenuar el formato de suma cero de la arquitectura de seguridad europea. Sin embargo, todas las sugerencias para llevar a cabo un

Acuerdo de Helsinki-II fueron ignoradas o criticadas como una siniestra estratagema para dividir a Occidente.

El esfuerzo de Rusia por promover la cooperación en formatos multilaterales coexistió con las iniciativas para frenar el unilateralismo de la OTAN. El incrementalismo o la táctica del salami podían contrarrestarse trazando líneas rojas, esto es, comunicando cuáles son los intereses vitales para la seguridad de una nación y las graves consecuencias que acarrearía su incumplimiento, con el fin de evitar que el adversario cometa un peligroso error de cálculo. La disuasión se basa en las tres C: capacidad/potencial militar, credibilidad y comunicación. Rusia ha desarrollado el potencial militar necesario para disuadir, ha demostrado su credibilidad en lo tocante a su disposición para utilizarlas y se ha propuesto comunicar cómo reaccionaría si la OTAN sobrepasaba esas líneas rojas. Sin embargo, la estrategia de comunicación encuentra un obstáculo en el dilema de seguridad: la falta de advertencias estrictas y suficientes puede envalentonar a la OTAN para poner a prueba las líneas rojas rusas, mientras que si las advertencias son excesivas y amenazan con una feroz respuesta, se interpretarán como agresivas e incitarán así a la OTAN a contrarrestar la amenaza rusa. Esto refleja un dilema más amplio en cuanto a cómo responder a la expansión de la OTAN, pues una respuesta benévola será interpretada por Occidente como consentimiento y voluntad de adaptarse a las nuevas realidades, mientras que oponerse se entenderá como que Rusia rechaza la democracia y la convertirá en enemigo. En cualquier caso, la OTAN y su infraestructura militar siguen avanzando hacia las fronteras rusas.

Cuando Rusia se hizo con Crimea en el referéndum de 2014, el presidente Putin se refirió a la incapacidad de Occidente para respetar las líneas rojas de Rusia y a la tendencia de la OTAN a fingir que buscaba una solución pacífica mientras presentaba a Rusia hechos consumados. En sus propias palabras:

> Nos engañaron una y otra vez, tomaron decisiones a nuestras espaldas, presentándonos hechos consumados. Así ocurrió con la expansión de la OTAN en el este, con el despliegue de infraestructuras militares en nuestras fronteras.

Siempre nos decían lo mismo: «Bueno, esto no tiene que ver con vosotros»[72].

Conclusión

El expansionismo de la OTAN fue un componente importante del nuevo orden mundial basado en la hegemonía y los valores liberales. Mientras que, durante la Guerra Fría, la OTAN había sido una fuente de estabilidad como agente defensivo del *statu quo,* con posterioridad, al expandirse e iniciar guerras ilegales de agresión, se transformó en un agente revisionista. La expectativa ideológica de un efecto pacificador de la comunidad interdemocrática se vio enfrentada a la realidad de la política del poder. Preservar y ampliar la arquitectura de seguridad de la Guerra Fría contribuyó a reavivar la lógica de suma cero que la hegemonía liberal se esforzaba por dejar atrás. A lo largo de tres décadas, la confianza y los acuerdos armamentísticos se fueron desmoronando como consecuencia del fracaso de la reforma del sistema de seguridad europeo. Con independencia de sus intenciones, la expansión de la OTAN destruyó la arquitectura de seguridad paneuropea y reavivó la Guerra Fría en Europa, tal como muchos habían predicho. Como reconocieron George Kennan y otros, la decisión de ampliar la OTAN fue un error trascendental. La política interior y exterior de Rusia, guiada por el objetivo primordial de emular a Occidente e integrarse en él, tuvo que ser sustituida por una estrategia de equilibrio frente al unilateralismo occidental.

El fracaso a la hora de alcanzar en Europa un orden pos-Guerra Fría mutuamente aceptable para todas las partes tiene implicaciones más amplias para el orden mundial. Rusia se distanció de Occidente en un momento en que surgían nuevos centros de poder en el mundo, y Moscú tiene incentivos sistémicos para apoyar los esfuerzos e iniciativas que buscan crear un orden mundial post-occidental. Rusia abandonó sus aspiraciones de una Gran Europa y la sustituyó por una Gran Eurasia. Traducido en políticas concretas, Rusia comenzó a modernizar un potente ejército que hizo frente a Occidente, mientras que su conectividad económica se fue reorientando gradualmente hacia Oriente. Los ideales universales de

las democracias liberales en una Europa dividida fueron rechazados cada vez más, pues dotaban de legitimidad a una desigualdad soberana y a un orden internacional basado en normas que cimentaba el excepcionalismo occidental.

---

[1] Sakwa, *The Lost Peace,* cit.

[2] N. Gvosdev, «Parting With Illusions: Developing a Realistic Approach to Relations with Russia», *CATO Institute,* 29 de febrero de 2008.

[3] M. E. Sarotte, «In victory, magnanimity: U.S. foreign policy, 1989-1991, and the legacy of prefabricated multilateralism», *International Politics* 48, 4-5 (2011).

[4] Z. Brzezinski, «A Geostrategy for Eurasia», *Foreign Affairs* 76, 5 (1997), p. 53.

[5] B. Clinton, «Remarks to Multinational Audience of Future Leaders of Europe», *U.S. Diplomatic Mission to Germany,* 9 de enero de 1994.

[6] A. Maté, «U.S. fighting Russia "to the last Ukrainian": Veteran U.S. diplomat», *The Grayzone,* 24 de marzo de 2022.

[7] Archivo de Seguridad Nacional, «NATO Expansion: What Yeltsin Heard», Universidad George Washington, 16 de marzo de 2018.

[8] M. E. Sarotte, *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate,* New Haven, Yale University Press, 2021, p. 167.

[9] J. Borger, «Russian hostility "partly caused by West", claims former U.S. defence head», *The Guardian,* 9 de marzo de 2016.

[10] *Ibid.*

[11] M. K. Albright, *Madam Secretary,* Nueva York, Miramax Books, 2004, p. 320.

[12] S. Talbott, «Why NATO Should Grow», *The New York Review,* 10 de agosto de 1995.

[13] R. T. Davis, «Should NATO Grow? A Dissent», *The New York Review,* 21 de septiembre de 1995.

[14] ACA, «Opposition to NATO Expansion», *Arms Control Association,* 26 de junio de 1997.

[15] *Ibid.*

[16] G. F. Kennan, «A Fateful Error», *The New York Times,* 5 de febrero de 1997.

[17] W. J. Burns, *The Back Channel: A Memoir of American Diplomacy and the Case for Its Renewal,* Nueva York, Random House, 2019, pp. 108-109.

[18] Sarotte, *Not One Inch,* cit., p. 267.

[19] J. F. Matlock, *Superpower Illusions: How Myths and False Ideologies Led America Astray-and How to Return to Reality,* New Haven, Yale University Press, 2010, p. 172.

[20] Senado de Estados Unidos, «The Debate on NATO Enlargement: Hearings Before the Committee on Foreign Relations (7 October-5 November)», *U.S. Government Printing Office,* 1998.

[21] T. G. Carpenter y B. Conry, *NATO Enlargement: Illusions and Reality,* Cato

Institute, 1998, p. 205.

[22] S. Kieninger, «Helmut Kohl and NATO Enlargement: The Search for the Post-Cold War Order», *American-German Institute,* 7 de julio de 2020.

[23] J. A. Baker, «Russia in NATO?», *Washington Quarterly* 25, 1 (2002), pp. 93-103.

[24] *Ibid.,* p. 100.

[25] M. E. Sarotte, «How to Enlarge NATO: The Debate inside the Clinton Administration, 1993-95», *International Security* 44, 1 (2019), p. 32.

[26] G. Diesen, *The Think Tank Racket,* Atlanta, Clarity Press, 2023.

[27] N. Cousins, *The Pathology of Power,* Nueva York, Norton, 1987, p. iv.

[28] T. L. Friedman, «Foreign Affairs; Now a Word From X», *The New York Times,* 2 de mayo de 1998.

[29] Senado de Estados Unidos, «The Debate on NATO Enlargement: Hearings Before the Committee on Foreign Relations (7 October-5 November)», *U.S. Government Printing Office,* 1998, p. 236.

[30] P. J. Buchanan, *A Republic, Not an Empire: Reclaiming America's Destiny,* Washington, DC, Regnery Publishing, 1999, p. 25.

[31] *Ibid.*

[32] S. Talbott, *The Russia Hand: A Memoir of Presidential Diplomacy,* Nueva York, Random House, 2007, p. 201.

[33] T. L. Friedman, «This Is Putin's War. But America and NATO Aren't Innocent Bystanders», *The New York Times,* 21 de febrero de 2022.

[34] Z. Brzezinski, *The Choice: Global Domination or Global Leadership,* Nueva York, Basic Books, 2009, p. 102.

[35] G. Kaonga, «Video of Joe Biden Warning of Russian Hostility if NATO Expands Resurfaces», *Newsweek,* 8 de marzo de 2022.

[36] «NATO: February 28th HLTF and NRC (ACE) Meetings», *Wikileaks,* 7 de marzo de 2008.

[37] G. Snyder, *Deterrence and Defense: Toward a Theory of National Security,* Princeton, Princeton University Press, 1961.

[38] G. Bush, «Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union», *The American Presidency Project,* 28 de enero de 1992.

[39] Departamento de Defensa de Estados Unidos, borrador *1994-99 Defense Planning Guidance (DPG),* Washington, DC, 18 de febrero de 1992.

[40] *Future Roles of U.S. Nuclear Forces: Implications for U.S. Strategy,* Santa Mónica, RAND Corporation, 2003, p. 92.

[41] H. M. Kristensen, «Falling Short of Prague: Obama's Nuclear Weapons Employment Policy», *Arms Control Association,* septiembre de 2013.

[42] K. A. Lieber y D. G. Press, «The Rise of U.S. Nuclear Primacy», *Foreign Affairs* 85, 2 (2006), p. 43.

[43] Y. Butt y T. Postol, «Upsetting the Reset: The Technical Basis of Russian Concern Over NATO Missile Defence», *Federation of American Scientists,* FAS Special Report n.º 1, septiembre de 2011.

[44] S. Rynning, «Reluctant Allies? Europe and Missile Defense», en H. Bertel y S. Rynning (eds.), *Missile Defence: International, Regional and National Implications,* Londres, Routledge, 2006, p. 118.

[45] B. Graham, *Hit to Kill: The New Battle Over Shielding America from Missile Attack,* Nueva York, Public Affairs Store, 2003, p. 157.

[46] W. B. Slocombe, «Stability Effects of Limited Missile Defenses: The Case for the Affirmative», *Pugwash Occasional Papers* 3, 1 (2002).

[47] Embajada de Estados Unidos en Oslo, «Norway Standing Alone Against Missile Defense, OSLO 000072», *Wikileaks*, 12 de febrero de 2008.

[48] M. Leonard y N. Popescu, «A Power Audit of EU-Russia Relations», *European Council on Foreign Relations* 9 (2009), p. 16.

[49] D. Rumsfeld, «U.S. Department of Defense Prepared Statement for the Senate Appropriations Defense Subcommittee: 2004 Defense Budget Request», Washington, DC, 14 de mayo de 2003.

[50] «Idea of U.S. threat to Russia is "ludicrous" – Rice», *Reuters,* 26 de abril de 2007.

[51] R. Gates, *Duty: Memoirs of a Secretary at War,* Nueva York, Knopf Publishing, 2014, p. 162.

[52] National Security Archive, «NATO Expansion: What Yeltsin Heard», George Washington University, 16 de marzo de 2018.

[53] E. Sciolino, «Yeltsin Says NATO is Trying to Split the Continent Again», *The New York Times,* 6 de diciembre de 1994.

[54] M. Schepp y B. Sandberg, «Gorbachev Interview: "I Am Truly and Deeply Concerned"», *Spiegel,* 16 de enero de 2015.

[55] National Security Archive, «NATO Expansion: What Gorbachev Heard», George Washington University, 12 de diciembre de 2017.

[56] Sarotte, *Not One Inch,* cit., p. 55.

[57] A. Brown, *The Human Factor: Gorbachev, Reagan, and Thatcher, and the End of the Cold War,* Oxford, Oxford University Press, 2020, p. 325.

[58] Sarotte, *Not One Inch,* cit., p. 52.

[59] OTAN, «Address by Secretary General, Manfred Wörner to the Bremer Tabaks Collegium», 17 de mayo de 1990.

[60] «Myths and Misconceptions in the Debate on Russia», *Chatham House,* 13 de mayo de 2021.

[61] National Security Archive, «NATO Expansion: What Gorbachev Heard», cit.

[62] P. Dibb, «NATO's "expansionist policy" fuels fear», *Financial Review,* 17 de junio de 1999.

[63] M. Kramer, «Putin Is Only Part of the Russian Picture», *The Washington Post,* 23 de enero de 2000.

[64] D. Trenin, «Ukraine and the New Divide», *Russia in Global Affairs,* 22 de agosto de 2014.

[65] N. Bertrand, «PUTIN: The deterioration of Russia's relationship with the West is the result of many "mistakes"», *Business Insider,* 11 de enero de 2016.

[66] V. Putin, «Speech and the Following Discussion at the Munich Conference on Security Policy», *President of Russia,* 10 de febrero de 2007.

[67] J. Löwenhardt, «The OSCE, Moldova and Russian diplomacy in 2003», *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 20, 4 (2004), p. 107.

[68] C. A. Kupchan, «NATO's Final Frontier: Why Russia Should Join the Atlantic Alliance», *Foreign Affairs* 89, 3 (2010), p. 112.

[69] S. Savranskaya y T. Blanton, *Gorbachev and Bush: The Last Superpower Summits,* Budapest, CEU Press, 2020, p. 159.

[70] Consejo Europeo, «5th UE-Russia Summit», *European Council,* 10 de mayo de 2005, p. 32.

[71] G. Diesen y S. Wood, «Russia's proposal for a new security system: confirming diverse perspectives», *Australian Journal of International Affairs* 66, 4 (2012), pp. 450-67.

[72] «Quotation od the Day for Wednesday, March 19, 2014», *The New York Times,* 19 de marzo de 2014.

CAPÍTULO VI

Ucrania como peón en una Europa dividida: 1991-2014

El futuro del orden mundial occidentalocéntrico depende en gran medida de su capacidad para crear una Europa sin Rusia. Situar a Ucrania en la órbita de Occidente es imperativo para garantizar que Rusia ya no pueda ser una potencia europea y limitar la posición de Moscú en el espacio postsoviético. La historia de Rusia desde el fin de la Rus de Kiev ha sido, en gran medida, una lucha por conectarse con corredores de transporte marítimo seguros como requisito para participar plenamente en la economía internacional y proyectar su poder militar. Privar a Rusia de su Flota del Mar Negro en Sebastopol y convertir el mar Negro en un lago de la OTAN sería un duro golpe para la reputación de Rusia como gran potencia.

En *The Grand Chessboard,* un influyente libro del exasesor de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski sobre el establecimiento de un orden mundial unipolar, no se puede decir que exagere la importancia de Ucrania. Brzezinski argumenta que, «sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático», aunque, «si Moscú recupera el control sobre Ucrania, con sus 52 millones de habitantes y sus principales recursos, así como su acceso al mar Negro, vuelve a recuperar automáticamente los medios para convertirse en un poderoso Estado imperial, que abarque Europa y Asia»[1].

Este capítulo examina a Ucrania como un Estado dividido en una Europa dividida. Las divisiones internas en Ucrania se han visto exacerbadas posteriormente por la OTAN y Rusia, que han respaldado a grupos políticos rivales para situar al país dentro de sus respectivas órbitas. Hasta ahora, Rusia se conformaba con que Ucrania siguiera siendo un país neutral como puente entre Europa y Rusia, ya que esto cuadraba con sus aspiraciones de construir una Gran Europa. Por el contrario, Occidente ha insistido en que Ucrania tome una decisión civilizatoria.

Una Ucrania dividida

Las identidades nacionales están estrechamente vinculadas al mito fundacional del pueblo originario y al relato histórico de penalidades y victorias compartidas que define un «nosotros» frente al «otro»[2]. Ucrania ha sido un Estado dividido fruto de mitos fundacionales contrapuestos y de la falta de ideales, mitos, tradiciones, símbolos y memoria histórica comunes que definan claramente el «nosotros» y el «ellos».

Rusos, ucranianos y bielorrusos vinculan su ascendencia cultural a la Rus de Kiev como fundamento de sus respectivas identidades nacionales. La Rus de Kiev fue el primer Estado eslavo oriental, cuyo origen se sitúa a finales del siglo IX, con capital en Kiev. La fragmentación de la Rus de Kiev a mediados del siglo XIII creó tres nuevos centros de poder que aspiraban a ser su sucesor político y cultural: Vladímir-Súzdal, Nóvgorod y Galitzia-Volinia. El principado de Vladímir-Súzdal acabó convirtiéndose en el Gran Ducado de Moscú, que acumuló poder político y cultural bajo la ocupación mongola. La influencia cultural y religiosa de Moscú se fortaleció todavía más al asumir la sede de la Iglesia ortodoxa, lo que cobró aún más sentido tras la caída de Constantinopla. Moscú consolidó su liderazgo al derrotar y expulsar a los mongoles y, a continuación, ocupó el vacío de poder conformando con las distintas regiones un Estado bajo dirección moscovita. A partir de entonces, Rusia y Ucrania siguieron viviendo durante siglos formando parte del mismo Estado.

Los estrechos lazos de Ucrania con Rusia a lo largo de los siglos han sido un arma de doble filo que ha creado dos identidades y perspectivas contrapuestas en lo tocante a las relaciones con Rusia. En el este de Ucrania, la historia compartida con Rusia creó un «vínculo fraternal» entre ucranianos y rusos, hasta el punto de que algunos llegan a cuestionar el tener dos Estados separados para una sola nación. Sin embargo, en Ucrania occidental, la historia compartida con Rusia suele considerarse reflejo de un pasado imperial que sigue diluyendo y socavando la soberanía ucraniana, así como su identidad distintiva. Alexandr Solzhenitsyn reconocía con

razón que «es inútil decir a los ucranianos que todos descendemos, por nacimiento y espiritualmente, de Kiev, y es igual de inútil esperar que los rusos reconozcan el hecho de que los pueblos más allá del río Dniéper son diferentes»[3].

En términos generales, esta historia creó dos identidades nacionales en Ucrania que, en gran medida, se oponen directamente: la eslava oriental y la etnocultural ucraniana se construyen en oposición, definiendo el «nosotros» como el endogrupo y el «ellos» como el exogrupo. La identidad eslava oriental considera que ucranianos y rusos son pueblos autóctonos de Ucrania, lo que se traduce en la defensa de una Ucrania biétnica, bicultural y bilingüe. En este caso, la principal oposición y amenaza a la construcción nacional, tal como se define en la identidad eslava oriental, son los nacionalistas etnicoculturales que han creado una división artificial entre los dos grupos. Por el contrario, la identidad etnocultural ucraniana considera que los ucranianos constituyen un único pueblo originario, una sola población, y que la construcción de la nación implica, por tanto, asimilar y unir a la población en una identidad étnica, una cultura y una lengua[4]. El «otro», o exogrupo, que se considera la principal amenaza para la construcción de la nación, son, por tanto, los eslavos orientales, que se cree que perpetúan el legado imperial.

Sólo aproximadamente el 20% de la población ucraniana son rusos étnicos, aunque las encuestas anteriores a 2014 revelaron que la mayoría de los ucranianos suscribían la identidad eslava oriental[5]. El idioma se convierte inevitablemente en un aspecto clave de la construcción nacional. Mientras que los ucranianos etnoculturales suelen considerar inaceptable que más del 80% de los ucranianos utilicen el ruso como lengua vehicular, los ucranianos eslavos orientales rechazan ser degradados a una minoría nacional sin los mismos derechos lingüísticos[6].

La Declaración de Independencia de Ucrania de 1991 proporciona un relato a favor de la diferenciación y la soberanía, al estipular que la Rus de Kiev fue el origen de una «tradición milenaria de construcción estatal en Ucrania», en contraposición a ser simplemente una parte secesionista de Rusia. Los ucranianos

etnoculturales pretenden monopolizar la historia de la Rus de Kiev, pues la consideran vital para mantener la soberanía. Temen que el reconocimiento de Moscú como Estado sucesor pueda deslegitimar la historia y la identidad diferenciadas de Ucrania, contando además con una historiografía imperial que asume que volver a poner a Ucrania y Bielorrusia bajo el control del «hermano mayor» es, de hecho, restaurar la normalidad[7]. El origen compartido de la Rus de Kiev puede, pues, naturalizar el imperialismo e incluso situar la construcción nacional en un contexto de suspensión de la soberanía ucraniana.

Teniendo esto en cuenta, los ucranianos etnoculturales tienen un fuerte incentivo para asumir un relato que hace de los rusos los sucesores de la Horda de Oro de los mongoles. Los ucranianos etnoculturales son propensos a creer en una representación xenófoba de los rusos como una horda asiática incivilizada y bárbara ajena tanto a Ucrania como a Europa[8]. La necesidad de monopolizar la historia de la Rus de Kiev alimenta un extremismo que ve un antagonista en la relación de los ucranianos eslavos orientales con la Federación Rusa. Para Occidente, el grupo etnocultural ucraniano puede considerarse un socio iliberal, dados sus esfuerzos por desrusificar Ucrania y crear así una Europa sin Rusia.

El Imperio ruso y la Unión Soviética

El controvertido relato de la Rus de Kiev ha dado lugar a interpretaciones contradictorias de la historia posterior. ¿El alineamiento de Galitzia-Volinia con Polonia y Lituania representó una continuación de la Rus de Kiev, o fue el expansionismo polaco-lituano el que separó a los pueblos de la Rus de Kiev? ¿Fue el Tratado de Pereyaslav de 1654 entre los cosacos y el zar una anexión rusa de Ucrania, o se trató de una reunificación de los pueblos hermanos de Rusia y Ucrania? ¿Los tres siglos siguientes de vida en un mismo Estado constituyeron un imperialismo que rusificó Ucrania, o son la historia común de un pueblo que convivía como una nación?

Durante la Segunda Guerra Mundial, Hitler estableció una alianza con Stepan Bandera y la fascista Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). ¿Deben Bandera y la OUN ser condenados como fascistas que cometieron genocidio contra judíos, polacos y rusos, o eran luchadores por la libertad? En Ucrania occidental hay grupos que conmemoran y lloran el 9 de mayo como una continuación de la dominación rusa, mientras que en Ucrania oriental dicho día se celebra como el de la victoria de la Unión Soviética sobre los nazis. ¿Debe celebrarse la historia soviética por sus logros o condenarse como ocupación? La Ucrania postsoviética se esforzó por responder a estas preguntas tan conflictivas.

El dilema surgió en la medida en que un relato histórico común es imperativo para la construcción nacional, pero era necesaria una ambigüedad estratégica para evitar divisiones y guerras civiles. Un ejemplo es la historia de la Gran Hambruna de 1932-1933, u Holodomor, que causó millones de muertos. Mató a ucranianos, rusos y otros pueblos de la Unión Soviética, aunque la inmensa mayoría de las víctimas fueron ucranianos. Un relato muy extendido entre los ucranianos etnoculturales es que Rusia llevó a cabo un genocidio deliberado como parte de una campaña más amplia para borrar la nación ucraniana. Se ha sugerido que el Holodomor fue instigado como parte de un complot mayor para destruir a la *intelligentsia* ucraniana, la Iglesia ortodoxa autocéfala ucraniana y la cultura y la lengua ucranianas[9]. Para los ucranianos eslavos orientales, esta narrativa es inaceptable, ya que los deslegitima a ellos y a su cultura, religión, lengua e identidad nacional, y les hacer cargar con un legado genocida. La narrativa del genocidio se manifiesta en una jerarquía social y política. Divide a la sociedad en víctimas y verdugos, lo que permite a las primeras utilizar este constructo histórico para obtener concesiones políticas a perpetuidad, pues las reparaciones y las indemnizaciones nunca tienen fin[10]. En 1993, Posen advirtió de que los relatos nacionalistas que describían el Holodomor como un genocidio podrían desencadenar una guerra civil en Ucrania y, posiblemente, una guerra con Rusia:

> Que Ucrania comience a culpar de la hambruna a los rusos podría ser muy peligroso políticamente. Si, por el contrario, se sigue responsabilizando de la hambruna al Partido Comunista dirigido por un psicópata georgiano renegado, causará menos problemas[11].

Sin embargo, la deslegitimación de la Unión Soviética por parte de los ucranianos etnoculturales puede, irónicamente, deslegitimar también las fronteras de Ucrania y abrir las puertas al secesionismo y a las anexiones rusas. La Unión Soviética creó las fronteras actuales añadiendo vastas regiones del Imperio ruso al dominio administrativo de Ucrania. Las regiones del este y el sur, desde Járkov hasta Odesa, formaban parte de dicho Imperio. Crimea se añadió incluso más tarde, ya que Jruschov modificó las fronteras administrativas de esta península para que pasase de la República de Rusia a la República Socialista Soviética de Ucrania en 1954 con el fin de celebrar el 300 aniversario del Tratado de Pereyaslav, que reunió a los pueblos ruso y ucraniano. Cuando Rusia se anexionó Crimea en 2014, Putin sacó a relucir la historia de Ucrania para justificar la reunificación, pero también para lanzar una advertencia sobre la región más amplia que fue transferida a Ucrania:

> Tras la revolución, los bolcheviques, por una serie de razones –que Dios los juzgue–, añadieron grandes sectores del sur histórico de Rusia a la República de Ucrania. Esto se hizo sin tener en cuenta la composición étnica de la población, y hoy estas zonas conforman el sudeste de Ucrania. Luego, en 1954, se tomó la decisión de transferir la región de Crimea a Ucrania, junto con Sebastopol, a pesar de que era una ciudad crucial. Fue una iniciativa personal del presidente del Partido Comunista, Nikita Jruschov[12].

Aunque Ucrania ha sido un país profundamente dividido, los líderes políticos han encontrado algunos puntos en común en lo que respecta a la preservación de la soberanía estatal y las fronteras territoriales. En este sentido, el reto para Ucrania era desarrollar una identidad nacional diferenciada de Rusia, pero evitando la propensión a una identidad antirrusa. Del mismo modo, Ucrania tenía que diversificar su conectividad económica para evitar una excesiva dependencia tanto de Occidente como de Rusia, ya que ello

haría insostenible la gestión de sus divisiones internas.

Ucrania como peón en la política de las grandes potencias

La capacidad de Ucrania para gestionar sus divisiones internas se ha visto socavada por potencias extranjeras que las han explotado. En la segunda mitad del siglo XIX, Dostoievski sostenía que la política inglesa de divide y vencerás para preservar el equilibrio de poder en el continente se basaba en promover el odio étnico para contener a Rusia: «Inglaterra necesita que los eslavos orientales nos odien con toda la fuerza del rencor que ella misma siente hacia nosotros»[13].

Cuando Alemania derrotó a Rusia en la Primera Guerra Mundial, describió el Tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918 como una liberación de los territorios de Europa Oriental respecto de Rusia, aunque dicha liberación significaba transferir a Alemania el control sobre los mismos. El Tratado de Brest-Litovsk fue el primer caso que vio surgir un Estado ucraniano independiente, aunque la revolución bolchevique reabsorbió a Ucrania en la Unión Soviética bajo la soberanía de Moscú.

En la década de 1930, tras recuperarse de su derrota, Alemania comenzó a renovar sus esfuerzos para afirmar su influencia en Europa Oriental. En gran medida, la Alemania nazi legitimó su expansión bajo la bandera de la libertad, posicionándose una vez más como defensora de la independencia ucraniana[14]. Cultivó aliados en Ucrania apelando a los nacionalistas etnoculturales con la promesa de libertad e independencia. En 1938, una emisora de radio alemana empezó a emitir desde Viena para Ucrania mensajes fascistas con el fin de instigar el odio racial y el nacionalismo antirruso. Hitler estableció entonces una causa común y una asociación con fascistas ucranianos como Stepan Bandera, líder de la mencionada Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) después de 1933[15].

Nada más terminar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos empezó a establecer relaciones con grupos anticomunistas y antirrusos. Una vez desaparecida la Alemania nazi como principal amenaza, la Unión Soviética se convirtió en la siguiente potencia a

contener y derrotar. El apoyo a los grupos fascistas era un medio para lograr este fin. Al comienzo de la guerra, en 1941, el futuro presidente Harry Truman, entonces senador, había plasmado el pragmatismo estadounidense, que también definiría su presidencia: «Si vemos que Alemania está ganando la guerra, debemos ayudar a Rusia; y si Rusia está ganando, debemos ayudar a Alemania, y así dejar que se maten tantos como sea posible»[16]. En una línea similar, los británicos llevaron a cabo en 1945 la «Operación Impensable», un plan militar ideado por el primer ministro Winston Churchill que planteaba un ataque por sorpresa contra la Unión Soviética el 22 de mayo de 1945, poco después de que la Alemania nazi hubiera sido derrotada. El plan preveía que Reino Unido y Estados Unidos, junto con fuerzas alemanas rearmadas, penetrarían en el interior de la Unión Soviética para ocupar territorio estratégico, en una repetición de lo que la Alemania nazi había intentado en 1942[17].

Washington consideraba a los fascistas y los etnonacionalistas ucranianos como socios útiles debido a sus inflexibles opiniones antirrusas y anticomunistas. Archivos desclasificados estadounidenses y otros de la policía secreta soviética confirman que Estados Unidos comenzó a colaborar con Bandera y la OUN inmediatamente después de la derrota de la Alemania nazi[18]. Estas operaciones de la CIA eran congruentes con otras «operaciones de retaguardia» clandestinas realizadas por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. En el marco de la «Operación Gladio», que duró hasta 1990, la OTAN, junto con la CIA, llevó a cabo atentados de falsa bandera contra sus propias poblaciones, de los que se culpó a las Brigadas Rojas[19]. En 1990, el Parlamento Europeo exigió el fin del terrorismo de la CIA y la OTAN en Europa Occidental, y pidió el desmantelamiento de la organización Gladio:

> Considerando que, durante más de 40 años, esta organización ha eludido todos los controles democráticos y ha estado dirigida por los servicios secretos de los Estados afectados en colaboración con la OTAN [...]. Considerando que, en determinados Estados miembros, los servicios secretos militares (o ramas

incontroladas de los mismos) estuvieron implicados en graves casos de terrorismo y delincuencia, como han demostrado diversas investigaciones judiciales[20].

El apoyo al nacionalismo étnico en la Unión Soviética y Yugoslavia fue decisivo para socavar la autoridad supranacional de los Estados comunistas y debilitar así a adversarios clave[21]. El jefe de la inteligencia militar de la Wehrmacht en el frente oriental, Reinhard Gehlen, fue contratado posteriormente por la CIA (OSS) para dirigir la inteligencia estadounidense en Europa. Gehlen incorporó la inmensa red de espionaje nazi al redil estadounidense. La Organización Gehlen estableció una estrecha cooperación con los nacionalistas y fascistas ucranianos para recabar información, socavar la cohesión social y con fines propagandísticos a través de Radio Europa Libre. Cabe destacar que el jefe del Estado Mayor de Hitler, Adolf Heusinger, se convirtió en presidente del Comité Militar de la OTAN en 1961-1964.

Una Ucrania dividida en una Europa dividida pos-Guerra Fría

Después de la Guerra Fría, el destino de Ucrania dependía en gran medida de la voluntad y de la capacidad para atenuar sus divisiones internas con una arquitectura securitaria paneuropea colectiva. En una Europa dividida, los bandos enfrentados tirarían previsiblemente de Ucrania en direcciones opuestas, exacerbando así las divisiones internacionales. La decisión de Occidente de perseguir un orden mundial unipolar y, por tanto, una hegemonía colectiva en Europa hizo que la «integración europea» se convirtiera en un proyecto geopolítico de suma cero en el que los Estados situados entre Occidente y Rusia tendrían que hacer una elección civilizatoria. Volver a dividir Europa tendría como resultado inevitable que las grandes potencias se enfrentaran en conflictos *proxy,* en sociedades marcadas por una profunda división como las de Moldavia, Georgia y Ucrania.

El esfuerzo de Occidente por construir una Europa sin Rusia desembocó en una alianza natural con los ucranianos etnoculturales,

mientras que los esfuerzos rusos por preservar su influencia en Ucrania dieron lugar a una alineación con los ucranianos eslavos orientales. Henry Kissinger advirtió de que las divisiones internas de Ucrania no debían agravarse con una geopolítica de suma cero:

> Con demasiada frecuencia, la cuestión ucraniana se plantea como un enfrentamiento: si Ucrania se une al Este o al Oeste. Pero para que Ucrania sobreviva y prospere, no debe ser el puesto de avanzada de ninguna de las partes en conflicto, sino que debe funcionar como un puente entre ellas [...]. El oeste es mayoritariamente católico; el este, mayoritariamente ortodoxo ruso. El oeste habla ucraniano; el este, ruso en su mayoría. Cualquier intento por parte de un ala de Ucrania de dominar a la otra –como ha sido la pauta– conduciría finalmente a la guerra civil o a la ruptura. Tratar a Ucrania como parte de una confrontación Este-Oeste echaría por tierra durante décadas cualquier perspectiva de hacer que Rusia y Occidente –especialmente Rusia y Europa– participasen en un sistema internacional cooperativo[22].

El legado del Tratado de Brest-Litovsk se revivió cuando Occidente pretendió «liberar» a Ucrania de la influencia rusa haciendo que Kiev se alineara con la OTAN y la UE. La ideología tiende a acallar la sensibilidad de Occidente ante el dilema de seguridad en tanto que la política de bloques de suma cero se interpreta como la confirmación de la «perspectiva europea», la prosecución de la «opción europea» o la adopción de «valores compartidos». En términos de política de poder, la liberación significaba que las instituciones occidentales se expandirían y sustituirían la influencia rusa.

El argumento ideológico en pos de la integración europea a través de la OTAN y la UE proponía que unas instituciones de seguridad exclusivas entre democracias podrían desarrollar una paz más sostenible[23]. Sin embargo, desarrollar una Europa democrática sin Rusia es problemático, ya que estos dos objetivos son contradictorios. Occidente apoyó o guardó silencio sobre las políticas de desrusificación en las antiguas repúblicas soviéticas como parte de la «integración europea». La UE y la OTAN apoyaron indirectamente la negación de derechos básicos de ciudadanía, como el voto, a los rusoparlantes en Estonia y Letonia[24]. Su versión de

la construcción nacional, que implica la desrusificación de la sociedad ucraniana mediante la eliminación de la lengua y la cultura rusas, se ajusta al empeño –de mayor calado– de Occidente de instaurar una Europa sin Rusia. Las antiguas repúblicas soviéticas que aspiraban a una cooperación más estrecha con Occidente marcaron su retorno a Europa denunciando su historia compartida con Rusia como imperialismo ruso, conmemorando el «Día de la Ocupación Soviética» y creando museos de la «ocupación soviética». En Moldavia, las políticas de desrusificación que discriminaban a las minorías rusas y prorrusas contribuyeron al conflicto de principios de los noventa en Transnistria y a su secesión *de facto*. Así pues, el orden mundial hegemónico liberal exacerba estos conflictos en lugar de resolverlos, ya que la resolución de conflictos no es coherente con el objetivo de construir una Europa sin Rusia.

La narrativa del proceso de integración de los países del antiguo Pacto de Varsovia se ha aplicado artificialmente a Ucrania. Países como Polonia son profundamente hostiles a Moscú por buenas razones, ya que la alianza de la Guerra Fría se vivió como una ocupación y una época de soberanía limitada. Por ello, Polonia y otros países de Europa Central y Oriental tenían prisa por entrar en la UE y en la OTAN. No deseaban una «casa común europea», sino distanciarse más de Moscú situándose al otro lado de las nuevas líneas divisorias. El deseo de unirse a una Europa exclusiva gestionada por la OTAN y la UE permitió a Washington y Bruselas exigir reformas democráticas como condición para el ingreso.

Sin embargo, Ucrania no es Polonia. Ucrania no buscaba un salvador que la liberara de las garras imperiales de Moscú. Entre 1991 y 2014, la mayoría de los ucranianos tenían una opinión muy favorable de Rusia y negativa de la OTAN. Para favorecer un viraje de Ucrania hacia esta última, se incentivó el instigar conflictos entre Rusia y Ucrania. Existía el precedente de Bismarck, que, cuando provocó o al menos exacerbó el ataque francés en 1870, logró que los Estados alemanes se unificaran, ya que la guerra tiende a consolidar la definición del «nosotros» y el «ellos».

Sin embargo, Washington seguía teniendo dificultades para atraer a Ucrania a su órbita con la ampliación de la OTAN, debido a las

reticencias de los ucranianos y al recelo de los europeos occidentales ante la posibilidad de instigar una guerra civil y provocar una invasión rusa. En la década de 1990, el presidente Kuchma situó la política ucraniana con respecto a Occidente en un contexto de «retornar a una Europa con Rusia»[25]. Esta política rechazaba la elección civilizatoria entre Oriente y Occidente. Reforzar los lazos con Europa permitiría a Ucrania diversificar sus alianzas para evitar una excesiva dependencia de Rusia que podría menoscabar la soberanía del Estado. Además, un retorno de la mano de Rusia también evitaba el desarrollo de nuevas líneas de fractura entre ambos países que pudieran desencadenar una guerra civil y un conflicto con esta última. En consecuencia, un retorno conjunto ruso-ucraniano resultaba coherente con el objetivo de Rusia de construir una Gran Europa basada en la «casa común europea» de Gorbachov.

La Revolución Naranja de 2004

El apoyo occidental a la Revolución Naranja de Ucrania en 2004 tuvo como resultado la investidura como presidente de Yushchenko, que representaba los sentimientos hostiles antirrusos de los nacionalistas etnoculturales del oeste del país. Las demandas populares de reformas democráticas y de lucha contra la corrupción fueron secuestradas por ONG internacionales financiadas en gran parte por el Gobierno estadounidense. A partir de entonces, las protestas adquirieron una fuerte dimensión antirrusa y vincularon el cambio de régimen a la defensa de la adhesión a la OTAN y la UE[26].

Estados Unidos desarrolló un modelo para las revoluciones en todo el espacio postsoviético y las calificó de «revoluciones democráticas»[27]. Al frente de estas operaciones de cambio de régimen estaban la NED, Freedom House, USAID y otras ONG financiadas por el Gobierno, que contaban con personal vinculado a los servicios de inteligencia estadounidenses. Por ejemplo, James Woolsey, exdirector de la CIA y expresidente de Freedom House, explicó que esta última contribuyó a «ayudar a que se produjera un movimiento por la democracia en Ucrania» durante la Revolución Naranja[28].

The Guardian reconoció que Estados Unidos estaba detrás del caos en Ucrania y se refirió a la Revolución Naranja de 2004 como «una creación estadounidense, un ejercicio sofisticado y brillantemente concebido de *branding* occidental y *marketing* de masas» con el fin de «ganar las elecciones de otros pueblos »[29]. Otro artículo de *The Guardian* etiquetó la Revolución Naranja como un «golpe de Estado posmoderno» y un «levantamiento tercermundista patrocinado por la CIA de los días de la Guerra Fría, adaptado a las condiciones postsoviéticas»[30]. No obstante, la UE también tuvo su papel en la injerencia en los asuntos internos de Ucrania para garantizar que un gobierno prooccidental/antirruso llegase al poder. Cuando Yushchenko se convirtió en presidente, nombró al Parlamento Europeo «padrino» de la nueva Ucrania por su firme apoyo a la Revolución Naranja[31].

A partir de 2004, Ucrania empezó a derivar hacia un conflicto con Rusia, puesto que el Gobierno perseguía solícito el ingreso en la OTAN en contra de la voluntad de la gran mayoría de los ucranianos. En 2005, el asesor presidencial francés Maurice Gourdault-Montagne reconoció que Ucrania se había convertido en el principal riesgo de una posible guerra en Europa. Según Gourdault-Montagne, impulsar la expansión de la OTAN hacia Ucrania estaba creando graves preocupaciones de seguridad en Moscú[32].

Atraer a a Ucrania a la órbita occidental dotaría a Washington de influencia sobre los gasoductos que transportan el 80% del gas que va de Rusia a Europa, y disminuiría la presencia rusa en el mar Negro al poner fin a su concesión de Sebastopol. La interrupción de la conectividad energética entre Europa y Rusia se convirtió en una fuente clave de conflicto. Rusia empezó a presionar y castigar a las nuevas autoridades de Kiev poniendo fin a las subvenciones del suministro energético y obligando a Ucrania a pagar los precios del mercado. Cuando Kiev respondió extrayendo el gas en tránsito de Rusia a Europa, los rusos cortaron el suministro. Así nació el mito del «arma energética» rusa.

La promesa de adhesión a la OTAN de abril de 2008

Estados Unidos, en su empeño en la expansión de la OTAN, buscaba institucionalizar y consolidar la posición de Ucrania dentro de la órbita occidental antes de que Yushchenko pudiera ser destituido. En la Cumbre de la OTAN celebrada en Bucarest en abril de 2008, la alianza militar prometió el futuro ingreso tanto a Georgia como a Ucrania. La Declaración de dicha Cumbre afirmaba: «Hoy hemos acordado que estos países [Ucrania y Georgia] se convertirán en miembros de la OTAN»[33]. Estados Unidos estaba ansioso por ofrecer a Ucrania un Plan de Acción para la Adhesión (MAP, por sus siglas en inglés) como primer paso para su ingreso. Alemania y Francia encabezaron la oposición, por considerar que este paso resultaba demasiado provocador. Como solución de compromiso, la OTAN ofreció un futuro ingreso, sin especificar vía alguna.

La oposición a la OTAN en el seno de la sociedad ucraniana era inmensa, pero, en 2008, Washington aún tenía en el poder un Gobierno ucraniano amigo. Una encuesta de Gallup de mayo de ese año ponía de manifiesto que el 43% de los ucranianos consideraba la OTAN como una amenaza para Ucrania y sólo el 15% la asociaba con la idea de protección[34]. Otra encuesta de Gallup de 2008 previa a la Cumbre de la OTAN había revelado que los ucranianos preferían mantener lazos con Rusia antes que con Estados Unidos. El 46% respondió que era más importante mantener relaciones estrechas con Rusia, mientras que sólo el 10% apoyaba tenerlas con Estados Unidos antes que con Rusia[35]. Sobre todo, los ucranianos no querían hacer una elección civilizatoria.

A finales de marzo de 2008, una semana antes de la Cumbre de la OTAN en Bucarest en la que se prometió a Ucrania su futuro ingreso, Tony Blair explicó, en una reunión con líderes estadounidenses, sus ideas sobre cómo gestionar las relaciones con Rusia. La filtración de un cable norteamericano reveló las siguientes opiniones al respecto:

> «El problema con Putin y Rusia», dijo Blair, «es que tenemos que tratar con ellos cuando toque ocuparse de Irán». El resto de la estrategia, dijo, debía consistir en hacer que Rusia se «desesperara un poco» con nuestras actividades en zonas limítrofes de lo que Rusia considera su esfera de interés y a lo largo de sus fronteras reales. Había que mostrar firmeza a Rusia y sembrar en ella

semillas de confusión[36].

Los dirigentes estadounidenses y europeos reconocieron que la incorporación de Ucrania a la OTAN probablemente desencadenaría una guerra civil y llevaría a una guerra con Rusia. En febrero de 2008, antes de la mencionada Cumbre de Bucarest, el entonces embajador de Estados Unidos en Moscú, William Burns, que más tarde llegaría a ser director de la CIA, advirtió en un memorando que amenazar con la expansión de la OTAN podría provocar una intervención militar rusa:

> Rusia no sólo percibe el cerco y los esfuerzos para menoscabar su influencia en la región, sino que también teme consecuencias impredecibles e incontroladas que afectarían gravemente a sus intereses de seguridad [...]. A Rusia le preocupa especialmente que las fuertes divisiones existentes en Ucrania sobre el ingreso, con gran parte de la comunidad de rusos étnicos en contra, puedan provocar una gran ruptura, con violencia o, en el peor de los casos, una guerra civil. En ese caso, Rusia tendría que decidir si interviene, decisión a la que no quiere tener que enfrentarse[37].

Burns también avisó de que el ingreso de Ucrania en la OTAN era considerado una amenaza por todo el espectro político ruso y que amenazar con la expansión de la OTAN tendría una dura respuesta por parte de Moscú:

> La entrada de Ucrania en la OTAN es la mayor de las líneas rojas para la elite rusa (no sólo para Putin). En más de dos años y medio de conversaciones con los principales actores rusos, desde los cavernícolas que habitan los oscuros recovecos del Kremlin hasta los más incisivos críticos liberales con Putin, todavía no he encontrado a nadie que vea a Ucrania en la OTAN como algo que no sea un desafío directo a los intereses rusos. Se pensaría que la OTAN está lanzando un desafío estratégico. La Rusia de hoy responderá. Las relaciones ruso-ucranianas se congelarán. Creará un terreno fértil para la injerencia rusa en Crimea y el este de Ucrania[38].

Roderic Lyne, exembajador británico en Rusia, compartía las preocupaciones de su homólogo estadounidense:

> Y entonces llegamos a la Cumbre de la OTAN en Bucarest de 2008, un

> inmenso error por parte de Occidente al tratar de empujar a Georgia y Ucrania hacia la OTAN. En aquel momento, fue una estupidez a todos los niveles. Si quieres empezar una guerra con Rusia, esa es la mejor manera de hacerlo. Además, cualquier encuesta realizada en Ucrania mostraba que dos tercios de su población no querían entrar en la OTAN[39].

Jaap de Hoop Scheffer, secretario general de la OTAN en 2008, reconoció que la alianza debería haber respetado las líneas rojas de Rusia y, por tanto, no haber prometido en 2008 el ingreso a Ucrania y Georgia. Scheffer recordó cómo Alemania y Francia se resistieron. A la secretaria de Estado del presidente Bush, Condoleezza Rice, y a su secretario de Defensa, Robert Gates, tampoco les entusiasmaba la idea. No obstante, Bush era el comandante en jefe y Estados Unidos impulsó la promesa de un futuro ingreso en la OTAN, lo que enfureció enormemente a Rusia. Echando una mirada atrás, De Hoop Scheffer admitió que Putin se volvió más agresivo como respuesta a la sugerida expansión de la OTAN[40]. Años más tarde, en sus memorias, Robert Gates, exsecretario de Defensa estadounidense y exdirector de la CIA, recordó el error que supuso la Cumbre de Bucarest:

> Cuando Rusia era débil, en la década de 1990 y después, no nos tomamos en serio sus intereses. No supimos ver el mundo desde su punto de vista ni gestionar la relación a largo plazo [...]. La relación con Rusia se había manejado muy mal después de que Bush padre dejara el cargo en 1993. Conseguir que Gorbachov aceptara una Alemania unificada como miembro de la OTAN había sido un gran logro. Pero moverse con tanta premura tras el colapso de la Unión Soviética para que se incorporasen a la organización atlántica tantos de los Estados que estaban bajo su dominio fue un error [...]. Tratar de incorporar a Georgia y Ucrania a la OTAN fue, en verdad, pasarse[41].

Fiona Hill, exfuncionaria del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos y destacada halcón antirrusa en Washington, reconoció que Moscú había puesto sobre aviso a Europa y al mundo en 2007, cuando Putin dejó claro en Múnich que no se toleraría una mayor expansión de la OTAN. Hill era oficial de inteligencia nacional en 2008 y recuerda que advirtió a Bush de que «Putin consideraría los pasos para acercar a Ucrania y Georgia a la OTAN como una

provocación que probablemente provocaría una acción militar rusa de carácter preventivo. Pero, al final, nuestros avisos no fueron escuchados»[42].

Alemania se había mostrado reacia a la expansión de la OTAN por razones similares. Un cable de Wikileaks de junio de 2008 reveló los motivos del Gobierno alemán para oponerse a un Plan de Acción para la Adhesión (MAP) de Ucrania. Tres eran las razones clave: «1) el escaso apoyo general de la opinión pública al ingreso en la OTAN, 2) la profunda división entre las partes oriental y occidental del país sobre esta cuestión y 3) un gobierno débil con una pequeña mayoría en la Rada». En consecuencia, los alemanes consideraron que un exceso de rapidez en impulsar el expansionismo de la OTAN podría «romper el país»[43].

La canciller alemana Angela Merkel explicó que se había opuesto a ofrecer el MAP a Ucrania porque Moscú lo habría interpretado como «una declaración de guerra»[44]. Sin embargo, la solución de Merkel no fue intentar consolidar la neutralidad de Ucrania. En 2022 dijo que, en 2008, Ucrania era débil y habría sido invadida por Rusia, por lo que era necesaria la militarización gradual de Ucrania[45]. Sin embargo, ofrecer un futuro ingreso y seguir una estrategia para convertir gradualmente a Ucrania en miembro *de facto* de la OTAN pintaron una diana en el país, ya que, de no responder a los planes que tenía la OTAN para Ucrania, Rusia se enfrentaría a una amenaza existencial.

Uno de los intereses clave que Rusia tenía que defender era, evidentemente, su Flota del Mar Negro situada en Sebastopol (Crimea). El exprimer ministro ruso Primakov informó al embajador estadounidense Burns de que la amenaza de que la OTAN ofreciera un MAP a Ucrania estaba provocando un terremoto en Rusia. También le dijo que tenía previsto aparecer en un debate televisivo en el que se cuestionaría si Rusia debía reconsiderar el estatus de Crimea como territorio ucraniano. Señalando estos peligrosos hechos, Primakov advirtió a Burns: «Este es el tipo de debate que produce el MAP»[46].

La importancia de una Ucrania neutral o prorrusa para la seguridad rusa difícilmente puede exagerarse y era de conocimiento público

para los líderes occidentales. John Scarlett, exjefe del Servicio Secreto de Inteligencia británico (MI6), escribió que Putin ya podía rezar para que apareciesen montañas en Ucrania que hiciesen de amortiguador frente a Occidente:

> Vladimir Putin dice que es un hombre religioso, un gran defensor de la Iglesia ortodoxa rusa. Si es así, es muy posible que se acueste cada noche, rece sus oraciones y le pregunte a Dios: «¿Por qué no has puesto montañas en Ucrania?». Si Dios hubiera levantado montañas en Ucrania, entonces esa gran extensión que es la llanura nordeuropea no sería un territorio tan tentador desde el que atacar una y otra vez a Rusia. Así las cosas, Putin no tiene elección: como poco, tiene que intentar controlar las llanuras del oeste[47].

El retorno a la neutralidad en 2010, seguido del golpe de Maidán en 2014

Las políticas de Yuschenko fueron muy impopulares, ya que los ucranianos rechazaban los intentos de entrar en la OTAN y el mero deterioro económico por alejarse de Rusia. El mayor crecimiento económico de Ucrania se había producido antes de 2004, ya que la mayoría de sus exportaciones se dirigían a Rusia y a los países de la CEI. Cuando pudieron votar, los ucranianos castigaron a Yuschenko. Al final de su mandato, *Newsweek* lo calificó como el líder más impopular del mundo, con un índice de aprobación del 2,7%[48]. Posteriormente, Viktor Yanukóvich, afín a Rusia, ganó las elecciones presidenciales de 2010, que la OSCE confirmó que habían sido libres y justas[49].

En junio de 2010, el presidente Yanukóvich aprobó un proyecto de ley que consolidaba la neutralidad de Ucrania y, por tanto, impedía que el país ingresara en la OTAN. Esto podría considerarse una vuelta a la neutralidad y era coherente con la Constitución ucraniana de 1 de julio de 1990, que estipulaba que Ucrania tiene la «intención de convertirse en un Estado permanentemente neutral que no participe en bloques militares». Además, Yanukóvich también firmó un acuerdo con Rusia en abril de 2010 para prorrogar el acuerdo de arrendamiento para la Flota del Mar Negro por otros 25 años, ya que el anterior expiraba en 2017.

En 2011, incluso la OTAN admitía que había perdido una influencia significativa en la Ucrania «pos-Naranja», ya que tanto el Gobierno como el pueblo se oponían al ingreso en la OTAN: «El mayor reto para las relaciones entre Ucrania y la OTAN reside en la percepción que de esta última tiene el pueblo ucraniano. La adhesión a la OTAN no cuenta con un apoyo generalizado en el país, y algunas encuestas indican que el apoyo popular a la misma es inferior al 20%»[50]. La solución sería apoyar un golpe de Estado en febrero de 2014, con el fin de permitir a la OTAN separar definitivamente a Ucrania de Rusia.

El Gobierno de Yanukóvich pretendía reforzar aún más la posición económica de Ucrania. Su estrategia consistía en enfrentar a la UE y a Rusia para conseguir una posición óptima en la que Ucrania pudiera mantener su acceso al mercado ruso, pero también tenerlo al de la UE. Al diversificar su dependencia económica, Ucrania también habría reforzado su autonomía política. Pero la UE no tenía intención de permitir que Ucrania mantuviera su conectividad económica y política con Rusia. Durante las negociaciones, la UE ofreció a Ucrania unas limitadas oportunidades económicas, pero esbozó unos condicionamientos políticos que podrían socavar las relaciones con Rusia.

En noviembre de 2013, la UE presionó a Ucrania para que abandonara su neutralidad, ofreciéndole la Zona de Libre Comercio de Alcance Amplio y Profundo (DCFTA, por sus siglas en inglés), que suponía un ultimátum para que eligiera entre Occidente o Rusia. El propio acuerdo propuesto violaba el anterior acuerdo de espacios comunes entre la UE y Rusia, que había comprometido a ambas partes a armonizar las iniciativas de integración hacia la vecindad compartida. Una vez que Ucrania no eligió Occidente, Estados Unidos asumió el papel protagonista en el derrocamiento del gobierno y la instalación de uno de su elección.

El *establishment* político-mediático enmarcó el Acuerdo de Asociación de la UE como un mero acuerdo comercial preocupado por temas como los intercambios de estudiantes, y no como un proyecto geopolítico de suma cero. El acuerdo, que tenía como objetivo ejercer una influencia exclusiva en Ucrania reorganizando y

pasando su economía y seguridad de Rusia a Occidente, habría comprometido a Ucrania a una «convergencia gradual en el ámbito de la política exterior y de seguridad, incluida la Política Común de Seguridad y Defensa»[51]. Además, interrumpiría la cooperación en materia de seguridad entre Ucrania y Rusia, y probablemente pretendía ser un trampolín para la adhesión a la OTAN. El objetivo era atraer a Ucrania a la esfera de influencia occidental, y la UE rechazó posteriormente cualquier alternativa multilateral.

Los ucranianos estaban profundamente divididos en cuanto a la opción civilizatoria entre Occidente y Rusia, ya que los ucranianos del oeste se inclinaban por la UE, mientras que los del este y el sur preferían la Unión Aduanera Euroasiática dirigida por Rusia[52]. Ucrania y Rusia propusieron sustituir el Acuerdo de Asociación de suma cero por un acuerdo trilateral UE-Ucrania-Rusia que permitiera a Ucrania funcionar como puente y no como bastión occidental frente a Rusia. Barroso, presidente de la Comisión Europea, rechazó la idea por inaceptable: «Cuando hacemos un acuerdo bilateral, no necesitamos uno trilateral», y comparó el multilateralismo, que daba cabida a la influencia rusa, con el imperialismo afirmando: «Los tiempos para una soberanía limitada se han acabado en Europa»[53]. Los funcionarios y representantes de la UE se refirieron al Acuerdo de Asociación con Ucrania como una «elección civilizatoria» entre Occidente y Rusia[54].

El acuerdo UE-Ucrania no era compatible con la Unión Económica Euroasiática liderada por Rusia. Sin Ucrania, dicha unión habría sido un proyecto decididamente asiático que habría dejado a Rusia sin mucha influencia en Europa. Por tanto, sembrar divisiones entre Rusia y Ucrania era fundamental para la construcción de una Europa sin Rusia. La secretaria de Estado estadounidense, Hillary Clinton, había anunciado el año anterior que Washington estaba decidido a socavar el desarrollo de la Unión Económica Euroasiática: «Estamos estudiando vías que resulten eficaces para ralentizarla o evitarla»[55]. Unos meses antes del golpe de febrero de 2014, Carl Gershman, presidente del National Endowment for Democracy, afirmaba que «Ucrania es el mayor premio», ya que también podría ser una cabeza de puente para desestabilizar a Rusia: «Putin puede

encontrarse en el lado perdedor no sólo en el exterior, sino dentro de la propia Rusia»[56].

Rusia contraatacó a la UE con una combinación de presión económica y la oferta de un gran préstamo a Ucrania. El ultimátum de la UE a Ucrania resultó contraproducente, ya que Kiev decidió rechazar el Acuerdo de Asociación y, en su lugar, eligió a Rusia como su vecino más importante[57]. La UE y Estados Unidos respondieron cuestionando la legitimidad del Gobierno y movilizando a la opinión pública ucraniana contra el «régimen de Yanukóvich». Donald Tusk, el primer ministro polaco que más tarde se convertiría en presidente del Consejo Europeo, pidió que la UE canalizara tres millones de euros para «el desarrollo de movimientos ciudadanos» que se opusieran al presidente Yanukóvich[58].

Guy Verhofstadt, diputado europeo y exprimer ministro de Bélgica, se subió a un estrado en la plaza Maidán y esbozó lo que sería del apoyo de la UE a los manifestantes contra su Gobierno:

> Hoy la Unión Europea ha decidido por fin dar un paso decisivo y comenzar con las sanciones contra el régimen de Ucrania [...]. Lo que vamos a hacer es que cada semana una nueva delegación de la Unión Europea, de los partidos europeos y del Parlamento Europeo venga a este lugar hasta que hayáis ganado vuestra lucha[59].

Sin embargo, fue Estados Unidos quien se convirtió en la fuerza decisiva del golpe. Victoria Nuland, subsecretaria de Estado estadounidense para Asuntos Europeos y Euroasiáticos, reveló en diciembre de 2013, mientras continuaban los disturbios en Kiev, que Estados Unidos había invertido más de 5.000 millones de dólares desde 1991 para ayudar a Ucrania a lograr «el futuro que se merece»[60]. Estados Unidos afirmó oficialmente que estaba trabajando con todas las partes para alcanzar una solución pacífica, aunque una llamada telefónica filtrada entre Victoria Nuland y Geoffrey Pyatt, embajador de Estados Unidos en Ucrania, puso de manifiesto cómo su país estaba planeando el golpe y eligiendo a dedo al Gobierno sucesor. En la llamada, que se dio a conocer dos semanas antes del golpe, se hablaba de nombrar primer ministro a Arseny Yatsenyuk y de otros detalles de la composición del futuro

Gobierno tras el golpe. Nuland también esbozó cómo podía utilizarse la ONU para legitimar el proceso y «unir todas las piezas»[61]. Carpenter se refirió a la intromisión estadounidense como «inquietante», ya que Nuland y Pyatt fueron sorprendidos decidiendo quién debía formar parte del nuevo Gobierno ucraniano y quién debía quedarse fuera en un momento en el que Yanukóvich seguía siendo el presidente legítimo de Ucrania[62].

Toda la violencia del Maidán se atribuyó al Gobierno, a pesar de la presencia manifiesta de grupos de extrema derecha con símbolos fascistas. Occidente utilizó inmediatamente la muerte de manifestantes en el Maidán a manos de francotiradores para ejercer más presión sobre el Gobierno ucraniano y exigir que Yanukóvich dimitiera. Sin embargo, la mayoría de los heridos declararon que les habían disparado desde edificios controlados por la oposición, algo que fue corroborado por la dirección de los disparos. El posterior juicio también reveló que varios manifestantes fueron tiroteados incluso antes de que se desplegara la unidad especial de policía Berkut[63].

Poco después de los asesinatos, la UE parecía ser consciente de la existencia de pruebas que apuntaban a la oposición de Maidán. La filtración de una llamada telefónica entre la jefa de Asuntos Exteriores de la UE, Catherine Ashton, y el ministro de Asuntos Exteriores de Estonia, Urmas Paet, puso de manifiesto que los dirigentes de la UE sabían o sospechaban que los nuevos dirigentes de Kiev tras el golpe habían ordenado el tiroteo como provocación. Paet afirmaba que «cada vez se entiende mejor que detrás de los francotiradores no estaba Yanukóvich, sino alguien de la nueva coalición»[64]. Al parecer, matar a personas de ambos bandos fue una iniciativa para escalar deliberadamente las tensiones y dificultar la consecución de un acuerdo político.

Al final, el 21 de febrero de 2014, Kiev aceptó un compromiso negociado por la UE para formar un gobierno de unidad nacional, y las potencias europeas firmaron como garantes del acuerdo. Sin embargo, la oposición respaldada por Occidente derrocó a Yanukóvich poco después. En lugar de cumplir el acuerdo como garantes, los europeos enviaron a sus altos cargos a Kiev para

impulsar la legitimidad de quienes tomaron el poder en el golpe[65]. Menos de un día después de este, Washington los reconoció formalmente como las nuevas autoridades.

Occidente se esforzó mucho por presentar el golpe como una «revolución democrática» legítima, aunque resultó difícil de vender. Yanukóvich había sido elegido en lo que la OSCE reconoció como unas elecciones libres y justas, y no había pruebas de que Yanukóvich no hubiera dimitido de haber perdido en las siguientes elecciones. Las protestas del Maidán no contaban con el apoyo de la mayoría democrática de los ucranianos, y aún eran menos quienes respaldaban un golpe de Estado[66]. El ministro británico de Asuntos Exteriores, William Hague, engañó a la opinión pública al afirmar que el derrocamiento del presidente Yanukóvich se había hecho respetando la Constitución ucraniana, a pesar de ir en contra de las claras normas de la misma que especificaban los procedimientos para destituir al jefe del Estado[67]. Las acusaciones de corrupción de Yanukóvich eran sin duda correctas, pero también han sido corruptos sus predecesores y sucesores.

George Friedman se refirió al papel de Estados Unidos en el derrocamiento de Yanukóvich como «el golpe de Estado más explícito de la historia»[68]. Washington se había infiltrado en la sociedad civil ucraniana con ONG financiadas por el Gobierno y vinculadas a agencias de inteligencia. Un informe del *New York Times* también cuestionó el relato de una revolución democrática: «En 2014, Estados Unidos respaldó un levantamiento –violento, en sus últimas etapas– contra el Gobierno ucraniano legítimamente elegido de Víktor Yanukóvich, que era prorruso»[69].

Conclusión

El orden mundial de hegemonía liberal tuvo su apogeo en la década de 1990, cuando países como Polonia trataron de ingresar en la OTAN y la UE mientras Occidente podía establecer condiciones que exigían la adhesión a los valores democráticos liberales. Sin embargo, Ucrania no era Polonia; el relato fabricado de que llevaba desde 1991 intentando escapar de la influencia imperial rusa a

través de su ingreso en la OTAN oculta la realidad de un Estado profundamente dividido que propiciaba las relaciones estrechas con Rusia y era muy crítico con la OTAN.

La hegemonía liberal introdujo un orden mundial paradójico para Ucrania, ya que la hegemonía occidental y los valores democráticos liberales se encontraban en competencia directa. Occidente estaba dispuesto a subvertir la democracia y la constitución ucranianas derrocando al Gobierno. La hegemonía liberal tampoco podía poner orden, ya que apoyar a los ucranianos etnoculturales para situar al país en la órbita de Occidente supondría el riesgo de desencadenar una guerra civil y una posible intervención rusa. No obstante, la desestabilización de Ucrania se llevó a cabo bajo el mantra de «ayudar» y «estar con» Ucrania.

Durante la primera Guerra Fría, las líneas divisorias en Europa estaban claramente delineadas y el *statu quo* se había respetado en gran medida, por lo que la pugna por la influencia y las guerras de poder tuvieron lugar en el Tercer Mundo. En la emergente segunda Guerra Fría, Occidente y Rusia competían por dónde se iban a trazar las nuevas líneas divisorias en Europa. Y en este contexto Ucrania estaba destinada a convertirse en la principal línea del frente, ya que una Ucrania alineada con la OTAN cimentaría la hegemonía colectiva de Occidente, mientras que una neutral o de tendencia rusa permitiría a Rusia seguir teniendo un papel en Europa.

---

[1] Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geopolitical Imperatives,* Nueva York, Basic Books, 1997, p. 46 [ed. cast.: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geostratégicos,* trad. Mónica Salomón, Barcelona, Paidós, 1998].

[2] S. Hall, «The question of cultural identity», en S. Hall, D. Held, D. Hubert y K. Thompson (eds.), *Modernity: An Introduction to Modern Societies,* Oxford, Wiley-Blackwell, 1996.

[3] A. Solzhenitsyn, «Ugodilo zernishko, promezh dvuh zhernovov» [«El grano caído entre dos piedras de molino»], *Noviy Mir,* noviembre de 1998.

[4] S. Shulman, «The contours of civic and ethnic national identification in Ukraine», *Europe-Asia Studies* 56, 1 (2004).

[5] *Ibid.,* p. 10.

[6] *Ibid.*

[7] T. Kuzio, «Historiography and national identity among the Eastern Slavs:

towards a new framework», *National Identities* 3, 2 (2001), p. 115.

[8] A. Lieven, *Russia and Ukraine: A Fraternal Rivalry,* Washington, DC, United States Institute of Peace Press, 1999, p. 13.

[9] R. Lemkin, «Soviet genocide in the Ukraine», en L. Y. Luciuk (ed.), *Holodomor: Reflections on the Great Famine of 1932-1933 in Soviet Ukraine,* Kingston, The Kashtan Press, 2008, p. 164.

[10] E. Herman y D. Peterson, *The Politics of Genocide,* Nueva York, University Press, 2010.

[11] B. R. Posen, «The Security Dilemma and Ethnic Conflict», *Survival* 35, 1 (1993), p. 39.

[12] V. Putin, «Address by President of the Russian Federation», *President of Russia,* 18 de marzo de 2014.

[13] F. Dostoievski, *A Writer's Diary, Volume 2: 1877-1881,* Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1997, p. 898.

[14] I. Kamenetsky, *Hitler's Occupation of Ukraine (1941-1944),* Milwaukee, Wisc., The Marquette University Press, 1956), 9.

[15] R. Bellant, *Old Nazis, the New Right, and the Republican Party,* Boston, South End Press, 1991.

[16] A. Whitman, «Harry S. Truman: Decisive President», *The New York Times,* 27 de diciembre de 1972.

[17] Gobierno del Reino Unido, «Operation Unthinkable: Report by the Joint Planning Staff», ref. catálogo: CAB 120/691, Kew, Richmond, The National Archives, 1945.

[18] J. Burds, «The Early Cold War in Soviet West Ukraine, 1944-1948», *The Carl Beck Papers in Russian & East European Studies* 1505 (2001), p. 12.

[19] D. Ganser, *NATO's Secret Armies: Operation Gladio and Terrorism in Western Europe,* Nueva York, Routledge, 2005.

[20] EurLex, «Journal of the European Community 1990. Minutes of proceedings of the sitting of Thursday 22 November 1990», página web oficial de la European Union EurLex, nº. C 324/186.

[21] G. W. Lapidus, *Ethnonationalism and Political Stability in the USSR,* National Council for Soviet and East European Research, Council Contract Number 627-3, 1984.

[22] H. Kissinger, «How the Ukraine crisis ends», *The Washington Post,* 5 de marzo de 2014.

[23] G. Diesen, *EU and NATO Relations with Russia: After the Collapse of the Soviet Union,* Londres, Routledge, 2015.

[24] El reconocimiento de los rusoparlantes como ciudadanos de Estonia y Letonia no fue una condición para cerrar la misión de la OSCE o ingresar en la UE; se aceptaron referendos de la UE sin la participación de los «no ciudadanos», y el Parlamento Europeo permite a Letonia y Estonia que los ciudadanos no reconocidos puedan votar. La UE no ha calmado la situación, reconociendo, por ejemplo, el ruso como lengua oficial.

[25] T. Kuzio, «Neither East nor West: Ukraine's security policy under Kuchma», *Problems of Post-Communism* 52, 5 (2005), p. 65.
[26] D. Lane, «The Orange Revolution: "People's Revolution" or Revolutionary Coup?», *The British Journal of Politics and International Relations* 10, 4 (2008).
[27] G. Sussman, *Branding Democracy: U.S. Regime Change in Post-Soviet Eastern Europe,* Nueva York, Peter Lang, 2010.
[28] J. Woolsey, «World: James Woolsey, Former CIA Director, Speaks To RFE/RL At Forum 2000», *RFE/RE,* 10 de octubre de 2005.
[29] I. Traynor, «U.S. campaign behind the turmoil in Kiev», *The Guardian,* 26 de noviembre de 2004.
[30] J. Steele, «Ukraine's postmodern coup d'état», *The Guardian,* 26 de noviembre de 2004.
[31] V. Yushchenko, «Viktor Yushchenko: Ukraine's future is in the EU-Address by President of Ukraine to the European Parliament», EP05-022EN, Parlamento Europeo, 23 de febrero de 2005.
[32] «Eur A/S Fried's September 1 meetings with senior MFA and Presidency officials on improving relations with Europe», *Wikileaks,* 9 de septiembre de 2005.
[33] OTAN, «Bucharest Summit Declaration, Issued by the Heads of State and Government participating in the meeting of the North Atlantic Council in Bucharest », 3 de abril de 2008.
[34] J. Ray y N. Esipova, «Ukrainians Probely Support Move Away From NATO», *Gallup,* 2 de abril de 2010.
[35] C. English, «Ukrainians See More Value in Ties With Russia Than U.S.», *Gallup,* 15 de febrero de 2008.
[36] «Tony Blair and John McCain talk about Israel/Palestine and Russia handling», *The Telegraph,* 27 de marzo de 2008.
[37] W. J. Burns, «Nyet means nyet: Russia's NATO Enlargement Redlines», *Wikileaks,* 1 de febrero de 2008.
[38] W. J. Burns, *The Back Channel: A Memoir of American Diplomacy and the Case for Its Renewal,* Nueva York, Random House, 2019, p. 233.
[39] R. Lyne, «The UC Interview Series: Sir Roderic Lyne by Nikita Gryazin», *Oxford University Consortium,* 18 de diciembre de 2020.
[40] G. J. Dennekamp, «De Hoop Scheffer: Putin werd radicaler door NAVO», *NOS,* 7 de enero de 2018.
[41] R. M. Gates, *Duty: Memoirs of a Secretary at War,* Nueva York, Knopf Doubleday Publishing Group, 2014.
[42] F. Hill, «Putin Has the U.S. Right Where He Wants It», *The New York Times,* 24 de enero de 2022.
[43] «Germany/Russia: Chancellery views on MAP for Ukraine and Georgia», Wikileaks, 6 de junio de 2008.
[44] A. Walsh, «Angela Merkel opens up on Ukraine, Putin and her legacy», *Deutsche Welle,* 7 de junio de 2022.
[45] A. Osang, «You're Done with Power Politics », *Spiegel,* 1 de diciembre de

2022.
[46] «Rusia-Ucrania: NATO and Holodomor», *Wikileaks,* 3 de abril de 2008.
[47] J. Scarlett, «Introduction», en T. Marshall, *Prisoners of Geography: Ten Maps that Explain Everything about the World,* Londres, Elliott & Thompson, 2016, p. 1.
[48] O. Matthews, «Viktor Yushchenko's Star Has Fallen», *Newsweek,* 13 de marzo de 2009.
[49] P. P. Pan, «International observers say the Ukrainian election was free and fair», OSCE, 9 de febrero de 2010.
[50] OTAN, «"Post-Orange Ukraine": Internal dynamics and foreign policy priorities», *NATO Parliamentary Assembly* (octubre de 2011), p. 11.
[51] Unión Europea, «EU-Ukraine Association Agreement – the complete texts», Servicio Europeo de Acción Exterior, 2013.
[52] «Poll: Ukrainian public split over EU, Customs Union options», *Kyiv Post,* 26 de noviembre de 2013.
[53] A. Marszal, «EU will not accept Russian veto, says Barroso», *The Telegraph,* 29 de noviembre de 2013.
[54] J. Sherr, «Ukraine and Europe: Final Decision?», Russia and Eurasia, Chatham House Programme Paper 2013/05 (julio de 2013), pp. 2-3.
[55] C. Clover, «Clinton vows to thwart new Soviet Union», *Financial Times,* 7 de diciembre de 2012.
[56] C. Gerschman, «Former Soviet states stand up up to Russia. Will the U.S.?», *Washington Post,* 26 de septiembre de 2013.
[57] N. N. Petro, «How the E.U. Pushed Ukraine East», *The New York Times,* 3 de diciembre de 2013.
[58] A. Rettman, «EU chairman blames Yanukovych for "destabilising" Ukraine», *EU Observer,* 27 de enero de 2014.
[59] Renew Europe, «Guy Verhofstadt speaking to protesters in Maidan Square, Kiev», vídeo, 20 de febrero de 2014 [https://www.youtube.com/watch?v=wZa0E3eZwj0].
[60] J. J. Mearsheimer, «Why the Ukraine crisis is the West's fault: The liberal delusions that provoked Putin», *Foreign Affairs* 93, 5 (2014), p. 80.
[61] «Ukraine crisis: Transcript of leaked Nuland-Pyatt call», *BBC,* 7 de febrero de 2014.
[62] T. G. Carpenter, «America's Ukraine Hypocrisy», *CATO Institute,* 6 de agosto de 2017.
[63] I. Katchanovski, «The far right, the Euromaidan, and the Maidan massacre in Ukraine», *Journal of Labor and Society* 23, 1 (2020).
[64] E. MacAskill, «Ukraine crisis: Bugged call reveals conspiracy theory about Kiev snipers», *The Guardian,* 5 de marzo de 2014.
[65] R. Sakwa, *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands,* Londres, I. B. Tauris, 2014.
[66] «Ukraine's revolution and the far right», *BBC,* 7 de marzo de 2014.

[67] D. Morrison, «How William Hague Deceived the House of Commons on Ukraine», *Huffington Post,* 10 de marzo de 2014.

[68] G. Friedman, «Interesi RF i SSHA v otnoshenii Ukraini nesovmestimi drug's drugom», *Kommersant,* 19 de diciembre de 2014.

[69] C. Caldwell, «The War in Ukraine May Be Impossible to Stop. And the U.S. Deserves Much of the Blame», *The New York Times,* 31 de mayo de 2022.

CAPÍTULO VII

La guerra civil ucraniana, 2014-2022

Tras el golpe de Estado respaldado por Occidente en febrero de 2014, el conflicto en Ucrania se fue descontrolando poco a poco. Los esfuerzos por desescalarlo o resolverlo con el Acuerdo de Minsk II fueron sistemáticamente boicoteados por Estados Unidos y sus aliados. Si la Revolución Naranja de 2004 acabó fracasando con la expulsión de Yuschenko, Estados Unidos y las nuevas autoridades de Kiev intentaron que la Revolución del Maidán fuera permanente. El conflicto con Rusia se intensificó deliberadamente; la lengua, la cultura y la Iglesia ortodoxa rusas fueron marginadas, la oposición política fue purgada y el apoyo estadounidense a la extrema derecha garantizó la obstrucción de cualquier esfuerzo democrático por alcanzar la paz con Rusia y restablecer relaciones.

Este capítulo explora en primer lugar por qué Rusia tomó la arriesgada decisión de hacerse con Crimea y apoyar al Donbás, lo que arruinó las relaciones con Ucrania e intensificó el conflicto. En segundo lugar, se aborda el sabotaje por parte de Occidente del acuerdo de paz Minsk II, así como el empeño estadounidense por afirmar su influencia en Ucrania. La extrema derecha se convirtió en un poderoso instrumento para transformar este país y perpetuar un conflicto *proxy* con el objetivo explícito de desangrar a Rusia. Por último, Estados Unidos y otros países de la OTAN prepararon a Ucrania para la guerra con una escalada cada vez mayor a lo largo de las fronteras rusas, al tiempo que rechazaban cualquier compromiso que pudiera haber evitado el conflicto.

Rusia se apodera de Crimea

El golpe de Estado respaldado por Occidente fue visto por Moscú como una amenaza existencial para Rusia y para sus compatriotas del este y del sur. El papel central de los grupos fascistas y de extrema derecha en el derrocamiento de Yanukóvich les había

otorgado una influencia política excesiva. Así lo reconocieron también los medios de comunicación occidentales; por ejemplo, la BBC informó de que, tras el golpe, el ayuntamiento de Kiev estaba cubierto de grandes pancartas neonazis, la bandera confederada estadounidense y retratos de Stepan Bandera, el aliado fascista de Hitler[1]. El primer decreto del nuevo Parlamento fue un llamamiento a derogar el ruso como lengua regional. Parecía probable que las leyes lingüísticas fueran seguidas de la supresión de la cultura y de la Iglesia ortodoxa rusas.

La incursión de la OTAN en Ucrania era especialmente peligrosa, ya que Crimea había sido la sede de la flota rusa del mar Negro desde 1783 y es imprescindible para su seguridad. El riesgo de perder la base naval e incluso la posibilidad de que la OTAN se hiciera con ella constituían una línea roja que Rusia no podía permitir que la OTAN traspasara. Como había advertido y predicho en 2008 el director de la CIA William Burns, los esfuerzos de Estados Unidos por atraer a Ucrania a la OTAN posiblemente desencadenarían una guerra civil en la que era muy probable que Rusia interviniese, aunque a regañadientes[2].

A lo largo de la historia, un orden mundial organizado bajo la hegemonía colectiva de una potencia marítima se ha basado en el control de corredores marítimos clave. La debilidad histórica de Rusia, país de mayor superficie del planeta, ha sido siempre la falta de un acceso seguro y fiable a corredores marítimos que la conecten con el resto del mundo. El mar Negro es un corredor indispensable que la conecta con Europa, Oriente Medio y África. Desde el siglo XVII, Rusia ha librado numerosas guerras con Turquía, Gran Bretaña, Francia y Alemania para establecer y preservar este corredor marítimo. Por lo tanto, restringir su acceso al mar siempre ha sido un componente clave de cualquier política que busque en Europa la contención de Rusia. Spykman, un académico estadounidense muy influyente en este asunto, escribió en 1942: «Durante doscientos años, desde la época de Pedro el Grande, Rusia ha intentado romper el cerco de los Estados fronterizos y llegar al océano. La geografía y el poder marítimo la han frustrado persistentemente»[3].

Crimea es fundamental para impulsar la hegemonía occidental y

reducir la posición de Rusia como rival estratégico. Cuando, en 1853, Gran Bretaña y Francia se enfrentaron a Rusia en la Guerra de Crimea, los diplomáticos europeos habían sido explícitos: el objetivo era empujar a Rusia de vuelta a Asia y excluirla de los asuntos de Europa[4]. Esta previsión geopolítica no es menos relevante en el siglo XXI, ya que la expansión de la OTAN en Ucrania podría convertir el mar Negro en un lago de la organización atlántica.

Las aspiraciones de la OTAN a controlar los corredores marítimos exigen limitar el acceso seguro de Rusia a tres vías navegables en sus fronteras occidentales: el mar Negro, el mar Báltico y el Ártico. En julio de 2022, el vicesecretario general de la OTAN reconocía que la guerra en Ucrania tiene que ver sobre todo con el control del mar Negro[5]. Con la expansión de la OTAN a Finlandia y Suecia, el exsecretario general de dicha organización, Anders Fogh Rasmussen, anunció con optimismo que ahora la OTAN podría bloquear el acceso de Rusia al mar Báltico: «Tras el ingreso de Finlandia y Suecia en la OTAN, el mar Báltico será un mar de la OTAN [...] si queremos, podemos bloquear a Rusia cualquier entrada y salida a través de San Petersburgo»[6]. Además, en 2021 Estados Unidos llegó a un acuerdo para el uso de cuatro bases militares en suelo noruego, que serán imprescindibles para interceptar la Flota del Norte rusa. Por lo tanto, si el mar Negro se acabara convirtiendo en un lago de la OTAN, las tres aguas de las regiones occidentales de Rusia caerían cada vez más bajo el dominio de Estados Unidos. El fortalecimiento de la OTAN frente a Rusia acabaría desencadenando un terremoto geopolítico.

Rusia previó que el golpe en Ucrania iría seguido de una nueva marcha de la OTAN hacia el este; por ello trató de reunificar Crimea con Rusia. El dilema de seguridad para Rusia era que podía hacerse con el control de Crimea y enemistarse con los ucranianos, o respetar el territorio soberano ucraniano pero arriesgarse a que el nuevo Gobierno de Kiev y la OTAN presionaran a Rusia para que abandonara la península. Al retomar Crimea, Rusia intensificó el conflicto, lo que motivó una respuesta agresiva de las nuevas autoridades de Kiev.

No obstante, la recuperación de Crimea se consideraba un objetivo

limitado y asequible. La mayoría de la población de Crimea era partidaria de unirse a Rusia, Crimea tenía su propio parlamento como órgano legislativo autónomo que dotaba al proceso de cierto sentido de legalidad, y, en cualquier caso, la península había sido transferida a Ucrania en circunstancias un tanto dudosas por Jruschov en 1954. En su condición peninsular, presentaba una clara delimitación geográfica. Si Rusia se hubiera anexionado otras partes del este de Ucrania, el principal problema habría sido decidir dónde detenerse, con lo que Rusia se habría enfrentado a una mayor oposición de la opinión pública según hubiera ido avanzando hacia el oeste.

El referéndum de Crimea significó que «fracasó el plan de Washington para apoderarse de la histórica y legítima base naval rusa de aguas cálidas en Crimea»[7]. En su discurso tras la anexión de Crimea, Putin explicitó la decisión como una reacción a las agresivas políticas de contención:

> Tenemos todas las razones para suponer que la infame política de contención llevada a cabo durante los siglos XVIII, XIX y XX, continúa hoy día [...] todo tiene un límite. Y, con Ucrania, nuestros socios occidentales han cruzado el límite [...]. Rusia se encontró en una posición de la que no podía echarse atrás. Si comprimes un muelle hasta el límite, recobrará su forma con fuerza [...]. ¿Estamos preparados para defender consecuentemente nuestros intereses nacionales o cederemos para siempre, retirándonos a quién sabe dónde?[8]

La referencia de Washington al sacrosanto principio de la integridad territorial de acuerdo con el derecho internacional no resultó convincente, ya que el orden internacional occidental basado en normas había introducido el derecho a la autodeterminación como principio en competencia con la integridad territorial. Por tanto, resultaba problemático argumentar jurídicamente y de forma convincente por qué la secesión de Crimea era diferente a la de Kosovo. El presidente Obama trató de rechazar esta comparación cuando dijo: «Kosovo sólo abandonó Serbia después de que se organizara un referéndum, no fuera de los límites del derecho internacional, sino en escrupulosa cooperación con las Naciones Unidas y con los vecinos de Kosovo»[9]. Sin embargo, todo en el

proceso que Obama describió era una completa mentira, ya que ni siquiera hubo un referéndum en Kosovo.

En consecuencia, Washington tuvo que recurrir al argumento de la democracia, e insistió en que el referéndum de Crimea no era legítimo, ya que «se celebró a punta de pistola»[10]. Sin embargo, como informó la revista *Forbes,* todas las encuestas demuestran que los rusos étnicos, los ucranianos y los tártaros de Crimea apoyaban abrumadoramente la secesión de Ucrania y la reunificación con Rusia[11]. También resultó evidente la falta de lealtad para con Ucrania, pues, tras el referéndum, aproximadamente el 75 por ciento del personal naval ucraniano desertó a Rusia o abandonó la marina ucraniana[12]. Stephen Walt dijo que la toma de Crimea por parte de Rusia debería haberse previsto como una probable respuesta al golpe de Estado en Ucrania respaldado por Occidente:

> La Administración Obama se vio claramente sorprendida cuando Rusia decidió tomar Crimea por la fuerza. La verdadera cuestión, sin embargo, es por qué Obama y sus asesores pensaron que Estados Unidos y la Unión Europea podían ayudar a maquinar y planificar la destitución de un líder prorruso elegido democráticamente en Ucrania y esperar que Vladimir Putin lo aceptase sin más[13].

La reacción de Rusia al golpe de Estado en Ucrania tuvo varias implicaciones para el derecho internacional. Además de violar la Carta de la ONU al retomar Crimea sin permiso de la autoridad estatal, Moscú también incumplió el Memorando de Budapest. El 5 de diciembre de 1994, Estados Unidos, Reino Unido y Rusia se habían reunido en la capital húngara y, en tres acuerdos separados con Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán, les habían garantizado su seguridad. Estos tres países acordaron renunciar a sus armas nucleares a cambio de dichas garantías. Entre otras disposiciones, el Memorando incluía el compromiso de «respetar la independencia y la soberanía, así como las fronteras existentes de Ucrania» y el de «abstenerse de toda coerción económica destinada a subordinar a su propio interés el ejercicio por parte de Ucrania de los derechos inherentes a su soberanía, y obtener así cualquier tipo de ventaja».

De acuerdo con el orden internacional basado en normas, los

países de la OTAN se remiten a las normas democráticas liberales para eximirse de los límites impuestos por el derecho internacional. Rusia incumplió el Memorando de Budapest, pero los Estados de la OTAN violaron primero el compromiso de abstenerse de toda coerción económica para promover sus propios intereses y ventajas securitarias. Sin embargo, los países de la OTAN afirman que su uso de la coerción económica y la violación de la soberanía ucraniana fue en apoyo de la democracia y los derechos humanos, no para promover sus propios intereses. Así, bajo apariencia de altruismo, la OTAN se eximió de las garantías de seguridad del Memorando de Budapest.

Cuando Estados Unidos impuso sanciones a Bielorrusia en 2013, Washington declaró de forma explícita que el Memorando de Budapest no era jurídicamente vinculante y que las acciones estadounidenses estaban exentas, ya que su objetivo era proteger los derechos humanos:

> Aunque el Memorando no es jurídicamente vinculante, nos tomamos en serio estos compromisos políticos y no creemos que ninguna sanción estadounidense, sea impuesta por motivos de derechos humanos o de no proliferación, resulte incompatible o socave nuestros compromisos con Bielorrusia en virtud del Memorando. Las sanciones más bien tienen por objeto garantizar los derechos humanos de los bielorrusos y combatir la proliferación de armas de destrucción masiva y otras actividades ilícitas, no obtener ventaja alguna para Estados Unidos[14].

El golpe de Estado de 2014 había sido una violación aún más flagrante de la soberanía ucraniana. Occidente interfirió en los asuntos internos de Ucrania, impuso sanciones económicas y finalmente derrocó al presidente. El Memorando de Budapest se dejó a un lado mientras Occidente alegaba que había apoyado una «revolución democrática». El derecho internacional impone normas y restricciones mutuas en las que las distintas partes ven limitada su política exterior, pero a cambio obtienen reciprocidad y, por tanto, previsibilidad. Una vez que Occidente se libró de las restricciones mutuas contenidas en el Memorando de Budapest, Rusia también las abandonó. Sin embargo, al recuperar Crimea, Moscú contribuyó a

escalar la tensión y provocó una respuesta más dura de Kiev en el Donbás.

El apoyo de Rusia al Donbás

Cuando la población del Donbás se rebeló contra lo que consideraba un régimen ilegítimo que se había hecho con el poder mediante un golpe de Estado, el nuevo Gobierno de Kiev recurrió a la fuerza militar para reprimir las protestas. *The Guardian* informó sobre la arbitrariedad de Occidente: los manifestantes que tomaron edificios gubernamentales y derrocaron al presidente elegido democráticamente fueron aclamados como luchadores por la libertad, mientras condenaba a los que mostraban su rechazo a la legitimidad de un gobierno no electo que había tomado el poder en las calles[15].

En Occidente había una tendencia a negar a los habitantes del Donbás su capacidad de acción, refiriéndose a ellos como «rusos» o «secesionistas». Esto era importante para controlar el relato. Las milicias del Donbás ya no eran un pueblo que protegía su tierra y sus derechos lingüísticos y culturales básicos frente a un Gobierno que había tomado el poder mediante un golpe inconstitucional y los había anulado, sino que eran soldados de una potencia extranjera hostil. Sin embargo, como reconocieron dos analistas de la RAND Corporation, vinculada al Pentágono, incluso según las propias estimaciones de Kiev «la inmensa mayoría de las fuerzas rebeldes estaban formadas por lugareños, no por soldados del ejército regular ruso»[16].

La inestabilidad se extendió por el sur y el este de Ucrania. El 2 de mayo de 2014, manifestantes pro-Maidán y anti-Maidán se enfrentaron en Odesa, lo que provocó que los segundos buscaran refugio en la Casa de los Sindicatos. Los manifestantes pro-Maidán incendiaron el edificio y decenas de personas fueron quemadas vivas. Los vídeos existentes demuestran que los manifestantes pro-Maidán disparaban a la gente que intentaba escapar del fuego por las ventanas, y muchos de los que lograron saltar murieron apaleados en la acera[17]. El Gobierno ucraniano retrasó la

investigación y Occidente dejó en gran medida este suceso fuera del relato sobre Ucrania.

La incapacidad del frágil ejército del Gobierno golpista para contrarrestar a los rebeldes del Donbás hizo que se recurriera a milicias de extrema derecha de Ucrania occidental. Uno de los batallones nazis tomó el nombre de Batallón Azov tras hacerse con el control de Mariupol, en la costa del mar de Azov; más tarde crecería hasta convertirse en el Regimiento Azov. El Gobierno de Kiev, respaldado por la OTAN, lanzó en abril de 2014 una «operación antiterrorista» contra los rebeldes del Donbás que rechazaban la legitimidad del golpe de Estado; los combates se saldaron con la muerte de 14.000 ucranianos. En mayo de 2014, ante el temor de una guerra civil, Putin previno al Donbás para que no llevara a cabo un referéndum para independizarse de Ucrania. En su lugar, insistió en que las crecientes tensiones desde el golpe podrían resolverse con cambios constitucionales que otorgaran mayor autonomía a la región. La federalización podría ser una solución para garantizar que se preservaran la lengua, la cultura y la fe regionales, aunque el federalismo también puede ser un arma de doble filo al convertirse en un trampolín hacia la secesión.

Desde la perspectiva de Washington, una solución federal para Ucrania resultaba profundamente problemática, ya que los derechos de autonomía para el Donbás consolidarían la estrecha relación de la región con Rusia y podrían impedir la expansión de la OTAN. Washington ya había boicoteado un acuerdo similar en 2003 para resolver la disputa entre Moldavia y Transnistria, pues habría impedido una posterior expansión de la OTAN. Ese mismo año, Rusia había negociado un acuerdo entre Moldavia y Transnistria para la reunificación que habría exigido una Moldavia unida que se mantuviera neutral, lo que habría sido consecuente con su Constitución de 1994, que decía: «La República de Moldavia proclama su neutralidad permanente».

El acuerdo era un compromiso por el que el Transnistria tenía que abandonar sus demandas de tener la misma representación que Moldavia en la estructura federal resultante, aunque se le concedió poder suficiente para bloquear decisiones que pusieran en peligro

«intereses vitales» como la neutralidad. Estados Unidos y la UE consiguieron sabotear el acuerdo en el último momento, presionando al presidente moldavo, Vladimir Voronin, para que se retirara del mismo el día antes de la firma. Los dos le habían comunicado sin ambages que no apoyarían el acuerdo, y el mensaje era sencillo: «No lo hagas»[18]. Voronin reconoció que el acuerdo era «una respuesta a un verdadero compromiso entre las partes», pero que Moldavia no podía permitirse ir en contra de los deseos de Estados Unidos y la UE[19]. La filtración de un cable estadounidense confirmaba que Voronin había prometido a Occidente que no firmaría ningún acuerdo de paz sin su consentimiento: «No tiene intención de firmar ningún acuerdo bilateral del tipo Kozak-II con los rusos, ya que cree que cualquier resolución sobre Transnistria debe contar con un amplio apoyo internacional»[20]. Lo que estaba implícito es que la UE y Estados Unidos no apoyarían una solución política que mantuviese estrechos vínculos con Rusia y supusiese un obstáculo para la absorción de Moldavia en la OTAN.

Para resolver el conflicto ucraniano tras el golpe de Estado de 2014, era imprescindible un acuerdo que pusiese fin a la pugna entre las nuevas autoridades de Kiev y el Donbás, así como para abordar la interrupción de las relaciones entre la OTAN y Rusia. A medida que se intensificaban las tensiones entre ambas por Ucrania, surgían voces que advertían de la necesidad de que Occidente resolviera la crisis mediante un acuerdo. El profesor Stephen Cohen avisaba en 2014 de que «Rusia no retrocederá. Es una cuestión existencial [...]. Putin cederá en estas negociaciones, pero no retrocederá si se busca la confrontación militar»[21]. Henry Kissinger también criticó el discurso sobre Ucrania por considerarlo centrado en la confrontación: «Todo el debate público sobre Ucrania gira en torno a la confrontación. Pero, ¿sabemos adónde vamos?»[22]. John Pilger predijo que Occidente estaba instigando una guerra civil en Ucrania que se convertiría en una guerra *proxy* contra Rusia:

> El cerco militar de la OTAN se ha acelerado, junto con los ataques contra los rusos étnicos en Ucrania orquestados por Estados Unidos. Si se puede provocar a Putin para que acuda en su ayuda, su preestablecido papel de «paria»

justificará una guerra de guerrillas dirigida por la OTAN que probablemente se extienda a la propia Rusia[23].

Sin embargo, los problemas en Crimea y el Donbás no se resolvieron. Desde 2014, la población civil del Donbás no recibió ayuda humanitaria de Ucrania ni de Occidente. Las pensiones y las ayudas económicas a las familias dejaron de pagarse y su sistema bancario fue bloqueado. En 2014, Ucrania también construyó una presa en la región de Jersón que bloqueó el 85% del suministro de agua a Crimea, situación que se mantuvo hasta 2022, cuando Rusia invadió y restableció el acceso de Crimea al agua.

Minsk: ¿un acuerdo de paz o ganar tiempo para la guerra?

Con el Protocolo de Minsk, al que se llegó en septiembre de 2014, se quería poner fin al conflicto entre Kiev y el Donbás, pero el alto el fuego se rompió. Kiev sufrió grandes pérdidas en los combates subsiguientes y se encontró cercado en Debaltseve, momento en el que Berlín y París intervinieron con una iniciativa de paz. Posteriormente, en febrero de 2015, se alcanzó el Acuerdo de Minsk II, firmado por Kiev, el Donbás, Alemania, Francia y Rusia. Su objetivo era exclusivamente resolver el conflicto interno entre Kiev y el Donbás; Rusia no aparecía mencionada en el acuerdo de paz. Así pues, debería haberse complementado con un acuerdo OTAN-Rusia para abordar el nuevo «reparto» de Europa, origen del conflicto.

El Acuerdo de Minsk II estipulaba que debían retirarse las armas pesadas y que Kiev tendría que llegar a un compromiso diplomático con el Donbás para aprobar las reformas constitucionales necesarias para conceder autonomía a la región:

> El primer día después de la retirada deberá iniciarse un diálogo sobre las modalidades de celebración de elecciones locales de conformidad con la legislación ucraniana y el Derecho de Ucrania […]. Sin demora, pero no más tarde de 30 días a partir de la fecha de la firma del presente documento, la Rada Suprema de Ucrania debe aprobar una resolución en la que se indique el territorio que entra en el régimen especial de conformidad con la Ley «sobre el orden temporal del autogogierno local en determinados distritos de los oblasts

de Donetsk y Lugansk», tomando como base la línea establecida por el Memorando de Minsk de 19 de septiembre de 2014.

La autonomía para el Donbás pretendía salvaguardar sus derechos culturales y lingüísticos, y probablemente también podría otorgarle la capacidad de impedir la futura adhesión a la OTAN. Este primer paso del acuerdo de paz nunca se dio, ya que las autoridades ucranianas no establecieron un diálogo con el Donbás y el Parlamento rechazó el proyecto de ley sobre las elecciones en dicha región. Estados Unidos firmó el Acuerdo de Minsk II y la ONU lo votó como resolución para convertirlo en tratado legal. Sin embargo, Washington no mostró ninguna intención de presionar a Kiev para que lo aplicara: «Washington se ha mostrado comprensiblemente reacio a hacerlo en el pasado; Minsk representa las condiciones de Rusia, impuestas mediante una agresión armada. Presionar a la víctima –un buen amigo de Estados Unidos– para que cumpla las órdenes del agresor es contrario a los principios estadounidenses »[24]. Las potencias occidentales siguieron reiterando que el Acuerdo de Minsk II era el único camino hacia la paz, al tiempo que lo socavaban.

Estados Unidos empezó a sabotearlo armando y entrenando al ejército ucraniano para cambiar el equilibrio de poder militar sobre el terreno; así se aseguraba de que Kiev no tuviera que cumplir sus compromisos en virtud del mencionado acuerdo. Algunos altos funcionarios estadounidenses se habían opuesto públicamente a la iniciativa de paz Minsk II de Alemania y Francia. En la Conferencia de Seguridad de Múnich, en febrero de 2015, la delegación norteamericana aparentemente acusó a la canciller alemana Merkel de contemporizar. El general Philip Breedlove y Victoria Nuland calificaron a Angela Merkel de «derrotista», mientras que el senador John McCain se refirió a la iniciativa de paz germano-francesa como una «basura de Moscú», que se comparó con la condescendencia que se tuvo con Hitler[25].

Entre 2015 y 2022, rusos, europeos, estadounidenses y ucranianos repitieron continuamente que el Acuerdo de Minsk era la única fórmula para la paz. Sin embargo, al sabotear de manera simultánea

el Acuerdo de Minsk, los países de la OTAN encaminaron a Ucrania hacia la guerra. Al principio parecía que sólo eran Estados Unidos y Reino Unido los que estaban minando el acuerdo, y que Alemania y Francia simplemente eran demasiado débiles para llevar adelante lo que habían negociado. Sin embargo, tanto los europeos como los estadounidenses trataron de socavarlo redefiniendo sus términos y, por tanto, renegociándolo. El Parlamento Europeo declaró que Rusia tiene una «responsabilidad particular en la aplicación del Acuerdo de Minsk»[26], a pesar de que Rusia no fue identificada como una de las partes en conflicto y ni siquiera se la menciona en el texto. El conflicto regional entre la OTAN y Rusia había desencadenado la guerra civil, pero el Acuerdo de Minsk se había limitado estrictamente a resolver la disputa interna entre Kiev y el Donbás.

Después de que Rusia invadiera Ucrania en 2022, tanto Alemania como Francia revelaron que no tenían intención de aplicar el Acuerdo de Minsk II. Merkel dijo que lo que había negociado no era necesariamente una iniciativa para establecer una paz duradera; en una entrevista con *Bild* y *Spiegel*, sostuvo que el acuerdo le permitía ganar tiempo para que Ucrania se convirtiera en un país poderoso y bien reforzado[27]. Merkel decía que esto había funcionado, ya que «[Ucrania] empleó este tiempo para hacerse más fuerte, como se puede ver hoy»[28]. La idea de que la guerra comenzó con una invasión rusa no provocada en 2022 es cuestionada nada menos que por el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, que en febrero de 2023 confirmaba lo siguiente:

> La guerra no empezó en febrero del año pasado. La guerra empezó en 2014. Y, desde 2014, los aliados de la OTAN han proporcionado apoyo a Ucrania, con entrenamiento, con equipos, por lo que las fuerzas armadas ucranianas eran mucho más fuertes en 2022 de lo que eran en 2020 y 2014. Y, por supuesto, esto supuso una gran diferencia cuando el presidente Putin decidió atacar Ucrania[29].

Cuando preguntaron a su homólogo francés, el expresidente François Hollande, sobre la afirmación de Merkel de que el acuerdo de paz de Minsk II sólo pretendía ganar tiempo, lo confirmó: «Sí, Angela Merkel tiene razón en este punto», y añadió que el conflicto

con Rusia se resolvería en el campo de batalla: «Sólo habrá una salida al conflicto cuando Rusia fracase sobre el terreno»[30]. Sin embargo, es posible que Merkel y Hollande estuvieran simplemente protegiendo su legado en un momento de fuerte resentimiento hacia Rusia.

No obstante, la retórica de los líderes alemán y francés era sorprendentemente similar a la de Ucrania. En febrero de 2023, el presidente Zelenski admitió que nunca tuvo intención de aplicar el Acuerdo de Minsk: «En cuanto a Minsk en su conjunto, se lo dije a Emmanuel Macron y Angela Merkel: no podemos aplicarlo tal cual». El plan, también según Zelenski, era simplemente irlo demorando, e hizo esta peculiar observación: «La dilación es algo perfectamente lícito en diplomacia. Nunca se sabe cuándo va a morir quien toma las decisiones, y entonces todo, de repente, se vuelve más fácil»[31]. El expresidente ucraniano Petro Poroshenko también confirmó que, durante su gobierno, Kiev no tenía intención de aplicar los Acuerdos de Minsk. Dijo lo siguiente: «Habíamos conseguido todo lo que queríamos» del acuerdo de paz, ya que «nuestro objetivo era, en primer lugar, parar la amenaza, o al menos retrasar la guerra, asegurarnos ocho años para restablecer el crecimiento económico y formar unas potentes fuerzas armadas»[32].

Que el orden mundial había fracasado en su misión primordial de mantener el orden quedó aún más claro por la impostura de que, en la ONU, el Acuerdo de Minsk se hubiera adoptado como una resolución. El general alemán retirado Harald Kujat, exjefe del Bundeswehr y expresidente del Comité Militar de la OTAN, advirtió en 2023 que boicotear el Acuerdo de Minsk significaba que Occidente era culpable de

> una violación del derecho internacional, eso está claro. El daño es inmenso. Hay que imaginarse la situación actual. Las personas que, desde el principio, querían –y siguen queriendo– hacer la guerra, han adoptado el punto de vista de que no se puede negociar con Putin. Pase lo que pase, él no respeta los acuerdos. Pero ahora resulta que somos nosotros los que no cumplimos los acuerdos internacionales[33].

A pesar de ir menoscabando el acuerdo de paz de Minsk II durante siete años, la OTAN no asumió responsabilidad alguna en el posterior estallido de la guerra. Jack Matlock, exembajador de Estados Unidos en la Unión Soviética, afirmó en octubre de 2022: «La guerra podría haberse evitado –probablemente se habría evitado– si Ucrania hubiera estado dispuesta a acatar el Acuerdo de Minsk, reconocer el Donbás como una entidad autónoma dentro de Ucrania, evitar a los asesores militares de la OTAN y comprometerse a no entrar en la organización atlántica»[34]. El empeño de la OTAN en menoscabar el Acuerdo de Minsk también mengua la confianza necesaria para futuros acuerdos de paz.

Penetración estadounidense en Ucrania

Una debilidad clave de la Revolución Naranja de 2004, respaldada por Occidente, fue que el nuevo Gobierno pro-occidental/antirruso podría ser desbancado en las siguientes elecciones debido a los estrechos vínculos socioeconómicos con Rusia y a la fuerte oposición a la OTAN entre la población ucraniana. Después del Maidán, Washington comenzó a inmiscuirse de forma más directa en la gobernanza del país.

Varios estadounidenses ocuparon puestos clave en el Gobierno ucraniano a partir de 2014. Ese año, Natalie Jaresko fue nombrada ministra de Finanzas y recibió la ciudadanía ucraniana el mismo día que asumió el cargo. Jaresko era una antigua funcionaria del Departamento de Estado norteamericano y exjefa de la Sección Económica de la embajada estadounidense en Ucrania. Así, pasó de representar los intereses de Estados Unidos en el país a representar los de Ucrania. Aivaras Abromavičius, ciudadano lituano educado en Estados Unidos, se convirtió en ministro de Desarrollo Económico y Comercio. En 2015, David Sakvarelidze, fiscal del estado en Nueva York, pasó a ser Fiscal General Adjunto de Ucrania y adquirió la ciudadanía ucraniana ese mismo año. También en 2015, Kiev nombró gobernador de Odesa al expresidente de Georgia Mikheil Saakashvili. Durante las décadas de 1990 y 2000, se habían producido hechos similares en los Estados bálticos, ya que Estonia,

Letonia y Lituania tenían presidentes que habían sido ciudadanos norteamericanos.

Washington también tenía una gran influencia y, en gran medida, podía dictar aparentemente otros nombramientos gubernamentales. El Fiscal General de Ucrania, Viktor Shokin, se quejaba de que, desde 2014, «lo más chocante es que todos los nombramientos [gubernamentales] se hicieron de acuerdo con Estados Unidos». El comportamiento de Washington, según Shokin, indicaba que «creían que Ucrania era su feudo»[35].

La carrera de Shokin como Fiscal General llegó a su fin cuando incoó un proceso contra la empresa energética ucraniana Burisma, pues se creía que los nuevos administradores, contratados en mayo y junio de 2014, estaban implicados en un caso de corrupción. Uno de ellos era el hijo de Joe Biden, Hunter Biden. Tres meses después del golpe de Estado de febrero de 2014, Hunter Biden y un amigo íntimo de la familia del secretario de Estado estadounidense John Kerry se convirtieron en miembros del consejo de administración de Burisma[36]. Hunter Biden carecía de experiencia y competencias en la industria gasística o en Ucrania.

El entonces vicepresidente Joe Biden intervino en la investigación, haciendo que destituyeran a Shokin y amenazando con retener una garantía de crédito estadounidense de 1.000 millones de dólares. Biden había insistido en que la decisión no estaba relacionada con Burisma ni con su hijo, y reiteraba que «nunca había hablado con mi hijo sobre sus negocios en el extranjero»[37]. Sin embargo, el socio comercial de Hunter Biden en Burisma, Devon Archer, confirmó en julio de 2023 que Joe Biden estaba profundamente implicado en los negocios de Hunter[38]. La destitución del Fiscal General ucraniano en marzo de 2016 tampoco se debió probablemente a su corrupción o incompetencia. El 11 de junio de 2015, Victoria Nuland había escrito una carta a Shokin elogiando su lucha contra la corrupción, en la que se decía explícitamente: «Nos ha impresionado la ambiciosa hoja de ruta de reformas y lucha contra la corrupción de su Gobierno» y «le animo a que siga colaborando estrechamente con la Embajada de Estados Unidos en Kiev»[39]. En 2017, el *think tank* de la OTAN Atlantic Council y Burisma firmaron un acuerdo de

cooperación, centrado en la «seguridad energética».

Tras la invasión de Rusia en febrero de 2022, Estados Unidos reforzó aún más su control sobre Ucrania. En 2023, un norteamericano que sostenía que los rusos no son seres humanos se convirtió en el nuevo portavoz de las Fuerzas de Defensa Territorial ucranianas. A medida que la situación en el país se volvía más precaria y aumentaba la dependencia de Occidente, Kiev subcontrató en buena parte la reconstrucción de posguerra a BlackRock y J. P. Morgan para que gestionaran el Fondo de Desarrollo de Ucrania. Con el establecimiento en Ucrania del Consenso de Washington, con privatizaciones y desregulaciones, los gigantes agrícolas occidentales compraron millones de hectáreas de tierras de cultivo.

Los estadounidenses también se infiltraron en las agencias de inteligencia y el ejército ucranianos con objeto de hacer del país un *proxy* con sus miras puestas en Rusia. Según informa el *Washington Post:* «Desde 2015, la CIA ha gastado decenas de millones de dólares para transformar los servicios de Ucrania, formados en la Unión Soviética, en potentes aliados contra Moscú»[40]. Un exfuncionario de inteligencia estadounidense explicó que el servicio de inteligencia militar del Gobierno ucraniano, GUR, fue identificado como «una organización más pequeña y ágil donde podíamos tener más impacto [...]. El GUR era nuestro pequeño bebé». Así pues, la CIA transformó el GUR, ya que «tuvimos que reconstruirlo desde cero». Los nuevos servicios de inteligencia militar, obra de Estados Unidos, se utilizaron posteriormente para llevar a cabo atentados terroristas en el interior de Rusia, como el asesinato de Daria Dugina[41].

Depuración de la oposición

Aunque la mayoría de los ucranianos eran partidarios de estrechar lazos con Rusia antes de 2014, todos esos lazos fueron depurados como posibles instrumentos de una guerra híbrida rusa. Con el apoyo de Estados Unidos, el nuevo Gobierno de Kiev se desvinculó de Rusia y reprimió a gran parte de su propia población mediante la

purga de la oposición política, los medios de comunicación independientes, la Iglesia ortodoxa y todas las manifestaciones de la lengua y la cultura rusas.

Entre los partidos políticos más favorables a Rusia se encontraban el Partido de las Regiones y el Partido Comunista. El primero fue el mayor partido político de Ucrania desde 2007 hasta el golpe de Estado de 2014; después, los dos fueron purgados acusados de traición y desaparecieron en gran medida del mapa político. Cuando el apoyo popular a Zelenski empezó a desplomarse por haber traicionado su programa electoral, la oposición se vio sometida a una presión aún mayor. En 2021, las autoridades de Kiev detuvieron al principal representante de la misma, Viktor Medvedchuk, diputado electo al Parlamento ucraniano y líder del mayor partido opositor. En 2023, Kiev incluso privó a Medvedchuk de la ciudadanía ucraniana.

También se purgaron los medios de comunicación independientes bajo el lema nacionalista «Una nación, una lengua, un pueblo». En febrero de 2021, el presidente ucraniano cerró tres canales de televisión sin ninguna base legal. En agosto de 2021, el Gobierno también comenzó a bloquear los medios digitales, que seguían siendo el último vestigio de medios independientes. Esta censura fue recibida en Occidente con silencio o con una ovación. En 2021, el exembajador de Estados Unidos en Moscú Michael McFaul incluso celebró la represión de Kiev contra los políticos y medios de la oposición: «Su decisión de prohibir las cadenas de televisión prorrusas y acusar de traición a su propietario y aliado de Putin, Viktor Medvedchuk, han sido un acto audaz que necesita el apoyo de Estados Unidos»[42]. *Foreign Policy* también celebró la censura con el titular: «El presidente ucraniano por fin saca músculo: Volodimir Zelenski se enfrenta a la maquinaria mediática prorrusa de su país. Pero, ¿saldrá victorioso?»[43]. Tras la invasión rusa, se impusieron restricciones aún más draconianas a los partidos de la oposición y se nacionalizaron los telediarios.

La lengua, la cultura y la religión también fueron objeto de depuración a partir de 2014. El primer acto del Parlamento ucraniano tras el golpe de Estado de dicho año fue votar a favor de la abolición de los derechos lingüísticos de las minorías, lo que eliminó el ruso

como segunda lengua en el sur y el este de Ucrania. También se vieron afectadas otras lenguas minoritarias, como el húngaro. Negar sus derechos a los ucranianos rusoparlantes y prohibir la lengua rusa en libros, películas y otras obras era plenamente coherente con el enfoque estadounidense de la construcción de la nación ucraniana, que implicaba romper cualquier posible vínculo con Rusia, dejando al margen la democracia.

Estados Unidos alimentó aún más el relato nacionalista antirruso cuando, en 2018, el Senado aprobó una resolución que definía la hambruna del Holodomor como «deliberada» y como un «genocidio» dirigido contra los ucranianos[44]. En una muestra de solidaridad con los nacionalistas etnoculturales, los Estados occidentales también adoptaron iniciativas menores, como cambiar la ortografía de la capital ucraniana de Kiev a Kyiv para asemejarse a la ortografía ucraniana en lugar de a la rusa. El *think tank* de la OTAN Atlantic Council abogó por una purga cultural para privar a Rusia de poder blando:

> Gracias a siglos de dominación política y de rusificación sistemática, la Rusia moderna sigue disfrutando de una enorme influencia cultural en la Ucrania independiente [...]. Las autoridades ucranianas también han adoptado una serie de políticas proteccionistas para restringir la penetración del poder blando ruso en su seno. En 2014, Ucrania prohibió una serie de canales de televisión, series y libros rusos [...]. Tres años después, Ucrania fue más allá y bloqueó varias plataformas rusas de redes sociales. Muchas de las principales celebridades y estrellas pop rusas ya no son bienvenidas en Ucrania[45].

En enero de 2019, la Iglesia ortodoxa ucraniana se separó de la rusa, creando un importante cisma religioso. En 2022, Kiev comenzó a depurar la Iglesia ortodoxa y a detener a sacerdotes. Ucrania también ordenó a un ala de la Iglesia ortodoxa, históricamente alineada con Rusia, que abandonara un complejo monástico en Kiev, en un nuevo ejemplo de represión religiosa.

La construcción de una Ucrania ultranacionalista

Tras el Maidán, el papel de la extrema derecha en Ucrania tuvo un

fuerte crecimiento en lo tocante a la conformación de la identidad nacional y la toma de poder político. En un principio, el nuevo Gobierno de Kiev trató de resistirse a su influencia, pero tanto Poroshenko como Zelenski tuvieron que acabar alineándose con ellos. Poco después, se rebautizaron calles con el nombre del colaborador nazi Stepan Bandera, mientras Kiev comenzó a «blanquear a los colaboradores nazis a nivel estatal»[46].

Los medios de comunicación occidentales reconocieron que Ucrania tenía un problema con el ascenso de los nazis y la extrema derecha. Svoboda había sido denunciado anteriormente por la UE como un partido político «racista, antisemita y xenófobo»[47]. Sin embargo, durante el levantamiento del Maidán, el senador estadounidense John McCain prometió su solidaridad con la revuelta apareciendo cerca del líder de Svoboda Oleh Tyahnybok, quien previamente había adoptado una postura firme contra «la mafia judeo-moscovita que gobierna Ucrania» y «los *moskali*, alemanes, *kikes* [judíos] y demás escoria que quieren arrebatarnos nuestro Estado ucraniano»[48]. El partido Sector Derecho utilizó asimismo las banderas rojas y negras de la OUN. Azov utilizó abiertamente como emblema oficial la combinación de dos símbolos de la Alemania nazi, el *wolfsangel* enfrentado al sol negro. Como recogía *Foreign Policy* en marzo de 2014, poco después del golpe, «la incómoda verdad es que una parte considerable del actual Gobierno de Kiev –y los manifestantes que lo llevaron al poder– son, de hecho, fascistas»[49].

El nombre del grupo paramilitar C14 hace referencia a las 14 palabras acuñadas por el supremacista blanco estadounidense David Lane: «Debemos asegurar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para los niños blancos»[50]. El 5 de febrero de 2022, menos de tres semanas antes de la invasión rusa, el líder del C14, Yevhan Karas, afirmaba que los nacionalistas habían sido la fuerza decisiva en el Maidán. Según Karas, aunque, en él, los nacionalistas eran una minoría en términos de porcentaje de manifestantes, constituían la mayoría en términos de eficacia e influencia: «si no fuera por los nacionalistas, todo aquello se habría convertido en un desfile gay». Karas también dijo a su público que Occidente no dio armas para

ayudar a los ucranianos, sino que lo hizo porque «hemos empezado una guerra» que estaba cumpliendo los objetivos occidentales. Los nacionalistas recibieron el apoyo de Occidente debido a su resiliencia: «porque nos divertimos, nos divertimos matando y nos divertimos luchando»[51].

La extrema derecha es un poderoso aliado tanto de Kiev como de la OTAN. Están motivados para luchar, a menudo bien entrenados e ideológicamente inclinados a rechazar cualquier compromiso con Rusia. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos había cultivado relaciones con los fascistas ucranianos por considerarlos anticomunistas y antirrusos de fiar. Después del Maidán, la extrema derecha rechazó con fuerza el Acuerdo de Minsk y se opuso a cualquier concesión al Donbás o a Moscú. Para Washington, la extrema derecha representaba un poderoso veto contra cualquier resultado electoral que supusiera una reconciliación con Moscú.

En Washington, había división de opiniones sobre cómo gestionar Ucrania, ya que reconocían que la extrema derecha era impredecible y podía ser difícil de controlar. El presidente Obama se había mostrado receloso a la hora de enviar abiertamente armas a Ucrania, pues reconocía que podrían «acabar en manos de matones» y el conflicto se descontrolaría[52]. Un alto cargo del Pentágono, Derek Chollet, reconoció que había una lucha de poder en Washington, pues en un momento dado «casi todos los altos cargos estaban a favor de hacer algo a lo que se oponía el presidente»[53].

No obstante, Estados Unidos empezó a vender armas y a entrenar a soldados ucranianos en 2014, y la CIA inició un programa encubierto en 2015 para entrenar a paramilitares ucranianos «para matar rusos»[54]. Aunque el programa de la CIA se creó durante el mandato de Obama, se intensificó con el de Trump. El general de brigada estadounidense Joseph E. Hilbert insinuó más tarde que Rusia había cometido un error al no iniciar antes su invasión: «Lo peor que hicieron los rusos fue darnos ocho años para prepararnos»[55].

El levantamiento en el Donbás fortaleció aún más a la extrema derecha. El ejército ucraniano estaba en malas condiciones en 2014

y muchos soldados desertaron cuando se les pidió que dirigieran sus armas contra compatriotas. Cuando Rusia recuperó Crimea y apoyó el mencionado levantamiento, el Batallón Azov y otros grupos fascistas aumentaron aún más su influencia, ya que fueron instrumentos importantes en la lucha contra el Donbás. El Batallón Azov se integró formalmente en la Guardia Nacional ucraniana en noviembre de 2014, lo que supuso que el uniforme oficial de los soldados de las fuerzas armadas ucranianas incluyera insignias nazis[56].

En 2015, el Congreso de Estados Unidos reconoció al Batallón Azov como una organización nazi y posteriormente prohibió la ayuda militar norteamericana al grupo[57]. Sin embargo, un año después, en 2016, el mismo Congreso derogó la prohibición de financiar a los nazis en Ucrania[58]. Los fascistas habían demostrado ser excelentes soldados, habían adquirido mucha influencia política y podían funcionar como un veto contra cualquier Gobierno de Kiev que buscara la reconciliación con el Donbás y Rusia.

Durante los tres años siguientes, el Congreso estadounidense aprobó propuestas de gastos que incluían la prohibición de financiar al Batallón Azov en cuanto se lo reconocía como un grupo neonazi, aunque cada año se eliminaba esta provisión. Solo se mantuvo en 2018, y el congresista demócrata Ro Khanna declaró con orgullo que «la supremacía blanca y el neonazismo son inaceptables y no tienen cabida en nuestro mundo»[59]. En septiembre de 2019, se presentó ante el Comité de Seguridad Nacional de la Cámara de Representantes un testimonio en el que se advertía de que el «Batallón Azov ha reclutado a combatientes extranjeros movidos por la supremacía blanca y las ideas neonazis, incluidos muchos de Occidente, para que se unan a sus filas y reciban entrenamiento, adoctrinamiento e instrucción en guerra no convencional»[60].

Washington –todos los años desde 2013– votó en contra de la resolución anual de la ONU «para combatir la glorificación del nazismo» con objeto de defender a los ucranianos occidentales que glorificaban como luchadores por la libertad a los fascistas que habían colaborado con Hitler. En noviembre de 2021, Estados Unidos y Ucrania fueron los dos únicos países del mundo que votaron en

contra de la resolución que combate la glorificación del nazismo. Washington argumentó que dicha resolución era propaganda rusa diseñada para desacreditar el movimiento de independencia ucraniano.

Un veto de la extrema derecha contra la paz

Tras el golpe de febrero de 2014, las formalidades democráticas continuaron con la celebración de elecciones, aunque cualquier líder ucraniano electo tendría que ajustarse a la realidad de dónde reside realmente el poder. Alinearse con los nacionalistas proporcionó a Kiev un poderoso aliado frente a un poderoso adversario. Pero, al hacerlo, la paz con el Donbás y Rusia se hizo imposible. Washington, que también se había mostrado crítico con el Acuerdo de Minsk II, encontró entre los nacionalistas a sus aliados de confianza. Como acertadamente dijo el profesor John Mearsheimer: «Los estadounidenses se pondrán del lado de la derecha ucraniana. Porque tanto los estadounidenses como la derecha ucraniana no quieren que Zelenski llegue a un acuerdo con los rusos que haga que parezca que han ganado estos últimos»[61].

El presidente ucraniano Petro Poroshenko experimentó una asombrosa transformación, pasando de ser un opositor al nacionalismo ucraniano a uno de sus principales defensores. Zelenski se presentó con una plataforma política en la que alertaba contra la división de Ucrania fruto del odio étnico hacia compatriotas ucranianos y Rusia. Pero luego, como predijo el ministro de Transporte ucraniano, Zelenski también se alinearía con la extrema derecha:

> Cada nuevo presidente de Ucrania comienza convencido de que él es quien puede mantener un diálogo constructivo con Moscú, y que se le ha asignado el papel de pacificador, que negociará y desarrollará buenas relaciones [...]. Y todos los presidentes de Ucrania han acabado convirtiéndose en seguidores *de facto* de Bandera y luchando contra la Federación Rusa[62].

El Acuerdo de Minsk II de febrero de 2015, que pretendía poner fin a la guerra en el Donbás concediendo autonomía a la región, fue

objeto de una feroz resistencia por parte de los nacionalistas de extrema derecha, decididos a luchar y a rechazar los acuerdos de paz. En agosto de 2015, la BBC informó de que una clara mayoría de 265 diputados de un total de 450 había apoyado la primera versión del proyecto de ley de descentralización para conceder una mayor autonomía al Donbás, lo que desencadenó un violento veto por parte de la extrema derecha; y reportaba lo siguiente: «Manifestantes liderados por el populista Partido Radical y el partido ultranacionalista Svoboda (Libertad) –que se oponen a cualquier concesión a los separatistas respaldados por Rusia–» se enfrentaron a los antidisturbios con el resultado de un miembro de la Guardia Nacional muerto y más de 100 heridos[63]. Luego, Poroshenko comenzó a abandonar sus iniciativas para aplicar el Acuerdo de Minsk II. Una situación similar tuvo lugar en agosto de 2021, cuando Zelenski barajó la idea de aplicar la fórmula Steinmeier para poner fin al conflicto en el Donbas, lo que provocó violentos enfrentamientos con grupos de extrema derecha frente a la Presidencia[64].

Zelenski había ganado las elecciones presidenciales de abril de 2019 con la promesa de hacer las paces, presentándose con una plataforma que incluía el establecimiento de conversaciones con el Donbás, el restablecimiento de relaciones con Rusia y la aplicación del Acuerdo de Minsk II. Con una asombrosa y aplastante victoria con el 73% de los votos, los ucranianos otorgaron a Zelenski un inmenso respaldo para resolver el conflicto con el Donbás y Rusia. Tras ello, Zelenski declaró sus intenciones: «Creo que habrá cambios de personal. En cualquier caso, seguiremos en la dirección de las conversaciones [de paz] de Minsk y nos encaminaremos hacia la firma de un alto el fuego»[65].

Sin embargo, los nacionalistas y Estados Unidos habían establecido una influencia significativa, hasta el punto de tener un poderoso veto político en Kiev. En 2020, las milicias paramilitares de Ucrania comprendían unos 102.000 hombres, lo que suponía alrededor del 40% del conjunto de las fuerzas armadas ucranianas[66]. Estas organizaciones paramilitares estaban muy marcadas por nacionalistas del oeste ucraniano, además de armadas y entrenadas

por potencias occidentales. Consecuentemente, los nacionalistas y los países de la OTAN adquirieron una influencia significativa sobre las decisiones políticas que se tomaban en Kiev.

El Combating Terrorism Center de West Point, la prestigiosa academia militar estadounidense, publicó un análisis de cómo el grupo fascista de Ucrania colaboraba con la extrema derecha estadounidense. El informe también reconocía que los fascistas se oponían ferozmente a cualquier acuerdo pacífico que implicara concesiones:

> Estos grupos han mostrado una encarnizada oposición a cualquier insinuación de compromiso con Rusia sobre el Donbás por mediación de las negociaciones de Normandía, y tuvieron un papel destacado en otra manifestación que este autor presenció en Kiev en el otoño de 2019 para oponerse a las concesiones sugeridas por el presidente Volodimir Zelenski[67].

La extrema derecha acabó revocando el mandato de paz de Zelenski con la campaña «No a la capitulación», que presentaba la aplicación del Acuerdo de Minsk II como una traición. Tras la llegada de Zelenski a la presidencia, se organizó una protesta en Kiev el 6 de octubre de 2019; aproximadamente 10.000 personas se manifestaron contra el plan del presidente para poner fin a la guerra, que fue denunciado como «capitulación»[68].

Los grupos de extrema derecha ucranianos se negaron a seguir las órdenes de Zelenski de retirar las armas pesadas de la ciudad de Zolote, situada en primera línea del frente. Zelenski respondió el 26 de octubre de 2019 visitando la región para afirmar su autoridad. A su llegada, los soldados nacionalistas mostraron claramente el rechazo a sus órdenes, y uno de ellos advirtió o amenazó a Zelenski con protestas si intentaba llevarlas a cabo. En vano, Zelenski dijo a los soldados: «Soy el presidente de este país. Tengo 41 años. No soy un perdedor. He venido a veros y os he dicho: retirad las armas»[69]. El humillante encuentro fue grabado y el vídeo se difundió por internet, revelando que el presidente tenía un poder limitado frente a la extrema derecha; lo único que podía hacer era quejarse.

A la difusión del vídeo siguieron amenazas contra él. El especialista

en estudios rusos Stephen Cohen dijo en 2019 que a Zelenski no se le permitía tratar directamente con Putin, porque los opositores nacionalistas utilizaban a modo de veto la amenaza de recurrir a la violencia: «Han dicho que destituirán y matarán a Zelenski si continúa en esta línea de negociar con Putin». Cohen opinaba que Estados Unidos tenía capacidad para intervenir en las decisiones de Kiev, ya que Zelenski no podía negociar con Moscú «a menos que Estados Unidos le cubra las espaldas. Puede que eso no sea suficiente, pero, salvo que la Casa Blanca fomente esta diplomacia, Zelenski no tiene ninguna posibilidad de negociar el fin de la guerra, por lo que hay mucho en juego»[70]. Washington no ofreció apoyo al mandato de paz de Zelenski, lo que provocó el retorno de Kiev a una actitud de confrontación. Tras fracasar en su intento de controlar a los grupos de extrema derecha presentes en el ejército, Zelenski tuvo que alinearse más estrechamente con los nacionalistas[71].

Sofia Fedyna, una legisladora ucraniana, llegó a amenazar aparentemente de muerte a Zelenski: «El Sr. Presidente se cree inmortal [...]. Una granada puede explotar por ahí, por casualidad. Y sería precioso que esto ocurriera durante uno de los bombardeos llevados a cabo por Moscú, cuando alguien llega al frente con una camisa blanca o azul»[72]. Andriy Biletsky, líder del Cuerpo Nacional y del Batallón Azov, dijo al presidente Zelenski que, si intentaba apartarlos de la línea del frente, entonces «seremos miles en lugar de unas docenas»[73]. Biletsky no fue sancionado; incluso en 2023 Zelenski publicó una foto en su cuenta de Telegram en la que aparecía junto a él. Biletsky ya había hecho con anterioridad algunas declaraciones sobre la visión que tenía de Ucrania: «La misión histórica de nuestra nación en este momento crítico es liderar a las razas blancas del mundo en una cruzada final por su supervivencia. Una cruzada contra los *Untermenschen* dirigidos por los semitas»[74].

Una amenaza de muerte aún más directa vino de Dmitri Yarosh, líder del grupo extremista Sector Derecho. En mayo de 2019, poco después de la victoria electoral de Zelenski, Yarosh advirtió de que el cumplimiento de sus promesas electorales tendría consecuencias

nefastas: «Será colgado de un árbol en [la avenida Khreshchatyk] si traiciona a Ucrania y a las personas que murieron durante la Revolución y la Guerra. Y es muy importante que lo entienda»[75]. Dmitri Yarosh no fue arrestado, sino ascendido en noviembre de 2021 a asesor del comandante en jefe de las fuerzas armadas ucranianas, al tiempo que era jefe del «Ejército Voluntario Ucraniano». En diciembre de 2021, Zelenski también entregó el premio Héroe de Ucrania a Dmytro Kotsiubailo, líder del grupo fascista Sector Derecho.

La iniciativa de paz de Zelenski de «un gran diálogo nacional» duró hasta 2020. Dicha iniciativa fue dirigida en gran medida por Serguéi Sivokho, amigo y antiguo colega de Zelenski. Incluso antes de 2014, Sivokho había trabajado para reconciliar a los ucranianos mientras el país se polarizaba y se desgarraba. Sivokho y la iniciativa de paz apenas se mencionaban en los medios de comunicación occidentales, donde el relato predominante era que Ucrania estaba unida bajo el Gobierno del Maidán y que las milicias del Donbás eran agentes de Rusia. Zelenki apoyó la «Plataforma Nacional para la Reconciliación y la Unidad» de Sivokho, aunque 70 nacionalistas irrumpieron en la presentación de la iniciativa y agredieron a este último, acusándole de traición. Zelenski cedió a la presión y la violencia de los nacionalistas, y dos semanas después Sivokho fue destituido de su cargo en el Gobierno[76].

El *establishment* político-mediático occidental encubrió la creciente influencia de la extrema derecha, señalando el origen judío de Zelenski como prueba de que todo era propaganda rusa. Aunque Zelenski no estaba ideológicamente inclinado a apoyar a los fascistas, tuvo que adaptarse a la realidad y a dónde residía buena parte del poder. El oligarca judío ucraniano Igor Kolomoisky era el principal financiador tanto de Zelenski como del neonazi Batallón Azov. Washington también se esforzó por hacer pasar a los colaboradores nazis como luchadores por la libertad con un vídeo de Radio Free Europe/Radio Liberty, en el que se decía que Stepan Bandera se puede considerar tanto un héroe como un villano, al tiempo que se inclinaba de manera decidida a favor de la narrativa del héroe. Algunos medios occidentales, como *Deutsche Welle,*

fueron más críticos y reconocieron que el lema «Slava Ukraini» («Gloria a Ucrania») tiene su origen en el fascista Stepan Bandera y la OUN, y que a menudo se complementa con el saludo hitleriano. El eslogan fue adoptado por grupos de extrema derecha y luego se fue convirtiendo poco a poco en la corriente dominante en el seno del ejército ucraniano. Tras la invasión rusa de 2022, los líderes occidentales también empezaron a repetir la consigna fascista para mostrar su apoyo a Ucrania.

Tras fracasar en la puesta en marcha de su mandato de paz, los índices de aprobación de Zelenski empezaron a tambalearse. Una encuesta del Instituto Internacional de Sociología de Kiev de octubre de 2021 reveló que su aprobación había caído a tan sólo el 24% [77]. Zelenski se enfrentaba a un dilema, ya que, o perdía el apoyo público y la perspectiva de paz, o tendría que enfrentarse a los grupos nacionalistas de extrema derecha. En 2021, llegó a acusar a uno de estos grupos de planear un golpe de Estado[78].

Dos semanas antes de la invasión rusa, *The New York Times* publicó un artículo en el que sostenía que los nacionalistas que habían sido armados contra Rusia también suponían una amenaza para el Gobierno de Kiev. El texto reconocía que los nacionalistas de extrema derecha representaban un arma de doble filo, ya que podían disuadir a Rusia, pero también a Zelenski de negociar con Rusia: «El Sr. Zelenski correría grandes riesgos políticos incluso si se planteara un acuerdo de paz, por eso tiene tanto cuidado de no hablar de posibles vías de negociación»[79].

La OTAN prepara a Ucrania para la guerra

En 2014 y poco después del golpe, los asesores de la OTAN ayudaron a Ucrania a evaluar su sector de seguridad y defensa, lo que finalmente llevó a la organización atlántica a aprobar el Paquete Integral de Asistencia para Ucrania en 2016. El propósito de dicho paquete era «consolidar y mejorar la ayuda de la OTAN a Ucrania» y «reformar sus fuerzas armadas de acuerdo con los estándares de la OTAN y lograr su interoperatividad con las fuerzas de la OTAN para 2020»[80]. La Agencia de Inteligencia de la Defensa estadounidense

reconoció en un informe de 2017 que «el Kremlin está convencido de que Estados Unidos está sentando las bases para un cambio de régimen en Rusia, una convicción reforzada aún más por los acontecimientos en Ucrania»[81].

Ucrania comenzó a construir un ejército entrenado por la OTAN formado por 700.000 soldados, más un millón en la reserva. Entre todos los países de la organización atlántica, solo Estados Unidos y Turquía tenían un ejército mayor que el ucraniano, lo que lo convertía en un poderoso Estado situado en primera línea del frente. El objetivo de utilizar a los ucranianos como *proxies* para luchar contra Rusia había sido defendido por George Soros en 1993, previendo un nuevo orden mundial en el que la OTAN sería la institución dominante. Como sugería Soros, a las sociedades occidentales les resultaría difícil aceptar grandes bajas entre sus propios soldados, razón por la cual habría que utilizar a los europeos del Este, ya que

> la combinación de personal de Europa del Este con las capacidades técnicas de la OTAN aumentaría enormemente el potencial militar de esta colaboración, pues para los países de la OTAN se reduciría el riesgo de ver cadáveres embolsados, que es la principal limitación a su voluntad de actuar[82].

Estados Unidos consideraba a Ucrania como un instrumento clave para debilitar a Rusia como rival estratégico. En 2019, la *Army Quadrennial Defence Review* financió un largo informe de 325 páginas elaborado por la RAND Corporation, un *think tank* financiado por el Gobierno estadounidense y conocido por sus estrechos vínculos con la comunidad de inteligencia. Dicho informe se titulaba «Extending Russia: Competing from Advantageous Ground» y exploraba formas de provocar a Rusia «para que se vea obligada a un sobreesfuerzo militar o económico, o para que el régimen pierda prestigio e influencia nacional y/o internacional»[83].

El informe RAND identificó a Ucrania como una región por la que Rusia está «sangrando» y reconocía oportunidades: «Proporcionar más equipamiento y asesoramiento militar estadounidense podría llevar a Rusia a aumentar tanto su implicación directa en el conflicto como el precio que paga por ello. Rusia podría responder montando

una nueva ofensiva y apoderándose de más territorio ucraniano», aunque también reconoce el dilema que supondría provocar una incursión rusa: «Aunque esto podría aumentar los costes rusos, también representaría un revés para Estados Unidos, así como para Ucrania»[84]. La amenaza de expansión de la OTAN se considera asimismo útil para instigar tensiones entre Rusia y Ucrania: «Aunque el requisito de unanimidad de la OTAN hace improbable que Ucrania pueda convertirse en miembro en un futuro previsible, el hecho de que Washington insista en esta posibilidad podría impulsar la determinación ucraniana y llevar a Rusia a redoblar sus esfuerzos para impedirlo»[85]. La estrategia de utilizar a Ucrania para debilitar a Rusia dio lugar a comparaciones explícitas con Afganistán:

> La ampliación de la ayuda estadounidense a Ucrania, incluida ayuda militar letal, probablemente aumentaría los costes de Rusia, tanto en sangre como en dinero, para mantener la región del Donbás. Probablemente se necesitaría más ayuda rusa a los separatistas y una mayor presencia de sus tropas, lo que conllevaría mayores gastos, pérdidas de equipos y bajas. Esto último podría resultar bastante controvertido en Rusia, como ocurrió cuando los soviéticos invadieron Afganistán[86].

Así que la estrategia para debilitar a Rusia tenía que ser cuidadosamente «calibrada», pues el objetivo era desangrarla lentamente, evitando iniciar una guerra a gran escala:

> Proporcionar ayuda mortífera a Ucrania explotaría el mayor punto de vulnerabilidad exterior de Rusia. Pero cualquier aumento de las armas y el asesoramiento militar de Estados Unidos a Ucrania tendría que calibrarse con sumo cuidadodo para aumentar los costes para Rusia de mantener su compromiso actual sin provocar un conflicto mucho más amplio en el que Rusia, por proximidad, tendría ventajas significativas[87].

A principios de 2017, los senadores estadounidenses John McCain y Lindsay Graham visitaron a las tropas ucranianas cerca de la línea del frente del Donbás para pedir una escalada contra Rusia. McCain comentó a las tropas ucranianas: «Creo que ganaréis. Estoy convencido de que ganaréis, y haremos todo lo posible para proporcionaros lo que necesitáis para ganar». Graham les dijo lo

mismo: «Vuestra lucha es nuestra lucha. 2017 será el año de la ofensiva». Y continuó: «Todos nosotros volveremos a Washington e impulsaremos el caso contra Rusia. Ya basta de agresión rusa. Ya es hora de que paguen un precio más alto»[88].

En 2019, Oleksii Arestovich, un popular asesor del presidente Zelenski, predijo la invasión rusa que se produciría tres años después. Arestovich creía que Ucrania tenía que unirse a la OTAN; de lo contrario, sería absorbida gradualmente por Rusia. El precio a pagar por entrar en la OTAN sería una gran guerra con Rusia. Arestovich explicó que la amenaza de la adhesión de Ucrania a la organización atlántica «provocaría que Rusia lanzara una operación militar a gran escala contra Ucrania» para asegurarse de que «la OTAN se mostrara reacia a aceptarnos». Arestovich argumentó que el actual camino de Ucrania hacia la OTAN haría que la probabilidad de una invasión rusa fuera segura en un «99,9%» y que el «periodo entre 2020-2022 era el más crítico». Predijo «una guerra a gran escala con Rusia y la entrada en la OTAN como resultado de la derrota rusa. Genial». La victoria estaría asegurada al tratarse de una guerra *proxy* de la organización atlántica: «En este conflicto, Occidente nos apoyará de forma muy activa con armas, equipamiento, ayuda, nuevas sanciones contra Rusia y la posible introducción de un contingente de la OTAN, una zona de exclusión aérea, etc. No perderemos, y eso es lo que nos espera. No perderemos, y eso es bueno»[89].

La OTAN también se estaba preparando para la guerra contra Rusia en los Estados bálticos. En septiembre de 2020, Estados Unidos colocó sistemas lanzacohetes múltiples para un ejercicio de fuego real con misiles tácticos en Estonia, a sólo 70 millas de la frontera rusa. En mayo de 2021, otras maniobras militares de la OTAN incluyeron el lanzamiento de 24 misiles para simular un ataque contra el sistema de defensa antiaérea ruso[90]. Siguieron insistiendo en que con ello no estaban provocando a Rusia, aunque Estados Unidos sin duda habría reaccionado con fiereza ante provocaciones similares en sus propias fronteras.

Moscú estaba convencido de que Estados Unidos seguía comprometido con su objetivo tras el golpe de Kiev de reemplazar a

la Flota del Mar Negro en Crimea. En 2021, Ucrania aceleró su adopción de las normas de la OTAN[91]. Estados Unidos había empezado a trabajar en la mejora de los puertos ucranianos en 2019 para adaptarlos a los buques de guerra estadounidenses[92]. En febrero de 2021, Ucrania y la OTAN anunciaron planes para construir dos nuevas bases navales en la costa ucraniana del mar Negro. El primer ministro ucraniano, Denys Shmyhal, anunció en la sede de la OTAN en Bruselas que el Reino Unido «nos está ayudando financieramente» a construir las bases navales. En la conferencia de prensa conjunta, el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, confirmó que el mar Negro sería una prioridad clave para la organización atlántica:

> Creo que tenemos que entender que el mar Negro es de importancia estratégica para la OTAN y los aliados de la OTAN: nuestros Estados litorales, Turquía, Bulgaria y Rumanía. Y luego tenemos dos socios cercanos y muy valorados en la región, Ucrania y Georgia[93].

Los planes de la OTAN de ampliar su presencia militar en la costa ucraniana del mar Negro fueron reafirmados por el general Tod Wolters, comandante supremo aliado de la OTAN y jefe del Mando Europeo de Estados Unidos. Wolters argumentó que la OTAN debe desarrollar una «presencia avanzada reforzada» en la región del mar Negro en cooperación con Georgia y Ucrania[94].

De marzo a junio de 2021, se puso en marcha una de las mayores maniobras militares dirigidas por Estados Unidos en décadas, que incluía a las regiones del Báltico y del mar Negro. En «Defender Europe 2021» participaron 28.000 soldados de 27 naciones diferentes, que expresaban con ello su apoyo a Ucrania. El ya mencionado Arestovich, representante en el Grupo de Contacto Trilateral en el Donbás, se refirió al ejercicio militar como preparación para una guerra con Rusia: «Se simula que en las aguas que van desde el mar Báltico hasta el mar Negro se está fraguando una guerra con Rusia... Bueno, digámoslo sin rodeos, el tema es un enfrentamiento armado con Rusia»[95].

En junio y julio de 2021, Estados Unidos y Ucrania organizaron las mayores maniobras navales en décadas, «Sea Breeze 2021», con 32

buques, 40 aviones y 5.000 soldados de 24 países en el mar Negro. Con ellas se pretendía mostrar la solidaridad OTAN-Ucrania, «con el objetivo de equiparar a Ucrania a los estándares de la OTAN»[96]. Estuvieron a punto de hacer que Rusia abriese fuego contra un buque de guerra británico que entró deliberadamente en lo que Rusia considera sus aguas territoriales. Desde la perspectiva de Moscú, estas acciones se interpretaron como un mensaje de que los países de la OTAN apoyaban a Ucrania como miembro *de facto* y de que tanto la OTAN como Ucrania estaban desafiando el control ruso sobre Crimea.

El 21 de junio de 2021, Reino Unido firmó en el puerto de Odesa, a bordo del destructor británico *HMS Defender,* un acuerdo con Ucrania, en el que se incluía la construcción por parte de Reino Unido de una nueva base naval en el mar Negro y otra en el mar de Azov. Dos días después, el *HMS Defender* se adentró en aguas territoriales de Crimea en una demostración de poder, amparándose en la defensa de la «libre navegación». Rusia alega que realizó disparos de advertencia y lanzó proyectiles al paso de la mencionada embarcación. Este incidente tuvo un profundo impacto en Moscú, que empezaba a convencerse de que los países de la OTAN estaban decididos a utilizar a Ucrania para mostrar su fuerza contra Rusia en lugar de buscar la paz.

El proceso gradual de hacer de Ucrania un miembro *de facto* de la OTAN tuvo un siguiente episodio con las maniobras militares «Rapid Trident», de septiembre a octubre de 2021, para mejorar la interoperatividad entre la OTAN y Ucrania[97]. El general de brigada ucraniano Vladyslav Klochkov dijo que estas maniobras constituían «un paso importante hacia la integración europea de Ucrania. Reforzará las capacidades operativas de nuestras tropas, mejorará el nivel de interoperatividad entre las unidades y los cuarteles generales de las Fuerzas Armadas de Ucrania, Estados Unidos y los socios de la OTAN»[98].

Mientras Ucrania y Rusia enviaban tropas hacia la frontera del Donbás, la OTAN parecía echar leña al fuego. En junio de 2021, la organización atlántica impulsó la idea de adhesión de Ucrania: «Reiteramos la decisión tomada en la Cumbre de Bucarest de 2008

de que Ucrania se convierta en miembro de la Alianza»[99].

Ese mismo mes, junio de 2021, Kurt Volker, exembajador de Estados Unidos ante la OTAN y exrepresentante especial de Estados Unidos para las negociaciones con Ucrania de 2017 a 2019, se opuso a la paz y la reconciliación con Rusia. Al hablar de cuáles deberían ser los objetivos de una próxima cumbre entre los presidentes Joe Biden y Vladimir Putin, que se organizó para apaciguar la situación en Ucrania y que las relaciones entre Estados Unidos y Rusia volviesen a la senda de la estabilidad y lo previsible, Volker escribió que «el éxito es la confrontación». Para él, el mejor resultado de la cumbre sería esa confrontación, pues cualquier acuerdo con Rusia equivalía a una concesión:

> Sin duda, a Estados Unidos, la UE, la OTAN y otros aliados no les conviene una cumbre de la que Putin salga convencido de que ha despachado a Estados Unidos y de que su comportamiento no tiene consecuencias. Se enviaría una señal global de que los autoritarios pueden salirse con la suya con actos agresivos dentro y fuera del país, y que Estados Unidos y Occidente no tomarán ninguna medida significativa para detenerlos. Por eso la Cumbre supone un mayor riesgo para Biden que para Putin: cualquier resultado que parezca tranquilizador y benévolo favorece en realidad a Putin. Para Estados Unidos, por tanto, el mejor resultado posible no es un acuerdo modesto y un compromiso de «previsibilidad», sino la ausencia total de acuerdos. El éxito es la confrontación[100].

La preparación para la guerra contra Rusia era evidente en toda la dirigencia estadounidense. Evelyn Farkas, exsubsecretaria adjunta de Defensa para Rusia, Ucrania y Eurasia en la Administración Obama y exasesora principal del Comandante Supremo Aliado en la OTAN, publicó un artículo de opinión el 11 de enero de 2022 con el título «Estados Unidos debe prepararse para la guerra contra Rusia por Ucrania»:

> No sólo debemos condenar las ocupaciones ilegales de Ucrania y Georgia por parte de Rusia, sino que debemos exigir que se retire de ambos países en una fecha concreta y organizar una coalición de fuerzas dispuestas a entrar en acción para hacer que se cumpla […]. Existe la horrible posibilidad de que los estadounidenses, junto con nuestros aliados europeos, debamos utilizar nuestro

ejército para hacer que los rusos den marcha atrás, aun a riesgo de entrar en combate directo[101].

En agosto de 2021, Estados Unidos y Ucrania firmaron un acuerdo marco de defensa estratégica, que formalizaba a Ucrania como Estado miembro *de facto* de la OTAN al transformar el procedimiento de la organización atlántica en un acuerdo bilateral Estados Unidos-Ucrania. En noviembre de 2021, Moscú vio una guerra en el horizonte cuando se firmó la «Carta de Asociación Estratégica Estados Unidos-Ucrania», por la que el primero se comprometía a la «plena integración de Ucrania en las instituciones europeas y euroatlánticas», a desarrollar el ejército ucraniano, a profundizar la cooperación en el mar Negro y a ofrecer un «compromiso inquebrantable» con la reintegración de Crimea a Ucrania. Henri Guaino, uno de los principales asesores del expresidente Nicolas Sarkozy, advirtió de que la Carta «convenció a Rusia de que debía atacar o sería atacada»[102].

Rusia exige garantías de seguridad

A finales de 2021, Rusia decidió establecer una línea roja respaldada por la amenaza de la fuerza militar. En diciembre, Moscú envió a Washington un proyecto de tratado en el que se esbozaban las condiciones para restablecer la seguridad y la estabilidad en Europa. Dicho borrador exigía que la OTAN no continuara su expansión hacia el este y comprometía a Washington a no establecer ninguna base militar en Ucrania. En un segundo borrador, Moscú también exigía que la OTAN retirara las tropas y equipos que había trasladado a Europa del Este desde 1997.

El borrador del tratado reiteraba en gran medida los compromisos que Occidente ya había firmado y acordado en la década de 1990. Tanto los acuerdos para la seguridad paneuropea según la Carta de París para una Nueva Europa de 1990 como el documento fundacional de la OSCE de 1994 se basaban en los principios de seguridad indivisible en una Europa sin líneas divisorias. Además, el Acta Fundacional OTAN-Rusia de 1997 prohibía explícitamente a la

OTAN situar tropas permanentes en los nuevos Estados miembros.

Sin embargo, Estados Unidos y la OTAN rechazaron las demandas de seguridad de Rusia; incluso discutirlas se presentó como una contemporización peligrosa. Las negociaciones no avazaron porque Washington se opuso categóricamente a poner limitaciones a la expansión de la OTAN, y las propias propuestas de Biden no abordaban las principales preocupaciones rusas en materia de seguridad. Sin embargo, pareció que se hacía una concesión a Moscú en lo tocante al expansionismo militar estadounidense cuando Biden aseguró a Putin que «Washington no tenía intención de desplegar armas de carácter ofensivo en Ucrania». No obstante, Washington pareció cambiar de opinión con respecto a aceptar cualquier limitación al despliegue de este tipo de armas en Ucrania[103]. En respuesta a la exigencia de Moscú de garantías de seguridad y advertencias para no cruzar sus líneas rojas, el presidente Biden respondió con un «no acepto la líneas rojas de nadie»[104].

Cualquier esfuerzo para abordar las preocupaciones rusas en materia de seguridad fue rápidamente sofocado. El jefe de la Marina alemana, el vicealmirante Kay-Achim Schönbach, se vio obligado a dimitir en enero de 2022 tras argumentar: «La península de Crimea ha desaparecido: nunca volverá, eso es un hecho», y que Occidente debería abordar las preocupaciones de seguridad rusas con respeto[105]. Incluso después de la invasión rusa, se siguió sin aceptar bien las críticas. El jefe de las fuerzas armadas alemanas, el general Eberhard Zorn, fue despedido de su cargo tras afirmar en una entrevista concedida a la revista *Focus* en septiembre de 2022 que Ucrania «puede recuperar lugares o zonas concretas de las líneas del frente, pero no hacer retroceder a Rusia en un frente amplio»[106]. Además, Zorn había advertido de que continuar la guerra podría conllevar el riesgo de que Rusia abriera un segundo frente. El general estadounidense Ben Hodges criticó el análisis del alemán, y unos meses más tarde Zorn fue destituido de su cargo.

Para evitar la guerra, el canciller alemán Olaf Scholz mantuvo una reunión con el presidente Zelenski el 19 de febrero de 2022 en la que sostuvo que «Ucrania debería renunciar a sus aspiraciones en la

OTAN y declararse neutral como parte de un acuerdo de seguridad europea más amplio entre Occidente y Rusia»[107].

Kiev rechazó la propuesta de Alemania y en su lugar insinuó una mayor escalada. En la Conferencia de Seguridad de Múnich de febrero de 2022, apenas unos días antes de la invasión rusa, el presidente Zelenski insinuó que Ucrania podría desarrollar armas nucleares, ya que se había incumplido el Memorando de Budapest.

George Beebe, exjefe de análisis sobre Rusia en la CIA, advirtió en diciembre de 2021 que Moscú «se siente amenazado» por las crecientes acciones militares estadounidenses en Ucrania, lo que podría presionar a Rusia para invadir el país. Beebe argumentó que el ingreso de Ucrania en la OTAN aún estaba lejano, aunque el rápido aumento de la cooperación militar estadounidense con Kiev estaba convirtiendo a Ucrania en un miembro *de facto* de la OTAN. Estados Unidos estaba suministrando a Ucrania grandes cantidades de material militar, entrenando a su ejército e incluso modernizando los puertos ucranianos para adaptarlos a los buques de guerra estadounidenses. Moscú se vio presionado por la concentración militar estadounidense en sus fronteras hasta tal punto, que los riesgos a los que se enfrentaba Rusia si llevaba a cabo una invasión eran mayores que los riesgos de no hacerlo. Como argumentó Beebe, «esa relación [Estados Unidos-Ucrania] será mucho más fuerte y profunda, y el ejército de Estados Unidos estará más firmemente asentado en Ucrania dentro de dos o tres años. Así que la inacción [por parte del Kremlin] es arriesgada»[108].

Este análisis fue confirmado en gran medida por Moscú cuando el embajador ruso en Washington publicó un artículo en la revista *Foreign Policy* el 30 de diciembre de 2021 con una advertencia directa:

> Todo tiene sus límites. Si nuestros socios [Estados Unidos y los países de la OTAN] siguen construyendo realidades estratégico-militares que ponen en peligro la existencia de nuestro país, nos veremos obligados a generarles situaciones similares. Hemos llegado a un punto en el que no tenemos margen para retroceder. La prospección militar llevada a cabo por los Estados miembros de la OTAN en Ucrania es una amenaza existencial para Rusia[109].

El 26 de diciembre de 2021, Putin advirtió de que más de dos décadas de expansionismo de la OTAN hacia las fronteras rusas habían arrinconado a Rusia. Aparentemente, dio a entender que se habían agotado los esfuerzos diplomáticos: «No tenemos dónde refugiarnos […]. Nos han empujado hasta una línea que no podemos cruzar. Han llegado a un punto en el que simplemente debemos decirles: "¡Basta!"». El ministro ruso de Asuntos Exteriores, Serguéi Lavrov, recurrió al mismo lenguaje: «Hemos llegado a nuestro punto de ebullición».

El 26 de enero de 2022, Estados Unidos y la OTAN rechazaron las principales demandas rusas de garantías de seguridad. Washington insistió en que sabían que se avecinaba una invasión rusa, pero rehusaron cualquier límite por su parte y la de la OTAN. El secretario de Estado estadounidense, Anthony Blinken, respondió de forma inequívoca: «No hay ningún cambio; no habrá ningún cambio», cuando se le preguntó si podría variar algo la posición sobre la expansión de la OTAN[110].

Una vinculación más estrecha de la OTAN con Ucrania bajo un liderazgo comprometido a retomar Crimea por la fuerza también presionó a Rusia para actuar antes de que esa asociación militar se profundizara aún más. En una rueda de prensa tras una reunión con el primer ministro húngaro, Putin advirtió sobre una posible gran guerra en Europa:

> Escuchen con atención lo que voy a decir. En las doctrinas de Ucrania está escrito que quiere recuperar Crimea, por la fuerza si es necesario. Esto no es lo que los funcionarios ucranianos dicen en público. Esto está escrito en sus documentos [...]. Imaginemos que Ucrania es un país de la OTAN e inicia estas operaciones militares. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Luchar contra el bloque de la OTAN? ¿Alguien ha pensado en esto? Parece que no[111].

En una reunión con Macron a principios de febrero, Putin reiteró que, «si Ucrania está en la OTAN y decide recuperar Crimea por medios militares, [...] los países europeos entrarán automáticamente en un conflicto militar con Rusia»[112].

Conclusión

Rusia fue a la guerra en febrero de 2022 una vez que se convenció de que la vía diplomática era inútil y estaba agotada. Vio que podía estar cayendo en una trampa, ya que Estados Unidos y otros países de la OTAN se habían preparado para una larga guerra *proxy*. Sin embargo, ocho años después de que se hubiera boicoteado el Acuerdo de Minsk II, en Moscú se daba por sentado que una demostración de fuerza convencería a Ucrania y a Occidente para hacer las paces. Con independencia de cómo reaccionara Occidente ante el uso de la fuerza militar por parte de Rusia, la premisa era que, si la guerra era inevitable, entonces era importante golpear primero.

---

[1] «Ukraine's Revolution and the Far Right», BBC, 7 de marzo de 2014.

[2] W. Burns, «Nyet means nyet: Russia's NATO Enlargement Redlines», *Wikileaks,* 1 de febrero de 2008.

[3] N. J. Spykman, *America's Strategy in World Politics: the United States and the Balance of Power,* New Brunswick, Transaction Publishers, 1942, p. 182.

[4] J. W. Kipp y W. B. Lincoln, «Autocracy and Reform Bureaucratic Absolutism and Political Modernization in Nineteenth-Century Russia», *Russian History* 6, 1 (1979), p. 4.

[5] «Ukraine war to be "decided on the battlefield", NATO official says», *Euronews,* 12 de julio de 2022.

[6] «Putin's plan includes Baltics, says former NATO chief», *Lrt,* 19 de julio de 2022.

[7] J. Pilger, «In Ukraine, the U.S. is dragging us towards war with Russia», *The Guardian,* 13 de mayo de 2014.

[8] V. Putin, «Address by President of the Russian Federation», *President of Russia,* 18 de marzo de 2014.

[9] D. Morrison, «Obama Lied About a Referendum in Kosovo», *Huffington Post,* 31 de marzo de 2014.

[10] Embajada de Estados Unidos en Ucrania, «Anniversary of the So-Called "Annexation" of Crimea by the Russian Federation», 19 de marzo de 2015.

[11] K. Rapoza, «One Year After Russia Annexed Crimea, Locals Prefer Moscow To Kiev», *Forbes,* 20 de marzo de 2015.

[12] S. Greer y M. Shtekel, «Ukraine's Navy: A Tale of Betrayal, Loyalty, And Revival», *RFE/RL,* 27 de abril de 2020.

[13] S. Walt, «No Contest», *Foreign Policy,* 4 de marzo de 2014.

[14] Embajada de Estados Unidos en Bielorrusia, «Belarus: Budapest Memorandum», Embajada de Estados Unidos en Minsk, 12 de abril de 2013.

[15] S. Milne, «It's not Russia that's pushed Ukraine to the brink of war», *The*

Guardian, 30 de abril de 2014.
[16] S. Charap y S. Boston, «The West's Weapons Won't Make Any Difference to Ukraine», *Foreign Policy,* 21 de enero de 2022.
[17] R. Sakwa, *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands,* Londres, I. B. Tauris, 2014.
[18] J. Löwenhardt, «The OSCE, Moldova and Russian diplomacy in 2003», *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 20, 4 (2004), p. 109.
[19] M. Vahl y M. Emerson, «Moldova and the Transnistrian conflict», *JEMIE* 1 (2004), p. 16.
[20] «A Tour d'horizon with President Voronin», *Wikileaks,* 18 de julio de 2008.
[21] S. Cohen, «"We Are Not Beginning a New Cold War, We are Well into It": Stephen Cohen on Russia-Ukraine Crisis», *Democracy Now,* 17 de abril de 2014.
[22] Kissinger, «How the Ukraine crisis ends», cit.
[23] Pilger, «In Ukraine, the U.S. is dragging us towards war with Russia», cit.
[24] S. Charap, «The U.S. Approach to Ukraine's Border War Isn't Working. Here's What Biden Should Do Instead», *Politico,* 19 de noviembre de 2021.
[25] J. Huggler, «Ukraine crisis: U.S. officials compare peace efforts to appeasing Hitler», *The Telegraph,* 8 de febrero de 2015.
[26] «Ucrania: The Minsk agreements five years on», *European Parliament,* marzo de 2020.
[27] A. Osang, «You're Done with Power Politics», *Spiegel,* 1 de diciembre de 2022.
[28] T. Hildrebrandt y G. di Lorenzo, «"Hatten Sie gedacht, ich komme mit Pferdeschwanz?"», *Zeit,* 7 de diciembre de 2022.
[29] J. Stoltenberg, «Doorstep statement by NATO Secretary General Jens Stoltenberg ahead of the meetings of NATO Defence Ministers in Brussels», OTAN, 14 de febrero de 2023.
[30] T. Prouvost, «Hollande: "There will only a way out of the conflict when Russia fails on the ground"», *The Kyiv Independent,* 28 de diciembre de 2022.
[31] «Putin ist ein Drache, der fressen muss», *Der Spiegel,* 9 de febrero de 2023.
[32] T. Snider, «Putin and Zelensky finally agree. Here's why that's a bad thing», *Responsible Statecraft,* 5 de diciembre de 2022.
[33] «Russland will verhandeln!», *Emma,* 4 de marzo de 2023.
[34] J. F. Matlock, «Why the U.S. must press for a ceasefire in Ukraine», *Responsible Statecraft,* 17 de octubre de 2022.
[35] M. M. Abrahms, «Does Ukraine Have Kompromat on Joe Biden?», *Newsweek,* 8 de agosto de 2023.
[36] P. Sonne y J. Grimaldi, «Biden's Son, Kerry Family Friend Join Ukrainian Gas Producer's Board», *The Wall Street Journal,* 13 de mayo de 2014.
[37] E. J. Morris y G. Fonrouge, «Smoking-gun email reveals how Hunter Biden introduced Ukrainian businessman to VP dad», *New York Post,* 14 de octubre de 2020.

[38] Gobierno de EEUU, «Comer Statement on Devon Archer's Testimony», *Committee On Oversight and Accountability,* 31 de julio de 2023.

[39] Abrahms, «Does Ukraine Have Kompromat on Joe Biden?», cit.

[40] G. Miller e I. Khurshudyan, «Ukrainian spies with deep ties to CIA wage shadow war against Russia», *The Washington Post,* 23 de octubre de 2023.

[41] *Ibid.*

[42] M. McFaul, «The U.S. and Ukraine need to reboot their relationship. Here's how they can do it», *The New York Times,* 23 de agosto de 2021.

[43] D. Peleschuk, «Ukraine's President Finally Flexes His Muscles», *Foreign Policy,* 12 de febrero de 2021.

[44] Senado de Estados Unidos, «Resolution 435, Calendar n.º 608», 14 de marzo de 2018.

[45] M. Pesenti, «Ukraine's cultural revival is a matter of national security», *Atlantic Council,* 19 de enero de 2021.

[46] L. Golinkin, «Secretary Blinken Faces a Big Test in Ukraine, Where Nazis and Their Sympathizers Are Glorified», *The Nation,* 6 de mayo de 2021.

[47] Parlamento Europeo, *Resolution on the situation in Ukraine,* 13 de diciembre de 2012.

[48] B. Whelan, «Far-right group at heart of Ukraine protests meet U.S. senator», *Channel4 News,* 16 de diciembre de 2013.

[49] A. Foxall y O. Kessler, «Yes, There Are Bad Guys in the Ukrainian Government», *Foreign Policy,* 18 de marzo de 2014.

[50] N. N. Petro, *The Tragedy of Ukraine,* Boston, De Gruyter, 2023, p. 113.

[51] A. Rubenstein y M. Blumenthal, «How Ukraine's Jewish president Zelensky made peace with neo-Nazi paramilitaries on front lines of war with Russia», *The Grayzone,* 4 de marzo de 2022.

[52] P. Baker, «Obama Said to Resist Growing Pressure From All Sides to Arm Ukraine», *The New York Times,* 10 de marzo de 2015.

[53] D. Chollet, *The Long Game: How Obama Defied Washington and Redefined America's Role in the World,* Nueva York, Public Affairs, 2016.

[54] Z. Dorfman, «CIA-trained Ukrainian paramilitaries may take central role if Russia invades», *Yahoo News,* 13 de enero de 2022.

[55] G. Norman, «Top U.S. military official relays "worst thing" Russia did before invading Ukraine», *Fox News,* 4 de mayo de 2022.

[56] T. Lister, «The Nexus Between Right-Wing Extremists in the United States and Ukraine», *Combating Terrorism Center at West Point* 13, 4 (2020), p. 35.

[57] R. Parry, «U.S. House Admits Nazi Role in Ukraine», *Consortium News,* 12 de junio de 2015.

[58] J. Carden, «Congress Has Removed a Baned on Funding Neo-Nazis From Its Year-End Spending Bill», *The Nation,* 14 de enero de 2016.

[59] R. Kheel, «Congress bans arms to Ukraine militia linked to neo-Nazis», *The Hill,* 27 de marzo de 2018.

[60] A. H. Soufan, «Global Terrorism: Threats to the Homeland, Testimony to be

presented before the House Committee on Homeland Security», 10 de septiembre de 2019.

[61] A. Maté , «Siding with Ukraine's far-right, U.S. sabotaged Zelensky's mandate for peace», Aaron Maté (blog *Substack*), 10 de abril de 2022.

[62] Petro, *The Tragedy of Ukraine,* cit., p. 90.

[63] «Ukraine crisis: Deadly anti-autonomy protest outside parliament», *BBC,* 31 de agosto de 2015.

[64] «Right-Wing Protesters Clash With Police Outside Ukrainian President's Office», *RFE/RL,* 14 de agosto de 2021.

[65] «Ukraine election: Comedian Zelensky wins presidency by landslide», *BBC,* 22 de abril de 2019.

[66] P. K. Dutta, S. Granados y M. Ovaska, «On the edge of war», *Reuters,* 26 de enero de 2022.

[67] Lister, «The Nexus Between Right-Wing Extremists in the United States and Ukraine», cit.

[68] A. Korniienko, «Thousands rally in Kyiv against Zelensky's plan to end war with Russia», *Kyiv Post,* 6 de octubre de 2019.

[69] O. Grytsenko, «"I'm not a loser": Zelensky clashes with veterans over Donbas disengagement», *Kyiv Post,* 28 de octubre de 2019.

[70] A. Maté, «Ukrainegate impeachment saga worsens U.S.-Russia Cold War», *The Grayzone,* 13 de noviembre de 2019.

[71] J. Melanovski, «Ukrainian President Zelensky deepens alliance with far right», *World Socialist Web Site,* 30 de abril de 2021.

[72] Grytsenko, «"I'm not a loser"», cit.

[73] *Ibid.*

[74] T. Parfitt, «Ukraine crisis: the neo-Nazi brigade fighting pro-Russian separatists», *The Telegraph,* 11 de agosto de 2014.

[75] J. Baud, *Operationn Z,* París, Max Milo, 2022.

[76] N. N. Petro, «The last Ukrainian peacemaker: Sergei Sivokho remembered», *Responsible Statecraft,* 23 de octubre de 2023.

[77] «Socio-political moods of the population of Ukraine», Instituto Internacional de Sociología de Kiev, 19 de octubre de 2021.

[78] A. E. Kramer, «Armed Nationalists in Ukraine Pose a Threat Not Just to Russia», *The New York Times,* 10 de febrero de 2022.

[79] *Ibid.*

[80] OTAN, «Comprehensive Assistance Package for Ukraine», julio de 2016.

[81] «Russia Military Power: Building a military to support great power aspirations», *Defense Intelligence Agency,* 6 de julio de 2017, p. 15.

[82] G. Soros, «Toward A New World Order: The Future of NATO», *Open Society Foundations,* 1 de noviembre de 1993.

[83] J. Dobbins, R. S. Cohen, N. Chandler, B. Frederick, E. Geist, P. DeLuca, F. E. Morgan, H. J. Shatz y B. Williams, *Extending Russia: Competing from Advantageous Ground,* Santa Mónica, Cal., RAND Corporation, 24 de abril de 2019,

p. iii.

[84] *Ibid.,* p. xv.

[85] *Ibid.,* p. 99.

[86] *Ibid*.

[87] *Ibid.,* p. 136.

[88] D. M. Herszenhorn, «U.S. senators praise Ukrainian marines, slam Putin», *Politico,* 2 de enero de 2017.

[89] A. Arestovich, «Voennoe Obozrenie», *Apostrof TV,* 18 de febrero de 2019.

[90] B. Deveraux, «Rocket Artillery can keep Russia out of the Baltics», *War on the Rocks,* 20 de mayo de 2021.

[91] H. Shelest, «Defend. Resist. Repeat: Ukraine's lessons for European defence», *ECFR,* 9 de noviembre de 2022.

[92] P. Mcleary, «U.S. Upgrades Ukrainian Ports To Fit American Warships», *Breaking Defense,* 3 de julio de 2019.

[93] J. Vandiver, «Ukraine plans Black Sea bases as U.S. steps up presence in region», *Start and Stripes,* 10 de febrero de 2021.

[94] *Ibid.*

[95] «In Kiev, they announced the development of a scenario of war with Russia with NATO», *Teller Report,* 2 de abril de 2021.

[96] R. Goncharenko, «Ukraine, U.S. Black Sea drills raise tensions», *Deutsche Welle,* 29 de junio de 2021.

[97] C. Menegay y A. Valles, «U.S., NATO, Ukraine enhance interoperability with Rapid Trident exercise», *U.S. Army,* 21 de septiembre de 2021.

[98] *Ibid.*

[99] Consejo del Atlántico Norte, «Brussels Summit Communiqué, North Atlantic Treaty Organization», 14 de junio de 2021.

[100] K. Volker, «What Does a Successful Biden-Putin Summit Look Like? Not What You Think», *CEPA,* 2 de junio de 2021.

[101] E. Farkas, «The U.S. Must Prepare for War Against Russia Over Ukraine», *Defense One,* 11 de enero de 2022.

[102] Caldwell, «The War in Ukraine May Be Impossible to Stop», cit.

[103] R. McGovern, «Biden Reneged-Now Russian Army Will Talk», *AntiWar,* 30 de diciembre de 2022.

[104] «Biden Says He'll Make It "Very Difficult" For Russia To Attack Ukraine», *RFE/RL,* 4 de diciembre de 2021.

[105] «German navy chief quits after Putin, Crimea gaffes», *Deutsche Welle,* 22 de enero de 2022.

[106] «Germany replaces the head of the Bundeswehr armed forces», *Deutsche Welle,* 13 de marzo de 2023.

[107] «Vladimir Putin's 20-Year March to War in Ukraine-and How the West Mishandled It», *The Wall Street Journal,* 1 de abril de 2022.

[108] «Russia's Proposal To Redraw European Security "Unacceptable," U.S. Says», *Radio Free Europe/Radio Liberty,* 18 de diciembre de 2021.

[109] A. Antonov, «An Existential Threat to Europe's Security Architecture?», *Foreign Policy,* 30 de diciembre de 2021.

[110] A. Blinken, «Secretary Antony J. Blinken at a Press Availability», Departamento de Estado de Estados Unidos, 26 de enero de 2022.

[111] V. Putin, «News conference following Russian-Hungarian talks», *President of Russia,* 1 de febrero de 2022.

[112] D. M. Herszenhorn y G. Leali, «Defiant Putin mauls Macron in Moscow», *Politico,* 7 de febrero de 2022.

CAPÍTULO VIII

La invasión rusa de 2022

Aparentemente, Rusia consideró su invasión de Ucrania como un ataque preventivo para imponer un acuerdo de paz que no podía lograr por la vía diplomática. No obstante, fue una guerra de agresión de consecuencias impredecibles. También se convirtió en una guerra *proxy,* ya que los países de la OTAN vieron la oportunidad de combatir y desgastar a Rusia utilizando soldados ucranianos. Pero la guerra *proxy* se volvió extremadamente peligrosa, pues era, en efecto, la principal línea de frente en la lucha por el futuro orden mundial. Las partes en conflicto están dispuestas a asumir mayores riesgos cuando las rivalidades estratégicas vienen definidas por una victoria o una derrota totales.

El principal objetivo de Occidente es recuperar su debilitada posición en el mundo y restaurar su hegemonía colectiva bajo el liderazgo de Estados Unidos. Derrotar a Rusia eliminaría al rival clave en Europa y debilitaría a China, lo que permitiría al Occidente colectivo restaurar el llamado orden internacional basado en normas. Sin embargo, una derrota en Ucrania desacreditaría a la OTAN en Europa y avivaría el surgimiento de un mundo multipolar. En palabras del primer ministro polaco Mateusz Morawiecki: «Si perdemos Ucrania, perderemos el mundo durante décadas. La derrota en Ucrania podría ser el principio del fin de la edad de oro de Occidente»[1]. El presidente Biden también advirtió de que el aumento de los conflictos significaba que el orden mundial se había «agotado», y abogó por revitalizar el liderazgo y la hegemonía de Estados Unidos para «un nuevo orden mundial»[2].

El presidente Vladimir Putin definió asimismo el conflicto en Ucrania como una cuestión de orden mundial, situándolo en el contexto de una lucha entre la unipolaridad como fuente de conflicto y la multipolaridad como un sistema de restricciones mutuas:

> No se trata de un conflicto territorial ni de un intento de establecer un

equilibrio geopolítico regional. La cuestión es mucho más amplia y fundamental, y tiene que ver con los principios subyacentes al nuevo orden internacional. La paz duradera sólo será posible cuando todos se sientan seguros y protegidos, comprendan que sus opiniones son respetadas y que existe un equilibrio en el mundo en el que nadie puede obligar o forzar unilateralmente a los demás a vivir o comportarse como a una potencia hegemónica le plazca, contraviniendo la soberanía, los intereses genuinos, las tradiciones o las costumbres de pueblos y países[3].

La guerra informativa: una invasión rusa «injustificada»

Movilizar a la opinión pública en favor de una guerra contra la mayor potencia nuclear del mundo y tras rechazar unas negociaciones de paz requiere que el conflicto se enmarque ideológicamente como una lucha entre el bien y el mal. El tema de conversación constante entre las elites de los medios políticos occidentales ha sido negar que a Rusia la muevan legítimas preocupaciones en lo tocante a su seguridad y, en su lugar, afirmar que su invasión de Ucrania fue «injustificada ».

Si la opinión pública creyera que hubo alguna provocación que llevó Rusia a invadir el país vecino, entonces por lógica se podría llegar a una solución diplomática, y cualquier suministro de armas no haría sino intensificar la violencia. Sin embargo, esta lógica se invierte al presentar la invasión rusa como algo injustificado, como un empeño por adquirir más territorios o «reconstruir la Unión Soviética». Armar a Ucrania y prolongar la guerra es, pues, lógico para alterar los cálculos de coste/beneficio del oportunismo militar ruso. Cualquier solución diplomática se limitaría entonces a contentar y envalentonar a Rusia y a otros Estados para realizar agresiones similares en el futuro.

El mantra de la OTAN era, por tanto, que la guerra podría terminar en cualquier momento si Rusia retiraba a sus soldados, mientras que para Rusia la guerra se consideraba nada menos que una amenaza existencial y no se podía perder. El relato de una invasión «injustificada» fue, por tanto, imprescindible para respaldar una guerra *proxy* contra Rusia en la que la OTAN envió potentes armas,

los europeos sacrificaron sus economías y el resto del mundo se vio presionado para aislar a Rusia.

El relato de que la invasión no fue provocada mostró sus debilidades desde un principio, pues la mayor alianza militar del mundo se había ido extendiendo hacia las fronteras rusas. Las grandes potencias son muy sensibles a la presencia de otras grandes potencias en sus fronteras, especialmente Rusia, ya que su historia ejemplifica, en gran medida, la necesidad de establecer «amortiguadores» frente a los invasores occidentales. Se puede predecir con absoluta certeza que Estados Unidos reaccionaría de forma similar, esto es, con una guerra, si Rusia o China trataran de establecer una alianza militar con México y colocar sus armas en la frontera estadounidense. De hecho, Estados Unidos amenazó con una guerra nuclear en 1962 si los soviéticos no retiraban sus armas nucleares de Cuba. La hipótesis de que el orden mundial no se basa en unas normas comunes para todos, se puso a prueba en enero de 2022, cuando Moscú dejó caer que podría responder a la militarización estadounidense de Ucrania enviando soldados y sistemas de armamento rusos a Cuba y Venezuela. El consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Jake Sullivan, respondió: «Si Rusia fuera en esa dirección, nos enfrentaríamos a ella con determinación»[4].

El relato de una invasión «injustificada» exigió posteriormente un estricto control de la información debido a las pruebas acumuladas durante casi 30 años que hacen que Rusia considere que la expansión de la OTAN es su principal amenaza. En la posterior guerra informativa, esto se tachó de «propaganda rusa». Quienes disentían y argumentaban que la invasión rusa no fue «injustificada» podían ser acusados de legitimar y apoyar la guerra, lo que justificaba su cancelación y la expulsión del debate público.

Tras la anexión rusa de Crimea en 2014, el profesor John Mearsheimer dijo que «Estados Unidos y sus aliados europeos comparten, en muy buena medida, la responsabilidad de la crisis. La raíz del problema es la ampliación de la OTAN»[5]. Tras la invasión rusa de 2022, nada menos que el papa Francisco sugirió que «en Ucrania fueron otros Estados los que crearon el conflicto» y añadió

que tal vez «los ladridos de la OTAN a las puertas de Rusia» hubiesen provocado la invasión[6]. Incluso el halcón neoconservador Robert Kagan afirmó que «insistir en que no hubo ninguna provocación que explique la invasión resulta engañoso», ya que «las decisiones rusas han sido una respuesta a la expansión de la hegemonía de Estados Unidos y sus aliados en Europa tras la Guerra Fría»[7]. En mayo de 2023, Avril Haines, la directora de Inteligencia Nacional, también concluyó en una audiencia de la Comisión de Fuerzas Armadas del Senado que los objetivos de Moscú eran «consolidar el control sobre el territorio ocupado en el este y el sur de Ucrania, y asegurarse de que Ucrania nunca se convertirá en un aliado de la OTAN»[8].

Al eliminar de la ecuación las provocaciones de la OTAN, la invasión podía atribuirse únicamente a lo malos que eran los rusos y a su disfuncionalidad interna. Otra narrativa común era que Putin buscaba restaurar la Unión Soviética e impedir que la democracia y la libertad ucranianas se extendieran a Rusia. Se había vuelto al año 1938 y Putin era el nuevo Hitler, por lo que Rusia pasaría a invadir el resto de Europa del Este si Occidente no lograba detenerle en Ucrania. Así pues, la propaganda bélica en Occidente hacía referencia a un dictador ruso desquiciado que pretendía acabar con la soberanía de Ucrania para restaurar un imperio ruso. El día de la invasión, el presidente Biden afirmó:

> Por su parte, nunca se trató de verdaderos problemas de seguridad, sino de una agresión pura y dura, del deseo de Putin de establecer un imperio por cualquier medio, intimidando a los vecinos de Rusia mediante la coacción y la corrupción, modificando las fronteras por la fuerza y, en última instancia, optando por una guerra sin causa alguna[9].

El jefe de la Política Exterior de la UE y alto diplomático Josep Borrell desestimó el papel de la diplomacia cuando dijo que la guerra se ganaría en el campo de batalla, y comenzó a armar a Ucrania con el «Fondo Europeo de Apoyo a la Paz»[10]. Del mismo modo, el secretario general de la OTAN Jens Stoltenberg sostuvo que «las armas son el camino hacia la paz». El rechazo de la diplomacia y la búsqueda de la victoria en el campo de batalla quedaron patentes

cuando Noruega concedió el Premio Nobel de la Paz a la ucraniana Oleksandra Matviichuk, quien dijo que el compromiso con Rusia no es la paz[11]. El exprimer ministro británico Boris Johnson también opinaba que Occidente no debería preocuparse por la escalada, porque la invasión rusa no tenía justificación alguna: «¿Cómo podemos preocuparnos seriamente por provocar [a Putin] cuando hemos visto lo que hará sin la menor provocación?». Johnson también descartó la amenaza de una escalada hacia una guerra nuclear con Rusia, ya que, aun cuando hubiese una contienda semejante, «los ucranianos probablemente seguirían luchando y acabarían ganando»[12].

Después de que Rusia invadiera Ucrania en febrero de 2022, las elites político-mediáticas de todo Occidente insistieron durante los 18 meses siguientes en que la expansión de la OTAN no tenía nada que ver con la decisión rusa de ir a la guerra. Cualquier referencia a la mencionada expansión se desestimaba y se calificaba de propaganda rusa que encubría la ocupación de territorio para restaurar el Imperio ruso o soviético. Sin embargo, en septiembre de 2023, Jens Stoltenberg tal vez admitió sin querer: «Así que [Putin] fue a la guerra para evitar la OTAN, más OTAN, cerca de sus fronteras». Stoltenberg hizo estos comentarios jactándose de que Rusia había iniciado la guerra para impedir la expansión de la OTAN, pero en lugar de ello lo que consiguió fue más OTAN en sus fronteras:

> En otoño de 2021, el presidente Putin declaró y de hecho envió el borrador de un tratado que querían que firmara la OTAN, para prometer que no habría más ampliaciones de la misma. Eso fue lo que nos envió. Y era una condición previa para no invadir Ucrania. Por supuesto que no lo firmamos. Ocurrió lo contrario. Quería que firmáramos esa promesa, que nunca ampliaríamos la OTAN. Quería que retirásemos nuestra infraestructura militar de todos los aliados que se han unido a la organización desde 1997, lo que significa la mitad de la OTAN, toda Europa central y del Este, tendríamos que retirar la organización de esa parte de nuestra Alianza e introducir algún tipo de membresía B o de segunda clase. Lo rechazamos. Así que fue a la guerra para evitar a la OTAN, más OTAN, cerca de sus fronteras. Ha conseguido exactamente lo contrario. Ha conseguido más presencia de la OTAN en la parte oriental de la Alianza, y también ha visto cómo

Finlandia ya se ha unido a la Alianza y cómo Suecia será pronto miembro de pleno derecho[13].

El plan ruso de una intervención limitada y el sabotaje de la OTAN a las negociaciones de paz

La invasión rusa de Ucrania puede verse, en términos clausewitzianos, como una continuación de la política por otros medios. Tras el fracaso de Kiev en la aplicación del Acuerdo de Minsk II y la reticencia de la OTAN a tener en cuenta las preocupaciones rusas en materia de seguridad, Moscú decidió que se habían agotado todos los medios pacíficos. Las amenazas se evalúan en función del potencial militar y las intenciones. El potencial militar al que se enfrentaba Rusia iba en rápido aumento a medida que Occidente armaba y entrenaba a un poderoso ejército ucraniano, mientras se convertía progresivamente en miembro *de facto* de la OTAN. Las intenciones también resultaban amenazadoras, ya que Kiev y la OTAN parecían empeñados en una solución militar para el Donbás e incluso en recuperar Crimea. Con estas crecientes amenazas, los riesgos asociados a una intervención militar se acabaron viendo superados por el riesgo de la inacción.

La posterior decisión de utilizar la fuerza militar se encuadró como una «operación militar especial», debido en parte a su objetivo limitado: presionar a Kiev para que aceptara las exigencias de Moscú. La invasión rusa apuntaba como meta la imposición de un acuerdo a Ucrania, ya que no podía lograrse por la vía diplomática. Inicialmente, Rusia entró en Ucrania con un ejército de unos 150.000 soldados, demasiado pocos para conquistar y ocupar el país.

Steven Myers, que anteriormente formó parte del Comité Asesor sobre Política Económica Internacional del Departamento de Estado norteamericano con dos secretarios de Estado, sostenía que las tácticas militares rusas eran «absolutamente incompatibles con una conquista», ya que la hoja de ruta era mantener a Ucrania fuera de la OTAN[14]. Además, el ejército ruso evitó atacar infraestructuras críticas y actuó con moderación para limitar las bajas civiles. Esta

contención en las primeras fases de la guerra era un reflejo de los objetivos limitados que se tenían: presionar a Ucrania para que negociara, sin generar excesiva animadversión entre su población, ya que esto también dificultaría la negociación por parte de Kiev. El alcance de la operación militar rusa se planificó para presionar a Ucrania y a Occidente; sus fuerzas no eran lo suficientemente sólidas como ejército de invasión capaz de ocupar grandes partes del territorio ucraniano. Sin embargo, esto permitió a la OTAN presentar el relato de un ejército ruso débil y atrasado que podía ser derrotado por los ucranianos.

En las primeras semanas del conflicto, hubo tres intentos de negociar la neutralidad ucraniana para poner fin a la guerra antes de que se diese paso a una destrucción mucho mayor. Todos los esfuerzos estuvieron cerca de verse coronados con el éxito antes de ser torpedeados por Estados Unidos y Reino Unido. Desde una perspectiva estratégica, a Washington le interesaba impedir la neutralidad de Ucrania, mientras que algunas matanzas permitirían a Estados Unidos debilitar a Rusia y garantizar un divorcio permanente entre esta y Ucrania. Con el sabotaje de las negociaciones de paz, Estados Unidos acabó con el objetivo ruso de una intervención breve y limitada y, en su lugar, presionó para que se desencadenara una guerra larga.

El 25 de febrero de 2022, al día siguiente de la invasión, el presidente Zelenski dijo: «Hoy hemos sabido de Moscú que todavía quieren hablar. Quieren hablar sobre el estatus neutral de Ucrania [...]. No tenemos miedo a hablar sobre un estatus neutral»[15]. Si Kiev hubiera aceptado esa neutralidad y, por tanto, puesto fin a su empeño por entrar en la OTAN, la guerra probablemente habría sido muy corta, como se pretendía. El 26 de febrero, Zelenski reafirmó su disposición a negociar sobre la neutralidad de Ucrania: «Si las conversaciones son posibles, deben celebrarse. Si en Moscú dicen que quieren mantener conversaciones, incluso sobre un estatus neutral, no nos asusta. También podemos hablar de eso»[16]. Un día después, el 27 de febrero, Moscú y Kiev anunciaron que celebrarían conversaciones de paz «sin condiciones previas» en Bielorrusia[17]. Más tarde, Zelenski llegó a pedir un «acuerdo

securitario colectivo» que incluyera también a Rusia, con objeto de atenuar los problemas de seguridad mutuos que habían prendido la chispa del conflicto[18].

En Occidente hubo muestras de preocupación ante la perspectiva de un acuerdo de paz y se ofrecieron incentivos para mantener la guerra. El 25 de febrero de 2022, el primer día después de la invasión rusa, incluso cuando Zelenski aceptó discutir la neutralidad, el portavoz estadounidense Ned Price anunció que Washington rechazaba cualquier conversación de paz sin condiciones previas, ya que insistía en que Estados Unidos no podía aceptar la vía diplomática hasta que Rusia no retirara todas sus fuerzas de Ucrania:

> Ahora vemos que Moscú sugiere recurrir a la diplomacia a punta de pistola o mientras sus misiles, morteros y artillería apuntan al pueblo ucraniano. Esto no es una verdadera diplomacia [...]. Si el presidente Putin se toma en serio la diplomacia, sabe lo que puede hacer. Debería detener inmediatamente la campaña de bombardeos contra la población civil, ordenar la retirada de sus fuerzas de Ucrania e indicar muy claramente y sin ambigüedades al mundo que Moscú está dispuesto a rebajar la tensión[19].

Los europeos también incentivaron la prolongación de la guerra. El 27 de febrero, el mismo día en que Rusia y Ucrania anunciaron conversaciones de paz, la UE aprobó 450 millones de euros en ayuda militar a Ucrania en una contundente muestra de apoyo que redujo los alicientes de Kiev para negociar con Moscú[20]. Como reconocería más adelante Josep Borrell, la guerra acabaría «en cuestión de días» sin el apoyo militar de Occidente[21]. La afirmación posterior y constante tanto de la UE como de Estados Unidos fue que la ayuda militar debía reforzar el poder de Kiev en la mesa de negociaciones, pero ni la UE ni Estados Unidos abogaron por esas negociaciones durante el año y medio siguiente. En su lugar, fueron objeto de boicot.

A principios de marzo se hizo un segundo esfuerzo para negociar un final rápido del conflicto, liderado por el primer ministro israelí Naftali Bennett, quien dijo que Zelenski se había puesto en contacto con él y le había solicitado unas conversaciones de paz con

Putin[22]. Según Bennett, la principal preocupación de Putin era la expansión de la OTAN y, por tanto, estaba dispuesto a hacer «enormes concesiones» y abandonar objetivos como la desmilitarización de Ucrania. Putin pidió a Bennett que le dijera a Zelenski que la invasión terminaría si este aceptaba quedar fuera de la OTAN; Zelenski aceptó estas condiciones y estipuló que Ucrania no entraría en la OTAN[23]. Bennett propuso que Ucrania podría seguir el modelo israelí, tener un ejército fuerte e independiente capaz de defenderse por sí mismo en lugar de depender de la OTAN, algo que era aceptable tanto para Putin como para Zelenski. También afirmó que «ambas partes deseaban fervientemente un alto el fuego» y que, por tanto, «había buenas posibilidades de alcanzarlo».

Sin embargo, Bennett sostenía que Occidente intervino y «bloqueó» el acuerdo de paz. Mientras Alemania y Francia se mostraban pragmáticas, el Reino Unido y Estados Unidos actuaron como halcones y querían aprovechar la oportunidad que ofrecía la guerra para combatir y debilitar a Rusia. Según Bennett, Occidente obstaculizó el acuerdo de paz porque había una «decisión de seguir golpeando a Putin» y no de buscar la paz. El 21 de marzo de 2022, el portavoz estadounidense Ned Price dejó caer que un acuerdo diplomático no dependía totalmente de Ucrania, ya que se trataba también de un conflicto sobre el orden mundial:

> Se trata de una guerra que en muchos sentidos es más grande que Rusia, más grande que Ucrania [...]. La cuestión clave es que hay principios en juego que son de aplicación universal en todas partes, ya sea en Europa, en el Indo-Pacífico o en cualquier otro lugar. Y esos son los principios fundamentales que el presidente Putin ha tratado de violar y despreciar, y que nuestros socios ucranianos, respaldados por la comunidad internacional, han tratado de defender: el principio de que todos y cada uno de los países tienen el derecho soberano a determinar su propia política exterior, el derecho soberano a decidir por sí mismos con quién establecer sus alianzas, sus asociaciones, y qué camino desean seguir. En este caso, Ucrania ha elegido una vía democrática, una vía de aire occidental, y eso es algo que, evidentemente, el presidente Putin no estaba dispuesto a consentir[24].

A finales de marzo se inició un tercer intento para alcanzar un

acuerdo, cuando Turquía asumió el papel de mediador para negociar la paz entre Ucrania y Rusia. El principal obstáculo se superó cuando Zelenski ofreció neutralidad en las negociaciones[25]. Así pues, Moscú y Kiev estaban, una vez más, cerca de llegar a un acuerdo de paz. Este acuerdo provisional fue confirmado por Fiona Hill, exfuncionaria del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, y Angela Stent, antigua responsable de Inteligencia Nacional para Rusia y Eurasia. Hill y Stent escribieron un artículo en *Foreign Affairs* en el que esbozaban los principales términos del mismo, y donde se reconocía que el expansionismo de la OTAN había sido el origen del conflicto. Casi toda la elite político-mediática de Occidente había afirmado, al unísono, que las acciones militares de Rusia no tenían nada que ver con el expansionismo de la OTAN y que no era posible negociar con Putin. El artículo de Hill y Stent era una admisión de lo contrario:

> Según varios exaltos funcionarios estadounidenses con los que hablamos, en abril de 2022 los negociadores rusos y ucranianos parecían haber acordado las líneas generales de un acuerdo provisional negociado: Rusia se retiraría a su posición del 23 de febrero, cuando controlaba parte de la región de Donbás y toda Crimea, y, a cambio, Ucrania prometería no solicitar el ingreso en la OTAN para, en su lugar, recibir garantías de seguridad de una serie de países[26].

Más tarde, Putin reveló el proyecto de acuerdo para un tratado de paz que se había alcanzado entre Rusia y Ucrania. El título del borrador, «Tratado sobre la Neutralidad Permanente y las Garantías de Seguridad para Ucrania», señalaba que esta última incluiría la «neutralidad permanente» en su Constitución.

Sin embargo, el 9 de abril de 2022, el primer ministro británico, Boris Johnson, se desplazó a Kiev con la intención de boicotear el acuerdo. Los asesinatos de Bucha se citaron como motivo para cancelar las negociaciones de paz. Informes procedentes de Ucrania afirmaban que Reino Unido y Estados Unidos habían convencido a Zelenski para que abandonara el acuerdo ofreciendo a Ucrania las armas que necesitaba para derrotar a Rusia en el campo de batalla[27]. Los medios de comunicación ucranianos informaron de que Johnson acudió a Kiev con dos mensajes:

> El primero es que Putin es un criminal de guerra, hay que presionarle, no negociar con él. Y el segundo es que, aunque Ucrania esté dispuesta a firmar algunos acuerdos sobre garantías con Putin, ellos [Reino Unido y Estados Unidos] no lo están[28].

Los negociadores turcos confirmaron que Occidente no quería la paz, ya que Estados Unidos y Reino Unido habían creado una situación propicia para debilitar a Rusia utilizando a los ucranianos como *proxies*. El ministro turco de Asuntos Exteriores, Mevlut Cavusoglu, dijo que algunos Estados de la OTAN querían prolongar la guerra para desangrar a Rusia. Y aclaró:

> Después de las conversaciones de Estambul, no pensábamos que la guerra se prolongaría tanto [...]. Pero tras la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la OTAN tuve la impresión de que hay quienes, en el seno de esta organización, quieren que la guerra continúe: que la guerra continúe y que Rusia se debilite. No les importa mucho la situación en Ucrania[29].

Numan Kurtulmuş, vicepresidente del partido político de Erdogan, confirmó que Zelenski estaba dispuesto a firmar el acuerdo de paz antes de que interviniera Estados Unidos:

> Esta guerra no es entre Rusia y Ucrania, es una guerra entre Rusia y Occidente. Al apoyar a Ucrania, Estados Unidos y algunos países europeos están iniciando un proceso para que se prolongue. Lo que queremos es ponerle punto final. Alguien está tratando de que la guerra no termine. Estados Unidos ve con interés su prolongación[30].

El general alemán retirado Harald Kujat, exjefe del Bundeswehr germano y expresidente del Comité Militar de la OTAN, confirmó que Johnson había boicoteado las negociaciones de paz con objeto de librar una guerra *proxy* con Rusia. Kujat confirmó que casi se había llegado a un acuerdo en el que «Ucrania se había comprometido a no formar parte de la OTAN y a no permitir el establecimiento de tropas o instalaciones militares extranjeras», mientras que «Rusia aparentemente había aceptado retirar sus fuerzas a la posición que tenían el 23 de febrero, es decir, antes de que comenzara el ataque contra Ucrania». Sin embargo, el general Kujat también confirmó

que «el primer ministro británico Boris Johnson intervino en Kiev el 9 de abril e impidió la firma. Su razonamiento fue que Occidente no estaba preparado para poner fin a la guerra»[31]. Según el alemán, Occidente exigió lo que equivalía a una capitulación rusa: «Ahora se está exigiendo reiteradamente la retirada completa como condición previa para las negociaciones»[32]. Kujat explicó que esta postura se debía a los planes bélicos de Estados Unidos contra Rusia:

> Quizás algún día se pregunte quién no quiso evitar esta guerra [...]. Su objetivo declarado es debilitar a Rusia política, económica y militarmente hasta tal punto que luego puedan ocuparse de su rival geopolítico, el único capaz de poner en peligro su supremacía como potencia mundial: China [...]. No, esta guerra no tiene que ver con nuestra libertad [...]. Rusia quiere impedir que su rival geopolítico, Estados Unidos, adquiera una superioridad estratégica que amenace su seguridad[33].

Niall Ferguson, de *Bloomberg,* también citó fuentes de los gobiernos de Estados Unidos y Reino Unido partidarias de que «el conflicto se alargue y así desangrar a Putin», ya que «el único objetivo ahora es el fin del régimen de Putin»[34]. Washington creía que la guerra podía utilizarse en una campaña geopolítica más amplia, porque debilitar a Rusia y derrocar a Putin enviaría un fuerte mensaje a China. Siguiendo la tradición imperial de que sean otras naciones las que libren sus guerras, el general retirado estadounidense Keith Kellogg dijo en marzo de 2023, en un tono similar, que, «si puedes derrotar a un adversario estratégico sin utilizar tropas estadounidenses, estás en la cúspide de la profesionalidad». Kellogg explicó además que utilizar a los ucranianos para luchar contra Rusia «elimina a un adversario estratégico de la mesa» y permite así a Estados Unidos centrarse en su «principal rival, que es China». El secretario general de la OTAN, Stoltenberg, también argumentó que derrotar a Rusia y utilizar a Ucrania como baluarte contra esta última «facilitará» a Estados Unidos «centrarse en China [...]; si Ucrania gana, entonces tendremos de nuestro lado al segundo ejército más grande de Europa, el ucraniano, curtido en mil batallas, además de un ejército ruso debilitado, y también tendremos una Europa que realmente

aumentará el gasto en defensa»[35].

Las acusaciones y los informes sobre el boicot a los acuerdos de paz para utilizar a Ucrania con el objetivo de debilitar a Rusia nunca fueron confirmados por Londres ni por Washington. Sin embargo, la retórica subsiguiente sugiere que británicos y estadounidenses estaban preparando el terreno para una prolongada guerra *proxy*. En abril de 2022, después de que Kiev se retirara de las negociaciones de paz en Estambul, Johnson dijo: «Creo que va a ser muy difícil que los ucranianos puedan negociar con Putin» y abogó en su lugar por «seguir adelante con la estrategia» de suministrar armas a Ucrania. En junio de 2022, en un discurso ante el G7 y la OTAN, Johnson sostuvo que «ahora no es el momento de resignarse y animar a los ucranianos a que se conformen con una mala paz» y apostó por la «resistencia estratégica»[36]. En septiembre de 2022, Johnson volvió a argumentar en contra de un acuerdo de paz con Rusia; era necesario mantener el rumbo en Ucrania, puesto que la posición de Moscú se estaba debilitando[37]. Más tarde, publicó un artículo de opinión en el *Wall Street Journal* en contra de cualquier negociación: «La guerra en Ucrania sólo puede terminar con la derrota de Vladimir Putin»[38]. En octubre de 2022, el presidente Zelenski invocó un decreto del Consejo de Seguridad Nacional y de Defensa de Ucrania que prohibía entablar negociaciones con el presidente Putin. Cualquier acuerdo político requeriría la destitución de este último. El empeño de la OTAN en prolongar la guerra de Ucrania para conseguir un cambio de régimen en Rusia estaba cobrando impulso.

En febrero de 2023, China propuso un plan de paz de 12 puntos para iniciar las negociaciones. La respuesta tanto de Rusia como de Ucrania fue hasta cierto punto positiva. El ministro de Asuntos Exteriores ucraniano, Dmitri Kuleba, expresó la disposición de su país a debatir la propuesta. Por parte rusa, el presidente Putin también afirmó que constituía un buen punto de partida para las negociaciones. Sin embargo, Estados Unidos expresó su «profunda preocupación» y su firme oposición al alto el fuego mediado por China. El portavoz del Consejo de Seguridad Nacional, John Kirby, afirmó que «no apoyamos los llamamientos a un alto el fuego en

estos momentos», ya que «básicamente ratificaría lo que han podido conseguir en Ucrania y les da tiempo y espacio para prepararse para futuras operaciones, y eso no es aceptable»[39]. En junio de 2023, el secretario de Estado, Anthony Blinken, repitió el rechazo a un alto el fuego, mientras Washington presionaba a Kiev para que llevase a cabo una contraofensiva:

> Un alto el fuego que se limite a dejar como están las actuales líneas y permita a Putin consolidar el control sobre el territorio del que se ha apoderado, para luego recuperarse, rearmarse y volver a atacar, eso no es una paz justa y duradera. Es una paz Potemkin. Legitimaría la apropiación de tierras por parte de Rusia. Recompensaría al agresor y castigaría a la víctima[40].

El rechazo y boicot de las negociaciones de paz por parte de Estados Unidos se convirtió en un problema cada vez mayor, ya que la opinión mundial, especialmente fuera de los países de la OTAN, no apoyaba la guerra *proxy* de Occidente contra Rusia. Así pues, Washington patrocinó sus propias cumbres de paz, celebradas primero en Dinamarca y posteriormente en Arabia Saudí; cumbres a las que no se invitó a Rusia y en las que no se abordaron sus preocupaciones en materia de seguridad sobre la expansión de la OTAN. Su principal objetivo era sembrar divisiones en el seno de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica); Kiev declaró explícitamente que el objetivo era organizar el mundo en torno a Ucrania. Por lo tanto, las cumbres de paz eran iniciativas para construir alianzas.

Debilitar o destruir a Rusia hasta el último ucraniano

Los dirigentes políticos estadounidenses anunciaron diversos objetivos, que iban desde el debilitamiento de Rusia hasta el cambio de régimen y el desguace del país. El 24 de febrero de 2022, el presidente Biden anunció que el objetivo de las sanciones no era disuadir sino debilitar a Rusia y socavar la autoridad de Putin:

> Nadie esperaba que las sanciones impidieran nada [...] esto va a llevar tiempo. Y tenemos que mostrar determinación para que él [Putin] sepa lo que se le viene encima y para que el pueblo de Rusia sepa lo que les ha traído. De eso se

trata[41].

En su discurso sobre el estado de la Unión del 1 de marzo de 2022, Biden anunció el objetivo de «minar la fuerza económica [de Rusia] y debilitar su ejército en los años venideros»[42]. El secretario de Defensa Lloyd Austin describió como objetivo estadounidense de la guerra de Ucrania el desgastar a su adversario estratégico:

> Queremos ver a una Rusia débil, a tal punto que no pueda hacer el tipo de cosas que ha hecho al invadir Ucrania [...]. Así que [Rusia] ya ha perdido mucho potencial militar. Y buena parte de sus tropas, francamente. Y queremos que tarde un tiempo en recuperar esa capacidad[43].

No mucho después, en un discurso sobre Ucrania en Varsovia, el presidente Biden volvió a sugerir que era necesario un cambio de régimen en Rusia: «Por el amor de Dios, este hombre no puede seguir en el poder». Sin embargo, la Casa Blanca se retractó posteriormente de estas declaraciones de Biden. El senador estadounidense Lindsay Graham fue más explícito en su apoyo a un cambio de régimen e incluso abogó por asesinar al presidente ruso: «La única forma de que esto acabe es que alguien en Rusia elimine a este tipo», ya que no había «ninguna vía de salida» que permitiera a Putin seguir en el poder. Cuando se le criticó por sus comentarios, Graham redobló la apuesta afirmando que «hay que acabar con Putin»; de lo contrario, China se envalentonaría[44].

El portavoz del primer ministro Boris Johnson también hizo una referencia clara al cambio de régimen cuando dijo que «las medidas que estamos tomando, que está adoptando gran parte del mundo, son para acabar con el régimen de Putin». James Heappey, ministro británico para las Fuerzas Armadas, escribió algo parecido en el *Daily Telegraph:*

> Su fracaso tiene que ser completo; hay que restaurar la soberanía ucraniana y el pueblo ruso tiene que ver lo poco que le importa. Al demostrárselo, los días de Putin como presidente seguramente estarán contados, lo mismo que los de la elite cleptócrata que lo rodea. Perderá poder y no podrá elegir a su sucesor[45].

La decisión de los europeos de que el Tribunal Penal Internacional

emitiese una orden de detención contra el presidente Putin por su presunta responsabilidad en crímenes de guerra también podría interpretarse como un llamamiento a ese cambio de régimen, pues cualquier acción diplomática con un gobierno ruso dirigido por Putin resultaría casi imposible.

En la primera semana de la invasión rusa, en febrero de 2022, la exsecretaria de Estado Hillary Clinton sostenía en la MSNBC que Estados Unidos debería tratar Ucrania como otro Afganistán: «Creo que [Afganistán] es el modelo hacia el que la gente está dirigiendo ahora su mirada»[46]. Leon Panetta –jefe de gabinete de la Casa Blanca con Bill Clinton, secretario de Defensa de Estados Unidos y director de la CIA con Barack Obama– dijo en marzo de 2022: «Estamos inmersos en un conflicto; se diga o no se diga, es una guerra *proxy* con Rusia […]. Francamente, la forma de obtener ventaja es entrando y matando rusos»[47].

Chas Freeman, exsubsecretario de Defensa para Asuntos de Seguridad Internacional y director de Asuntos Chinos en el Departamento de Estado norteamericano, reconoció –aunque criticó– lo que denominó una guerra indirecta de Estados Unidos contra Rusia en Ucrania. Según Freeman, los halcones de Washington habían decidido «luchar hasta el último ucraniano», lo que implica que las políticas estaban encaminadas a prolongar la guerra y no a ponerle fin:

> Estados Unidos no realiza esfuerzo alguno para negociar el fin de los combates. Si ahora hay una mediación, parece que es por parte de Turquía, posiblemente Israel, tal vez China. Es todo. Estados Unidos no está presente. Todo lo que estamos haciendo, en lugar de acelerar el fin de los combates y llegar a un compromiso, parece tener como objetivo prolongarlos, ayudar a la resistencia ucraniana, lo cual es una causa noble, supongo, pero que se traducirá en un montón de ucranianos y rusos muertos[48].

El congresista Dan Crenshaw se mostró a favor de continuar la guerra *proxy* suministrando armas a Ucrania, ya que «invertir en la destrucción del ejército de nuestro adversario sin perder ni un solo soldado norteamericano me parece una buena idea»[49]. El senador republicano Lindsey Graham argumentó de forma similar que

Estados Unidos se encontraba en una posición favorable, ya que podía luchar contra Rusia hasta el último ucraniano: «Me gusta el camino estructural en el que estamos. Mientras ayudemos a Ucrania con el apoyo económico y las armas que necesita, luchará hasta la última persona»[50]. El líder republicano Mitch McConnell advirtió contra la confusión entre el idealismo de ayudar a Ucrania y la realidad de los objetivos estadounidenses en esta guerra *proxy:*

> El presidente Zelenski es un líder motivador. Pero las razones básicas para seguir ayudando a Ucrania a desgastar y derrotar a los invasores rusos son los fríos, duros y prácticos intereses norteamericanos. Ayudar a equipar a nuestros amigos de Europa del Este para que ganen esta guerra es también una inversión directa para reducir el futuro potencial militar de Vladimir Putin para amenazar a Estados Unidos, intimidar a nuestros aliados e impugnar nuestros principales intereses [...]. Por último, todos sabemos que la lucha de Ucrania por recuperar su territorio no es ni el principio ni el final de la contienda estratégica más amplia de Occidente con la Rusia de Putin[51].

Al año siguiente, cuando el apoyo estadounidense a la guerra empezó a disminuir, el presidente polaco Andrzej Duda se mostró a favor de que Estados Unidos no abandonara su compromiso, y afirmó que ahora tenían la oportunidad de luchar contra Rusia con soldados ucranianos en lugar de con soldados estadounidenses: «Justo ahora, saldrá barato parar al imperialismo ruso, ya que no están muriendo soldados norteamericanos»[52]. El 21 de septiembre de 2023, Mitch McConnell reiteró en un tuit la importancia estratégica que ofrecía a Estados Unidos la guerra contra Rusia: «El apoyo estadounidense a Ucrania no es caridad. Va en nuestro propio interés directo, sobre todo porque desgastar a Rusia ayudará a disuadir a China».

El senador Mitt Romney también informó a sus compatriotas de que el envío de armas a Ucrania era «el mejor gasto en defensa nacional que, en mi opinión, hemos hecho nunca», pues la cantidad a pagar es relativamente pequeña y «no estamos perdiendo vidas en Ucrania». A cambio, «estamos disminuyendo y asolando al ejército ruso por una cantidad muy pequeña de dinero [...] una Rusia débil es bueno». El senador Richard Blumenthal aseguró a los

estadounidenses que «nuestra inversión en Ucrania nos está saliendo rentable»: «por menos del 3% del presupuesto militar de nuestra nación, hemos permitido a Ucrania reducir a la mitad la fuerza militar rusa». Además de debilitar a Rusia y de enviar un mensaje a China, Estados Unidos pudo «restaurar la fe y la confianza en el liderazgo moral y militar norteamericano. Y todo sin perder o sin que resultase herida una sola mujer o un solo hombre estadounidense»[53].

Además de debilitar a Rusia y perseguir el cambio de régimen, otros buscaban un objetivo aún mayor: destruir a Rusia desmembrando el país. El 23 de junio de 2022, un organismo del Gobierno estadounidense supervisado por el Congreso, la Comisión sobre Seguridad y Cooperación en Europa, también conocida como la Comisión de Helsinki, inició un debate sobre la «descolonización de Rusia». La premisa era que Rusia no es un país, sino un imperio que Estados Unidos debe desmantelar apoyando a los movimientos separatistas existentes en su seno[54]. La planificación de cómo balcanizar Rusia se hizo con el pretexto de apoyar a los movimientos «anticoloniales» y «pro-soberanía», lo que convirtió el desmantelamiento de Rusia en un «imperativo moral y estratégico».

Un mes antes, uno de los oradores más activos en aquel acto había publicado en *The Atlantic* un artículo con el mismo título: «Descolonizar Rusia». Argumentaba de forma similar que «Occidente debe completar el proyecto que comenzó en 1991. Debe tratar de descolonizar totalmente a Rusia [...]. Sin embargo, hasta que no caiga el imperio de Moscú, la región –y el mundo– no estarán a salvo»[55].

Algunos políticos como Anna Fotyga, miembro del Europarlamento y exministra de Asuntos Exteriores de Polonia, promovieron aún más el objetivo de destruir a Rusia. Fotyga llamó a sembrar la división en el país: «Deberíamos centrarnos más en las regiones y naciones de la Federación Rusa, sus capacidades y sus perspectivas de soberanía». Según ella, el objetivo de Occidente debería ser dividir Rusia en Estados más pequeños: «Tenemos que ser conscientes de que la disolución de la Federación Rusa puede acarrear ciertas dificultades y riesgos, como en cualquier periodo de transición. Sin

embargo, esos riesgos serán mucho menos peligrosos que dejar intacto ese agresivo imperio»[56].

Estas iniciativas pueden considerarse una continuación de los debates iniciados en Estados Unidos en la década de 1990, que abogaban por que la desintegración de la Unión Soviética fuera seguida de la desintegración de Rusia. Robert Gates, exsecretario de Defensa estadounidense, recordaba en sus memorias que Dick Cheney «quería no sólo ver el desmantelamiento de la Unión Soviética y del Imperio ruso, sino de la misma Rusia, para que nunca volviera a ser una amenaza para el resto del mundo»[57]. Estas ideas las popularizó aún más el influyente Zbigniew Brzezinski, quien en 1997 se mostraba favorable a constituir «una Rusia vagamente confederada, compuesta por una Rusia europea, una República de Siberia y una República del Lejano Oriente [...] una Rusia descentralizada sería menos proclive a la movilización imperial[58].

Una guerra dirigida por Estados Unidos con un campo de batalla militar y económico

El papel de Estados Unidos y la OTAN en el campo de batalla militar se fue haciendo cada vez más pronunciado según ambos bandos continuaban con la escalada. La OTAN siguió su habitual incrementalismo/táctica del salami, proporcionando armas cada vez más potentes y de largo alcance a medida que se cruzaba una línea roja tras otra. En marzo de 2022, Biden rechazó el envío de cazas F-16 capaces de llevar armas nucleares, ya que «eso se llama Tercera Guerra Mundial»[59]. Sin embargo, en agosto de 2023, sí aprobó que Dinamarca y Holanda pudieran enviar los F-16.

Una vez que los arsenales de los países de la OTAN alcanzaron niveles preocupantemente bajos, Reino Unido comenzó a enviar uranio empobrecido y Estados Unidos, bombas de racimo. Hasta Alemania envió Leopard, algo especialmente controvertido dada la historia de los tanques alemanes en el frente oriental. Un grupo neonazi llegó a atacar la región rusa de Belgorod con vehículos blindados estadounidenses. Los soldados de la OTAN también aparecieron en gran número en Ucrania, aunque como voluntarios

bajo bandera ucraniana; su presencia era necesaria para ayudar en la gestión técnica del nuevo armamento. El exsecretario general de la OTAN, Anders Rasmussen, sugirió que los países de la OTAN podrían «coaligar voluntades» para intervenir en Ucrania[60].

En septiembre de 2023, Estados Unidos consideró la posibilidad de suministrar a Ucrania misiles ATACMS con un alcance de 200 millas, que podrían utilizarse para llegar al interior de Rusia. Previamente, Washington había dicho que Kiev le había dado garantías de que las armas estadounidenses no se utilizarían para atacar territorio ruso. Cuando se le preguntó si «estaba bien que esos misiles permitieran a Ucrania atacar en lo más profundo del territorio ruso», el secretario de Estado Anthony Blinken respondió: «En lo que respecta a los objetivos, es su decisión, no la nuestra»[61]. Finalmente, Estados Unidos envió ATACMS en secreto para lanzar un ataque sorpresa contra Rusia[62].

Asimismo, Ucrania confió en gran medida en los servicios de inteligencia occidentales para establecer los mencionados objetivos. Informes de *The New York Times* revelaron que la inteligencia estadounidense estaba detrás de la muerte de generales rusos y que ayudó a localizar y atacar el buque de guerra *Moskva* en el mar Negro[63].

El asesor Jake Sullivan y la subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos Victoria Nuland mostraron abiertamente el apoyo estadounidense a los ataques contra Crimea. Y mientras Occidente enviaba grandes cantidades de vehículos blindados, armas y municiones para preparar la ofensiva ucraniana del verano de 2023, Nuland reveló que Estados Unidos había participado en la planificación de la misma.

La implicación de la OTAN cada vez era más obvia. Una fuente del Estado Mayor ucraniano llegó a decir a *The Economist* que Occidente les presionaba para que llevasen a cabo acciones para las que no estaban preparados: «Sencillamente, no disponemos de los recursos necesarios para realizar los ataques frontales que Occidente nos implora que hagamos»[64]. Parece razonable pensar que la estrategia estadounidense contra Rusia sería diferente cuando lo hace con soldados ucranianos que cuando lo hace con los suyos. Por

ejemplo, el *Washington Post* informó de que «Ucrania sufrió importantes bajas contra las bien preparadas defensas rusas» y que Estados Unidos y Reino Unido «habían previsto dichas pérdidas, aunque imaginaron que Kiev aceptaría las bajas como el precio a pagar por atravesar la principal línea defensiva rusa»[65].

Posiblemente la implicación de la OTAN en los ataques a Rusia fue mayor, aunque en un principio el *establishment* político-mediático occidental tendiera a culpar a esta última de atacarse a sí misma: de atacar sus propios gasoductos *Nord Stream* y de bombardear de manera continuada la central nuclear de Zaporiyia, bajo control ruso, aunque Rusia nunca bombardeó las centrales nucleares bajo control de Kiev. Del mismo modo, se sugirió que Rusia podría atacar el Kremlin con aviones no tripulados en una operación de falsa bandera. A falta de pruebas o de lógica, el *establishment* político-mediático suele sugerir que este tipo de acciones no requieren mayor explicación, se saca directamente del «manual ruso».

En el campo de batalla económico, Occidente también impuso sanciones sin precedentes contra Rusia destinadas a destruir su economía, su sistema financiero y su moneda. El ministro francés de Finanzas, Bruno Le Maire, confirmó que Occidente está «librando una guerra económica y financiera sin cuartel contra Rusia» para «provocar el colapso de su economía»[66]. *The New York Times* informó de que las sanciones tenían el objetivo de avivar el malestar en Rusia, y que todos tenían en mente un cambio de régimen. Las sanciones «avivaron en Washington y en las capitales europeas las preguntas sobre si una serie de acontecimientos en cascada en Rusia podrían conducir a un cambio de régimen o al colapso del gobierno, algo que el presidente Biden y los líderes europeos evitan mencionar por todos los medios»[67]. La referencia al presidente de la Federación Rusa como criminal de guerra e incluso la acusación de Putin ante la Corte Penal Internacional eran indicios de que Occidente estaba reduciendo su propio margen de maniobra diplomática.

La destrucción de los gasoductos *Nord Stream* supuso un duro golpe para los ingresos energéticos rusos en Europa. Aunque no ha habido pruebas sólidas sobre sus posibles responsables, la cuestión

del *cui bono* y la mayoría de las pistas conducen a Estados Unidos. Tras la Revolución Naranja de 2004 en Ucrania, respaldada por Occidente, que instauró un gobierno prooccidental/antirruso, se puso de manifiesto que la inestabilidad política afectaba negativamente al tránsito de gas. Alemania trató de garantizar un suministro fiable y barato para alimentar sus industrias de alto consumo energético con la construcción del primer gasoducto *Nord Stream,* que la conectaba directamente con Rusia a través del mar Báltico. El dilema para Estados Unidos era que cuanto más intentaba desvincular a Ucrania de Rusia, mayores eran las relaciones independientes que establecía Alemania con Rusia al margen de Europa del Este. Históricamente, un objetivo clave de Reino Unido y luego de Estados Unidos ha sido impedir la integración económica de Alemania y Rusia como polo de poder rival.

Tras el golpe de Estado de 2014 en Kiev, respaldado, repetimos, por Occidente, se volvió a plantear el mismo problema. Los conflictos entre Ucrania y Rusia retornaron con fuerza y disminuyó la fiabilidad del suministro energético. La solución fue el acuerdo alcanzado en 2015 para construir el *Nord Stream 2* con el fin de aumentar aún más la capacidad de Rusia para suministrar gas a Alemania sin tener que pasar por Europa del Este. Sin un suministro fiable de gas, Alemania y Europa se enfrentaban a una posible desindustrialización y a ver cómo sus industrias clave huían a Estados Unidos. Los esfuerzos de Washington por obstaculizar la construcción del *Nord Stream 2* incluyeron presiones políticas e incluso la sanción a las empresas de sus aliados europeos que participaron en el proyecto.

En 2019, la RAND Corporation preparó un informe patrocinado por la Army Quadrennial Defense Review Office (Oficina de Revisión Cuatrienal de Defensa del Ejército) sobre cómo extenderse y debilitar a Rusia. En él se esbozaba como objetivo cortar los lazos energéticos de Rusia con Europa, y «un primer paso implicaría detener el *Nord Stream 2*»[68]. En julio de 2020, el entonces secretario de Estado Mike Pompeo dijo: «Haremos todo lo posible para asegurarnos de que ese gasoducto no amenace a Europa»[69].

Las tensiones entre Ucrania y Rusia aumentaron a lo largo de 2021

y las amenazas contra el *Nord Stream* se intensificaron. El senador estadounidense Tom Cotton anunció en mayo de 2021 que «aún hay tiempo para detenerlo [...]. Destruir el *Nord Stream 2* ahora y dejar que se oxide bajo las aguas del Báltico»[70]. El 14 de enero de 2022, el asesor de Seguridad Nacional estadounidense Jake Sullivan también amenazó al gasoducto: «Hemos dejado claro a los rusos que, si avanzan en Ucrania, el gasoducto estará en peligro »[71]. El senador Ted Cruz utilizó asimismo un lenguaje muy directo para pedir que se detuviera el *Nord Stream:* «Hay que parar este gasoducto, y la única forma de impedir que se complete es utilizar todas las herramientas disponibles para ello»[72].

A medida que la OTAN rechazaba las demandas rusas de garantías securitarias en las semanas previas a la invasión de Ucrania, las amenazas se hacían evidentes. El 7 de febrero de 2022, el presidente Biden, en una rueda de prensa junto al canciller alemán Scholz, advirtió de que, si Rusia invadía Ucrania, «ya no habrá *Nord Stream 2.* Le pondremos fin». Cuando un periodista le preguntó cómo acabaría con un proyecto bajo control alemán, Biden respondió: «Le prometo que podremos hacerlo»[73].

El portavoz estadounidense Ned Price fue explícito: «Quiero ser muy claro: si Rusia invade Ucrania, de un modo u otro el *Nord Stream 2* no seguirá adelante»[74]. La subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos, Victoria Nuland, utilizó exactamente las mismas palabras: «Si Rusia invade Ucrania, de un modo u otro el *Nord Stream 2* no seguirá adelante»[75].

El 26 de septiembre de 2022, los gasoductos germano-rusos *Nord Stream* fueron destruidos por una explosión submarina, que también tuvo un fuerte impacto en el medio ambiente. El exministro de Asuntos Exteriores de Polonia, Radek Sikorski, tuiteó «Gracias, EEUU», acompañado de una foto del gasoducto destruido. Al día siguiente, el 27 de septiembre de 2022, los dirigentes de Polonia, Noruega y Dinamarca asistieron a una ceremonia en Polonia con motivo de la inauguración del nuevo gasoducto báltico Noruega-Polonia, construido para reducir la dependencia europea del *Nord Stream.*

El secretario de Estado estadounidense Antony Blinken incluso

celebró la destrucción del *Nord Stream* y afirmó que suponía «una tremenda oportunidad. Es una tremenda oportunidad para acabar de una vez por todas con la dependencia de la energía rusa». Blinken también se ofreció a ayudar a Europa occidental sustituyendo el gas ruso por suministros estadounidenses, mucho más caros. Victoria Nuland intervino: «Estoy, y creo que la Administración también, muy satisfecha de saber que el *Nord Stream 2* es ahora, como les gusta decir a ustedes, un montón de chatarra en el fondo del mar»[76].

Al tiempo que celebraban la destrucción del gasoducto, Estados Unidos y la OTAN culparon en un principio a Rusia de atacar su propia instalación. El secretario general de la organización atlántica, Jens Stoltenberg, amenazó aparentemente con una guerra al sugerir que tales ataques podrían activar el Artículo 5 de defensa colectiva de la OTAN. Sin embargo, la desinformación sobre la responsabilidad de Rusia en la destrucción de un pilar clave de la infraestructura energética europea, en contra de los propios intereses rusos, terminó con el informe del periodista de investigación Seymour Hersh, ganador del Premio Pulitzer. Basándose en la información obtenida de sus fuentes, dicho informe sostenía que Estados Unidos –con la cooperación de Noruega– había atacado los gasoductos[77]. Washington rechazó estas acusaciones, pero su relato cambió cuando empezó a culpar del ataque a un «grupo proucraniano» sin escrúpulos. De repente, Rusia dejaba de ser el sospechoso en Occidente y el foco de atención se desviaba de Estados Unidos.

Toda la historia del mayor atentado contra la arquitectura de seguridad europea y lo que podría calificarse de terrorismo medioambiental desapareció de los medios de comunicación. Se sugirió que lo mejor que podían hacer los políticos y los medios era no especular y dejar que los investigadores hicieran su trabajo, pero no hubo ninguna investigación independiente. En octubre de 2022, Suecia anunció que no crearía un equipo de investigación conjunto con aliados como Alemania ni compartiría sus conclusiones por motivos de seguridad nacional. Después de que se le impidiera participar en las investigaciones, Rusia presentó una resolución al Consejo de Seguridad de la ONU pidiendo la creación de una comisión internacional independiente sobre los atentados de

septiembre de 2022 contra los gasoductos *Nord Stream.* Los países occidentales rechazaron dicha investigación y bloquearon la resolución de la ONU.

Luego, en junio de 2023, *The Washington Post* informó de que unas filtraciones revelaron que Estados Unidos tenía información de inteligencia que indicaba un complot ucraniano para atacar el *Nord Stream,* a pesar de lo poco probable que era que una acción tal se llevara a cabo sin el conocimiento y la aprobación de Washington. En cualquier caso, tanto si había implicación estadounidense como ucraniana en el ataque, Estados Unidos habría sabido desde el principio que Rusia no era la culpable. No obstante, Washington mintió a su propia opinión pública y a la comunidad internacional con una desinformación que puso en riesgo de una guerra nuclear con Rusia[78].

En el verano de 2023 quedó claro que la contraofensiva ucraniana había fracasado, y cada vez había en el *establishment* político-mediático más comentarios para abordar el fallido relato de la victoria ucraniana. Los medios de comunicación empezaron a culpar a Ucrania del fracaso, al tiempo que se hacían esfuerzos para hacer valoraciones que presentaran la guerra *proxy* en términos positivos. Por ejemplo, el *New York Times* recogía que «los funcionarios estadounidenses dicen que temen que Ucrania haya pasado a no aceptar las bajas, una de las razones por las que se ha mostrado cautelosa a la hora de seguir adelante con la contraofensiva». Las enormes pérdidas a cambio de unas mínimas ganancias territoriales desanimaron a los ucranianos, aunque los estadounidenses no opinaban lo mismo, ya que estaban luchando contra Rusia con soldados ucranianos. Una nueva narrativa del *Washington Post* sustituyó la idea de una victoria ucraniana por valoraciones de las ventajas de la guerra para Estados Unidos:

> Mientras tanto, para Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, estos 18 meses de guerra han supuesto un inesperado beneficio estratégico a un coste relativamente bajo (salvo para los ucranianos). El antagonista más temerario de Occidente se ha llevado una buena. La OTAN se ha hecho mucho más fuerte con las incorporaciones de Suecia y Finlandia. Alemania ha dejado de depender de la

> energía rusa y, en muchos sentidos, ha redescubierto su escala de valores. Las desavenencias de la OTAN ocupan titulares, pero, en general, este ha sido un verano triunfal para la alianza[79].

Llegados a este punto, es necesario generar un relato victorioso, ya que no es realista esperar que Ucrania derrote a Rusia en el campo de batalla. La narrativa más fuerte es, obviamente, afirmar que Rusia ha fracasado en su objetivo de anexionarse toda Ucrania para recrear el Imperio soviético y conquistar después Europa, lo que permite a la OTAN cantar victoria. Sin embargo, también exige que la OTAN aleje sus propios objetivos bélicos de los de Ucrania. Por ejemplo, Sean Bell, exvicemariscal del Aire de la Royal Air Force y funcionario del Ministerio de Defensa, dijo en septiembre de 2023 que la guerra había desgastado significativamente al ejército ruso, hasta el punto de que «ya no representa una amenaza creíble para Europa». Por lo tanto, Bell concluía que «el objetivo occidental de este conflicto se ha logrado» y «la cruda realidad es que los objetivos de Ucrania ya no están alineados con sus aliados»[80]. Así pues, Occidente podría separar su camino del de Ucrania, ya que los ucranianos han agotado su capacidad para enfrentarse y debilitar a Rusia y, por tanto, han perdido su valor en la guerra *proxy*.

Conclusión

Con el uso de una propaganda bélica sin precedentes, la OTAN fue capaz de convencer a la opinión pública de que no tomaba parte en la guerra y de que la invasión rusa no había sido provocada. Sin embargo, para entender el conflicto es necesario reconocer que son tres los participantes: la OTAN, Rusia y Ucrania, cada uno con sus objetivos. La OTAN, bajo el liderazgo de Estados Unidos, busca explícitamente derrotar a Rusia para acabar con su estatus de gran potencia. La definición común de lo que dicha derrota supone es destruir al ejército ruso y arruinar su economía para imponer un acuerdo occidental en Ucrania. Más allá de este objetivo, la definición de una derrota rusa tiende a variar en Occidente, y algunos han llegado a plantearla en términos de cambio de régimen

y desintegración del propio país.

Rusia considera que la guerra es una amenaza existencial y ha actuado en consecuencia. Hubo desacuerdos internos sobre la urgencia de la amenaza de la OTAN y la consiguiente necesidad de respuesta. Sin embargo, una vez que procedió a la invasión y Occidente mostró su intención de derrotar a Rusia, el país se unió en torno al Kremlin. El objetivo inicial era imponer en Ucrania un estatus neutral, aunque a medida que el conflicto se fue convirtiendo en una guerra de desgaste, Rusia se fue anexionando territorios, lo que complicaba posibles soluciones pacíficas.

Obviamente, Ucrania también considera esta guerra una amenaza existencial, aunque las diferentes facciones existentes en su seno pueden volverse unas contra otras. El instinto inicial de Zelenski fue hacer la paz con Rusia, aunque cedió a las presiones estadounidenses y británicas para prolongar la guerra. Los moderados están descontentos con Zelenski por permitir que Estados Unidos dicte el desarrollo del conflicto, por ejemplo, con la desastrosa ofensiva del verano de 2023, mientras que la extrema derecha no aceptará negociaciones. Así pues, la necesidad de mantener la cohesión en Ucrania limita el margen de maniobra.

Con independencia del resultado final, el orden mundial unipolar ha llegado a su fin. La guerra ha exigido la solidaridad de la OTAN, pero los europeos no están contentos con cómo se ha debilitado su posición frente a Estados Unidos. El resto del mundo no apoyó la invasión rusa, pero tampoco la guerra *proxy* de la OTAN. Por lo tanto, gran parte del planeta está intentando reducir su dependencia de Estados Unidos y diversificar sus lazos económicos. En el futuro que cabe prever, Rusia desarrollará un ejército más potente en sus fronteras occidentales, mientras que su conectividad económica se dirigirá hacia Oriente.

---

[1] «Polish Prime Minister Morawiecki Has Warned of the Beginning of the End of the West's Golden Age», *The Eastern Herald,* 18 de abril de 2023.

[2] J. Biden, «Remarks by President Biden at a Campaign Reception», *The White House,* 20 de octubre de 2023.

[3] V. Putin, «Valdai International Discussion Club meeting», *President of Russia,* 5 de octubre de 2023.

[4] «Press Briefing by Press Secretary Jen Psaki and National Security Advisor Jake Sullivan», *The White House,* 13 de enero de 2022.
[5] J. J. Mearsheimer, «Why the Ukraine crisis is the West's fault: The liberal delusions that provoked Putin», *Foreign Affairs* 93, 5 (2014), p. 1.
[6] F. X. Rocca y E. Gershkovich, «Pope Says NATO Might Have Provoked Russian Invasion of Ukraine», *The Wall Street Journal,* 3 de mayo de 2022.
[7] R. Kagan, «The Price of Hegemony; Can America Learn to Use Its Power?», *Foreign Affairs* (mayo-junio de 2022).
[8] AFP, «Putin Focused On Consolidating Ukraine Gains: U.S. Intel», *The Defense Post,* 5 de mayo de 2023.
[9] «Remarks by President Biden on Russia's Unprovoked and Unjustified Attack on Ukraine,» *The White House,* 24 de febrero de 2022.
[10] «Foreign Affairs Council: Remarks by High Representative Josep Borrell upon arrival», *European Union External Action,* 11 de abril de 2022.
[11] «Fredsprisvinner: Kompromiss med Russland er ikke fred» («Ganadora del Premio de la Paz: El compromiso con Rusia no es la paz»), *NRK,* 10 de diciembre de 2022.
[12] K. Walla, «Boris Johnson: Stop worrying about Putin and "focus entirely on Ukraine"», *Atlantic Council,* 1 de febrero de 2023.
[13] J. Stoltenberg, «Opening remarks», OTAN, 7 de septiembre de 2023.
[14] J. Bacon y J. L. Oritz, «"Zelensky is in a box": Some experts say Ukraine won't win the war», *USA Today,* 27 de julio de 2023.
[15] V. Zelenski, «Address by the President to Ukrainians at the end of the first day of Russia's attacks», página web oficial de la Presidencia de Ucrania, 25 de febrero de 2022.
[16] P. Polityuk, «Ukraine ready for talks with Russia on neutral status-official», *Reuters,* 25 de febrero de 2022.
[17] S. Raskin y L. Brown, «Ukraine and Russia to meet for peace talks "without preconditions", Zelensky says», *New York Post,* 27 de febrero de 2022.
[18] M. Hirsh, «Hints of a Ukraine-Russia Deal?», *Foreign Policy,* 8 de marzo de 2022.
[19] Departamento de Estado de Estados Unidos, «Department Press Briefing», 25 de febrero de 2022.
[20] J. Deutsch y L. Pronina, «EU Approves 450 Million Euros of Arms Supplies for Ukraine», *Bloomberg,* 27 de febrero de 2022.
[21] M. McMahon, «"If we don't support Ukraine, Ukraine will fall in a matter of days", says Josep Borrell», *Euronews,* 5 de mayo de 2023.
[22] N. Bennett, «Bennett speaks our», entrevista en vídeo con Naftali Bennett, 4 de febrero de 2023, 4:51:31 [https://youtu.be/qK9tLDeWBzs?si=OVzKMzo7Z3AYNgBT].
[23] *Ibid.*
[24] Departamento de Estado de Estados Unidos, «Department Press Briefing», 21 de marzo de 2022.

[25] «Ukraine has offered neutrality in talks with Russia - what would that mean?», *The Guardian,* 30 de marzo de 2022.

[26] F. Hill y A. Stent, «The World Putin Wants How Distortions About the Past Feed Delusions About the Future», *Foreign Affairs* (septiembre-octubre de 2022).

[27] C. Echols, «Diplomacy Watch: Did Boris Johnson help stop a peace deal in Ukraine?», *Responsible Statecraft,* 2 de septiembre de 2022.

[28] R. Romaniuk, «Possibility of talks between Zelenskyy and Putin came to a halt after Johnson's visit-UP sources», *Ukraniska Pravda,* 5 de mayo de 2022.

[29] R. Semonsen, «Former Israeli PM: West Blocked Russo-Ukraine Peace Deal», *The European Conservative,* 7 de febrero de 2023.

[30] «Son dakika... Numan Kurtulmuş CNN TÜRK'te: (Rusya-Ukrayna) Birileri savaşı bitirmemek için çabalıyor» («Último minuto... Numan Kurtulmuş en CNN TÜRK: (Rusia-Ucrania) Alguien está tratando de no poner fin a la guerra»), *CNN Turk,* 18 de noviembre de 2022.

[31] J. Helmer, «Whr. Gen. Kujat: Ukraine War is Lost, Germany Now Faces an Angry Russia... Alone», *Veterans Today,* 25 de enero de 2023.

[32] *Ibid.*

[33] «Russland will verhandeln!», *Emma,* 4 de marzo de 2023.

[34] N. Ferguson, «Putin Misunderstands History. So, Unfortunately, Does the U.S.», *Bloomberg,* 22 de marzo de 2022.

[35] T. O'Conner, «So, if the United States is concerned about China and wants to pivot towards Asia, then you have to ensure that Putin doesn't win in in Ukraine», *Newsweek,* 21 de septiembre de 2023.

[36] E. Webber, «Boris Johnson warns against seeking "bad peace" in Ukraine», *Politico,* 23 de junio de 2022.

[37] «Boris Johnson warns against a Ukraine-Russia peace deal», *BBC¸* 22 de septiembre de 2022.

[38] B. Johnson, «For a Quicker End to the Russia War, Step Up Aid to Ukraine», *Wall Street Journal,* 9 de diciembre de 2022.

[39] T. Hains, «NSC's Kirby: Ukraine Should Reject Any Russian-Chinese Ceasefire Plan», *Real Clear Politics,* 20 de marzo de 2023.

[40] Departamento de Estado de Estados Unidos, «Russia's Strategic Failure and Ukraine's Secure Future», 2 de junio de 2023.

[41] J. Biden, «Remarks by President Biden on Russia's Unprovoked and Unjustified Attack on Ukraine», *The White House,* 24 de febrero de 2022.

[42] J. Biden, «Remarks by President Biden in State of the Union Address», *The White House,* 1 de marzo de 2022.

[43] G. Carbonaro, «U.S. Wants Russia "Weakened" So It Can Never Invade Again», *Newsweek,* 25 de abril de 2022.

[44] J. Lemon, «"Let's Take Out Putin": Graham Doubles Down on Ukraine War "Off-Ramp"», *Newsweek,* 8 de mayo de 2022.

[45] J. Heappey, «Ukrainians are fighting for their freedom, and Britain is doing everything to help them», *The Telegraph*, 26 de febrero de 2022.

[46] «Transcript: The Rachel Maddow Show, 2/28/22, Guests: Hillary Clinton, Alexander Prokhoren», *MSNBC,* 1 de marzo de 2022.
[47] L. Panetta, «U.S. Is in a Proxy War With Russia: Panetta», *Bloomberg,* 17 de marzo de 2022.
[48] A. Maté, «U. S. fighting Russia "to the last Ukrainian": Veteran U.S. diplomat», *The Grayzone,* 24 de marzo de 2022.
[49] L. Lonas, «Crenshaw, Greene clash on Twitter: "Still going after that slot on Russia Today"», *The Hill,* 11 de mayo de 2022.
[50] A. Maté, «U.S., UK sabotaged peace deal because they "don't care about Ukraine": fmr. NATO adviser», *The Grayzone,* 27 de septiembre de 2022.
[51] M. McConnell, «McConnell on Zelenskyy Visit: Helping Ukraine Directly Serves Core American Interests», página web oficial de Mitch McConnell, 21 de diciembre de 2022.
[52] M. A. Thiessen, «Why should conservatives support Ukraine? I asked a populist leader in Europe», *The Washington Post,* 10 de agosto de 2023.
[53] R. Blumenthal, «Zelenskyy no quiere ni necesita nuestras tropas. But he deeply and desperately needs the tools to win», *CT Post,* 29 de agosto de 2023.
[54] Comisión sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), «Decolonizing Russia: A Moral and Strategic Imperative», 23 de junio de 2022.
[55] C. Michel, «Decolonize Russia», *The Atlantic,* 27 de mayo de 2022.
[56] A. Fotyga, «The dissoltuion of the Russian Federation is far less dangerous than leaving it ruled by criminals», *Euractiv,* 27 de enero de 2023.
[57] R. M. Gates, *Duty: Memoirs of a Secretary at War,* Nueva York, Knopf Doubleday Publishing Group, 2014.
[58] Z. Brzezinski, «A Geostrategy for Eurasia», *Foreign Affairs* 76, 5 (1997).
[59] S. Nelson, «"That's called World War III": Biden defends decision not to send jets to Ukraine», *New York Post,* 11 de marzo de 2022.
[60] P. Wintour, «NATO members may send troops to Ukraine, warns former alliance chief», *The Guardian,* 7 de junio de 2023.
[61] A. Blinken, «Secretary Antony J. Blinken With Jonathan Karl of ABC This Week», *US Department of State,* 10 de septiembre de 2023.
[62] L. Seligman, P. McLeary y A. Ward, «Ukraine uses secretly shipped U.S. missiles to launch surprise strike», *Politico,* 17 de octubre de 2023.
[63] H. Cooper, E. Schmitt y J. E. Barnes, «U.S. Intelligence Helped Ukraine. Strike Russian Flagship, Officials Say», *The New York Times,* 5 de mayo de 2022.
[64] «Ukraine's sluggish counter-offensive is souring the public mood», *The Economist,* 20 de agosto de 2023.
[65] J. Hudson y A. Horton, «U.S. intelligence says Ukraine will fail to meet offensive's key goal», *The Washington Post,* 17 de agosto de 2023.
[66] E. Wong y M. Crowley, «With Sanctions, U.S. and Europe Aim to Punish Putin and Fuel Russian Unrest», *The New York Times,* 4 de marzo de 2022.
[67] *Ibid.*
[68] «Extending Russia: Competing from Advantageous Ground», RAND

Corporation, 24 de abril de 2019, p. 62.

[69] «Pompeo Says U.S. Will "Do Everything" To Stop Nord Stream 2 Project», *RFE/RL,* 30 de julio de 2020.

[70] T. Cotton, «Kill Russia's Nord Stream 2, Let it Ruse in the Baltic», sitio web oficial de Tom Cotton, 19 de mayo de 2021.

[71] «At this hour with Kate Bolduan», CNN, 14 de enero de 2022.

[72] T. Cruz, «President Biden and the Democrats have Imperiled Ukraine and Put Europe on the Brink of War», sitio web oficial de Ted Cruz, 7 de febrero de 2022.

[73] S. Sarkar, «"There Will No Longer Be a Nord Stream 2": Fingers Pointing Towards Biden after Gas Pipeline Blasts», *News18,* 30 de septiembre de 2022.

[74] «Nord Stream 2 won't happen if Russia invades Ukraine: U.S.», *Deutsche Welle,* 27 de enero de 2022.

[75] «If Russia invades Ukraine, Nord Stream 2 pipeline will not move forward: U.S.», *Wion,* 28 de enero de 2022.

[76] I. Van Brugen, «Sergei Lavrov Accuses U.S. of Nord Stream Pipeline Attack», *Newsweek,* 2 de febrero de 2023.

[77] S. Hersh, «How America Took Out The Nord Stream Pipeline», Seymour Hersh (blog *Substack*), 8 de febrero de 2023.

[78] S. Harris y S. Mekhennet, «U.S. had intelligence of detailed Ukrainian plan to attack Nord Stream pipeline», *The Washington Post,* 6 de junio de 2023.

[79] D. Ignatius, «The West feels gloomy about Ukraine. Here's why it shouldn't», *The Washington Post,* 18 de julio de 2023.

[80] S. Bell, «The West remains committed to Ukraine's counteroffensive-but there's s scepticism over Zelenskyy's ultimate objectives», *Sky News,* 9 de septiembre de 2023.

CAPÍTULO IX

Un orden mundial euroasiático-occidental

Antes de la aparición del mundo occidentalocéntrico en el siglo XVI, la antigua Ruta de la Seda había conectado, desde el siglo II a.C. hasta el siglo XV d.C., China, India, Asia Central, Oriente Medio y Europa gracias a una red de vías comerciales. Facilitó el intercambio cultural y el comercio internacional, lo que propició la aparición de nuevos centros económicos y el surgimiento de poderosos imperios. También contribuyó al crecimiento del Imperio romano, al proporcionarle nuevas tecnologías e ideas de procedencia china, como la elaboración de papel o técnicas médicas, que influyeron significativamente en el desarrollo de la civilización occidental. La Ruta de la Seda fue un modelo temprano de globalización, aunque no dio lugar a un orden mundial común, ya que la conexión entre las distintas civilizaciones se producía sobre todo por intermediación de pueblos nómadas.

La desaparición de esta antigua ruta se debió en gran medida al declive del Imperio nómada mongol en el siglo XIV y al auge del poder marítimo europeo durante la Era de las Exploraciones a partir del siglo XV. El ascenso de las potencias marítimas europeas supuso la reconexión del mundo a través de los puestos comerciales de los imperios europeos. Que la hegemonía colectiva de las potencias marítimas occidentales perdurase, dependía de que se mantuviesen las divisiones a lo largo y ancho de Eurasia para controlar las arterias comerciales; durante siglos, impedir la aparición de un orden mundial euroasiático fue una estrategia clave. Sin embargo, tras cinco siglos de dominio occidental, el orden mundial único resultante, fruto del control del vasto continente euroasiático desde la periferia marítima, está llegando a su fin.

Lo que está surgiendo es un orden mundial euroasiático a medida que la distribución internacional del poder sigue desplazándose de Occidente a Oriente, mientras que la legitimidad del orden mundial occidentalocéntrico se ha debilitado gravemente. El ferrocarril ha

permitido a Rusia asumir el papel de sucesor de los nómadas mongoles como último custodio del corredor terrestre euroasiático, mientras que China intenta revivir la antigua Ruta por medio de una conectividad económica. Así pues, una poderosa fuerza gravitatoria euroasiática está reorganizando el supercontinente y el mundo en general.

Los imperios de puestos comerciales *(trade-post empires)* de Occidente acabaron evolucionando hasta convertirse en imperios coloniales y potencias imperiales, aunque siguiendo el mismo modelo de control de la conectividad económica. Las potencias marítimas hegemónicas capaces de dominar los mares, como Reino Unido y luego Estados Unidos, se basan en mantener dividida Eurasia. En cambio, las potencias euroasiáticas acentúan su poder incrementando la conectividad para reducir una excesiva dependencia de la potencia hegemónica marítima. El principal objetivo es crear una simetría favorable de interdependencia al volverse menos dependiente de Occidente. La geoeconomía de la multipolaridad apoya así las normas de diferenciación civilizatoria como fundamento de la igualdad soberana.

Rusia y China como potencias euroasiáticas

Rusia y China son los actores clave a la cabeza de una distribución internacional del poder más equilibrada. Adam Smith reconoció que el ascenso de las potencias marítimas occidentales transformó el mundo. El descubrimiento de América y de un paso a las Indias Orientales fueron, según Smith, los «dos acontecimientos más grandes e importantes registrados en la historia de la humanidad»[1]. Sin embargo, también reconoció que la inmensa concentración de poder en Europa hizo que ambos hechos tuvieran un enorme coste humano para los nativos:

> Pero, para los nativos de las Indias Orientales y Occidentales, todos los beneficios comerciales que han derivado de esos acontecimientos se han hundido y perdido en las tremendas desgracias que han ocasionado. Estas desgracias, sin embargo, parecen haberse producido más por accidente que por nada que radique en la naturaleza misma de esos acontecimientos. En el

momento en que dichos descubrimientos tuvieron lugar, la superioridad de fuerzas resultó ser tan grande en el lado de los europeos que fueron capaces de cometer impunemente en esos remotos parajes toda clase de injusticias[2].

Sin embargo, Smith anticipó que, con un equilibrio de poder distribuido de forma más equitativa, podría surgir un mundo más benigno y justo:

Es posible que de aquí en adelante los nativos de esos países se fortalezcan y los de Europa se debiliten, y los habitantes de todo el mundo arriben a ese equilibrio de fuerza y valor que, al inspirar el temor recíproco, es lo único que puede abrumar la injusticia de las naciones independientes y conducirlas a alguna clase de respeto por los derechos de las demás. Y nada puede lograr ese equilibrio de fuerzas mejor que la mutua comunicación de conocimientos y de toda clase de mejoras que naturalmente se genera mediante un intenso comercio entre todas las naciones[3].

Rusia pasó a ser un rival clave de Gran Bretaña y, posteriormente, de Estados Unidos, ya que su extensa geografía euroasiática amenazaba con acabar con la primacía de los corredores marítimos. Históricamente, Rusia ha luchado en todo momento por recuperar el acceso a esos corredores marítimos. La cuna de la civilización rusa fue la Rus de Kiev, con su oportuna ubicación junto al río Dniéper. La desintegración de la Rus de Kiev en el siglo XIII y la posterior invasión mongola provocaron que Rusia quedara aislada de las arterias del comercio internacional durante siglos. El reto permanente de Rusia ha sido conseguir un acceso adecuado a los puertos de aguas cálidas y a los corredores marítimos de los que disfrutaban el resto de los europeos. Así pues, limitar el acceso de Rusia a los corredores marítimos se convirtió en una estrategia de las potencias marítimas occidentales como Suecia, Reino Unido y Estados Unidos para debilitarla.

El ascenso de Rusia en el siglo XIX amenazó con alterar por completo el orden mundial al acabar con el poderío naval como fundamento de la distribución internacional del poder. El siglo XIX estuvo marcado por intensas rivalidades geopolíticas entre las principales potencias europeas, y una de las más significativas y duraderas fue la que enfrentó a Gran Bretaña y Rusia. Esta rivalidad

tenía sus raíces en sus ambiciones imperiales contrapuestas, en la expansión territorial y en la competencia por influir en regiones cruciales para sus intereses estratégicos. La rivalidad británico-rusa era especialmente singular, ya que los rusos amenazaban con dar al traste con la importancia del control marítimo al conectar la masa continental euroasiática con corredores terrestres. La Rusia euroasiática amenazaba así con acabar con el dominio británico y todo el orden mundial basado en la primacía de las potencias marítimas occidentales.

Los británicos fueron conscientes por primera vez de la amenaza rusa como potencia terrestre euroasiática durante las guerras revolucionarias francesas, cuando el zar se alió brevemente con Napoleón y envió a la India británica un ejército cosaco a través de Asia Central[4]. Sin embargo, la campaña no tuvo resultado alguno, ya que el zar Pablo I fue asesinado en 1801, lo que puso fin al acuerdo con Napoleón, al tiempo que se ordenó al ejército cosaco que regresara a Rusia. Aunque la amenaza inmediata había desaparecido, los británicos tomaron nota de una tendencia más amplia a medida que Rusia comenzaba a expandir su influencia hacia la periferia marítima del vasto continente euroasiático.

La victoria de Rusia en la Guerra Ruso-Persa (1826-1828) dio lugar al Tratado de Turkmenchay, en el que Persia cedió importantes territorios a Rusia, entre otros partes de las actuales Armenia, Azerbaiyán y Georgia. La victoria rusa y la mencionada adquisición territorial suscitaron la preocupación de Gran Bretaña, ya que permitían a Rusia ampliar su control y su influencia a lo largo del mar Negro, con la posibilidad de «arrebatar» Constantinopla a los otomanos. Además, la Guerra Ruso-Persa redujo la influencia británica en la región, pues había sido incapaz de proporcionar un apoyo decisivo, lo que incentivó a Persia a dirigir su mirada a Rusia como la principal potencia regional. El riesgo de una conquista ruso-persa de la India británica se convirtió en una preocupación creciente para Gran Bretaña.

Posteriormente, británicos y franceses ayudaron al Imperio otomano entrando en guerra con Rusia, y los rusos sufrieron una humillante derrota en la Guerra de Crimea (1853-1856). Esta derrota

debilitó aún más su poder naval y su consiguiente acceso a los mares, aunque también incentivó a Rusia a adoptar tecnologías que aumentaron su capacidad para controlar los corredores terrestres. La lección de la Guerra de Crimea fue que las industrias e infraestructuras rusas estaban infradesarrolladas, y el remedio fue una rápida industrialización y la construcción de ferrocarriles para conectar su vasto territorio. En 1879, las carreteras y los ferrocarriles se habían convertido en un componente clave de la expansión rusa en Asia Central, ya que las infraestructuras se traducían en una esfera de influencia[5]. En lo que se conoció como el Gran Juego, Rusia y Gran Bretaña estuvieron luchando por el poder en Asia Central mientras Rusia se expandía hacia la India británica. Sin embargo, el Gran Juego llegó a su fin con los protocolos de la Comisión de Límites del Pamir de 1895, que convirtieron a Afganistán en un Estado tapón entre el Imperio ruso como potencia terrestre y el Imperio británico como potencia marítima. Las tensiones volvieron a aumentar cuando Rusia construyó el ferrocarril transiberiano para extender y cimentar su poder en la costa del Pacífico, al tiempo que iniciaba su expansión hacia el sur, hasta Port Arthur, en China.

A finales del siglo XIX, el ministro de Finanzas ruso, Serguéi Witte, empezó a desarrollar algunas nociones para una economía política euroasiática de acuerdo con las ideas de Alexander Hamilton y Friedrich List. Rusia se industrializó rápidamente y disfrutó de un raudo crecimiento económico. En lugar de permanecer económicamente infradesarrollada en la periferia de Europa y Asia, podría situarse en el centro de una región euroasiática más amplia conectada por corredores terrestres. Witte quería poner fin al papel de Rusia como exportador de recursos naturales a Europa, ya que se asemejaba a «las relaciones de los países coloniales con sus metrópolis»[6]. Al pivotar hacia Asia, los rusos esperaban compensar su posición desfavorable en Europa.

También comenzó a desarrollarse una identidad euroasiática como alternativa a los vanos esfuerzos de Rusia por ser aceptada en Europa. Desde principios del siglo XVIII, durante el reinado de Pedro el Grande, Rusia había equiparado modernización a europeización, lo

que exacerbó los cismas existentes en la identidad y la sociedad rusas[7]. A finales del siglo XIX, Fiódor Dostoievski sostenía que los problemas de Rusia derivaban de sus continuos e inútiles esfuerzos por adaptarse a Europa, donde los rusos nunca serían bien recibidos:

> Los rusos son tan asiáticos como europeos. El error de nuestra política durante los dos últimos siglos ha sido hacer creer a los pueblos de Europa que somos verdaderos europeos [...]. Nos hemos doblegado como esclavos ante los europeos y sólo hemos conseguido su odio y su desprecio. Es hora de apartarnos de la ingrata Europa. Nuestro futuro está en Asia. Es cierto que Europa es nuestra madre, pero, en lugar de mezclarnos en sus asuntos, la serviremos mejor trabajando en nuestra nueva idea ortodoxa, que con el tiempo traerá felicidad a todo el mundo. Mientras tanto, será mejor para nosotros buscar alianzas con los asiáticos[8].

La «Teoría del corazón continental» de Mackinder, que ha tenido una gran influencia en la política británica y estadounidense, analizó posteriormente la amenaza que suponía una Rusia convertida en una potencia euroasiática, ya que representaba una lucha entre potencias marítimas y potencias terrestres. Mackinder consideraba que el desarrollo del ferrocarril era clave para que esto ocurriera, ya que permitía a Rusia emular las aptitues nómadas de escitas, hunos y mongoles, necesarias para controlar el vasto continente: «el ejército ruso en Manchuria es una prueba tan significativa de una potencia terrestre móvil como el ejército británico en Sudáfrica lo fue de una marítima»[9]. Mackinder observó que «los ferrocarriles actuaban principalmente para alimentar el comercio transoceánico», aunque los transcontinentales podían rivalizar y desplazar a los corredores de transporte marítimo:

> Hace una generación, el barco de vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad de una potencia marítima en relación con una terrestre. Los ferrocarriles actuaban principalmente para alimentar el comercio transoceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora transformando las condiciones de la potencia terrestre, y en ningún lugar pueden tener tanto efecto como en el corazón cerrado de Eurasia, en vastas zonas en las que no había disponibilidad de madera ni de piedra para hacer

carreteras[10].

De repente, parecía que podía quedar sin efecto el imperativo militar y económico de controlar los mares del mundo: «El corazón continental es la región a la que, en condiciones modernas, se puede negar el acceso a la potencia marítima»[11]. El objetivo clave de los británicos, y más tarde de los estadounidenses, era, por tanto, impedir la aparición de una potencia hegemónica o de un grupo de Estados capaces de dominar Europa y Eurasia que pudieran amenazar a la potencia marítima dominante.

Con el apoyo británico, los japoneses acabaron derrotando a Rusia en 1905 y haciendo retroceder su influencia. A partir de entonces, Rusia comenzó a desestabilizarse y finalmente dejó de existir como Estado cuando los bolcheviques tomaron el poder tras la revolución de 1917.

Sin embargo, a principios del siglo XX, rusos exiliados euroasianistas como Trubetskoi y Savitsky continuaron desarrollando ideas en torno a un orden euroasiático que estaban profundamente influidas por Mackinder. En la década de 1920, los euroasianistas conservadores rusos vislumbraban un camino completamente distinto al que había seguido la Unión Soviética. Una economía política euroasiática se consideraba antihegemónica en oposición al dominio de las potencias marítimas. Mientras que la búsqueda de la hegemonía por parte de las potencias marítimas, como Gran Bretaña y Estados Unidos, exigía una táctica de divide y vencerás en todo el continente euroasiático, una economía política euroasiática, para que funcionase, requería la cooperación entre las principales civilizaciones:

> Eurasia había desempeñado anteriormente un papel unificador en el Viejo Mundo. La Rusia contemporánea, al absorber esta tradición, debe abandonar decidida e irrevocablemente los viejos métodos de unificación, como la violencia y la guerra, pertenecientes a una época superada y caduca[12].

Estas ideas desaparecieron durante la era soviética, mientras que, en la liberal de Yeltsin, lo que buscaba Rusia era sobre todo la integración económica con Occidente. Una vez que resultó evidente

que, tras la Guerra Fría, Rusia no sería incluida en una Gran Europa, sino que quedaría relegada al papel de proveedor de recursos naturales permanentemente mermado y subordinado, las ideas eurasianistas retornaron con fuerza. El golpe de Estado de 2014 en Ucrania, que contó con el respaldo de Occidente, convenció a Rusia para abandonar sus ambiciones de construir una Gran Europa y, en su lugar, abrazar la Gran Alianza Euroasiática (Greater Eurasian Parntership, GEP). Incluso Igor Ivanov, exministro de Asuntos Exteriores ruso, uno de los principales defensores de la Gran Europa, reconoció que la iniciativa había sido utópica y que se había iniciado un cambio necesario hacia la Gran Eurasia[13].

La Iniciativa para la Gran Eurasia implica reposicionar a Rusia, que pasaría de estar en la periferia de Europa y Asia a encontrarse en el centro de una superregión más amplia. Con ello, reduciría su dependencia de Occidente en pos de una mayor conectividad económica con Oriente en cuanto a tecnología, industria, corredores de transporte y finanzas. Al situarse en el centro de una Gran Eurasia, el mundo dependería más de Rusia, mientras que esta última disminuiría su dependencia de cualquier Estado o región. Una simetría de interdependencia favorable sería la base de la posición de Rusia como polo independiente de poder en un mundo multipolar.

El golpe de Estado en Kiev y la muerte de la Gran Europa se produjeron al mismo tiempo que China rebasaba el marco de una arquitectura económica internacional dominada por Estados Unidos y, por tanto, buscaba crear alternativas. China se convirtió así en el socio indispensable de Rusia por su capacidad e intención de desafiar el sistema económico internacional de cuño estadounidense.

El ascenso de China

El auge de la hegemonía occidental llevó a la destrucción de China. La expansión del poder imperial británico en Asia en el siglo XIX había encontrado un obstáculo en la autarquía china. La interdependencia era insostenible, ya que Gran Bretaña dependía de China para productos como la seda, el té y la porcelana, mientras que lo único que necesitaba una China en gran medida autosuficiente era oro y

metales preciosos. Por ello, los británicos vieron en la exportación ilegal de opio a China el modo de restablecer la balanza comercial. Tras ser derrotada en las Guerras del Opio a mediados del siglo XIX y perder gran parte del control soberano, China se vio sometida a unas asimetrías económicas extremas y sufrió lo que se ha denominado el siglo de la humillación, a medida que disminuían su riqueza y su posición en el mundo.

La recuperación y el ascenso de China pasaron por varias etapas. El siglo de la humillación terminó con la Revolución comunista de 1949 y Mao consolidando la soberanía china durante las tres décadas siguientes. En 1978, China comenzó a adoptar reformas de mercado y siguió una política de «ascenso pacífico», en la que se centró en su desarrollo interno, evitando atraer la atención de Estados Unidos. Tres décadas después, la crisis financiera mundial de 2008-2009 puso de manifiesto el carácter insostenible de la deuda y, por tanto, del sistema económico liderado por Estados Unidos. El siguiente paso que dieron los chinos fue afirmarse en la economía internacional y desafiar la hegemonía estadounidense.

Este ascenso pacífico requería un proceso dual: mientras China se integraba en las estructuras y normas del orden internacional, Estados Unidos, como Estado dominante en el sistema económico internacional, tenía que estar dispuesto a resituarse y acomodarse al ascenso chino[14]. Sin embargo, Washington seguía sin estar por la labor de buscar un encaje adecuado para China, a pesar de haberle permitido el ingreso en la OMC, ya que suponía socavar los mecanismos de la primacía estadounidense en instituciones como el FMI, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo. En consecuencia, China comenzó a crear una arquitectura económica internacional paralela. Las instituciones internacionales que ya no reflejan la distribución internacional del poder empezaron a decaer. En 1990, Deng Xiaoping había dicho a los miembros del Comité Central que China acabaría convirtiéndose en uno de los polos de un mundo multipolar:

> La situación en la que Estados Unidos y la Unión Soviética dominaban todos los asuntos internacionales está cambiando. Sin embargo, en el futuro, cuando

> el mundo se convierta en tripolar, tetrapolar o pentapolar, la Unión Soviética, por debilitada que esté, y aun cuando algunas de sus repúblicas se separen, seguirá constituyendo un polo. En el llamado mundo multipolar, China también lo será. No subestimemos nuestra importancia: de un modo u otro, a China se la considerará polo. Nuestra política exterior sigue siendo la misma: primero, oponernos al hegemonismo y a la política de poder, y salvaguardar la paz mundial; segundo, trabajar para establecer un nuevo orden político internacional y un nuevo orden económico internacional[15].

China ha reproducido, en cierta medida, el sistema estadounidense de principios del siglo XIX con sus tres pilares, cuando Estados Unidos desarrolló una base manufacturera, una infraestructura para el transporte y un banco nacional para contrarrestar la hegemonía económica británica y la consiguiente influencia política intrusiva. De forma similar, China ha descentralizado la infraestructura económica internacional mediante el desarrollo de ecosistemas tecnológicos punteros, asociados a la Cuarta Revolución Industrial, ha lanzado la Iniciativa de la Franja y la Ruta en 2013 y ha desarrollado nuevos instrumentos financieros en cuanto a bancos de desarrollo y desdolarización. El deseo de China de revivir la antigua Ruta de la Seda ha dejado claro su voluntad de reducir la dependencia respecto de los corredores de transporte marítimo occidentales que habían marcado el inicio de 500 años de dominio occidental.

Tras años de políticas industriales cuyo objetivo era alcanzar a Occidente, comenzó a perseguir el liderazgo tecnológico. En 2015, presentó el programa *Made in China 2025,* una política industrial estatal con el fin de convertir a China en el líder mundial de las principales industrias del sector de la alta tecnología. La política industrial se desarrolló aún más con el *China Standards 2035 Plan*, para establecer unos estándares globales para la próxima generación tecnológica. La «Ruta de la Seda Digital» pretende conectar el resto del mundo con las tecnologías e industrias estratégicas chinas. Su tecnología 5G está reconocida como el sistema nervioso digital del «internet de las cosas», los coches autónomos y otras tecnologías de la Cuarta Revolución Industrial. La respuesta estadounidense ha sido una guerra económica contra China para sabotear su ascenso

industrial que ha intensificado su desacoplamiento tecnológico e industrial de las cadenas de suministro estadounidenses.

En una línea similar, Rusia ha desarrollado un ecosistema digital independiente, que no es vulnerable a las presiones y coacciones económicas de Occidente. En ámbitos donde sus capacidades son limitadas, prioriza la cooperación tecnológica con China, aunque sigue aspirando a la soberanía tecnológica para evitar una dependencia excesiva. Rusia y China cooperan en tecnologías clave dentro de áreas como la inteligencia artificial, las comunicaciones, el comercio electrónico y el «internet de las cosas». Se han firmado acuerdos para la creación de centros conjuntos de investigación de alta tecnología. Rusia incluso se ha desvinculado de la exploración espacial con Occidente en favor de China. El 9 de marzo de 2021, la Agencia Espacial Rusa Roscosmos y la Administración Espacial Nacional China (CNSA) firmaron un memorando de entendimiento para construir una base lunar.

La ambiciosa Iniciativa de la Franja y la Ruta conecta físicamente el mundo con China a través de corredores terrestres (Franja) y marítimos (Ruta). En septiembre de 2013, en Kazajistán, el presidente Xi hizo el primer anuncio de la Ruta de la Seda terrestre y luego, en octubre de 2013, presentó la Ruta de la Seda marítima en el Parlamento de Indonesia. China está constituyendo unas formidables fuerzas militares para hacer frente a las cadenas de islas estadounidenses, al tiempo que construye corredores terrestres para resultar menos vulnerable a los corredores marítimos controlados por Estados Unidos. Dicha cadenas hacen referencia a dos series de islas militarizadas frente a las costas de China, que Estados Unidos utilizó para mantener a raya a la Unión Soviética y a China a principios de la década de 1950. La primera va de Japón a Indonesia, pasando por las islas Ryukyu, Taiwán, Filipinas y Malasia; la segunda, de Japón a Indonesia pasando por las islas Marianas del Norte, Guam, Micronesia y Palaos. El secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles definió ambas cadenas y su finalidad en 1952[16].

Rusia es inevitablemente un socio clave en la integración económica de Eurasia. Además de los corredores terrestres, su Ruta

Marítima del Norte a lo largo del Ártico es un nuevo corredor de transporte más rápido y barato que las rutas marítimas alternativas, y se encuentra fuera del control de Estados Unidos. En 2018, China publicó su primer libro blanco sobre el Ártico, en el que se refería a este corredor como la «Ruta de la Seda Polar».

China también asume una posición de liderazgo en el desacoplamiento del sistema financiero que, liderado por Estados Unidos, ha dominado a nivel mundial desde Bretton Woods. China es el mayor participante en el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS, fundado en 2014. También lanzó el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (BAII) en 2015 como competidor del Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo. Washington advirtió a sus aliados para que no se unieran, pero al final todos, con la excepción de Japón, se sumaron a la iniciativa. China también desarrolló el Sistema de Pago Interbancario y Transfronterizo (CIPS, por sus siglas en inglés) en 2015 para reducir la dependencia del sistema SWIFT, que se estaba utilizando cada vez más como arma política. En la misma línea, Rusia desarrolló el Sistema de Transferencia de Mensajes Financiero (SPFS) como alternativa al SWIFT, y varios grandes bancos rusos se unieron al CIPS.

La desdolarización es quizá la iniciativa que supone una mayor amenaza para la hegemonía estadounidense. China intenta aumentar el uso del yuan en el comercio internacional y fomenta acuerdos que contemplen el uso de monedas nacionales. También ha desarrollado el Pago Electrónico de Moneda Digital (DCEP, por sus siglas en inglés), que utiliza la tecnología *blockchain* para soslayar la dependencia de los bancos. Se espera que la digitalización de la moneda nacional china genere demanda y aumente su atractivo frente al dólar estadounidense. Rusia apoya la desdolarización y, tras las sanciones de 2022, empezó a rechazar dólares y euros en sus exportaciones. Desde la guerra de Ucrania, tanto Rusia como China han intensificado sus esfuerzos por reducir sus reservas de dólares y acumular más oro.

La diversificación de Rusia para alejarse del sistema financiero liderado por Estados Unidos ha incluido la creación del Banco Euroasiático de Desarrollo (EDB) de la Unión Económica Euroasiática

para organizar el espacio postsoviético. En lugar de enzarzarse en una rivalidad de suma cero, China y Rusia comenzaron a armonizar los acuerdos financieros de la Unión Económica Euroasiática y la Iniciativa de la Franja y la Ruta bajo el patrocinio de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS). Al ampliar la OCS en 2017 para incluir tanto a India como a Pakistán, China podría expandir la región de su liderazgo económico y –al mismo tiempo– tranquilizar a Rusia, ya que la inclusión de otras grandes potencias haría más difícil que China tradujera su liderazgo económico en dominio[17].

En lo tocante a la integración euroasiática, Rusia y China tienen sus preferencias y apuestan por formatos algo diferentes, pero ninguna puede llevar adelante su propuesta sin la cooperación de la otra. A diferencia de los siglos XIX y XX, Rusia no tiene ni la capacidad ni la intención de afirmar su hegemonía en Eurasia, por lo que su objetivo es ser alguien que mantenga un equilibrio que facilite la multipolaridad. Esto implica la aceptación de China como economía líder en Eurasia, aunque lo que no admitirá Rusia es el dominio chino. La diferencia entre una China que desempeñe un papel protagonista y una que ejerza el dominio está garantizada por la diversificación de la conectividad económica euroasiática a través de países como India, Irán, Turquía u otros, lo que da cabida a un mayor número de centros de poder. China seguirá siendo la primera potencia, pero no podrá imponer su dictado.

La base de la geoeconomía consiste en alterar la simetría de la interdependencia económica reduciendo la dependencia propia y aumentando la de los demás respecto a uno mismo. Aparentemente consciente de la economía hamiltoniana para alterar la simetría de la interdependencia, la presidenta de la Comisión Europea Von der Leyen observó: «En las últimas décadas, China se ha convertido en una potencia económica y en un actor mundial clave. Ahora está reduciendo su dependencia del mundo, mientras aumenta la del mundo respecto a ella».

Reajuste mundial de los conflictos unipolares a la paz multipolar

El conflicto de Estados Unidos con Rusia y China amenaza con

convertir el mundo entero en un tablero de ajedrez geopolítico. Estados Unidos no ha estado dispuesto a hacer un hueco ni a Rusia ni a China en un orden mundial multipolar; en lugar de esto, pretende debilitarlas. El expansionismo de la OTAN es el instrumento clave de Estados Unidos para debilitar a Rusia, mientras que, en el caso chino, pretende hacerlo abandonando la política de una sola China e impulsando la secesión de Taiwán. La guerra de Ucrania ha intensificado la transición hacia un orden mundial euroasiático multipolar. Aunque Washington ofrece a los aliados la oportunidad de debilitar a un adversario común, el precio para estos últimos es ceder cierta soberanía a Estados Unidos, como el control de la política exterior.

Sin embargo, la guerra de Ucrania demostró que esta alianza antirrusa debilitaba gravemente a Europa. Revivir las líneas divisorias militarizadas en Europa puede haber unificado a los Estados de la OTAN, pero previsiblemente hizo que el continente fuera menos seguro y, por tanto, más dependiente de Washington, mientras que un acuerdo mutuamente aceptable con Rusia tras la Guerra Fría podría haber revitalizado la relevancia de Europa como polo independiente de poder. La opinión general sugiere que la guerra de Ucrania aumentará el apoyo europeo al liderazgo estadounidense, pues la solidaridad es necesaria para enfrentarse a un enemigo exterior común. Sin embargo, las presiones sistémicas de un sistema internacional multipolar sugieren lo contrario. Para restaurar su autonomía estratégica, los europeos tendrán que adaptarse en algún momento al nuevo equilibrio de poder reduciendo su excesiva dependencia de Washington.

La solidaridad occidental fue un fenómeno que se produjo durante la era bipolar debido a la amenaza soviética, y, durante la era unipolar, los europeos aspiraban a una hegemonía colectiva en la que la UE sería un igual de Estados Unidos. En los años anteriores a la guerra de Ucrania, la UE empezó a formular el objetivo de «autonomía estratégica» y «soberanía europea». En un mundo multipolar, estos objetivos exigen una diversificación de las asociaciones, ya que una dependencia excesiva de Estados Unidos subordinará políticamente a los europeos. Estados Unidos tiene una

mayor capacidad para subordinar a los europeos en tiempo de conflictos, ya que la dependencia en materia de seguridad puede convertirse en lealtad económica y política. Sin embargo, la presión de Washington para desacoplar a Europa de Rusia, China, Irán y otros de sus adversarios alimentará la animadversión a medida que los europeos se vuelvan cada vez más irrelevantes como apéndice de Estados Unidos.

Si la guerra de Ucrania se libra hasta el último ucraniano, también se librará hasta el último euro. Alemania, la potencia económica de Europa, ha ejemplificado la humillante subordinación a Estados Unidos. En gran medida, las elites político-mediáticas alemanas guardaron silencio sobre el ataque a una infraestructura energética crucial, más aún cuando resultó evidente que los rusos no tenían responsabilidad alguna. Mientras Rusia podía derivar sus exportaciones de energía hacia Oriente, los europeos sufrían la desindustrialización y la crisis económica. Las industrias alemanas de alto consumo energético pasaron a tener una mayor dependencia de la energía estadounidense, más cara, lo que redujo su competitividad. Para empeorar las cosas, la Ley de Reducción de la Inflación de 2022 estableció grandes incentivos para que las industrias europeas poco competitivas se trasladen a Estados Unidos. El ministro de Economía francés Bruno Le Maire, que menos de un año antes había pedido la destrucción de la economía rusa, advirtió de que, con la mencionada ley, Estados Unidos estaba desindustrializando Europa. El comisario de Mercado Interior de la UE, Thierry Breton, fue aún más lejos y calificó la desindustrialización propiciada por Estados Unidos de «desafío existencial» para Europa[18]. La asociación energética de Alemania con Rusia y las ambiciones francesas de autonomía estratégica para la UE habían llegado efectivamente a su fin, ya que Europa se convertía cada vez más en un «vasallo» de Estados Unidos, como Macron había advertido con anterioridad.

Las elites ideológicas europeas puede que sigan actuando en contra de sus propios intereses estratégicos, pero no pasará mucho tiempo antes de ser sustituidas por nuevas fuerzas políticas. Los populistas, tanto en Estados Unidos como en Europa, expresan cada

vez más el deseo de abandonar la hegemonía y aceptar una posición más moderada en el sistema internacional. Además, muchas de estas voces también se oponen a los excesos del liberalismo y, en consecuencia, simpatizan ideológicamente con Rusia. Occidente reavivó las líneas divisorias ideológicas tras la Guerra Fría al intentar reorganizar el mundo siguiendo la heurística de liberalismo frente a autoritarismo. Los excesos del neoliberalismo perturbaron a los conservadores a medida que el liberalismo se desvinculaba del Estado-nación, y muchos populistas empezaron a ver el mundo dividido entre nacional-patriotismo y cosmopolitismo-globalismo, contexto en el que Rusia pasó de ser un adversario a un aliado[19].

El mundo reduce su dependencia de Occidente

Occidente fue incapaz de aislar a Rusia, ya que aproximadamente el 85% de la población mundial reside en países que no enviaron armas a Ucrania ni impusieron sanciones a Rusia. La nueva comunidad internacional multipolar garantizó así que Occidente no pudiera derrotar a Rusia en el campo de batalla ni destruir su economía. El diplomático singapurense y expresidente del Consejo de Seguridad de la ONU Kishore Mahbubani señaló que la mayoría de la población del planeta desea vivir en un mundo multipolar, razón por la cual se opone a las sanciones contra Rusia. Una victoria de Occidente sobre Rusia entrañaría el riesgo de un retorno a la arrogancia occidental y a las ambiciones unipolares, por lo que Mahbubani argumentó que «una derrota rusa no redundaría en interés del Sur global», puesto que quiere vivir en un mundo multipolar: «Muchos países del Sur que aún conservan recuerdos del Occidente antaño dominante saben que este volverá a ser arrogante e insufrible si derrota por completo a Rusia»[20].

Mientras que Occidente consideraba que sus sanciones eran justas y necesarias para preservar las reglas y normas del sistema internacional, gran parte del mundo se vio sorprendido por su flagrante violación de reglas y normas clave al separar a Rusia del sistema de transacciones SWIFT, supuestamente apolítico, y confiscar las reservas de su banco central. El Estado de derecho

quedó aparentemente suspendido, ya que los rusos vieron congelados sus activos sin el debido proceso. Además, los Estados occidentales también amenazaron con imponer sanciones secundarias a los Estados que no acataran las sanciones unilaterales de Occidente.

Los agresivos esfuerzos por privar a otros Estados de su soberanía y su política exterior independiente no se limitaron a las sanciones económicas. Por ejemplo, los cables filtrados revelaron que los diplomáticos estadounidenses estaban enfadados por la «neutralidad agresiva» de Pakistán en la guerra de Ucrania y le amenazaron con el «aislamiento» si el primer ministro Imran Khan seguía en el poder. Por ello, Washington presionó para que se destituyera a un primer ministro elegido democráticamente por no plegarse a su voluntad, desestabilizando así a una potencia nuclear[21].

India parece ser más consciente de que los «aliados» no tienen por qué compartir los mismos intereses. A Estados Unidos le conviene fomentar una ruptura sino-india avivando las tensiones entre ambos países, ya que esto debilitaría a China y subordinaría a India a Estados Unidos gracias a las garantías de seguridad exigidas. Sin embargo, desde el punto de vista de su seguridad y prosperidad, lograr la paz y la conectividad económica con sus vecinos resultan beneficiosas para India. La mentalidad de Washington puede resumirse en un artículo del *New York Times* titulado «In Wake of Recent India-China Conflict, U.S. Sees Opportunity» («Estados Unidos ve una oportunidad tras el reciente conflicto entre India y China »). El mencionado periódico reconoce que Estados Unidos intenta reproducir en Asia el sistema de alianzas europeo:

> [EEUU] intenta crear una versión asiática de la Organización del Tratado del Atlántico Norte destinada a servir de contrapeso directo de sus intereses […] Aun así, Estados Unidos e India no han firmado una alianza formal. India, que durante años ha mantenido una postura de no alineación, se ha mostrado reacia a comprometerse. Pero la crisis del Himalaya está contribuyendo a cambiar esta situación[22].

La integración de su economía con la rusa refuerza la posición de India en el desarrollo de una Eurasia más equilibrada y sin una

excesiva dependencia de China. Por el contrario, unirse a una alianza antichina liderada por Estados Unidos subordinaría a India a estos últimos. Posteriormente, India no siguió el camino europeo de convertirse en un Estado de primera línea. En su lugar, India integró su economía más cerca de la economía rusa durante la guerra. Al comienzo del conflicto, las exportaciones rusas de crudo a India eran mínimas, pero en noviembre de 2022 Rusia se había convertido en el principal proveedor de petróleo de India. Los incentivos sistémicos para una Eurasia multipolar equilibrada se pusieron de manifiesto en el Corredor Internacional de Transporte Norte-Sur (INSTC, por sus siglas en inglés), que une Rusia, Irán e India, y que también mejoró la cooperación en los ámbitos tecnológico, industrial y financiero. El formato norte-sur es una iniciativa que garantiza que la conectividad euroasiática no se centre excesivamente en China sin convertirse en una iniciativa antichina. India y Rusia contemplan incluso la construcción de petroleros y el desarrollo de aseguradoras del sector energético para inmunizarse permanentemente ante la coerción económica occidental. Como resultado de ello, la influencia económica que Occidente tardó siglos en construir se tambalearía, y la capacidad de Washington para presionar a Nueva Delhi de cara a una alianza liderada por Estados Unidos disminuiría.

Taiwán también puede estar prevenido por la lección que le ha proporcionado la preparación de los europeos para ser Estados de primera línea contra los adversarios de Estados Unidos. El abandono progresivo por parte de Estados Unidos de su política oficial de una sola China tiene la consecuencia previsible de instigar una respuesta hostil china, que Estados Unidos aprovechará para movilizar a la región bajo su liderazgo. Esto puede ser decisivo para una política estadounidense de contención o para librar una guerra *proxy* para debilitar a China, similar a lo hecho en Ucrania. La medida en que Taiwán se alinea con los intereses estadounidenses se convierte así en una preocupación mayor para la región. A pesar de su supuesto apoyo a Taiwán, en Washington se habla abiertamente de planes para destruir TSMC, el mayor fabricante de chips de Taiwán, para evitar que las fábricas de semiconductores caigan en manos chinas en caso de una posible invasión. El ministro de Defensa taiwanés,

Chiu Kuo-Cheng, advirtió a los estadounidenses de que Taiwán no aceptaría un ataque norteamericano contra sus industrias estratégicas. Aunque la amenaza de atacar las industrias de Taiwán no es una política oficial de Estados Unidos, no deja de ser un recordatorio del coste potencial de la excesiva dependencia de una potencia hegemónica en declive.

Estados Unidos pretende organizar la región de Asia Oriental en una alianza liderada por Estados Unidos, que reproduciría la transición de Australia a aliado de Estados Unidos contra China. Durante años, los sucesivos primeros ministros australianos han insistido en que Australia no elegiría entre Estados Unidos y China. Sin embargo, mediante el habitual incrementalismo estadounidense, Australia se convirtió en un Estado de primera línea contra China, y Pekín empezó a responder. El exprimer ministro australiano Paul Keating fue muy elocuente sobre su descontento con el nuevo camino tomado por Australia y criticó los esfuerzos para extender la OTAN a Asia para hacer frente a China:

> Exportar ese veneno malicioso a Asia equivaldría a que Asia se deseara la peste a sí misma [...]. De entre todos los personajes de la escena internacional, el bufón supremo es Jens Stoltenberg, el actual secretario general de la OTAN. Stoltenberg, por instinto y por política, es simplemente un accidente en proceso. Stoltenberg pasa por alto, en su visión carente de prejuicios, el hecho de que China representa el veinte por ciento de la humanidad y posee ahora la mayor economía del mundo. Y no tiene antecedentes de atacar a otros Estados, a diferencia de Estados Unidos, cuyo mandato Stoltenberg se complace en cumplir[23].

La alternativa a la unipolaridad conseguida y asegurada mediante la estrategia de divide y vencerás es un orden mundial euroasiático multipolar. La perspectiva de paz bajo la multipolaridad euroasiática se hizo evidente con la ofensiva de paz de China en Oriente Medio. Mientras que el poder de Estados Unidos depende de un conflicto perpetuo que debilite a Irán y haga dependiente a Arabia Saudí, China y Rusia no promueven un sistema de alianzas, ya que no sirve a sus intereses dividir Eurasia en bloques rivales. Un reto clave para China y Rusia es profundizar en la conectividad económica tanto con

Irán como con Arabia Saudí sin alienar al otro. De este modo se crean incentivos estratégicos para resolver disputas y fomentar la confianza. La mediación de China que condujo a la normalización de las relaciones entre Arabia Saudí e Irán en marzo de 2023 demostró que un enfoque multipolar podría ser un formato superior para promover la paz. Dado que las líneas divisorias en Oriente Medio podrían llegar a su fin, el exdirector del Mossad reconoció el peligro de que Israel sea el último país de la región que quede en una alianza antiiraní, por lo que se preguntó si «ha llegado el momento de que Israel también busque una política diferente hacia Irán»[24]. China y Rusia incluso evitan formar una alianza formal entre sí, ya que los chinos alienarían a Europa y Rusia a India, y posiblemente incentivarían el establecimiento de contraalianzas.

La transición hacia la multipolaridad económica y política se convierte así en una propuesta cada vez más atractiva para la mayor parte del mundo. La evolución y expansión de los BRICS a 11 miembros en agosto de 2023 fue una clara señal de que las realidades multipolares se impondrán incluso contra la feroz oposición de Occidente. Las sanciones unilaterales de Occidente que militarizan la dependencia de las tecnologías, divisas, sistemas de pago internacionales y sistemas de seguros occidentales causaron dolor económico en todo el mundo y disminuyeron la seguridad alimentaria. Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica ya tenían un PIB mayor que el G7 en términos de paridad de poder adquisitivo (PPA) antes de la expansión. Al crear alternativas al sistema económico internacional centrado en Occidente, el BRICS ha convertido la coerción económica de Occidente en la cesión de su cuota de mercado.

La expansión de los BRICS mediante la admisión de Arabia Saudí, Irán, Etiopía, Egipto, Argentina y Emiratos Árabes Unidos aceleró aún más un nuevo orden mundial. Con una lista de más de 40 países que quieren unirse al BRICS como institución no occidental para introducir la multipolaridad, será difícil reorganizar el mundo de nuevo bajo la hegemonía del Occidente colectivo. BRICS+ es antihegemónico y no antioccidental; su objetivo es crear un sistema multipolar y no afirmar una dominación colectiva alternativa a

Occidente. A diferencia de los sistemas de alianzas liderados por Estados Unidos, que dividen a los países en adversarios debilitados y aliados obedientes, los BRICS persiguen la seguridad con otros miembros y no contra los no miembros. Por ejemplo, tanto Arabia Saudí como Irán se unieron para mitigar su rivalidad en la región, y tanto Egipto como Etiopía se unieron por sus disputas sobre el río Nilo. Así pues, los BRICS muestran algunas diferencias cualitativas con respecto al sistema de alianzas imperiales de divide y vencerás.

Conservadurismo westfaliano

El conservadurismo se centra en el carácter singular y diferenciado de las civilizaciones y, por tanto, puede considerarse un antídoto contra el universalismo invasor. Tras las guerras napoleónicas alimentadas por el internacionalismo liberal, el Congreso de Viena restableció un orden europeo más conservador que limitaba los ideales liberales revolucionarios que socavaban la soberanía. El principio de no injerencia se refuerza si se acepta que cada Estado tiene su propio camino a la hora de evolucionar y desarrollarse en lugar de verse coaccionado a emular a la potencia hegemónica.

El nuevo orden mundial euroasiático parece basarse en principios conservadores. China está dirigida por el Partido Comunista Chino, aunque la ideología de una revolución mundial marxista hace tiempo que desapareció. China adopta políticas económicas nacionalistas afines a las de Alexander Hamilton y Friedrich List, y una filosofía confucianista conservadora para preservar los valores tradicionales y la diferenciación civilizatoria como base de su construcción nacional. Mientras los comunistas buscan desarraigar y trascender la historia, los conservadores utilizan la historia compartida como un anclaje para la cohesión interna. El ministro de Asuntos Exteriores chino, Wang Yi, dijo:

> Las características únicas de la diplomacia china tienen su origen en su rica y larga civilización […] la idea de la paz como importancia primordial y la armonía sin uniformidad, así como la conducta personal de tratar a los demás de la forma en que te gustaría ser tratado, y ayudar a los demás a tener éxito con el mismo espíritu con el que te gustaría tener éxito a ti mismo. Estos valores tradicionales

con un toque oriental único constituyen una fuente inagotable de activos culturales de incalculable valor para la diplomacia china[25].

En la década de 1980, empezó a surgir un nuevo conservadurismo cultural en China, al mismo tiempo que el clásico empezaba a descartarse en Occidente bajo las administraciones de Reagan y Thatcher[26]. El confucianismo apoya ideas conservadoras dedicadas a preservar el grupo, como la integración social, la estabilidad y las relaciones armoniosas, y exige respeto por la tradición y la jerarquía social. Los valores confucianos tienen un mayor atractivo en Asia Oriental, ya que también se encuentran en Estados como Japón y Corea. La rápida y perturbadora evolución económica de China en las últimas décadas creó una demanda de tradición como ancla de estabilidad, por lo que el confucianismo garantiza que la moralidad y la armonía no se pierdan en el camino hacia la modernidad[27]. Mientras China y otros Estados asiáticos se vuelven más liberales, sus gobiernos tienden a adoptar políticas conservadoras para reforzar el grupo y mantener el equilibrio.

Xi Jinping lanzó la Iniciativa de Civilización Global de China para apoyar el conservadurismo en el sistema internacional. Dicha iniciativa pretende construir una red global para el diálogo y la cooperación civilizatorios que promueva el entendimiento mutuo y la igualdad entre civilizaciones. Traducido al lenguaje del orden mundial, el objetivo es restaurar y mejorar el sistema westfaliano basado en la igualdad soberana, lo que implica repudiar el universalismo que legitima una ordenación jerárquica de civilizaciones superiores frente a civilizaciones inferiores. Hacer hincapié en el respeto de la diversidad de las civilizaciones del mundo consolida el principio de no injerencia.

A medida que la hegemonía liberal se tambalea, se corre el riesgo de que el mundo entre en conflicto y la competición por el dominio global. Es poco probable que la idea de sustituir la hegemonía estadounidense por la china unifique a una comunidad mundial que aspira a la multipolaridad. La Iniciativa de Civilización Global de China puede considerarse un esfuerzo por tranquilizar y reorganizar el mundo hacia la multipolaridad. El universalismo presta apoyo a las

ideologías hegemónicas, mientras que el llamamiento a respetar las diferencias entre civilizaciones refuerza los cimientos de la igualdad soberana como componente clave de un sistema westfaliano multipolar.

El argumento de la diferencia entre civilizaciones fue un componente clave del discurso del presidente chino Xi Jinping en el que propuso la Iniciativa de Civilización Global:

> Una sola flor no hace la primavera, mientras que cien flores en plena floración traen la primavera al jardín [...]. Abogamos por el respeto a la diversidad de las civilizaciones. Los países deben defender los principios de igualdad, aprendizaje mutuo, diálogo e inclusión entre civilizaciones, y dejar que los intercambios culturales trasciendan el distanciamiento, el aprendizaje mutuo trascienda los enfrentamientos y la coexistencia trascienda los sentimientos de superioridad[28].

China no ha mostrado intenciones hegemónicas con las que impedir la diversificación y la multipolaridad, sino que la Iniciativa de Civilización Global indica que Pekín se conforma con ser la economía líder como «primera entre iguales». Por ejemplo, los esfuerzos rusos por diversificar su conectividad económica en la Gran Eurasia no han encontrado la oposición de Pekín, lo que ha hecho que Moscú se sienta más cómodo con el liderazgo económico de China en la región. Esto constituye un planteamiento muy diferente respecto al modelo hegemónico de la estrategia de «divide y vencerás» de Washington, con la que Estados Unidos intenta desacoplar las asociaciones económicas entre Rusia, Alemania, China, India, Turquía, Irán, Asia Central y otros países.

El conservadurismo es también el camino preferido por Rusia. Tras siglos de historia repletos de desastrosas perturbaciones revolucionarias, en Rusia surgieron diversas identidades enfrentadas, lo que socava la unidad. El conservador ruso Nikolai Berdyaev reconoció que «el desarrollo de Rusia ha sido catastrófico», ya que su historia se dividía en periodos con poca continuidad, lo que dio como resultado ideas contradictorias sobre la identidad de Rusia y, por tanto, la falta de una visión común de su futuro:

> La historia rusa se puede dividir en cinco periodos, cada uno de los cuales ofrece una imagen diferente: la Rus de Kiev, la Rusia bajo el yugo tártaro, la Rusia de Moscú, la Rusia de Pedro el Grande y la Rusia soviética. Y es muy posible que haya otra nueva Rusia[29].

Como predijo acertadamente Berdyaev, la Rusia soviética fue sustituida por la Rusia liberal de los años noventa, antes de volver a un conservadurismo que pretendía reunir los diversos periodos en un realto histórico común con una sola conciencia nacional. Rusia abraza ese conservadurismo, ya que considera que su singular historia milenaria es fuente de unidad y establece las condiciones para un camino único hacia la modernidad.

Los Estados pueden priorizar llegar a un acuerdo unitario internacional sobre la necesidad de preservar su cultura distintiva y, de este modo, seguir así un camino único hacia la modernidad. La necesidad de preservar los rasgos definitorios del grupo como equilibrio al individualismo desenfrenado no se traduce en universalismo, ya que cada Estado tiene rasgos diferentes que conservar. El conservadurismo estadounidense puede parecer paradójico, ya que trata de preservar los ideales liberales de su fundación y constitución. El conservadurismo ruso puede parecer igualmente contradictorio, ya que debe rescatar lo que pueda de su pasado revolucionario e incorporarlo al relato nacional. Puede parecer contradictorio decorar el Kremlin con la cruz y la estrella roja, aunque ambos son periodos que definen la historia rusa. Del mismo modo, la historia de Rusia como potencia europea y asiática puede acogerse al paraguas del eurasianismo. Intentar dar marcha atrás y borrar parte de su historia es en sí mismo un acto revolucionario que engendrará identidades incompatibles que tratarán de destriparse mutuamente.

Su objetivo nacional de reunir a todos los rusos bajo el mismo techo concuerda con el de desarrollar un sistema internacional basado en la diversidad civilizatoria como fundamento de igualdad soberana. El presidente Putin esbozó la integración euroasiática como una iniciativa en apoyo de esa diversidad:

> Quiero subrayar que la integración euroasiática también se construirá sobre el

principio de la diversidad. Se trata de una unión en la que cada uno mantiene su identidad, su carácter diferencial y su independencia política [...]. Esperamos que se convierta en nuestra aportación común a favor de la diversidad y de un desarrollo global estable[30].

Preservar el carácter distintivo de las civilizaciones también se considera una forma de evitar conceptos como el de «choque de civilizaciones» y la pretendida «superioridad de las civilizaciones». Danilevsky advirtió en 1869 contra una única vía modernizadora con vistas a crear una civilización universal:

El peligro no consiste en la dominación política de un solo Estado, sino en la dominación cultural de un arquetipo histórico-cultural […] La cuestión no es si habrá un Estado universal, ya sea una república o una monarquía, sino si dominará una civilización, una cultura, ya que esto privaría a la humanidad de una de las condiciones necesarias para el éxito y la perfección: el componente de la diversidad[31].

En una línea similar, Fiódor Dostoievski decía en 1873 que Rusia no podría aportar nada de valor al mundo si se limitaba a emular a Occidente:

Avergonzados y temerosos de habernos quedado tan rezagados respecto a Europa en nuestro desarrollo intelectual y científico, hemos olvidado que nosotros mismos, en lo profundo del alma rusa y en sus tareas, tal vez seamos capaces de aportar una nueva luz al mundo, a condición de que nuestro desarrollo sea independiente[32].

La diversidad civilizatoria resulta imperativa, pues, al igual que la biodiversidad, aumenta la capacidad del mundo para absorber los choques y gestionar las crisis: «El universalismo, de hacerse realidad, tendría como consecuencia una fuerte disminución de la complejidad de la sociedad global en su conjunto y del sistema internacional en particular. La reducción de la complejidad, a su vez, aumentaría drásticamente el nivel de riesgos y desafíos sistémicos»[33], opinó el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov:

En cuanto al contenido de la nueva etapa de desarrollo de la humanidad,

existen dos enfoques básicos entre los países. El primero sostiene que el mundo debe convertirse gradualmente en un Gran Occidente mediante la adopción de los valores occidentales. Es una especie de «fin de la historia». El segundo –defendido por Rusia– sostiene que la competencia se está volviendo verdaderamente global y adquiriendo una dimensión civilizatoria; es decir, la competencia incluye ahora valores y modelos de desarrollo. La nueva etapa se define a veces como «posamericana»[34].

Con su denuncia del liberalismo como principio organizador del orden mundial, Putin, antes de la reunión del G20 en junio de 2019, dijo lo siguiente:

> La idea liberal ha quedado obsoleta. Ha entrado en conflicto con los intereses de la inmensa mayoría de la población [...]. En el fondo, tiene que haber unas reglas humanas y unos valores morales fundamentales. En este sentido, los valores tradicionales son más estables y más importantes para millones de personas que esta idea liberal que, en mi opinión, realmente está desapareciendo[35].

Occidente también podría beneficiarse mucho de la vuelta a un orden mundial westfaliano más conservador. La objeción a las pretensiones de un universalismo intrusivo también es fundamental para la civilización occidental. En la antigua Grecia, cuna de la misma, se reconocía que el universalismo y la uniformidad debilitaban el vigor y la resistencia que definían la idea helénica. La cooperación y la competencia benéfica entre las distintas ciudades-Estado griegas fueron la fuente de una diversidad de ideas y de una vitalidad que elevaron la civilización griega. La integración en un único sistema político implicaría perder la diversidad filosófica, de saberes y liderazgo que incentivaba la experimentación y el avance. El sistema estatal estadounidense se fundó sobre ideas similares antes de que la concentración federal de poder privara a los estados de gran parte de su autonomía.

El universalismo se ha visto incentivado por la concentración de poder en Occidente, que supuso la occidentalización del mundo. A medida que el poder y la capacidad de influencia continúen desplazándose hacia Oriente, Occidente encontrará un incentivo en

la preservación del carácter distintivo de las civilizaciones, aunque tendrá menos capacidad para influir en los demás y los demás tendrán más capacidad para influir en Occidente.

Conclusión

Cabe concluir que el restablecimiento de un orden mundial westfaliano no sólo exige una distribución multipolar del poder económico, sino también el respeto de la diversidad civilizatoria para garantizar que se preserve el principio de seguridad indivisible. Para ello, el orden internacional debe contrarrestar las nefastas pretensiones de superioridad civilizatoria, envueltas en la complaciente retórica de unos valores y modelos de desarrollo universales. Desde este punto de vista, los esfuerzos de Estados Unidos por dividir el mundo en democracia frente a autoritarismo pueden considerarse una fórmula de hegemonía y desigualdad soberana y no de armonía y progreso humano. Por ello, Xi Jinping ha mostrado su rechazo al modelo hegemónico estadounidense, defendiendo en su lugar el argumento westfaliano de que los Estados deben «abstenerse de imponer sus propios valores o modelos a los demás».

La nueva Westfalia puede ser, por primera vez, un orden realmente mundial al incluir a las naciones no occidentales como iguales soberanos, lo que constituye la base de la igualdad según el derecho internacional de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas. Por lo tanto, no debería sorprendernos la respuesta positiva de la mayor parte del mundo a la propuesta de sustituir la intimidación intrusiva por una cooperación basada en la igualdad y el respeto mutuo.

---

[1] A. Smith, *An Inquiry into the nature and causes of the Wealth of Nations,* Edimburgo, Adam and Charles Black, 1863, p. 282. [Las citas se hacen a partir de la traducción de Carlos Rodríguez Braun en *La riqueza de las naciones,* Madrid, Alianza, 1994].

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*

[4] D. S. Van der Oye, «Russia, Napoleon and the Threat to British India», en J. M. Hartley, P. Keenan y D. Lieven (eds.), *Russia and the Napoleonic Wars,* Londres,

Palgrave Macmillan, 2015.

[5] H. T. Cheshire, «The Expansion of Imperial Russia to the Indian Border», *The Slavonic and East European Review* (1934).

[6] T. H. Von Laue, «A Secret Memorandum of Sergei Witte on the Industrialization of Imperial Russia», *The Journal of Modern History* 26, 1 (1954), p. 66.

[7] G. Diesen, *Russian Conservatism: Managing Change under Permanent Revolution,* Londres, Routledge, 2021.

[8] A. Dostojevskij, *Fiódor Dostoyevski: A Study,* Honolulú, University Press of the Pacific, 2001, p. 260.

[9] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal* 170, 4 (1904), p. 434.

[10] *Ibid.*

[11] H. J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction,* Londres, Constable, 1919, p. 86.

[12] P. Savitsky, «The Geographical and Geopolitical Foundations of Eurasianism», *Orient und Occident,* n.º 17, Moscú, 1933.

[13] I. Ivanov, «The Sunset of Greater Europe», discurso pronunciado en la XX Conferencia Internacional Anual del Foro Báltico «The US, the EU and Russia – the New Reality», Riga, 12 de septiembre de 2015.

[14] B. Buzan, «The Security Dynamics of a 1+4 World», en E. Aydinli y J. N. Rosenau (eds.), *Globalization, Security, and the Nation State: Paradigms in Transition,* Albany, SUNY Press, 2005, p. 5.

[15] X. Deng, «The international situation and economic problems», *The Selected Works of Deng Xiaoping* 3, n.º 3, 1990.

[16] J. F. Dulles, «Security in the Pacific», *Foreign Affairs* 30, 2 (1952).

[17] I. Gatev y G. Diesen, «Eurasian encounters: La unión económica euroasiática y la Organización de Cooperación de Shanghái», *European Politics and Society* 17, 1 (2016), pp. 133-150.

[18] T. Moller-Nielsen, «U.S. protectionism poses "existential challenge" to Europe, say EU leaders», *The Brussels Times,* 30 de noviembre de 2022.

[19] G. Diesen, «Russia as an international conservative power: the rise of the right-wing populists and their affinity towards Russia», *Journal of Contemporary European Studies* 28, 2 (2020).

[20] «Kishore Mahbubani: "A Russian defeat would not be in the interests of the Global South"», *Modern Diplomacy,* 23 de marzo de 2023.

[21] R. Grim y M. Hussain, «Pakistan Confirms Secret Diplomatic Cable Showing U.S. Pressure to Remove Imran Khan», *The Intercept,* 16 de agosto de 2023.

[22] P. Verma, «In Wake or Recent India-China Conflict, U.S. Sees Opportunity», *The New York Times,* 3 de octubre de 2020.

[23] P. Karp, «Paul Keating labels Nato chief a "supreme fool" and "an accident on its way to happen"», *The Guardian,* 9 de julio de 2023.

[24] E. Gjevori, «Israel: Former Mossad chief urges rapprochement with Iran»,

Middle East Eye, 16 de marzo de 2023.
[25] Y. Wang, «Exploring the Path of Major-Country Diplomacy with Chinese Characteristics», *Foreign Affairs Journal* 10 (2013), p. 14.
[26] S. H. Cha, «Modern Chinese Confucianism: The Contemporary Neo-Confucian Movement and its Cultural Significance», *Social Compass* 50, 4 (2003), p. 482.
[27] D. Bell, *Confucian Political Ethics,* Princeton, Princeton University Press, 2010.
[28] J. Xi, «Join Hand son the Path Towards Modernization», *China Institutes of Contemporary International Relations,* 15 de marzo de 2023.
[29] N. Berdyaev, *The Russian Idea,* Londres, Geoffrey Bles Ltd., 1947, p. 3.
[30] V. Putin, «Meeting of the Valdai International Discussion Club», Gobierno de la Federación Rusa, 19 de septiembre de 2013.
[31] N. Danilevsky, *Russia and Europe: The Slavic World's Political and Cultural Relations with the Germanic-Roman West,* Bloomington, Slavica Publishers, 2013, p. 76.
[32] F. Dostoievski, *F. M. Dostoevskii: Polnoe Sobranie Sochinenii v 30 TT* (*Obras completas de Dostoievski en 30 volúmenes),* Nauka, Leningrado, Academia de Ciencias, 1986, p. 260.
[33] A. Kortunov, «False Conflict: Universalism and Identity», *Valdai Discussion Club,* 11 de octubre de 2017.
[34] S. Lavrov, «Rusia and the World in the 21st Century», *Russia in Global Affairs* (julio-septiembre de 2008).
[35] L. Barber, H. Foy y A. Barker, «Vladimir Putin says liberalism has "become obsolete"», *Financial Times,* 28 de junio de 2019.

CONCLUSIÓN

Interregno: transición, incertidumbre y desorden

La guerra de Ucrania, consecuencia previsible de un orden mundial insostenible, se ha convertido en un campo de batalla para trazar un futuro orden mundial de hegemonía global o de multipolaridad westfaliana. Todos los intentos de derrotar a Rusia militar, económica o políticamente aislándola, han fracasado. La OTAN ha reaccionado con una escalada continua y teatral. Como Ucrania se ha visto devastada sufriendo lo indecible y ya es un hecho aceptado su incapacidad para alcanzar sus objetivos militares, la única solución posible al conflicto es que Occidente reconozca las legítimas preocupaciones de Rusia y atenúe así el dilema de seguridad. Si le resulta difícil hacerlo, es porque supondría el fin de la era de la hegemonía liberal.

Las preocupaciones rusas en materia de seguridad pudieron ignorarse en la década de 1990, ya que era un país débil y en declive; además, al no contar con otros socios, los rusos tuvieron que adaptarse a una posición cada vez más desfavorable y difícil. Tres décadas después, la situación estratégica para Rusia se había vuelto intolerable, pues la expansión de la OTAN hacia Ucrania se considera una amenaza existencial. Sin embargo, la distribución internacional del poder ha sufrido un gran cambio. Han surgido nuevos centros de poder en todo el mundo que comparten las aspiraciones rusas de construir un orden mundial westfaliano multipolar. La unipolaridad había llegado a su fin y el mundo se encontraba en plena transición hacia dicha multipolaridad cuando Rusia invadió Ucrania en febrero de 2022. La guerra intensificó el desacoplamiento global de Occidente, que presentó sin tapujos la guerra como una contienda a todo o nada por el orden mundial.

Con independencia de su resultado, la guerra ya ha organizado el entierro de la hegemonía liberal. La seguridad, tal como la define Occidente, implica restaurar la superioridad militar, ampliar las alianzas militares, incrementar las maniobras conjuntas, ejercer la

libre navegación por las costas de las potencias rivales y militarizar la interdependencia económica. Al servicio de este fin, la democracia, la sociedad civil y los derechos humanos han sido instrumentalizados y convertidos en armas.

La hegemonía no mitigó la rivalidad entre grandes potencias, sino que permitió a la potencia dominante actuar sin tener en cuenta a las demás, sustituyendo la diplomacia por el ultimátum. Lo que se vendió a la opinión pública como políticas «proucranianas» y de «ayuda a Ucrania» supuso derrocar, sin el apoyo mayoritario de los ucranianos, a un gobierno elegido democráticamente; apoyar una «operación antiterrorista» contra ciudadanos ucranianos en el este; purgar a su oposición política y desmantelar su democracia; empoderar a los grupos de extrema derecha; boicotear los acuerdos de paz apoyados por Kiev, y presionar a las fuerzas armadas ucranianas para que lanzaran una contraofensiva que tenía pocas o ninguna posibilidad de éxito.

Es difícil imaginar un final pacífico para la guerra de Ucrania. Como la OTAN ha vaciado sus arsenales y Ucrania ha quedado exhausta por las bajas, habrá –como era de esperar– propuestas de alto el fuego para congelar el conflicto. Un alto el fuego temporal sin un acuerdo político sería inaceptable para Rusia, que teme que la OTAN intente repetir lo que se hizo con los Acuerdos de Minsk: utilizar de nuevo el acuerdo de paz para ganar tiempo para rearmar a Ucrania y así continuar la lucha otro día. Idealmente, la tragedia humanitaria debería haber sido una motivación para poner fin a una guerra que se ha cobrado tantas vidas ucranianas y rusas.

Una solución política a la guerra exige abordar el expansionismo de la OTAN y el colapso de la arquitectura de seguridad paneuropea como *casus belli* subyacente del conflicto. Los europeos deberían estar más preocupados por la guerra en su continente y sus devastadoras repercusiones económicas. Por tanto, deberían presionar al máximo para reactivar la diplomacia y, posiblemente, revisar las demandas rusas de garantías de seguridad realizadas a finales de 2021, incluso considerar la posibilidad de ofrecer a Ucrania un estatus neutral. Sin embargo, lo que quieran los europeos no es tan importante, ya que las decisiones euroatlánticas se toman

principalmente en Washington. Esto era cierto antes de la guerra y aún más después de ella. Aunque Estados Unidos prefiere centrarse en China como su principal rival, la derrota o el debilitamiento de Rusia se considera un paso importante para derrotar también a Pekín. En el cálculo de Moscú puede entrar la posibilidad de apoderarse de más territorio cuando Ucrania se derrumbe definitivamente, lo que aumentará la presión sobre Washington para llegar a un acuerdo antes de que empeore el contexto estratégico. Incluso entonces, la OTAN deberá aceptar una derrota humillante o entrar directamente en lo que podría escalar rápidamente a una guerra nuclear.

La guerra de Ucrania, que amenaza con destruir el planeta en un holocausto nuclear, es un síntoma de una crisis más amplia del sistema internacional. Tras disfrutar de la hegemonía durante cinco siglos y construir e imponer reglas globales al servicio de los intereses occidentales, ahora se está produciendo un espectacular realineamiento del poder en el mundo. La mayoría global busca la multipolaridad conforme a un orden mundial westfaliano, mientras que Occidente, bajo el liderazgo de Washington, intenta restaurar su posición de dominio en el mundo. Estados Unidos ha identificado con precisión a China y Rusia como los principales oponentes que, con su desafío, han creado una atracción gravitatoria para reorganizar el orden mundial hacia la multipolaridad. Ante la incapacidad de doblegarlos por medios económicos, los conflictos por el futuro orden mundial seguirán militarizándose. El miedo a la guerra nuclear parece haber desaparecido, y los conflictos entre las grandes potencias ya no son algo inimaginable. Mientras el mundo transita de la unipolaridad a la multipolaridad, las normas comunes brillan por su ausencia.

En 2012, el exprimer ministro de Australia Kevin Rudd advirtió de que el ascenso de China significaba que Occidente se enfrentaría a un mundo que ya no estaría bajo su control:

> Muy pronto nos encontraremos en un momento de la historia en el que, por primera vez desde Jorge III, un Estado no occidental y no democrático será la mayor economía del mundo. En ese caso, ¿cómo ejercerá China su poder en el

> futuro orden internacional? ¿Aceptará la cultura, las normas y la estructura del orden de posguerra? ¿O intentará cambiarlo? Creo que esta es la cuestión central para la primera mitad del siglo XXI, no sólo para Asia, sino para el mundo[1].

A Occidente le espera una experiencia traumática, la de tener que adaptarse a una distribución internacional del poder de carácter multipolar y a unas normas que se consideran establecidas o influidas por potencias no occidentales. Sin embargo, no parece que Estados Unidos vaya a aceptar una transición pacífica hacia un orden mundial westfaliano. La ausencia de imaginación política en Washington ha generado una visión del mundo en la que el caos es la única alternativa al dominio mundial estadounidense.

En septiembre de 2023, el secretario de Estado norteamericano, Anthony Blinken, hizo un panegírico del orden mundial hegemónico liberal al evocar una era de notable progreso que tenía en su centro la interdependencia económica, el liberalismo político y los derechos humanos. A continuación, sin embargo, reconoció el fin de ese orden: «lo que estamos viviendo ahora es más que un test de lo que será el orden posterior a la Guerra Fría. Es su fin». China y Rusia son señalados como los principales culpables del fin de la era de la hegemonía liberal. Al considerar el mundo dividido entre el bien y el mal, Blinken insiste en que «Pekín y Moscú trabajan conjuntamente para hacer del mundo un lugar seguro para la autocracia». En lugar de prever una transición hacia un orden mundial westfaliano multipolar equilibrado, Blinken imaginaba una lucha tanto contra China como contra Rusia bajo el liderazgo mundial de Estados Unidos.

Si esta sigue siendo la visión de Occidente, asistiremos a una gran tragedia para la humanidad.

---

[1] K. Rudd, «West is unprepared for China's rise», *The Australian,* 14 de julio de 2012.

BIBLIOGRAFÍA

Abrahms, M. M., «Does Ukraine Have Kompromat on Joe Biden?», *Newsweek,* 8 de Agosto de 2023.

Adams, B., *America's Economic Supremacy,* Nueva York, Macmillan, 1900.

Adler, E., y M. Barnett, M., «A Framework for the Study of Security Communities», en E. Adler y M. Barnett (eds.), *Security Communities,* Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 29-65.

AFP, «Putin Focused On Consolidating Ukraine Gains: U.S. Intel», *The Defense Post*, 5 de mayo de 2023.

Albright, M. K., *Madam Secretary,* Nueva York, Miramax Books, 2004.

Allen, J., y Parnes, A., *Shattered: Inside Hillary Clinton's Doomed Campaign,* Nueva York, Crown Publishing Group, 2017.

Angell, N. *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power to National Advantage*, Londres, W. Heinemann, 1913.

«Anniversary of the So-Called "Annexation" of Crimea by the Russian Federation», Embajada de Estados Unidos en Kiev, 19 de marzo de 2015.

Antonov, A., «An Existential Threat to Europe's Security Architecture?», *Foreign Policy*, 30 de diciembre de 2021.

Arendt, H., *The Origins of Totalitarianism,* Nueva York, Harcourt Inc, 1951.

Arestovich, A., «Voennoe Obozrenie» [revista militar], *Apostrof TV*, 18 de febrero de 2019.

Arms Control Association, «Opposition to NATO Expansion», *Arms Control Today,* 26 de junio de 1997 [https://www.armscontrol.org/act/1997-06/arms-control-today/opposition-nato-expansion].

Aron, R., *Peace and War: A Theory of International Relations,* Garden City, Doubleday, 1966.

Asch, R., *The Thirty Years War: The Holy Roman Empire and Europe 1618-1648,* Londres, Palgrave Macmillan, 1997.

Bacon, J., y Oritz, J. L., «"Zelenskyy is in a box": Some experts say Ukraine won't win the war», *USA Today News*, 27 de julio de 2023.

Baer, G. W., *One Hundred Years of Sea Power: The U.S. Navy, 1890-1990,* Stanford, Cal., Stanford University Press, 1996.

Baker, J. A., «Russia in NATO?», *Washington Quarterly* 25, 1 (2002), pp. 93-103.

Baker, P., «Obama Said to Resist Growing Pressure From All Sides to Arm Ukraine», *The New York Times,* 10 de marzo de 2015.

Baldwin, D. A., *Economic Statecraft,* Princeton, Princeton University Press, 1985.

Barber, L., H. Foy, y Barker, A., «Vladimir Putin says liberalism has "become obsolete"», *Financial Times*, 28 de junio de 2019.

Barnett, T. P., *The Pentagon's New Map: War and Peace in the Twenty-First*

Century, Nueva York, Penguin, 2004.
Baruch, L., *Intangibles: Management, Measuring and Reporting,* Washington DC, Brookings Institution Press, 2001.
Baud, J., *Operation Z,* Parí, Max Milo, 2022.
Bauman, Z., «Times of Interregnum», *Ethics & Global Politics* 5, 1 (2012), pp. 49-56.
BBC, «Boris Johnson Warns Against a Ukraine-Russia Peace Deal», 22 de septiembre de 2022.
—, «Ukraine Crisis: Deadly Anti-autonomy Protest Outside Parliament», 31 de agosto de 2015.
—, «Ukraine Crisis: Transcript of leaked Nuland-Pyatt call», 7 de febrero de 2014.
—, «Ukraine Election: Comedian Zelensky Wins Presidency by Landslide», 22 de abril de 2019.
—, «Ukraine's Revolution and the Far Right», 7 de marzo de 2014.
«Belarus: Budapest Memorandum», Esmbajada de Estados Unidos en Minsk, 12 de abril de 2013.
Bell, C., *The Royal Navy, Seapower and Strategy Between the Wars,* Londres, Palgrave, 2000.
—, «Thinking the Unthinkable: British and American Naval Strategies for an Anglo-American War, 1918-1931», *The International History Review* 19, 4 (1997), pp. 789-808.
Bell, D., *Confucian Political Ethics,* Princeton, Princeton University Press, 2010.
Bell, S., «The West Remains Committed to Ukraine's Counteroffensive – But There's Scepticism over Zelenskyy's Ultimate Objectives», *Sky News*, 9 de septiembre de 2023.
Bellant, R., *Old Nazis, The New Right, and The Republican Party,* Boston, South End Press, 1991.
Beorn, W. W., *The Holocaust in Eastern Europe: At the Epicenter of the Final Solution,* Londres, Bloomsbury Publishing, 2018.
Berdyaev, N., *The Russian Idea*, Londres, Geoffrey Bles Ltd., 1947.
Bennett, Naftali, «Bennett Speaks Out» (duración: 4:51:31), YouTube, 4 de febrero de 2023 [https://www.youtube.com/watch?v=qK9tLDeWBzs].
Bernays, E., *Propaganda,* Nueva York, Liveright, 1928.
Bertrand, N., «Putin: The Deterioration of Russia's Relationship with the West is the Result of Many "Mistakes"», *Business Insider*, 11 de enero de 2016.
Biden, J., «Remarks by President Biden at a Campaign Reception», *The White House*, 20 de octubre de 2023.
—, «Remarks by President Biden in State of the Union Address», *The White House*, 1 de marzo de 2022.
—, «Remarks by President Biden on Russia's Unprovoked and Unjustified Attack on Ukraine», *The White House,* 24 de febrero de 2022.

Blair, T., «Doctrine of the International Community», discurso en el Economic Club of Chicago, 22 de abril de 1999.
Blumenthal, R., «Zelenskyy Doesn't Want or Need Our Troops. But He Deeply and Desperately Needs the Tools to Win», *CT Post*, 29 de agosto de 2023.
Blinken, A., «Secretary Antony J. Blinken at a Press Availability», Departamento de Estado de Estados Unidos, 26 de enero de 2022.
—, «Secretary Antony J. Blinken with Jonathan Karl of ABC This Week», entrevista de la oficina del portavoz, Departamento de Estado de Estados Unidos, 10 de septiembre de 2023.
Bolton, A., «GOP Senator: Congress Must Find Out What Trump Knew of Russian Bounties, and When», *The Hill*, 29 de junio de 2020.
Booth, K., y Wheeler, H. J., *The Security Dilemma: Fear, Cooperation and Trust in World Politics,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.
Borger, J., «Russian Hostility "Partly Caused by West", Claims Former U.S. Defence Head», *The Guardian*, 9 de marzo de 2016.
Borrell, J., «The Gardeners have to go to the Jungle. Europeans have to be much more Engaged with the Rest of the World. Otherwise, the Rest of the World Will Invade Us», *European Union External Action*, 13 de octubre de 2022.
Broers, M., Hicks, P., y Guimera, A. (eds.), *The Napoleonic Empire and the New European Political Culture*, Nueva York, Springer, 2012.
Brown, A., *The Human Factor: Gorbachev, Reagan, and Thatcher, and the End of the Cold War,* Oxford, Oxford University Press, 2020.
Brown, J. D., *Japan, Russia and Their Territorial Dispute: The Northern Delusion,* Nueva York, Routledge, 2016.
Brzezinski, Z., «A Geostrategy for Eurasia», *Foreign Affairs* 76, 5 (1997), pp. 50-64.
—, *The Choice: Global Domination or Global Leadership,* Nueva York, Basic Books, 2009.
—, *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geopolitical Imperatives,* Nueva York, Basic Books, 1997. [ed. cast.: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos,* trad. Mónica Salomón, Barcelona, Paidós, 1998].
Buchanan, P. J., *A Republic, Not an Empire: Reclaiming America's Destiny,* Washington DC, Regnery Publishing, 1999.
Bull, H., *The Anarchical Society: A Study of World Order in World Politics,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 1977.
—, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics,* Londres, Bloomsbury Publishing, 2012.
Bundesbank, «EMS: Bundesbank Council meeting with Chancellor Schmidt (assurances on operation of EMS)» [desclasificado en 2008], Bundesbank Archives, N2/267, 30 de noviembre de 1978.

Burds, J., «The Early Cold War in Soviet West Ukraine, 1944-1948», *The Carl Beck Papers in Russian & East European Studies* 1505 (2001).
Burns, W. J., *The Back Channel: A Memoir of American Diplomacy and the Case for Its Renewal*, Nueva York, Random House, 2019.
—, «Nyet Means Nyet: Russia's NATO Enlargement Redlines», *Wikileaks*, 1 de febrero de 2008.
Bush, G. W., «Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union», discurso del estado de la Unión, Washington DC, *The American Presidency Project*, 29 de enero de 1991.
—, «Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union», discurso del estado de la Unión, *The American Presidency Project*, 28 de enero de 1992.
—, «Address to the Nation Announcing Allied Military Action in the Persian Gulf», *The American Presidency Project*, 16 de enero de 1991.
—, «The National Security Strategy of the United States of America», *The White House*, 1 de junio de 2002.
Butt, Y., y Postol, T., «Upsetting the Reset: The Technical Basis of Russian Concern Over NATO Missile Defence», *Federation of American Scientists*, FAS Special Report n.º 1, septiembre de 2011.
Buzan, B., «Economic structure and international security: The limits of the liberal case», *International Organization* 38, 4 (1984), pp. 597-624.
—, «The Security Dynamics of a 1+4 World», en E. Aydinli y J. N. Rosenau (eds.), *Globalization, Security, and the Nation State: Paradigms in Transition,* Albany, State University of New York Press, 2005, pp. 177-198.
Caldwell, C., «The War in Ukraine de mayo de Be Impossible to Stop. And the U.S. Deserves Much of the Blame», *The New York Times*, 31 de mayo de 2022.
Carbonaro, G., «U.S. Wants Russia "Weakened" So It Can Never Invade Again», *Newsweek*, 25 de abril de 2022.
Carden, J., «Congress Has Removed a Ban on Funding Neo-Nazis From Its Year-End Spending Bill», *The Nation*, 14 de enero de 2016.
Carpenter, T. G., «America's Ukraine Hypocrisy», *CATO Institute*, 6 de agosto de 2017.
Carpenter, T. G., y Conry, B., *NATO Enlargement: Illusions and Reality,* CATO Institute, 1998.
Cha, S. H., «Modern Chinese Confucianism: The Contemporary Neo-Confucian Movement and its Cultural Significance», *Social Compass* 50, 4 (2003), pp. 481-491.
Charap, S. «The U.S. Approach to Ukraine's Border War Isn't Working. Here's What Biden Should Do Instead», *Politico*, 19 de noviembre de 2021.
Charap, S., y Boston, S., «The West's Weapons Won't Make Any Difference to Ukraine», *Foreign Policy*, 21 de enero de 2022.

Chatham House. «Myths and Misconceptions in the Debate on Russia», *Chatham House*, 13 de mayo de 2021.
Cheshire, H. T. «The Expansion of Imperial Russia to the Indian Border», *The Slavonic and East European Review* 13, 37 (1934), pp. 85-97.
Clark, C. «Release of 'Twitter Files' revs GOP's pursuit of Big Tech, Dem collusion», *The Washington Times*, 4 de diciembre de 2022.
Clark, N. «Fools No More», *The Guardian,* 19 de abril de 2008.
Clark, W. K. *A Time to Lead: For Duty, Honor and Country,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.
Clinton, B. «Remarks to Multinational Audience of Future Leaders of Europe», discurso pronunciado en Bruselas, Bélgica, *U.S. Diplomatic Mission to Germany*, 9 de enero de 1994.
Clover, C. «Clinton Vows to Thwart New Soviet Union», *Financial Times*, 7 de diciembre de 2012.
CNN. «At This Hour with Kate Bolduan», *CNN*, 14 de enero de 2022.
—, «Son dakika... Numan Kurtulmuş CNN TÜRK'te: (Rusya-Ukrayna) Birileri savaşı bitirmemek için çabalıyor», *CNN Turk*, 18 de noviembre de 2022.
Cohen, S. «"We Are Not Beginning a New Cold War, We Are Well into It": Stephen Cohen on Russia-Ukraine Crisis», *Democracy Now*, 17 de abril de 2014.
—, *Soviet Fates and Lost Alternatives: From Stalinism to the New Cold War*, Nueva York, Columbia University Press, 2009.
Congressional Record, Proceedings and Debates of the 89th Congress, vol. 111, Part 7, 28 de abril de 1965 a 10 de mayo de 1965.
Consejo de Europa, «15th EU-Russia Summit», 10 de mayo de 2005.
Consejo del Atlántico Norte, «Brussels Summit Communiqué», OTAN, 14 de junio de 2021 [https://www.nato.int/cps/en/natohq/news_185000.htm].
Cooper, R., «The New Liberal Imperialism», *The Guardian*, 7 de abril de 2002.
Cooper, H., Schmitt, E., y Barnes, J. E., «U.S. Intelligence Helped Ukraine Strike Russian Flagship, Officials Say», *The New York Times*, 5 de mayo de 2022.
Cotton, T., «Kill Russia's Nord Stream 2, Let it Ruse in the Baltic», *Tom Cotton official website*, 19 de mayo de 2021.
Cousins, N., *The Pathology of Power*, Nueva York, Norton, 1987.
Cox, R. W., «Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory», en R .O. Keohane (ed.), *Neorealism and Its Critics,* Nueva York, Columbia University Press, 1986, pp. 204-255.
Cruz, T., «President Biden and the Democrats have Imperiled Ukraine and put Europe on the Brink of War», *Ted Cruz official website*, 7 de febrero de 2022.
CSCE, «Decolonizing Russia: A Moral and Strategic Imperative», *Commission on Security and Cooperation in Europe*, 23 de junio de 2022.
Cumings, B. «Trilateralism and the New World Order», *World Policy Journal* 8, 2 (1991), pp. 195-222.

Daalder, I., y Lindsay, J., «An Alliance of Democracies», *The Washington Post*, 23 de mayo de 2004.
Danilevsky, N., *Russia and Europe: The Slavic World's Political and Cultural Relations with the Germanic-Roman West,* Bloomington: Slavica Publishers, 2013.
Das, B., «"Old, Dangerous, Rich": S. Jaishankar's not-so-kind description of George Soros», *Business Today*, 18 de febrero de 2023.
Davidson, G., and P. Davidson. *Economics for a Civilized Society*, Nueva York, Norton, 1988.
Davis, R. T., «Should NATO Grow? A Dissent», *The New York Review*, 21 de septiembre de 1995.
«Defense Planning Guidance» [DPG], *Militarist Monitor*, 18 de febrero de 1992.
Deng X., «The International Situation and Economic Problems», *The Selected Works of Deng Xiaoping* 3, 3 (1990).
Dennekamp, G. J., «De Hoop Scheffer: Poetin werd radicaler door NAVO», *NOS*, 7 de enero de 2018.
Deudney, D., y Ikenberry, G. J., «The Unravelling of the Cold War Settlement», *Survival: Global Politics and Strategy* 51, 6 (2009), pp. 39-62.
Deutsch, J., y Pronina, L., «EU Approves 450 Million Euros of Arms Supplies for Ukraine», *Bloomberg*, 27 de febrero de 2022.
Deveraux, B. «Rocket Artillery can Keep Russia out of the Baltics», *War on the Rocks*, 20 de mayo de 2021.
DIA, «Russia Military Power: Building a Military to Support Great Power Aspirations», *Defense Intelligence Agency*, 6 de julio de 2017.
Diamond, L. J., «Three Paradoxes of Democracy», *Journal of Democrac*y 1, 3 (1990), pp. 48-60.
Dibb, P., «NATO's 'Expansionist Policy' Fuels Fear», *Financial Review*, 17 de junio de 1999.
Diesen, G., *EU and NATO Relations with Russia: After the Collapse of the Soviet Union*, Londres, Routledge, 2015.
—, «Russia as an international conservative power: the rise of the right-wing populists and their affinity towards Russia», *Journal of Contemporary European Studies* 28, 2 (2020), pp. 182-196.
—, *Russian Conservatism: Managing Change under Permanent Revolution*, Londres, Routledge, 2021.
—, *Russia's Geoeconomic Strategy for a Greater Eurasia,* Londres, Routledge, 2017.
—, *The Think Tank Racket,* Atlanta, Clarity Press, 2023.
Diesen, G., y Wood, S., «Russia's Proposal for a New Security System: Confirming Diverse Perspectives», *Australian Journal of International Affairs* 66, 4 (2012), pp. 450-467.

Dorfman, Z., «CIA-trained Ukrainian Paramilitaries de mayo de Take Central Role if Russia Invades», *Yahoo News*, 13 de enero de 2022.
Dostoievski, F., *A Writer's Diary – Volume 2: 1877-1881,* Illinois, Northwestern University Press, 1997.
—, *Polnoe Sobranie Sochinenii,* 30 vols., Leningrado, Nauka, 1986.
Dostoyevsky, A. *Fyodor Dostoyevsky: A Study,* Honolulú, University Press of the Pacific, 2001.
Doyle, M. W., «Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs», *Philosophy & Public Affairs* 12, 3 (1983), pp. 205-235.
Du Bois, W. E. B., «Neuropa: Hitler's New World Order», *The Journal of Negro Education* 19, 3 (1941), pp. 380-386.
Dulles, J. F., «Security in the Pacific», *Foreign Affairs* 30, 2 (1952), pp. 175-187.
Dutta, P. K., Granados, S., y Ovaska, M., «On the edge of war», *Reuters*, 26 de enero de 2022.
DW, «German Navy Chief Quits After Putin, Crimea Gaffes», *Deutsche Welle*, 22 de enero de 2022.
—, «Germany Replaces the Head of the Bundeswehr Armed Forces», *Deutsche Welle*, 13 de marzo de 2023.
—, «Nord Stream 2 Won't Happen if Russia Invades Ukraine: U.S.», *Deutsche Welle,* 27 de enero de 2022.
Eastern Herald, «Polish Prime Minister Morawiecki Has Warned Of The Beginning of the End of the West's Golden Age», *The Eastern Herald*, 18 de abril de 2023.
Echols, C., «Diplomacy Watch: Did Boris Johnson Help Stop a Peace Deal in Ukraine?», *Responsible Statecraft*, 2 de septiembre de 2022.
Economist, «Ukraine's sluggish counter-offensive is souring the public mood», *The Economist*, 20 de agosto de 2023.
Emma, «Russland will verhandeln!», *Emma,* 4 de marzo de 2023.
English, C. «Ukrainians See More Value in Ties With Russia Than U.S.», *Gallup*, 15 de febrero de 2008.
Estados Unidos, Departamento de Estado, «Memorandum by the Under Secretary of State (Acheson) to the Secretary of State», 9 de octubre de 1945.
—, «Department Press Briefing», 25 de febrero de 2022.
—, «Department Press Briefing», 21 de marzo de 2022.
—, «Russia's Strategic Failure and Ukraine's Secure Future», 2 de junio de 2023.
Estados Unidos, Gobierno, «Comer Statement on Devon Archer's Testimony», Committee On Oversight and Accountability, 31 de julio de 2023.
Estados Unidos, Senado, «The Debate on NATO Enlargement: Hearings Before the Committee on Foreign Relations (October 7-November 5)», U.S. Government Printing Office, 1998.
—, «Proceedings of the United States Senate in the Impeachment Trial of Donald John Trump: Volume II: Trial Proceedings», U.S. Government Publishing Office,

31 de enero de 2020.
—, «Resolution 435, Calendar No.608», 14 de marzo de 2018.
EUEA, «Foreign Affairs Council: Remarks by High Representative Josep Borrell upon arrival», *European Union External Action*, 11 de abril de 2022.
EurLex. «Journal of the European Community 1990. Minutes of proceedings of the sitting of Thursday 22 de noviembre de 1990», *European Union EurLex official website*, n.º C 324/186, 22 de noviembre de 1990.
Euronews, «Ukraine War to be "Decided on the Battlefield". NATO official says», *Euronews*, 12 de julio de 2022.
Farkas, E., «The U.S. Must Prepare for War Against Russia Over Ukraine», *Defense One*, 11 de enero de 2022.
Ferguson, N., «Putin Misunderstands History. So, Unfortunately, Does the U.S.», *Bloomberg*, 22 de marzo de 2022.
Fischer, J., «From Confederacy to Federation: Thoughts on the Finality of European Integration», discurso pronunciado en la Universidad Humboldt, Berlín, 12 de mayo de 2000.
Fotyga, A. «The Dissolution of the Russian Federation is Far Less Dangerous than Leaving it Ruled by Criminals», *Euractiv*, 27 de enero de 2023.
Foxall, A., y Kessler, O., «Yes, There Are Bad Guys in the Ukrainian Government», *Foreign Policy*, 18 de marzo de 2014.
Friedman, G., «The Geopolitics of the United States, Part 1: The Inevitable Empire», *Stratfor*, 4 July 2014.
—, «Interesi RF I SSHA v otnoshenii Ukraini nesovmestimi drug's drugom», *Kommersant*, 19 de diciembre de 2014.
Friedman, T. L., «Foreign Affairs: Now a Word From X», *The New York Times*, 2 de mayo de 1998.
—, «This Is Putin's War. But America and NATO Aren't Innocent Bystanders», *The New York Times*, 21 de febrero de 2022.
Frum, D., y Perle, R., *An End to Evil: How to Win the War on Terror*, Nueva York, Random House Publishing Group, 2003.
Fukuyama, F., «The End of History?», *The National Interest* 16 (1989), pp. 3-18.
Gaddis, J. L., *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy,* Nueva York, Oxford University Press, 1982.
Gallagher, J., y Robinson, R., «The Imperialism of Free Trade», *The Economic History Review* 6, 1 (1953), pp. 1-15.
Ganser, D., *NATO's Secret Armies: Operation Gladio and Terrorism in Western Europe,* Nueva York, Routledge, 2005.
Gates, R., *Duty: Memoirs of a Secretary at War,* Nueva York, Knopf Publishing, 2014.
Gatev, I., y Diesen, G., «Eurasian Encounters: The Eurasian Economic Union and the Shanghai Cooperation Organisation», *European Politics and Society* 17, 1

(2016), pp. 133-150.
Gerschman, C., «Former Soviet States Stand up to Russia. Will the U.S.?», *Washington Post*, 26 de septiembre de 2013.
Gerth, J., y Weiner, T., «Arms Makers See Bonanza In Selling NATO Expansion», *The New York Times*, 29 de junio de 1997.
Gilpin, R., *War and Change in World Politics,* Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
Gjevori, E., «Israel: Former Mossad Chief Urges Rapprochement with Iran», *Middle East Eye*, 16 de marzo de 2023.
Gheciu, A., «Security Institutions as Agents of Socialization? NATO and the "New Europe"», *International Organization* 59, 4 (2005), pp. 973-1012.
Global Times, «U.S. "rules-based intl order" is "law of the jungle2 to contain others: Chinese vice FM tells U.S. envoy», *Global Times*, 26 July 2021.
Golinkin, L., «Secretary Blinken Faces a Big Test in Ukraine, Where Nazis and Their Sympathizers Are Glorified», *The Nation*, 6 de mayo de 2021.
Goncharenko, R., «Ukraine, U.S. Black Sea Drills Raise Tensions», *Deutsche Welle*, 29 de junio de 2021.
Graham, B., *Hit to Kill: The New Battle Over Shielding America from Missile Attack*, Nueva York, Public Affairs Store, 2003.
Gramsci, A., *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Nueva York, International Publishers, 1971.
Gray, J., *Enlightenment's Wake: Politics and Culture at the Close of the Modern Age*, Londres, Routledge, 1995.
Greenwald, G., «The Indictment of Hillary Clinton's Lawyer is an Indictment of the Russiagate Wing of the U.S. Media», *Glenn Greenwald* (blog de Substack), 19 de septiembre de 2021.
Greer, S., y Shtekel, M., «Ukraine's Navy: A Tale Of Betrayal, Loyalty, And Revival», *Radio Free Europe/Radio Liberty*, 27 de abril de 2020.
Grim, R., y Hussain, M., «Pakistan Confirms Secret Diplomatic Cable Showing U.S. Pressure to Remove Imran Khan», *The Intercept*, 16 de agosto de 2023.
Grytsenko, O. «"I'm not a loser": Zelensky clashes with veterans over Donbas disengagement», *Kyiv Post*, 28 de octubre de 2019.
Guardian, «Full Text: Tony Blair's Speech», *The Guardian*, 5 de marzo de 2004.
—, «Ukraine has Offered Neutrality in Talks with Russia – What Would that Mean?», *The Guardian*, 30 de marzo de 2022.
Gvosdev, N., «Parting With Illusions: Developing a Realistic Approach to Relations with Russia», *CATO Institute*, 29 de febrero de 2008.
Hains, T., «NSC's Kirby: Ukraine Should Reject Any Russian-Chinese Ceasefire Plan», *Real Clear Politics*, 20 de marzo de 2023.
Hall, S., «The Question of Cultural Identity», en S. Hall, D. Held, D. Hubert y K. Thompson (eds.), *Modernity: An Introduction to Modern Societies,* Blackwell

Publishing, 1996, pp. 595-634.
Hamilton, A., *The Federalist: On the New Constitution, Written in 1788,* Hallowell, Masters, Smith & Company, 1857 [ed. cast.: *El federalista,* ed. Ramón Maiz, Madrid, Akal, 2015].
Harris, S., y Mekhennet, S., «U.S. Had Intelligence of Detailed Ukrainian Plan to Attack Nord Stream pipeline», *The Washington Post*, 6 de junio de 2023.
Haukkala, H., «The European Union as a Regional Normative Hegemon: The Case of European Neighbourhood Policy», *Europe-Asia Studies* 60, 9 (2008), pp. 1601-1622.
Heappey, J., «Ukrainians are Fighting for Their Freedom, and Britain is Doing Everything to Help Them», *The Telegraph*, 26 de febrero de 2022.
Heckscher, E., *The Continental System,* Oxford, Clarendon Press, 1922.
Helmer, J., «Whr. Gen. Kujat: Ukraine War is Lost, Germany Now Faces an Angry Russia… Alone», *Veterans Today*, 25 de enero de 2023.
Herbert, B., «In America: War Games», *The New York Times*, 22 de febrero de 1998.
Herman, E., y Peterson, D., *The Politics of Genocide,* Nueva York, University Press, 2010.
Hersh, S., «How America Took Out The Nord Stream Pipeline», *Seymour Hersh* (blog de Substack), 8 de febrero de 2023.
Herszenhorn, D. M., «U.S. Senators Praise Ukrainian Marines, Slam Putin», *Politico*, 2 de enero de 2017.
Herszenhorn, D. M., y Leali, G., «Defiant Putin Mauls Macron in Moscow», *Politico*, 7 de febrero de 2022.
Herwig, H. H., *The Demon of Geopolitics: How Karl Haushofer «Educated» Hitler and Hess,* Londres, Rowman & Littlefield, 2016.
Herz, J. H. «Idealist Internationalism and the Security Dilemma», *World Politics* 2, 2 (1950), pp. 157-180.
—, «Political Ideas and Political Reality», *Western Political Quarterly* 3, 2 (1950), pp. 161-178.
—, «Power Politics and World Organization», *The American Political Science Review* 36, 6 (1942), pp. 1039-1052.
Hildrebrandt, T., y di Lorenzo, G., «"Hatten Sie gedacht, ich komme mit Pferdeschwanz?"», *Zeit*, 7 de diciembre de 2022.
Hill, F., «Putin Has the U.S. Right Where He Wants It», *The New York Times*, 24 de enero de 2022.
Hill, F., y Stent, A., «The World Putin Wants How Distortions About the Past Feed Delusions About the Future», *Foreign Affairs* (septiembre-octubre de 2022).
Hirsh, M., «Hints of a Ukraine-Russia Deal?», *Foreign Policy*, 8 de marzo de 2022.
Hirschman, A. «Beyond Asymmetry: Critical Notes on Myself as a Young Man and on Some Other Old Friends», *International Organisation*, 32, 1 (1978), pp. 45-

50.
—, *National Power and the Structure of Foreign Trade,* Berkeley, Cal., University of California Press, 1945.
Hobsbawm, E. J., *Globalisation, Democracy and Terrorism*, Londres, Little Brown, 2007 [ed. cast.: *Guerra y paz en el siglo XXI,* trad. Beatriz Equibar, Ferran Esteve, Tomás Fernández y Juanmari Madariaga, Barcelona, Crítica, 2007].
—, *Industry and Empire: An Economic History of Britain since 1750*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968 [ed. cast.: *Industria e imperio: historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días,* trad. Gonzalo Pontón, Barcelona, Crítica, 2016].
Hoffmann, S., «Report of the Conference on Conditions of World Order: 12-19 June, 1965, Villa Serbelloni, Bellagio, Italy», *Daedalus* 95, 2 (1966), pp. 455-478.
Hudson, M., *America's Protectionist Takeoff, 1815-1914: The Neglected American School of Political Economy*, Nueva York, Islet, 2010.
Hudson, J., y Horton, A., «U.S. Intelligence Says Ukraine Will Fail to Meet Offensive's Key Goal», *The Washington Post*, 17 de agosto de 2023.
Huggler, J., «Ukraine Crisis: U.S. Officials Compare Peace Efforts to Appeasing Hitler», *The Telegraph*, 8 de febrero de 2015.
Huntington, S. P., «Dead Souls: The Denationalization of the American Elite», *The National Interest,* 1 de marzo de 2004.
—, «If Not Civilizations, What? Paradigms of the Post-Cold War World», *Foreign Affairs* 72, 5 (1993), pp. 186-194.
—, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order,* Nueva York, Simon and Schuster, 1996 [ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial,* Barcelona, Paidós, 2005].
—, «The Lonely Superpower», *Foreign Affairs* 87, 2 (1999) 35-49.
—, «The West and the Rest», *Prospect Magazine*, 20 de febrero de 1997.
Ignatius, D., «Innocence Abroad: The New World of Spyless Coups», *Washington Post*, 22 de septiembre de 1991.
—, «The West Feels Gloomy About Ukraine. Here's Why it Shouldn't», *The Washington Post*, 18 de julio de 2023.
Ikenberry, G. J., y Slaughter, A. M., «Forging a World of Liberty under Law: U.S. National Security in the 21st Century», *The Princeton Project on National Security*, 2006.
Ingram, P., *Napoleon and Europe,* Cheltenham, Stanley Thornes Publishers Ltd., 1998.
Irwin, D. A., «Political Economy and Peel's Repeal of the Corn Laws», *Economics & Politics* 1, 1 (1989), pp. 41-59.
Ivanov, I., «The Sunset of Greater Europe», discurso en la vigésima Conferencia Internacional Annual del Foro Báltico, « The U.S., the EU and Russia – the New

Reality», Riga, 12 de septiembre de 2015.
Johnson, B., «For a Quicker End to the Russia War, Step Up Aid to Ukraine», *Wall Street Journal*, 9 de diciembre de 2022.
Kagan, R., «The Price of Hegemony: Can America Learn to Use Its Power?», *Foreign Affairs* (mayo-junio de 2022).
Kamenetsky, I., *Hitler's Occupation of Ukraine (1941-1944),* Wisconsin, The Marquette University Press, 1956.
Karp, P., «Paul Keating Labels Nato Chief a "Supreme Fool" and "an Accident on Its Way to Happen"», *The Guardian*, 9 de julio de 2023.
Kaonga, G., «Video of Joe Biden Warning of Russian Hostility if NATO Expands Resurfaces», *Newsweek*, 8 de marzo de 2022.
Katchanovski, I., «The Far Right, the Euromaidan, and the Maidan Massacre in Ukraine», *Journal of Labor and Society* 23, 1 (2020), pp. 5-36.
Katzenstein, P. J., *A World of Regions: Asia and Europe in the American Imperium,* Londres, Cornell University Press, 2005.
Kennan, G. F., *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy*, Nueva York, Norton, 1993.
—, «A Fateful Error», *The New York Times*, 5 de febrero de 1997.
—, *The Kennan Diaries*, Nueva York, Norton, 2014.
Kenney, G., «Rolling Thunder: The Rerun», *The Nation*, 14 de junio de 1999.
Kheel, R., «Congress Bans Arms to Ukraine Militia Linked to Neo-Nazis», *The Hill*, 27 de marzo de 2018.
Kieninger, S., «Helmut Kohl and NATO Enlargement: The Search for the Post-Cold War Order», *American-German Institute*, 7 de julio de 2020.
KIIS, «Socio-political Moods of the Population of Ukraine», *Kyiv International Institute of Sociology*, 19 de octubre de 2021.
Kindleberger, C. P., *The World in Depression, 1929-1939,* Berkeley, Cal., University of California Press, 1986.
Kipp, J. W., y Lincoln, W. B., «Autocracy and Reform Bureaucratic Absolutism and Political Modernization in Nineteenth-Century Russia», *Russian History* 6, 1 (1979), pp. 1-21.
Kissinger, H., *Diplomacy,* Nueva York, Touchstone, 1994.
—, «How the Ukraine Crisis Ends», *The Washington Post*, 5 de marzo de 2014.
—, «Interview with Henry Kissinger», *The Daily Telegraph*, de junio de 28, 1999.
—, *World Order*, Nueva York, Penguin Press, 2014.
Korniienko, A., «Thousands Rally in Kyiv Against Zelensky's Plan to End War with Russia», *Kyiv Post*, 6 de octubre de 2019.
Kortunov, A., «False Conflict: Universalism and Identity», *Valdai Discussion Club*, 11 de octubre de 2017.
Kozyrev, A., «Russia and the U.S: Partnership is not Premature, it is Overdue», *Current Digest of the Russian Press* 46, 6 (1994).

Kramer, M., «Putin Is Only Part Of the Russian Picture», *The Washington Post*, 23 de enero de 2000.
Kramer, A. E., «Armed Nationalists in Ukraine Pose a Threat Not Just to Russia», *The New York Times*, 10 de febrero de 2022.
Krauthammer, C., «The Unipolar Moment», *Foreign Affairs* 70, 1 (1990-1991), pp. 23-33.
Kristensen, H. M., «Falling Short of Prague: Obama's Nuclear Weapons Employment Policy», *Arms Control Association*, de septiembre de 2013.
Krugman, P., «Trouble With Trade», *The New York Times*, 28 de diciembre de 2007.
Kupchan, C. A., «NATO's Final Frontier: Why Russia Should Join the Atlantic Alliance», *Foreign Affairs* 89, 3 (2010), pp. 100-112.
Kuzio, T., «Historiography and National Identity Among the Eastern Slavs: Towards a New Framework», *National Identities* 3, 2 (2001), pp. 109-132.
—, «Neither East nor West: Ukraine's Security Policy Under Kuchma», *Problems of Post-Communism* 52, 5 (2005), 59-68.
Kyiv Post, «Poll: Ukrainian Public Split Over EU, Customs Union Options», *Kyiv Post*, 26 de noviembre de 2013.
Lane, D. «The Orange Revolution: "People's Revolution" or Revolutionary Coup?», *The British Journal of Politics and International Relations* 10, 4 (2008), pp. 525-49.
Lapidus, G. W., *Ethnonationalism and Political Stability in the USSR,* National Council for Soviet and East European Research, Council Contract n.º 627-3 (1984).
Lasch, C., *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, Nueva York, Norton, 1996.
Latham, M. E., *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and U.S. Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Nueva York, Cornell University Press, 2011.
Lavrov, S., «Foreign Minister Sergey Lavrov's Remarks at the 29th Assembly of the Council on Foreign and Defence Policy (CFDP)», *The Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation*, 2 de octubre de 2021.
—, «Russia and the World in the 21st Century», *Russia in Global Affairs*, julio-septiembre de 2008.
Lemkin, R., *Soviet Genocide in the Ukraine,* Kingston, The Kashtan Press, 2008.
Lemon, J. «"Let's Take Out Putin": Graham Doubles Down on Ukraine War "Off-Ramp"», *Newsweek*, 8 de mayo de 2022.
Leonard, M., y Popescu, N., «A Power Audit of EU-Russia Relations», *European Council on Foreign Relations* 9 (2009).
Lieber, K. A., y Press, D. G., «The Rise of U.S. Nuclear Primacy», *Foreign Affairs* 85, 2 (2006), pp. 42-54.

Lieven, A., «Russia and Ukraine: A Fraternal Rivalry», United States Institute of Peace Press, Washington, DC, 2009.
Lijphart, A., «Consociational Democracy», *World Politics* 21, 2 (1969), pp. 207-225.
Lippman, W., *Public Opinion,* San Diego, Harcourt, Brace & Co., 1922.
—, *The Stakes of Diplomacy,* New Brunswick, Transaction Publishers, 1932.
List, F., *The National System of Political Economy,* Londres, Longmans, Green & Company, 1841.
—, *Outlines of American Political Economy, in a Series of Letters,* Filadelfia, Samuel Parker, 1827.
Lister, T., «The Nexus Between Right-Wing Extremists in the United States and Ukraine», *Combating Terrorism Center at West Point* 13, 4 (2020), pp. 30-41.
Lizza, R., Bade, R., Palmeri, T., y Daniels, E., «Politico Playbook: Double trouble for Biden», *Politico*, 21 de septiembre de 2021.
Lonas, L., «Crenshaw, Greene Clash on Twitter: "Still Going after that slot on Russia Today"», *The Hill*, 11 de mayo de 2022.
Löwenhardt, J., «The OSCE, Moldova and Russian Diplomacy in 2003», *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 20, 4 (2004), pp. 103-112.
LRT, «Putin's plan includes Baltics, says former NATO chief», *Lithuanian National Radio and Television*, 19 de julio de 2022.
Luttwak, E., *Turbo Capitalism*, Nueva York, HarperCollins Publishers, 1999 [ed. cast.: *Turbocapitalismo,* trad. Carles Mercadal Vidal, Barcelona, Crítica, 2000].
Lyne, R., «The UC Interview Series: Sir Roderic Lyne by Nikita Gryazin», *Oxford University Consortium*, 18 de diciembre de 2020.
MacAskill, E., «Ukraine Crisis: Bugged Call Reveals Conspiracy Theory about Kiev Snipers», *The Guardian*, 5 de marzo de 2014.
Mackinder, H. J., *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*, Londres, Constable, 1919.
—, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal* 170, 4 (1904), pp. 421-44.
Macleod, A., «The Utility of the RussiaGate Conspiracy», *FAIR*, 27 July 2018.
Marszal, A., «EU Will Not Accept Russian Veto, Says Barroso», *The Telegraph*, 29 de noviembre de 2013.
Maté, A., «Ukrainegate Impeachment Saga Worsens U.S.-Russia Cold War», *The Grayzone*, 13 de noviembre de 2019.
—, «Siding with Ukraine's Far-Right, U.S. Sabotaged Zelensky's Mandate for Peace», *Aaron Maté* (blog de Substack), 10 de abril de 2022.
—, «U.S. Fighting Russia "To The Last Ukrainian": Veteran U.S. Diplomat», *The Grayzone*, 24 de marzo de 2022.
—, «U.S., UK Sabotaged Peace Deal Because They "Don't Care About Ukraine": Fmr. NATO adviser», *The Grayzone*, 27 de septiembre de 2022.
Matlock, J. F., *Superpower Illusions: How Myths and False Ideologies Led America*

Astray – and How to Return to Reality, New Haven, Yale University Press, 2010.
Matlock, J. F., «Why the U.S. Must Press for a Ceasefire in Ukraine», *Responsible Statecraft*, 17 de octubre de 2022.
Matthews, O., «Viktor Yushchenko's Star Has Fallen», *Newsweek*, 13 de marzo de 2009.
McCarthy, A., «Steele's Shoddy Dossier», *National Review*, 6 de junio de 2019.
McConnell, M., «McConnell on Zelensky Visit: Helping Ukraine Directly Serves Core American Interests», *Mitch McConnell* (página web oficial), 21 de diciembre de 2022.
McFaul, M., «The U.S. and Ukraine Need to Reboot Their Relationship. Here's How They Can Do It», *The New York Times*, 23 de agosto de 2021.
McGovern, R., «Biden Reneged – Now Russian Army Will Talk», *AntiWar*, 30 de diciembre de 2022.
McMahon, M., «"If we Don't Support Ukraine, Ukraine Will Fall in a Matter of Days", says Josep Borrell», *Euronews*, 5 de mayo de 2023.
Mcleary, P., «U.S. Upgrades Ukrainian Ports to Fit American Warships», *Breaking Defense*, 3 July 2019.
Mead, W. R., *God and Gold: Britain, America, and the Making of the Modern World*, Nueva York, Vintage, 2008.
Mearsheimer, J. J., «Why the Ukraine Crisis is the West's Fault: The Liberal Delusions that Provoked Putin», *Foreign Affairs* 93, 5 (2014), pp. 77-89.
Mearsheimer, J. J., y Walt, S. M., «The Case for Offshore Balancing: A Superior U.S. Grand Strategy», *Foreign Affairs* 95, 4 (2016), pp. 70-83.
Melanovski, J., «Ukrainian President Zelensky Deepens Alliance with Far Right», *World Socialist Web Site,* 30 de abril de 2021.
Menegay, C., y Valles, A., «U.S., NATO, Ukraine Enhance Interoperability with Rapid Trident Exercise», *U.S. Army*, 21 de septiembre de 2021.
Mendlovitz, S., y Weiss, T., «The Study of Peace and Justice: Toward a Framework for Global Discussion», en L. R. Beres y H. Targ (eds.), *Planning Alternative Future,* Nueva York, Praeger, 1975, pp. 148-174.
Michel, C., «Decolonize Russia», *The Atlantic*, 27 de mayo de 2022.
Mill, J. S., *On Liberty and Other Writings,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989 [ed. cast.: *Sobre la libertad,* edición de César Ruiz Sanjuán, Madrid, Akal, 2014].
—, *The Spirit of the Age,* Chicago, The University of Chicago Press, 1942.
Miller, G., y Khurshudyan, I., «Ukrainian spies with deep ties to CIA wage shadow war against Russia», *The Washington Post,* 23 de octubre de 2023.
Milne, S., «It's Not Russia That's Pushed Ukraine to the Brink of War», *The Guardian*, 30 de abril de 2014.
Modern Diplomacy, «Kishore Mahbubani: "A Russian Defeat Would Not be in the Interests of the Global South"», *Modern Diplomacy*, 23 de marzo de 2023.

Moller-Nielsen, T., «U.S. Protectionism Poses 'Existential Challenge' to Europe, say EU leaders», *The Brussels Times*, 30 de noviembre de 2022.
Morgenthau, H. J., *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1948.
Morris, E. J., y Fonrouge, G., «Smoking-Gun Email Reveals how Hunter Biden Introduced Ukrainian Businessman to VP Dad», *New York Post*, 14 de octubre de 2020.
Morrison, D., «How William Hague Deceived the House of Commons on Ukraine», *Huffington Post*, 10 de marzo de 2014.
—, «Obama Lied About a Referendum in Kosovo», *Huffington Post*, 31 de marzo de 2014.
MSNBC, «Transcript: The Rachel Maddow Show, 2/28/22 Guests: Hillary Clinton, Alexander Prokhoren», *MSNBC*, 1 de marzo de 2022.
Mudde, C., «Europe's Populist Surge: A Long Time in the Making», *Foreign Affairs* 95, 6 (2016), pp. 25-30.
National Archives, «Operation Unthinkable: Report by the Joint Planning Staff», catálogo ref: CAB 120/691, *The National Archives*, 1945.
National Security Archive, «NATO Expansion: What Gorbachev Heard», George Washington University, 12 de diciembre de 2017.
—, «NATO Expansion: What Yeltsin Heard», George Washington University, 16 de marzo de 2018.
Nelson, S., «"That's Called World War III": Biden Defends Decision not to Send Jets to Ukraine», *New York Post*, 11 de marzo de 2022
Neumann, I. B., *Uses of the Other: The "East" in European Identity Formation,* Manchester, Manchester University Press, 1999.
New York Times, «In Bush's Words: Iraqi Democracy Will Succeed», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2003.
—, «Quotation of the Day for Wednesday, March 19, 2014», *The New York Times*, 19 de marzo de 2014.
Nierop, T., y De Vos, S., «Of Shrinking Empires and Changing Roles: World Trade Patterns in the Postwar Period», *Tijdschrift Voor Economische en Sociale Geografie* 79, 5 (1988), pp. 343-364.
Nietzsche, F., *Thus Spoke Zarathustra*, Londres, Penguin Books, 1968 [ed. cast.: *Así habló Zaratustra,* ed. José Rafael Hernández Arias, Madrid, Valdemar, 2015].
Norman, E. H., *Japan's Emergence as a Modern State*, Nueva York, University of British Columbia Press, 1940.
Norman, G., «Top U.S. Military Official Relays "Worst Thing" Russia did before Invading Ukraine», *Fox News*, 4 de mayo de 2022.
Norris, J., *Collision Course: NATO, Russia, and Kosovo,* prólogo de Strobe Talbott, Westport, Praeger, 2005.
NRK, «Fredsprisvinner: Kompromiss med Russland er ikke fred», *NRK*, 10 de

diciembre de 2022.
Nye, J. S., «The Decline of America's Soft Power», en D. Skidmore (ed.), *Paradoxes of Power*, Nueva York, Routledge, 2015, pp. 27-32.
—, «What New World Order?», *Foreign Affairs* 71, 2 (1992), pp. 83-96.
Obama, B., «President Obama: "The TPP Would Let America, Not China, Lead the Way on Global Trade"», *The Washington Post*, 2 de mayo de 2016.
O'Conner, T., «So, if the United States is Concerned about China and Wants to Pivot Towards Asia, then you have to Ensure that Putin Doesn't Win in Ukraine», *Newsweek*, 21 de septiembre de 2023.
Oreskes, B., «Moscow wary of TTIP talks», *Politico*, 9 de mayo de 2016.
Osang, A., «You're Done with Power Politics», *Spiegel*, 1 de diciembre de 2022.
OTAN, «Address by Secretary General, Manfred Wörner to the Bremer Tabaks Collegium», 17 de mayo de 1990.
—, «Bucharest Summit Declaration, Issued by the Heads of State and Government participating in the meeting of the North Atlantic Council in Bucharest», 3 de abril de 2008.
—, «Comprehensive Assistance Package for Ukraine», julio de 2016.
—, «"Post-Orange Ukraine": Internal Dynamics and Foreign Policy Priorities», Asamblea Parlamentaria de la OTAN, octubre de 2011.
Packer, G. «Obama's Iraq Problem», *The New Yorker*, 30 de junio de 2008.
Pan, P. P., «International Observers Say the Ukrainian Election was Free and Fair», *OSCE*, 9 de febrero de 2010.
Panetta, L., «U.S. Is in a Proxy War With Russia: Panetta», *Bloomberg*, 17 de marzo de 2022.
Parfitt, T., «Ukraine Crisis: The Neo-Nazi Brigade Fighting Pro-Russian Separatists», *The Telegraph*, 11 de agosto de 2014.
Parker, G., *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996 [ed. cast.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800,* trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 2002].
Parlamento Europeo, «Ukraine: The Minsk Agreements Five Years On», marzo de 2020.
Parry, R. «CIA's Hidden Hand in 'Democracy Groups», *Consortium News*, 8 de enero de 2015.
—, «U.S. House Admits Nazi Role in Ukraine», *Consortium News*, 12 de junio de 2015.
Peleschuk, D., «Ukraine's President Finally Flexes His Muscles», *Foreign Policy*, 12 de febrero de 2021.
Perry, W. J., «How the U.S. Lost Russia – and How We Can Restore Relations», *Kontinent USA*, 7 de septiembre de 2022.
Pesenti, M., «Ukraine's Cultural Revival is a Matter of National Security», *Atlantic*

Council, 19 de enero de 2021.
Petro, N., «How the E.U. Pushed Ukraine East», *The New York Times*, 3 de diciembre de 2013.
—, «The last Ukrainian peacemaker: Sergei Sivokho remembered», *Responsible Statecraft*, 23 de octubre de 2023.
—, *The Tragedy of Ukraine,* Boston, De Gruyter, 2023.
Piketty, T., *Capital in the Twenty-First Century,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2014 [ed. cast.: *El capital en el siglo xxi,* trad. Eliane Cazenave-Tapie, México, Fondo de Cultura Económica, 2014].
Pilger, J., «In Ukraine, the U.S. is Dragging us Towards War with Russia», *The Guardian*, 13 de mayo de 2014.
Platón, *La República,* ed. Rosa M.ª Mariño Sánchez Elvira, Salvador Mas Torres y Fernando García Romero, Madrid, Akal, 2009.
Polanyi, K., *The Great Transformation,* Boston, Beacon Press, 1944 [ed. cast.: *La gran transformación,* trad. Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1989, p. 227].
Polityuk, P. «Ukraine Ready for Talks with Russia on Neutral Status – Official», *Reuters*, 25 de febrero de 2022.
Posen, B. R., «The Security Dilemma and Ethnic Conflict», *Survival* 35, 1 (1993), pp. 27-47.
Prouvost, T., «Hollande: "There Will Only be a Way Out of the Conflict When Russia Fails on the Ground"», *The Kyiv Independent*, 28 de diciembre de 2022.
Putin, V., «Address by President of the Russian Federation», discurso a la Duma, Kremlin, *President of Russia*, 18 de marzo de 2014.
—, «Meeting of the Valdai International Discussion Club», *Government of the Russian Federation*, 19 de septiembre de 2013.
—, «Speech and the Following Discussion at the Munich Conference on Security Policy», *President of Russia*, 10 de febrero de 2007.
—, «Valdai International Discussion Club meeting», *President of Russia*, 6 de octubre de 2023.
—, «Valdai International Discussion Club Meeting», *President of Russia*, 27 de octubre de 2022.
Putnam, R. D., «E pluribus unum: Diversity and Community in the Twenty-First Century», *Scandinavian Political Studies* 30, 2 (2007), pp. 137-174.
Quigley, C., *The Evolution of Civilisations: A Historical Analysis,* Indianápolis, Liberty Press, 1961.
RAND Corporation, «Extending Russia: Competing from Advantageous Ground», *RAND Corporation*, 24 de abril de 2019.
—, «Future Roles of U.S. Nuclear Forces: Implications for U.S. Strategy», *RAND Corporation*, Santa Mónica, 2003.
Rapley, J., y Heather, P., *Why Empires Fall: Rome, America, and the Future of the*

West, Dublín, Penguin, 2023.
Rapoza, K., «One Year After Russia Annexed Crimea, Locals Prefer Moscow To Kiev», *Forbes*, 20 de marzo de 2015.
Raskin, S., y Brown, L., «Ukraine and Russia to Meet for Peace Talks "Without Preconditions", Zelensky says», *New York Post*, 27 de febrero de 2022.
Ray, J., y Esipova, N., «Ukrainians Likely Support Move Away From NATO», *Gallup*, 2 de abril de 2010.
Reagan, R. «Remarks at a White House Ceremony Inaugurating the National Endowment for Democracy», *The American Presidency Project*, 16 de diciembre de 1983.
Reinert, E. S., y Daastøl, A. M., «The Other Canon: The History of Renaissance Economics», en E. S. Reinert (ed.), *Globalization, Economic Development and Inequality: An Alternative Perspective,* Cheltenham, Edward Elgar Publishing, 2007, pp. 21-70.
Renew Europe, «Guy Verhofstadt speaking to protesters in Maidan Square, Kiev», vídeo, 20 de febrero de 2014 [https://www.youtube.com/watch?v=wZa0E3eZwj0].
Rettman, A., «EU Chairman Blames Yanukovych for "Destabilising" Ukraine», *EU Observer*, 27 de enero de 2014.
Reuters, «Idea of U.S. threat to Russia is "Ludicrous" – Rice», *Reuters*, 26 de abril de 2007.
RFE/RL, «Biden Says He'll Make It "Very Difficult" For Russia To Attack Ukraine», *Radio Free Europe/Radio Liberty*, 4 de diciembre de 2021.
—, «Pompeo Says U.S. Will "Do Everything" To Stop Nord Stream 2 Project», *Radio Free Europe/Radio Liberty*, 30 de julio de 2020.
—, «Right-Wing Protesters Clash With Police Outside Ukrainian President's Office», *Radio Free Europe/Radio Liberty*, 14 de agosto de 2021.
—, «Russia's Proposal To Redraw European Security "Unacceptable", U.S. Says», *Radio Free Europe/Radio Liberty*, 18 de diciembre de 2021.
Ricardo, D., *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, John Murray, 1821 [ed. cast.: *Principios de economía política y tributación,* trad. Juan Broc B., Nelly Wolf y Julio Estrada, México, Fondo de Cultura Económica, 2015].
Rice, C., «Remarks by Dr Condoleezza Rice, Assistant to the President for National Security Affairs», discurso en el International Institute for Strategic Studies, Londres, 16 de junio de 2003.
Rocca, F. X., y Gershkovich, E., «Pope Says NATO Might Have Provoked Russian Invasion of Ukraine», *The Wall Street Journal*, 3 de mayo de 2022.
Rochester, J. M., *International Institutions and World Order: The International System as a Prismatic Polity*, Nueva York, Sage Publications, 1975.
Rodrik, D., *The Globalization Paradox: Why Global Markets, States, and Democracy Can't Coexist,* Oxford, Oxford University Press, 2012.

Rojansky, M., y Shapiro, J., «Why Everyone Hates Think Tanks», *Foreign Policy*, 28 de mayo de 2021.
Roland, A., *Delta of Power: The Military-Industrial Complex,* Baltimore, John Hopkins University Press, 2021.
Romaniuk, R., «Possibility of Talks Between Zelenskyy and Putin Came to a Halt after Johnson's Visit – UP sources», *Ukraniska Pravda*, 5 de mayo de 2022.
Rorty, R., *Achieving Our Country: Leftist Thought in Twentieth-Century America,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998.
Rubenstein, A., y Blumenthal, M., «How Ukraine's Jewish President Zelensky Made Peace With Neo-Nazi Paramilitaries on Front Lines of War with Russia», *The Grayzone*, 4 de marzo de 2022.
Rudd, K., «West is Unprepared for China's Rise», *The Australian*, 14 July 2012.
Ruggie, J. G., «International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order», *International Organization* 36, 2 (1982), pp. 379-415.
Rumsfeld, D., «U.S. Department of Defense Prepared Statement for the Senate Appropriations Defense Subcommittee: 2004 Defense Budget Request», Washington, DC, 14 de mayo de 2003.
Russett, B., y Starr, Harr, *World Politics: The Menu for Choice,* San Francisco, Freeman, 1981.
Rustow, D. A., «Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model», *Comparative Politics* 2, 3 (1970), pp. 337-363.
Rynning, S., «Reluctant Allies? Europe and Missile Defense», en H. Bertel and S. Rynning, (eds.), *Missile Defence: International, Regional and National Implications,* Londres, Routledge, 2006, pp. 111-132.
Sachs, J., «Ending America's War of Choice in the Middle East», *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development* 11 (primavera de 2018), pp. 20-33.
Sainato, M., «Rigged Debates: Wikileaks Emails Confirm Media in Clinton's Pocket», *Observer*, 14 de octubre de 2016.
Sakwa, R., *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, Londres, I. B. Tauris, 2014.
—, *The Lost Peace: How the West Failed to Prevent a Second Cold War,* Cornwall, Yale University Press, 2023.
Sarkar, S., «"There Will No Longer Be a Nord Stream 2": Fingers Pointed Towards Biden after Gas Pipeline Blasts», *News18*, 30 de septiembre de 2022.
Sarotte, M. E., «How to Enlarge NATO: The Debate inside the Clinton Administration, 1993-95», *International Security* 44, 1 (2019), pp. 7-41.
—, «In Victory, Magnanimity: U.S. Foreign Policy, 1989-1991, and the Legacy of Prefabricated Multilateralism», *International Politics* 48, 4-5 (2011), pp. 482-95.
—, *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate,* New Haven: Yale University Press, 2021.

Savitsky, P., «The Geographical and Geopolitical Foundations of Eurasianism», *Orient und Occident* 17 (1933).
Savranskaya, S., y Blanton, T., *Gorbachev and Bush: The Last Superpower Summits,* Budapest, CEU Press, 2020.
Scarborough, R., «Hillary Clinton Behind Plan to Tie Trump to Russia, CIA Warned FBI's Comey, Strzok», *The Washington Times*, 7 de octubre de 2020.
Scarlett, J., «Introduction», en T. Marshall (ed.), *Prisoners of Geography: Ten Maps that Explain Everything about the World,* Londres, Elliott & Thompson, 2016, pp. 1-10.
Schelling, T. C., *The Strategy of Conflict,* Londres, Harvard University Press, 1980.
Schepp, M., y Sandberg, B., «Gorbachev Interview: "I Am Truly and Deeply Concerned"», *Spiegel*, 16 de enero de 2015.
Schmidt, E., y Work, R. O., «How to Stop the Next World War», *The Atlantic*, 5 de diciembre de 2022.
Schmoller, G., *The Mercantile System and its Historical Significance*, Londres, Macmillan, 1897.
Sciolino, E. «Yeltsin Says NATO Is Trying to Split the Continent Again», *The New York Times*, 6 de diciembre de 1994.
Scruton, R., «The Future of European Civilization: Lessons for America», *The Heritage Foundation*, 8 de diciembre de 2015.
Seelye, K., «Arms Contractors spend to promote an expanded NATO», *The New York Times*, 30 de marzo de 1998.
Seligman, L., McLeary, P., y Ward, A., «Ukraine uses secretly shipped U.S. missiles to launch surprise strike», *Politico*, 17 de octubre de 2023.
Semmel, B., *The Rise of Free Trade Imperialism,* Cambridge, Cambridge University Press, 1970.
Semonsen, R., «Former Israeli PM: West Blocked Russo-Ukraine Peace Deal», *The European Conservative*, 7 de febrero de 2023.
Shelest, H., «Defend. Resist. Repeat: Ukraine's lessons for European defence», *ECFR*, 9 de noviembre de 2022.
Sherr, J., «Ukraine and Europe: Final Decision?», *Russia and Eurasia,* Chatham House Programme Paper 2013/05 (julio de 2013), pp. 1-12.
Shulman, S., «The Contours of Civic and Ethnic National Identification in Ukraine», *Europe-Asia Studies* 56, 1 (2004), pp. 35-56.
Slocombe, W. B., «Stability Effects of Limited Missile Defenses: The Case for the Affirmative», *Pugwash Occasional Papers* 3, 1 (2002), pp. 73-88.
Smith, A., *An Inquiry into the nature and causes of the Wealth of Nations,* Edimburgo, Adam and Charles Black, 1863 [ed. cast.: *La riqueza de las naciones,* trad. Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza, 1994].
Smith, G., «The Legacy of Monroe's Doctrine», *The New York Times*, 9 de septiembre de 1984.

Smith, L. «Adam Schiff Lied About the Trump Investigation, and the Media Let Him», *New York Post*, 8 de mayo de 2020.
Snidal, D., «The Limits of Hegemonic Stability Theory», *International Organization* 39, 4 (1985), pp. 579-614.
Snider, T., «Putin and Zelensky Finally Agree. Here's why That's a Bad Thing», *Responsible Statecraft*, 5 de diciembre de 2022.
Snyder, G., *Deterrence and Defense: Toward a Theory of National Security,* Princeton, Princeton University Press, 1961.
Solzhenitsyn, A., «The Exhausted West», *Harvard Magazine*, julio-agosto de 1978.
—, «Ugodilo zernishko, promezh dvuh zhernovov», *Noviy Mir* 11 (1998).
Sonne, P., y Grimaldi, J., «Biden's Son, Kerry Family Friend Join Ukrainian Gas Producer's Board», *The Wall Street Journal*, 13 de mayo de 2014.
Soros, G., «Toward A New World Order: The Future of NATO», *Open Society Foundations*, 1 de noviembre de 1993.
Soufan, A. H., «Global Terrorism: Threats to the Homeland, Testimony to be presented before the House Committee on Homeland Security», *U.S. Congress*, 10 de septiembre de 2019.
Spiegel, «Berlin Reverts to Old Timidity on Military Missions», *Spiegel International*, 26 de marzo de 2013.
—, «Putin ist ein Drache, der fressen muss», *Der Spiegel*, 9 de febrero de 2023.
—, «We Are Smarter, Stronger and More Determined», *Spiegel*, 13 de julio de 2016.
Spykman, N. J., *America's Strategy in World Politics: the United States and the Balance of Power,* New Brunswick, Transaction Publishers, 1942.
Stanley, J., *How Fascism Works: The Politics of Us and Them*, Nueva York, Penguin Books, 2018.
Steele, J., «Ukraine's postmodern coup d'etat», *The Guardian*, 26 de noviembre de 2004.
Stevenson, J., *A Drop of Treason,* Chicago, The University of Chicago Press, 2021.
Stoltenberg, J., «Doorstep Statement by NATO Secretary General Jens Stoltenberg Ahead of the Meetings of NATO Defence Ministers in Brussels», OTAN, 14 de febrero de 2023.
—, «Opening remarks», OTAN, 7 de septiembre de 2023.
Sussman, G., *Branding Democracy: U.S. Regime Change in Post-Soviet Eastern Europe*, Nueva York, Peter Lang, 2010.
Talbott, S., *The Russia Hand: A Memoir of Presidential Diplomacy*, Nueva York, Random House, 2007.
—, «Why NATO Should Grow», *The New York Review*, 10 de agosto de 1995.
Taylor, P. M., *British Propaganda in the Twentieth Century: Selling Democracy,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 2019.
Telegraph, «Tony Blair and John McCain Talk about Israel/Palestine and Russia

Handling», *The Telegraph*, 27 de marzo de 2008.
Teller Report, «In Kiev, They Announced the Development of a Scenario of a War with Russia with NATO», *Teller Report*, 2 de abril de 2021.
Thiessen, M. A., «Why Should Conservatives Support Ukraine? I asked a Populist Leader in Europe», *The Washington Post*, 10 de agosto de 2023.
Thompson, W. R., «Dehio, Long Cycles, and the Geohistorical Context of Structural Transition», *World Politics* 45, 1 (1992), pp. 127-152.
Todd, E., *After Empire: The Breakdown of the American Order,* Nueva York, Columbia University Press, 2003 [ed. cast.: *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano,* trad. José Luis Sánchez-Silva, Madrid, Akal, 2012].
Towle, P., «British Assistance to the Japanese Navy during the Russo-Japanese War of 1904-5», *The Great Circle* 2, 1 (1980), pp. 44-54.
Toynbee, J. A., *Study of History,* Oxford, Oxford University Press, 1946.
Traynor, I., «U.S. campaign behind the turmoil in Kiev», *The Guardian*, 26 de noviembre de 2004.
Trenin, D., «Ukraine and the New Divide», *Russia in Global Affairs*, 22 de agosto de 2014.
Trotsky, L., «Nationalism and Economic Life», *Foreign Affairs* 12 (1934), pp. 396-402.
Trotsky, L., *Manifesto of the Fourth International on the Imperialist War and the Proletarian World Revolution: Writings of Leon Trotsky 1939-40,* Nueva York, Pathfinder, 1940.
Tönnies, F., *Community and Society*, Nueva York, Dover Publications, 1957.
Tvedt, T., «Development NGOs: Actors in a global civil society or in a new international social system?», *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations* 13, 4 (2002), pp. 363-75.
Unión Europea, «EU-Ukraine Association Agreement. The Complete Texts», *European External Action Service*, 2013.
Vahl, M., y Emerson, M., «Moldova and the Transnistrian Conflict», *JEMIE*, 1 (2004), pp. 1-29.
Van Brugen, I., «Sergei Lavrov Accuses U.S. of Nord Stream Pipeline Attack», *Newsweek*, 2 de febrero de 2023.
Van der Oye, D. S., «Russia, Napoleon, and the Threat to British India», en J. M. Hartley, P. Keenan y D. Lieven (eds.), *Russia and the Napoleonic Wars,* Londres, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 97-105.
Vandiver, J., «Ukraine Plans Black Sea Bases as U.S. Steps up Presence in Region», *Stars and Stripes*, 10 de febrero de 2021.
Verma, P., «In Wake of Recent India-China Conflict, U.S. Sees Opportunity», *The New York Times*, 3 de octubre de 2020.
Volker, K., «What Does a Successful Biden-Putin Summit Look Like? Not What You

Think», *CEPA*, 2 de junio de 2021.
Von Laue, T. H., «A Secret Memorandum of Sergei Witte on the Industrialization of Imperial Russia», *The Journal of Modern History* 26, 1 (1954), pp. 60-74.
Walla, K., «Boris Johnson: Stop Worrying about Putin and "Focus Entirely on Ukraine"», *Atlantic Council*, 1 de febrero de 2023.
Walsh, A., «Angela Merkel Opens up on Ukraine, Putin and Her Legacy», *Deutsche Welle*, 7 de junio de 2022.
Walt, S., «No Contest», *Foreign Policy*, marzo de 2014.
Waltz, K. N., «The New World Order», *Millennium* 22, 2 (1993), pp. 187-95.
—, «Structural Realism after the Cold War», *International Security* 25, 1 (2000), pp. 5-41.
—, *Theory of International Politics,* Nueva York, McGraw-Hill, 1979.
Wang, Y., «Exploring the Path of Major-Country Diplomacy with Chinese Characteristics», *Foreign Affairs Journal* 10 (2013), pp. 5-14.
Watt, N., «Cameron Accuses Corbyn of "Britain-Hating Ideology" in Conference Speech», *The Guardian*, 7 de octubre de 2015.
Weber, M., *Essays in Sociology,* Milton Park, Routledge, 1948.
—, «The National State and Economic Policy» (conferencia inaugural, Friburgo, mayo de 1895), *Economy and Society* 9, 4 (1980), pp. 428-449.
Webber, E., «Boris Johnson Warns Against Seeking "Bad Peace" in Ukraine», *Politico*, 23 de junio de 2022.
Weigert, H. W., «Haushofer and the Pacific», *Foreign Affairs* 20, 4 (1942), pp. 732-742.
Whelan, B., «Far-Right Group at Heart of Ukraine Protests Meet U.S. Senator», *Channel4 News*, 16 de diciembre de 2013.
White House, «National Security Strategy of the United States», *The White House,* de abril de 1988.
—, «Press Briefing by Press Secretary Jen Psaki and National Security Advisor Jake Sullivan», *The White House*, 13 de enero de 2022.
—, «Remarks by President Biden on Russia's Unprovoked and Unjustified Attack on Ukraine», discurso pronunciado en la Casa Blanca, 24 de febrero de 2022.
—, «Summit for Democracy Summary of Proceedings», *The White House*, 23 de diciembre de 2021.
Whitman, A., «Harry S. Truman: Decisive President», *The New York Times*, 27 de diciembre de 1972.
Wikileaks, «Eur A/S Fried's September 1 Meetings with Senior MFA and Presidency Officials on Improving Relations with Europe», 9 de septiembre de 2005.
—, «Germany/Russia: Chancellery Views on MAP for Ukraine and Georgia», 6 de junio de 2008.
—, «NATO: de febrero de 28th HLTF and NRC (ACE) Meetings», 7 de marzo de 2008.

—, «Norway Standing Alone Against Missile Defense», 12 de febrero de 2008.
—, «Russia-Ukraine: NATO and Holodomor», 3 de abril de 2008.
—, «A Tour d'horizon with President Voronin», 18 de julio de 2008.
Williams, M. C., y Neumann, I. B., «From Alliance to Security Community: NATO, Russia, and the Power of Identity», *Millennium* 29, 2 (2000), pp. 357-387.
Wintour, P., «NATO Members de mayo de Send Troops to Ukraine, Warns Former Alliance Chief», *The Guardian*, 7 de junio de 2023.
WION, «If Russia Invades Ukraine, Nord Stream 2 Pipeline will not Move Forward: U.S.», *WION*, 28 de enero de 2022.
Wong, E., y Crowley, M., «With Sanctions, U.S. and Europe Aim to Punish Putin and Fuel Russian Unrest», *The New York Times*, 4 de marzo de 2022.
Woolsey, J., «World: James Woolsey, Former CIA Director, Speaks To RFE/RL At Forum 2000», *Radio Free Europe/Radio Liberty*, 10 de octubre de 2005.
WSJ, «Vladimir Putin's 20-Year de marzo de to War in Ukraine—and How the West Mishandled It», *The Wall Street Journal*, 1 de abril de 2022.
Xi, J., «Join Hands on the Path Towards Modernization», *China Institutes of Contemporary International Relations*, 15 de marzo de 2023.
Xu, Q., «Maritime geostrategy and the development of the Chinese navy in the early twenty-first century», *Naval War College Review* 59, 4 (2006), pp. 46-67.
Yushchenko, V., «Viktor Yushchenko: Ukraine's Future is in the EU – Address by President of Ukraine to the European Parliament», EP05-022EN, *European Parliament*, 23 de febrero de 2005.
Zelensky, V., «Address by the President to Ukrainians at the end of the first day of Russia's attacks», *President of Ukraine* [sitio web oficial], 25 de febrero de 2022.
Zuckerberg, M., «Protecting Democracy is an Arms Race. Here's How Facebook Can Help», *The Washington Times*, 4 de septiembre de 2018.


Augusto Zamora R.
RÉQUIEM POLIFÓNICO POR OCCIDENTE
FOCA
JEAN ZIEGLER
HAY QUE CAMBIAR EL MUNDO
FOCA
AUGUSTO ZAMORA R.
De UCRANIA al MAR de la CHINA
ILUSTRACIONES DE ANTHONY GARNIER
EMMANUEL TODD
LA DERROTA DE OCCIDENTE
A FONDO
akal